

Tip

K.

Dick

Los clanes
de la luna Alfana

Lectulandia

En la Tierra, los casos de trastornos mentales aumentan exponencialmente; desbordados, los centros psiquiátricos sólo encuentran una solución: exiliar a los enfermos a una luna habitable que orbita el remoto planeta Alfa III. Sin embargo, durante dos décadas se interrumpe el contacto entre los terrícolas y los desequilibrados, quienes acaban organizándose en una sociedad donde cada clan se corresponde con una patología y un rol. Así, los psicóticos son la clase gobernante; los esquizofrénicos, los artistas y líderes religiosos; los maníaco-depresivos, los filósofos...

Este orden se quiebra cuando en el planeta azul recobran el interés por los lunáticos y envían una nave para restablecer el contacto. Allí viajan el agente de la CIA Chuck Rittersdorf y su esposa Mary, a la que éste decide asesinar por control remoto. Para ello, contará con la ayuda de una serie de estafalarios personajes...

Sólo Philip K. Dick podría haber trenzado una historia de amor invertida con las contingencias de una comunidad de enfermos mentales. Toda una exploración de la psique humana donde se dinamita la frontera entre la locura y la cordura, *Los clanes de la luna Alfana* es una de las novelas más corrosivamente divertidas de este celebrado autor.

Lectulandia

Philip K. Dick

Los clanes de la luna Alfana

ePub r1.1

gertdelpozo 01.02.14

Título original: *Clans of the Alphane Moon*

Philip K. Dick, 1964

Traducción: Estela Gutiérrez Torres

Editor digital: gertdelpozo

Escaneado: el nota

Corrección de erratas: el nota

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

Antes de entrar en la sala del consejo supremo, Gabriel Baines envió por delante a su simulacro de factura mans para ver si por acaso alguien lo atacaba. El simulacro — una copia exacta de Baines— hacía muchas cosas, ya que había sido construido por el inventivo clan de los manses, pero Baines sólo lo empleaba en sus maniobras defensivas; defenderse era lo que más le importaba, la razón por la que era miembro del enclave pare de Adolfvilla, en el extremo septentrional de la luna.

Por supuesto, Baines había salido de Adolfvilla muchas veces, pero sólo se sentía seguro —mejor dicho, relativamente seguro— allí, dentro de los sólidos muros de la ciudad pare. Lo que demostraba que su pertenencia al clan pare no era una invención, una técnica meramente simulada para conseguir entrar en el área urbana más sólidamente construida, robusta y resistente que existía. Sin duda, Baines era sincero... No se podía dudar de él.

Por ejemplo, la visita que había hecho a las chabolas de los hebes, increíblemente degradadas. Hacía poco había estado buscando a los miembros huidos de una brigada de trabajo; como eran hebes, tal vez hubieran regresado poco a poco a Ciudad Gandhi. No obstante, el problema era que todos los hebes eran iguales, al menos para él: criaturas desaliñadas y encorvadas, vestidas con ropa sucia, que reían tontamente y no podían concentrarse en cosas complicadas. Eran útiles para tareas manuales, nada más. Pero debido a la necesidad constante de reparar las fortificaciones de Adolfvilla contra los saqueos de los manses, el trabajo manual solía estar muy solicitado. Y los pares no iban a ensuciarse las manos. En cualquier caso, entre las ruinosas chabolas de los hebes, las construcciones humanas más frágiles, había sentido puro terror, una sensación de vulnerabilidad casi infinita; aquello era un vertedero habitado hecho de viviendas de cartón. Sin embargo, los hebes no se quejaban. Vivían entre sus propios desechos en un tranquilo equilibrio.

Ese día, en el consejo de los clanes que se reunía dos veces al año, estaría el portavoz de los hebes, por supuesto; él, en representación de los pares, compartiría habitación con un —literalmente— odioso hebe. Y eso no daba mucha dignidad a la tarea. Era probable que aquel año volviera a ser la gorda y despeinada Sarah Apostoles.

Pero más ominoso sería el representante mans. Porque, como a todos los pares, a Baines le aterrorizaban todos y cada uno de los manses. Su excesiva violencia le desagradaba; no podía comprenderla, tan poco sentido tenía. Durante años había considerado a los manses simplemente hostiles. Pero aquello no bastaba para explicar su comportamiento. Disfrutaban de la violencia; sentían un placer perverso rompiendo cosas e intimidando a los demás, sobre todo a los pares como él.

Pero saberlo no lo ayudaba mucho; cuando pensaba en enfrentarse a Howard

Straw, el delegado mans, se sentía desfallecer.

Resollando asmáticamente, el simulacro regresó con una sonrisa inmóvil en el rostro artificial idéntico al de Baines. «Todo en orden, señor. No hay gases mortales, ni descargas eléctricas de intensidad peligrosa, ni veneno en el jarro de agua, ni puntos de mira para rifles láser, ni máquinas infernales ocultas. Yo diría que puede entrar con seguridad». Se detuvo con un chasquido y enmudeció.

—¿No se te ha acercado nadie? —preguntó Baines con cautela.

—No hay nadie todavía —dijo el simulacro—. Excepto el hebe que está barriendo el suelo, por supuesto.

Baines, tras una vida entera empleando la astucia para protegerse, entreabrió la puerta; quería echar un rápido vistazo al hebe.

El hebe, un hombre, barría con movimientos repetidos y lentos. Tenía una estúpida expresión hebe en el rostro, como si el trabajo lo divirtiera. Probablemente pudiera pasarse así meses enteros sin aburrirse. Los hebes nunca se cansaban de repetir una tarea; no eran capaces de comprender el concepto de variedad. Por supuesto, reflexionó Baines, había cierta virtud en la simplicidad. Por ejemplo, lo había impresionado el famoso santo hebe, Ignatz Ledebur, que emanaba espiritualidad mientras iba de pueblo en pueblo, difundiendo el calor de su inofensiva personalidad hebe. Aquél no parecía nada peligroso.

Y los hebes, al menos, incluso los santos, no intentaban convertir a la gente, como hacían los místicos esquizos. Lo único que pedían los hebes era que los dejaran solos; no querían que la vida los molestara, y año tras año se iban despojando de las complejidades de la existencia. Retrocedían, reflexionó Baines, a un estado meramente vegetativo, lo que, para un hebe, era ideal.

Después de examinar la pistola láser —estaba en orden—, Baines decidió que podía entrar. Así, paso a paso se introdujo en la sala del consejo, tomó asiento, se cambió de repente de sitio; el primero estaba demasiado cerca de la ventana: era un blanco demasiado fácil para alguien de fuera.

Para divertirse mientras esperaba a que llegaran los otros, decidió molestar al hebe. —¿Cómo te llamas? —preguntó.

—J... Jacob Simion —dijo el hebe, barriendo sin modificar la estúpida sonrisa de costumbre; un hebe nunca sabía cuándo le estaban tomando el pelo. Y si lo hacía no le importaba. Apáticos ante todo: así eran los hebes.

—¿Te gusta tu trabajo, Jacob? —preguntó Baines, encendiendo un cigarrillo.

—Claro —dijo el hebe, y luego rió tontamente.

—¿Siempre estás barriendo suelos?

—¿Eh? —El hebe parecía incapaz de comprender la pregunta.

La puerta se abrió con un golpe y apareció la guapa Annette Golding, la delegada poli, jadeando con el bolso bajo el brazo, la cara redonda encendida y los ojos verdes

brillantes. —Creí que llegaba tarde.

—No —dijo Baines, levantándose para ofrecerle una silla. Le echó una ojeada profesional; nada indicaba que se hubiera traído un arma. Pero podría llevar esporas salvajes en cápsulas escondidas en una bolsa de goma dentro de la boca; procuró, al volver a sentarse, escoger una silla al otro extremo de la gran mesa. Distancia... Un factor muy valioso.

—Hace calor aquí dentro —dijo Annette, todavía sudando—. He subido la escalera corriendo. —Le sonrió a la manera desmañada de algunos polis. Le parecía atractiva... aunque le faltaba perder un poco de peso. No obstante, Annette le gustaba y aprovechó la oportunidad para hacerle una broma inofensiva, matizada con una nota erótica.

—Annette —dijo—, eres una persona muy simpática y agradable. Es una lástima que estés soltera. Si te casaras conmigo...

—Sí, Gabe —dijo Annette, sonriendo—. Estaría protegida. Papel de tornasol en todos los rincones del cuarto, analizadores de atmósfera en funcionamiento, tomas a tierra para las radiaciones de las máquinas...

—No hablas en serio —dijo Baines, malhumorado. Se preguntó cuántos años tendría; no más de veinte, seguro. Y, como todos los polis, parecía una niña. Los polis no maduraban; seguían siendo infantiles, ¿y qué era la esencia poli sino la permanencia de una infancia plástica? Al fin y al cabo, los niños de todos los clanes de la luna nacían polis, iban a la escuela central y común como polis y no empezaban a diferenciarse hasta tal vez los diez u once años. Y algunos, como Annette, nunca lo hacían.

Annette abrió el bolso y sacó un paquete de caramelos; empezó a comer rápidamente. —Estoy nerviosa —explicó—. Necesito comer. —Ofreció la bolsa a Baines, pero éste declinó la invitación; después de todo, nunca se sabía. Baines había conservado la vida durante treinta y cinco años y no tenía la intención de perderla por causa de un impulso trivial; todo tenía que estar pensado y calculado, previamente, si quería vivir otros treinta y cinco.

—Supongo que Louis Manfredi representará el clan esquiz también este año —dijo Annette—. Siempre lo paso muy bien con él; cuenta cosas muy interesantes, sus visiones de cosas primordiales. Bestias de la tierra y el cielo, monstruos que luchan bajo el suelo... —Chupó un caramelo duro pensativamente.— ¿Tú crees que las visiones de los esquizos son reales, Gabe?

—No —dijo Baines con sinceridad.

—¿Por qué están reflexionando y hablando sobre ellas todo el tiempo, entonces? Por lo menos para ellos sí que lo son.

—Misticismo —dijo Baines con desdén. Husmeó el aire; le había llegado un olor artificial, algo dulce. Era, advirtió, el aroma de los cabellos de Annette y se relajó. ¿O

era eso lo que ella quería hacerle creer?, pensó de repente, alerta de nuevo—. Llevas un bonito perfume —dijo con muy poca sinceridad—. ¿Cómo se llama?

—*Noche salvaje* —dijo Annette—. Se lo compré a un vendedor ambulante, en Alfa II; me costó noventa skins, pero huele maravillosamente, ¿no crees? El salario de todo un mes. —Sus ojos oscuros se entristecieron.

—Cásate conmigo —empezó Baines de nuevo, y entonces calló.

El representante dep había aparecido; estaba en la puerta y el rostro temeroso y cóncavo de ojos fijos pareció penetrar en el corazón de Baines. Dios mío, gimió, sin saber si sentir compasión por el pobre dep o un merecido desprecio. Después de todo, podía moverse; todos los deps podían moverse, si reunían cierto coraje. Pero el coraje estaba completamente ausente en el asentamiento dep, al sur. Aquél era una demostración palpable; vacilaba en la puerta, temeroso de entrar, y sin embargo resignado al destino de tener que hacerlo de todas formas, de tener que hacer lo que tanto temía... En cambio, un ob-com se limitaría a contar hasta veinte de dos en dos, se daría la vuelta y saldría corriendo.

—Por favor, entre —lo animó Annette agradablemente, señalándole una silla.

—¿De qué sirve esta reunión? —dijo el dep, y entró lentamente, inclinándose desesperado—. Vamos a destrozarnos entre nosotros. No tiene sentido reunirnos para pelearnos. —Sin embargo, se sentó resignado e inclinó la cabeza, con las manos apretadas inútilmente.

—Soy Annette Golding —dijo Annette—, y éste es Gabriel Baines, el pare. Yo soy la poli. Usted es el dep, ¿verdad? Se le nota por la forma de mirar el suelo. —Rió, pero con benevolencia.

El dep guardó silencio; ni siquiera dijo cómo se llamaba. Baines sabía que para un dep hablar era difícil; les costaba reunir las fuerzas suficientes para hacerlo. Probablemente aquel dep hubiera llegado demasiado pronto por miedo a llegar tarde; compensación excesiva, típico de ellos. A Baines no le gustaban. Eran inútiles para sí mismos y para los otros clanes; ¿por qué no se morían? Y, a diferencia de los hebes, no servían como trabajadores; se tumbaban en el suelo y observaban el cielo con una mirada perdida, vacía de esperanza.

Inclinándose hacia Baines, Annette dijo dulcemente: —Anímallo.

—No pienso hacerlo —dijo Baines—. ¿Qué me importa? Es culpa suya ser como es; podría cambiar si quisiera. Con un esfuerzo podría pensar algo bueno. No tiene peor suerte que nosotros, quizás incluso mejor; después de todo, trabajan a paso de tortuga... Ojalá yo pudiera trabajar en un año lo mismo que la media de los deps.

Ahora, por la puerta abierta, entró una mujer alta de mediana edad con un largo abrigo gris. Era Ingrid Hibbler, la obcom; contando en silencio, dio una vuelta a la mesa golpeando al pasar cada una de las sillas. Baines y Annette esperaron; el hebe que barría el suelo levantó la vista y rió tontamente. El dep siguió cabizbajo, sin mirar

alrededor. Al cabo, la señorita Hibbler encontró una silla con un número que le gustaba; la echó para atrás, se sentó rígidamente, apretando las manos con fuerza y moviendo los dedos a gran velocidad, como tejiendo un vestido protector invisible.

—Me he encontrado con Straw en el parque de los coches —dijo, y contó en silencio—. El mans. Uf, es una persona horrible; ha estado a punto de atropellarme. Tuve que...

Calló de repente. —No importa. Pero es difícil librarse de su aura, cuando infecta. —Se estremeció.

—Este año —dijo Annette, sin dirigirse a nadie en particular—, si Manfredi vuelve a ser el esquiz probablemente entre por la ventana en vez de por la puerta. —Rió alegremente. El hebe que barría se unió a ella.— Y estamos esperando al hebe, claro —dijo Annette.

—Yo soy el de... delegado de Ciudad Gandhi —dijo el hebe, Jacob Simion, empujando maquinalmente la escoba—. Se... se me ocurrió hacer esto mientras esperaba. —Dedicó a todos una cándida sonrisa.

Baines suspiró. El representante hebe, un sirviente. Aunque era lógico: *todos* lo eran, en potencia por lo menos. Entonces faltaban sólo el esquiz y el mans, Howard Straw, que vendría en cuanto dejara de correr por el aparcamiento, asustando a los delegados que iban llegando. Será mejor que no intente intimidarme a mí, pensó Baines. Porque la pistola láser que Baines llevaba en la cintura no era simulada. Y siempre contaba con el simu, esperando en el vestíbulo a que lo llamasen.

—¿De qué trata esta reunión? —preguntó la señorita Hibbler, la ob-com, y se puso a contar deprisa, con los ojos cerrados y bamboleando los dedos—. Uno, dos. Uno, dos.

—Hay un rumor —dijo Annette—. Se ha avistado una extraña nave y no son comerciantes de Alfa II; estamos casi seguros. —Siguió comiendo caramelos; Baines vio que ya había devorado casi toda la bolsa y sonrió con desaprobación. Annette, como él bien sabía, padecía un trastorno diencefálico, una sobrestimación en la zona del síndrome de la glotonería. Y cuando estaba tensa o preocupada era peor.

—Una nave —dijo el dep, volviendo a la vida—. A lo mejor puede sacarnos de esta situación tan desagradable.

—¿Qué situación desagradable? —preguntó la señorita Hibbler.

Agitándose, el dep dijo: —Ya sabe. —Eso fue todo lo que pudieron sacarle; recayó en aquel coma de tristeza y volvió a enmudecer. Para los depts la situación siempre era desagradable.

Y además tenían miedo de los cambios, claro. El desprecio de Baines aumentó mientras lo pensaba. Pero... una nave. El desprecio por el dep se transformó en preocupación. ¿Era aquello cierto?

Straw, el mans, debía de saberlo. En Cumbres Da Vinci los manses habían

elaborado unos sofisticados aparatos para observar el tráfico que entraba; era probable que el rumor original proviniera de Cumbres Da Vinci... A menos, por supuesto, que fuera una visión de un místico esquiz.

—Probablemente sea mentira —dijo Baines en voz alta.

Todos los presentes en la sala, incluso el melancólico dep, lo miraron; hasta el hebe dejó de barrer por un instante.

—Los manses —explicó Baines— son capaces de cualquier cosa. Ésa es su manera de sacarnos ventaja a todos los demás, pagándonos con nuestra misma moneda.

—¿El qué? —dijo la señorita Hibbler.

—Ya sabéis, los manses nos odian a todos —dijo Baines—. Son unos matones, bárbaros y ordinarios, unos sucios soldados de asalto que toman las armas en cuanto oyen la palabra «cultura». Es parte de su metabolismo; son como los antiguos godos. —Sin embargo, no lo decía del todo en serio; a decir verdad no sabía por qué los manses estaban siempre dispuestos a hacer daño a los demás, si no era porque, según su teoría, para ellos causar dolor era un auténtico placer. No, pensó, *debe de haber algo más*. Malicia y envidia; deben de envidiarnos, deben de saber que tenemos una cultura superior. Por muy diversa que sea Cumbres Da Vinci, carece de orden o de unidad estética; es un baturrillo de proyectos incompletos supuestamente «creativos», que empezaron y no terminaron nunca.

—Straw es un poco grosero, es cierto —dijo Annette lentamente—. Incluso para la gente inquieta como él. Pero ¿por qué iba a decir que se ha visto una nave extraña si es mentira? No has dado ninguna razón clara.

—Pero sé —dijo Baines, testarudo— que los manses y especialmente Howard Straw están en contra de nosotros; deberíamos hacer algo para protegernos de... — Calló, porque la puerta se había abierto y Straw entró bruscamente en la sala.

Era pelirrojo, grande y fornido, y sonreía. A él la aparición de una nave forastera en su diminuta luna no lo preocupaba.

Ahora sólo faltaba el esquiz y, como era habitual, podría llegar una hora tarde; estaría en trance en alguna parte, perdido en visiones turbias de una realidad arquetípica, de las profuerzas cósmicas subyacentes al universo temporal, la perpetua visión de lo que llamaban *Urwelt*.

También podríamos ponernos cómodos, decidió Baines. Todo lo que nos sea posible, teniendo en cuenta la presencia de Straw. Y de la señorita Hibbler; ella tampoco le gustaba mucho. En realidad, no le gustaba ninguno de los presentes, a excepción tal vez de Annette, la del busto desordenado y ostentoso. Y no estaba avanzando nada con ella. Como siempre.

Pero no era culpa de él; todos los polis eran así, no se sabía nunca por dónde iban a saltar. Renegaban de la reflexión; se oponían a los dictados de la lógica. Y sin

embargo no eran insectos, como los esquizos, ni máquinas descerebradas como los hebes. Eran muy vivaces; eso era lo que le gustaba de Annette, su animación, su frescura.

De hecho hacía que se sentiera rígido y metálico, encerrado en una piel de acero, como alguna arma arcaica de una guerra olvidada e inútil. Ella tenía veinte años, y él treinta y cinco, tal vez ésa fuera la razón. Pero no lo creía. Y entonces pensó: Apuesto a que quiere que me sienta así; está intentando hacerme sentir mal deliberadamente.

Y, como reacción, al instante sintió por ella el odio helado y cuidadosamente razonado de los pares.

Annette, fingiendo no darse cuenta de lo que ocurría, siguió devorando lo que quedaba de la bolsa de caramelos.

El delegado esquiz de la reunión bianual en Adolfvilla, Omar Diamond, contempló el paisaje del mundo y vio, debajo y encima de él, los dragones gemelos, rojo y blanco, de la vida y la muerte; los dragones, enzarzados en una batalla, hacían que la llanura temblara y, sobre su cabeza, el cielo se hendía y un sol gris y marchito en decadencia proporcionaba poco o ningún consuelo a un mundo que perdía rápidamente su escasa provisión de vitalidad.

—Alto —dijo Omar, levantando la mano y dirigiéndose a los dragones.

Un hombre y una chica de cabellos ondulados, que caminaban por la acera del centro de Adolfvilla en su dirección, se detuvieron. La chica dijo: —¿Qué le pasa? Está haciendo algo. —Repugnancia.

—Sólo es un esquiz —dijo el hombre, divertido—. Perdido en sus visiones.

—La guerra eterna ha vuelto a estallar —dijo Omar—. Los poderes de la vida están menguando. ¿Acaso no puede nadie tomar la decisión fatal, renunciar a su propia vida en un acto de sacrificio para restaurarlos?

—Ya sabes, a veces cuando se les hace una pregunta dan una respuesta interesante —le dijo el hombre a su esposa—. Sigue adelante, pregúntale algo, algo importante y genérico, como «¿Cuál es el significado de la existencia?», y no «¿Dónde están las tijeras que perdí ayer?» —Le hizo un ademán para que se adelantara.

Con cautela, la mujer se aproximó a Omar. —Perdone, pero siempre he querido saber si *hay* vida después de la muerte.

—La muerte no existe —dijo Omar. Lo sorprendía la pregunta; demostraba una ignorancia enorme—. Lo que usted llama «muerte» es sólo la fase de germinación en la que la nueva forma de vida yace durmiente, aguardando su siguiente encarnación. —Levantó los brazos, señalando — ¿Ve? El dragón de la vida no puede morir; aun cuando su sangre tiñe de rojo la pradera, nuevas versiones tuyas surgen en todas partes. La semilla enterrada en la tierra vuelve a brotar. —Siguió andando, entonces,

dejando atrás a la mujer y al hombre.

Debo ir al edificio de piedra de seis plantas, se dijo Omar. Están esperando allí, el consejo. Howard Straw, el bárbaro. La malhumorada señorita Hibbler. Annette Golding, la encarnación de la propia vida, zambulléndose en todo lo que le permite existir. Gabriel Baines, obligado a inventar maneras de defenderse contra lo que no ataca. El simple de la escoba que está más próximo a Dios que ninguno de nosotros. Y el triste que nunca levanta la vista, el hombre que ni siquiera tiene nombre. ¿Cómo puedo llamarlo? Tal vez Otto. No, creo que será Dino. Dino Watters. Aguarda la muerte sin saber que vive esperando un fantasma vacío; ni siquiera la muerte puede protegerlo de su propio ser.

Cuando llegó al enorme edificio de seis plantas, el más grande de Adolfvilla, el asentamiento pare, se puso a levitar; flotó hasta la ventana correcta y arañó el vidrio con la uña hasta que alguien al fin fue a abrirla.

—¿No va a venir el señor Manfredi? —preguntó Annette.

—Este año no hemos podido hablarle —explicó Omar—. Ha entrado en otro reino y está inactivo; hay que alimentarlo a la fuerza por la nariz.

—Uf —dijo Annette, y se estremeció— Catatonia.

—Matadlo —dijo Straw con aspereza—, y se habrá acabado. Estos esquizos catatónicos son peor que inútiles; están malgastando los recursos de Juana de Arco. No me extraña que tengáis un asentamiento tan pobre.

—Pobre desde el punto de vista material —admitió Omar—, pero rico en valores eternos.

Se mantuvo alejado de Straw; no le gustaba en absoluto. A pesar de su nombre, Straw^[1] sólo servía para romper cosas. Le gustaba destruir y pulverizar; era cruel por placer, no por necesidad. El mal era gratuito en Straw.

En cambio, Gabe Baines, como todos los pares, podía ser cruel, también, pero sólo si se veía obligado, en defensa propia; estaba tan entregado a su propia protección que era normal que se equivocara. Uno no podía castigarlo, como podía castigar a Straw.

Sentándose, Omar dijo: —Bendita sea esta asamblea. Que sólo tengamos que oír nuevas de los bienes de la vida, y no de las actividades del dragón del mal. —Se volvió hacia Straw.— ¿Qué tiene que informarnos, Howard?

—Una nave armada —dijo Straw con una sonrisa amplia, maliciosa y horrible; estaba disfrutando de la inquietud colectiva—. No es de un comerciante de Alfa II; viene de un sistema completamente distinto. Un tip nos ha ayudado a captar lo que piensan. No han venido para comerciar, sino para... —Calló sin haber acabado la frase intencionadamente. Quería verlos retorcerse.

—Tendremos que defendernos —dijo Baines. La señorita Hibbler asintió con la cabeza y lo mismo hizo Annette, de mala gana. Incluso el hebe había dejado de reír

tontamente y parecía inquieto—. Podemos organizar la defensa en Adolfvilla —dijo Baines—. Contamos con su gente, Straw, para que nos proporcione el material técnico; esperamos mucho de vosotros. Esperamos que en esta ocasión os unáis a nosotros por el bien común.

—El «bien común» —imitó Straw—. *Nuestro bien*, quiere decir.

—Dios mío —dijo Annette—, ¿tiene que ser siempre tan irresponsable, Straw? ¿Es que por una vez no puede tener en cuenta las consecuencias? Piense por lo menos en nuestros hijos. Debemos protegerlos a ellos, si no a nosotros.

Omar Diamond se puso a rezar. —Que las fuerzas de la vida se levanten y triunfen en el llano de la batalla. Que el dragón blanco eluda la mancha roja de muerte; que el útero protector descienda sobre esta pequeña tierra y la guarde de aquellos que se asocian con lo impío. —Y, de pronto, recordó una visión que había tenido cuando se dirigía hacia allí, a pie, un presagio de la llegada del enemigo. Una corriente de agua se había convertido en sangre mientras la cruzaba. Ahora sabía lo que significaba la señal. Guerra y muerte, y tal vez la destrucción de los Siete Clanes y sus siete ciudades; seis, sin contar el montón de basura en el que vivían los hebes.

Dino Watters, el dep, murmuró con voz ronca: —Estamos condenados.

Todos lo miraron, incluso Jacob Simion, el hebe. Qué típico de un dep.

—Perdonadlo —susurró Omar. Y en algún lugar, en el imperio invisible, el espíritu de la vida oyó, respondió y perdonó a la criatura moribunda que era Dino Watters del asentamiento dep, Estados Cotton Mather.

2

Con apenas una ojeada al viejo apartamento de paredes de láminas de roca rotas, una luz menguante que probablemente ya no tenía arreglo, un arcaico ventanal y unos anticuados suelos de abedul en mal estado, anteriores a la Guerra de Corea, Chuck Rittersdorf dijo: —Servirá. —Sacó el talonario e hizo una mueca al ver la estufa de hierro forjado; no había visto ninguna desde 1970, desde que era niño.

La propietaria del deteriorado edificio, sin embargo, frunció el ceño con suspicacia al recibir los documentos de identificación de Chuck.

—Según esto está usted casado, señor Rittersdorf, y tiene hijos. No puede traer a su mujer y a sus hijos a este apartamento; en el periódico se decía que era «para persona soltera, con empleo, no bebedora», y...

—Precisamente —dijo Chuck con voz cansada. La casera, gorda, de mediana edad, que llevaba un vestido de piel de grillo venusiano y zapatillas de piel de wub, lo repugnaba; aquello estaba siendo una experiencia horrible— Me he separado de mi mujer. Ella se queda con los niños. Por eso necesito el apartamento.

—Pero vendrán a visitarlo. —Levantó las cejas teñidas de color púrpura.

—Usted no conoce a mi mujer —dijo Chuck.

—Oh, sí lo harán. Conozco esas nuevas leyes federales sobre el divorcio. Esto no es como los viejos días de los divorcios estatales. ¿Ha pasado ya por el juzgado? ¿Tiene los primeros papeles?

—No —admitió. Acababa de empezar. La pasada medianoche se había marchado a un hotel y la noche anterior había sido su última noche intentando conseguir lo imposible, seguir viviendo con Mary.

Entregó el cheque a la casera; ella le devolvió sus documentos identificativos y se fue. Chuck cerró la puerta con llave inmediatamente, se dirigió a la ventana del apartamento y miró la calle de abajo, los coches, los vehículos a reacción, las rampas y avenidas de peatones. Pronto tendría que llamar a su abogado, Nat Wilder. Muy pronto.

La ruptura de su matrimonio era una gran ironía, pues su mujer trabajaba como consejera matrimonial. De hecho se la consideraba la mejor del Condado de Marin, California, donde tenía su oficina. A saber cuántas relaciones humanas fracturadas había remediado. Y sin embargo, para el colmo de la injusticia, fue aquel talento y aquella habilidad lo que en parte lo había empujado a aquel lúgubre apartamento. Porque, al haber triunfado en su carrera profesional, Mary no podía evitar sentir desprecio por él, y ese desprecio había crecido con los años.

El hecho —y tenía que enfrentarse a ello— era que él no había tenido tanto éxito como Mary en su carrera profesional.

Su trabajo, que a él personalmente le gustaba mucho, era programar simulacros

para la agencia de inteligencia del gobierno de Cheyenne y sus interminables programas de propaganda, sus campañas contra los estados comunistas que rodeaban EE UU. Él creía profundamente en su trabajo, pero racionalmente hablando no podía decirse que fuera una profesión noble o bien remunerada; los programas que realizaba eran como mínimo infantiles, falsos y parciales. Gustaban sobre todo a los niños, tanto de EE UU como de los estados comunistas vecinos, y a las grandes masas de adultos de bajo nivel cultural. En realidad, era un vendido. Y Mary se lo había señalado muchas, muchas veces.

Vendido o no, seguía con su trabajo, aunque le habían hecho otras ofertas durante los seis años que había durado su matrimonio. Tal vez fuera porque disfrutaba oyendo las palabras pronunciadas por los simulacros; tal vez porque pensaba que la causa era vital: EE UU estaba a la defensiva, tanto desde el punto de vista político como económico, y tenía que protegerse. Necesitaba personas que trabajaran para el gobierno con salarios francamente bajos y en trabajos carentes de cualidades heroicas o espléndidas. Alguien tenía que programar los simulacros de propaganda, que se repartían por todo el mundo como representantes de la Autoridad de Contrainteligencia, para agitar, convencer, influir. Sin embargo...

La crisis había tenido lugar tres años antes. Uno de los clientes de Mary —que tenía unos problemas matrimoniales increíblemente complejos, incluyendo tres amantes a la vez— era productor de televisión; Gerald Feld producía el famoso programa televisivo de Bunny Hentman, y había comprado una importante pieza del popular cómico. Mary le había pasado varios guiones de programación que Chuck había escrito para la delegación local de la CIA en San Francisco. Feld los había leído con interés, ya que —por eso los había escogido Mary— tenían una gran dosis de humor. Ese era el talento de Chuck; él no programaba el material habitual, solemne y pomposo... Se decía que lo que él hacía estaba lleno de ingenio; chispeaba. Y Feld se había mostrado de acuerdo. Y le había pedido a Mary que le organizara un encuentro con Chuck.

Ahora, junto a la ventana del pequeño, triste y viejo apartamento, al que sólo se había llevado una prenda de vestir, contemplando la calle de abajo, Chuck recordó la conversación con Mary. Había sido especialmente cruel, muy clásica; resumía la brecha que se abría entre ambos.

Para Mary la cosa estaba clara: había una posibilidad de trabajo; tenía que aprovecharla. Feld pagaría bien y el trabajo le daría un enorme prestigio; todas las semanas, al final del programa de Bunny Hentman, el nombre de Chuck figuraría en la pantalla como uno de los guionistas y todo el mundo podría verlo. Mary se sentiría orgullosa —aquella era la palabra clave— del trabajo de él, que era visiblemente creativo. Y para Mary la creatividad era el ábrete sésamo de la vida; trabajar para la CIA, programar simulacros de propaganda que parloteaban para africanos,

latinoamericanos y asiáticos sin educación no era creativo; los mensajes tendían siempre a ser el mismo y de todas formas la CIA tenía mala reputación en los círculos liberales, adinerados y sofisticados que frecuentaba Mary.

—Eres como un... barrendero de hojas en un parque de una ciudad satélite —había dicho Mary, furiosa—, haciendo algún tipo de servicio civil. Es lo más fácil; es la manera de evitar tener que pelear. Tienes treinta y tres años y ya has dejado de intentarlo. Has dejado de querer hacer algo con tu vida.

—Escucha —dijo él, en vano—. ¿Eres mi madre o mi mujer? Quiero decir, ¿es que tienes que estar agujerándome todo el tiempo? ¿Tengo que seguir subiendo? ¿Qué quieres, que llegue a presidente de TERPLAN? —No era sólo cuestión de prestigio y dinero, había algo más. Era evidente que Mary quería que fuera otra persona. Ella, la que mejor lo conocía de todo el mundo, se avergonzaba de él. Si aceptaba el trabajo de guionista de Bunny Hentman se convertiría en alguien diferente, o así creía ella.

No podía negar que tenía lógica. Y sin embargo insistió; no abandonó su trabajo, no cambió. En su interior había algo demasiado inercial. Para bien o para mal. Había cierta histéresis en la esencia de cada uno; él no podía negar aquella esencia fácilmente.

Fuera, en la calle, un Chevrolet blanco de lujo, un modelo nuevo de seis puertas, frenó y aterrizó. Lo observó distraído y entonces, con un sobresalto de incredulidad, se dio cuenta de que —imposible pero cierto— era su ex mujer; allí estaba Mary. Ya lo había encontrado.

Su mujer, la doctora Mary Rittersdorf, estaba a punto de hacerle una visita.

Sintió terror, y una sensación de fracaso; ni siquiera había sido capaz de encontrar un apartamento para vivir donde Mary no pudiera localizarlo. Dentro de unos cuantos días, Nat Wilder podría conseguirle protección legal, pero ahora, en aquel momento, estaba indefenso; tenía que dejarle entrar.

Era fácil imaginarse cómo había dado con él; los dispositivos de detección comunes eran baratos y fáciles de encontrar. Probablemente Mary había acudido a una agencia privada de detección a distancia, había conseguido un *husmeador* y le había presentado su impresión cefálica; éste se había puesto manos a la obra y lo había seguido a todos los lugares adonde había ido desde que la dejara. En la actualidad, encontrar a alguien era una ciencia exacta.

Así, una mujer decidida a localizarte, reflexionó, puede hacerlo. Probablemente estaba regido por una ley; tal vez pudiera llamarla la Ley Rittersdorf. El deseo de escapar, de ocultarse, es directamente proporcional a...

Se oyó un golpe en la puerta hueca del apartamento.

Mientras caminaba hacia la puerta con las piernas rígidas, de mala gana, pensó:

Hará un discurso que englobará todas las súplicas conocidas por la razón. Yo, por supuesto, no tendré argumentos, sólo la sensación de que no podemos seguir, de que el desprecio que siente por mí indica que lo que nos separa es demasiado profundo para plantearse cualquier tipo de intimidad futura.

Abrió la puerta. Allí estaba, con los cabellos oscuros, delgada, enfundada en un abrigo caro de lana natural (el mejor que tenía), sin maquillaje; una mujer tranquila, educada, superior a él en un montón de aspectos. —Escucha, Chuck —dijo—, no voy a consentir todo esto. He llamado a una compañía de mudanzas para que se lleve tus cosas y las guarde. Sólo he venido a que me des un cheque; quiero todo el dinero de tu cuenta corriente. Lo necesito para las facturas.

Así que se había equivocado; no había ningún dulce discurso apelando a la racionalidad. Al contrario; su mujer había decidido terminar. Estaba completamente conmocionado y no pudo más que mirarla boquiabierto.

—He hablado con Bob Alfson, mi abogado —dijo Mary—. Le he dicho que presente una petición de renuncia a la casa.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Por qué?

—Para que firmes la renuncia a tu parte de la casa en mi favor.

—¿Por qué?

—Para ponerla en venta. He decidido que no necesito una casa tan grande y puedo usar el dinero. Voy a meter a Debby en ese internado del Este del que hablamos. —Deborah era su hija mayor, pero sólo tenía seis años, era demasiado joven para irse de casa. Demonios.

—Deja que antes hable con Nat Wilder —dijo él débilmente.

—Quiero el cheque ahora. —Mary no hizo ningún movimiento para entrar; simplemente se quedó allí. Y él sintió un pánico desesperado y desesperante, el pánico de la derrota y el sufrimiento; ya había perdido; Mary podía obligarlo a hacer cualquier cosa.

Cuando Chuck fue a buscar el talonario, Mary entró unos pasos en el apartamento. No tenía palabras para expresar la repugnancia que le inspiraba; guardó silencio. Él se acobardó, no podía enfrentarse a ella; se puso a buscar el talonario.

—Por cierto —dijo Mary en tono casual—, ahora que te has ido para siempre estoy libre para aceptar aquella oferta del gobierno.

—¿Qué oferta del gobierno?

—Quieren psicólogos para un proyecto interplanetario; te hablé de ello. —No tenía la intención de molestarlo en explicárselo.

—Ah, sí. —Lo recordaba vagamente.— Una obra de caridad. —Una consecuencia del conflicto entre Terra y los alfanos de diez años antes. Una luna aislada del Sistema Alfano habitada por terranos que habían perdido el contacto con Terra hacía dos generaciones por causa de la guerra; en el Sistema Alfano, que

contenía docenas de lunas además de veintidós planetas, existían varios enclaves del mismo tipo.

Mary aceptó el cheque y se lo guardó doblado en el bolsillo del abrigo.

—¿Te pagarían? —preguntó él.

—No —dijo Mary, distantemente.

Entonces tendría que vivir —y además mantener a los niños— sólo del salario de Chuck. De repente comprendió: Mary esperaba que el tribunal lo obligara a hacer lo que, con su negativa, había acabado con seis años de matrimonio. Gracias a su enorme influencia en los tribunales del Condado de Marín, Mary conseguiría que tuviera que dejar la delegación de la CIA en San Francisco y buscar un trabajo completamente distinto.

—¿Cuánto... tiempo estarás fuera? —preguntó él. Era obvio que Mary pretendía aprovechar aquel intervalo de reorganización de sus vidas; haría todas las cosas que la presencia de Chuck —supuestamente, al menos— no le había permitido hacer.

—Unos seis meses. Depende. No esperes que me mantenga en contacto contigo. En el juicio me representará Alfson; yo no apareceré. He presentado una demanda por la pensión de mantenimiento, así que no tienes que hacerlo tú.

La iniciativa, incluso en eso, no estaba en sus manos. Siempre había sido demasiado lento.

—Puedes quedarte con todo —le dijo a Mary, de repente.

Su mirada decía: Pero lo que tú puedes darme no es suficiente. «Todo» era casi nada, en lo que a los logros de Chuck se refería.

—No puedo darte lo que no tengo —dijo con calma.

—Sí que puedes —dijo Mary sin sonreír—. Porque el juez opinará lo que yo siempre he opinado de ti. Si tienes que hacerlo, si alguien te obliga, puedes cumplir las normas que se aplican a los hombres adultos que tienen mujer e hijos.

—Pero... tengo que conservar algún tipo de vida propia —dijo él.

—Tu primera obligación es para con nosotros —dijo Mary.

Para aquello no tenía respuesta; sólo podía asentir.

Más tarde, después de que Mary se fuera con los cheques, buscó y encontró un montón de homeo-periódicos en el lavabo del apartamento; se sentó en el antiguo sofá de estilo danés de la sala de estar, buscando artículos sobre el proyecto interplanetario en el que Mary quería participar. Su nueva vida, se dijo, para reemplazar la de casada.

En un periódico de la semana anterior encontró un artículo más o menos completo; encendió un cigarrillo y leyó con atención.

Se necesitaban psicólogos, según el Servicio Interplanetario de Salud y Bienestar de EE UU, porque en un principio la luna había sido una zona hospitalaria, un centro

psiquiátrico para los inmigrantes terranos al Sistema Alfano que habían sucumbido a las condiciones anormales y a la presión excesiva de la colonización interestelar. Los alfanos no habían intervenido, excepto como comerciantes.

Lo que se sabía del estado actual de la luna provenía de esos comerciantes alfanos. Según sus informes, durante las décadas en que el hospital había permanecido ajeno a la autoridad terrana había surgido una especie de civilización. No obstante, no podían evaluarla porque carecían de los conocimientos suficientes de las costumbres terranas. En cualquier caso, había producción e intercambio de artículos de consumo; también había industrias locales, y Chuck se preguntó por qué el gobierno terrano creía necesario intervenir. Podía imaginarse a Mary allí perfectamente; era exactamente el tipo de persona que seleccionaría TERPLAN, la agencia internacional. La gente como Mary siempre tenía éxito.

Dirigiéndose al antiguo ventanal, se puso a mirar abajo una vez más. Y entonces sintió que, a escondidas, crecía en él un antiguo impulso. La sensación de que era inútil continuar; en aquel momento el suicidio, dijeran lo que dijeran las leyes y la iglesia, era para él la única respuesta posible.

Encontró una ventana lateral más pequeña que se abría; levantándola, escuchó el zumbido de un aparato de reacción que aterrizaba en un tejado al otro lado de la calle. El sonido se apagó. Chuck aguardó y luego se subió al borde de la ventana, oscilando sobre el tráfico que se movía debajo...

Dentro del apartamento una voz que no era la suya dijo: —Por favor, dígame cómo se llama. Independientemente de si pretende saltar o no.

Volviéndose, Chuck vio un hongo del ceno ganimediano que entraba en silencio por debajo de la puerta del apartamento y tomaba la forma de un montículo de pequeños glóbulos.

—Tengo alquilado el apartamento de enfrente —declaró el hongo.

—Entre los terranos se acostumbra a llamar —dijo Chuck.

—No tengo nada con que hacerlo. En cualquier caso, deseaba entrar antes de que... se fuera.

—Que salte o no sólo es asunto mío.

—«Ningún terrano es una isla» —citó aproximadamente el hongo—. Bienvenido al edificio que los inquilinos hemos apodado humorísticamente: «Apartamentos de la Sección de Desechos». Hay otras personas a quien debería conocer. Algunos son terranos como usted, y también hay varios no terranos de diversas fisonomías; algunos le repugnarán, otros le gustarán, sin duda. Había pensado pedirle prestado una taza de cultivo de yogur, pero en vista de sus preocupaciones sería una petición insultante.

—No he traído nada. Todavía. —Pasó la pierna por encima del alféizar y volvió a la habitación, alejándose de la ventana. No le sorprendía ver al hongo ganimediano;

los no terranos vivían en guetos; no importaba lo influyentes que fueran y lo bien situados que estuvieran en su sociedad de origen, en Terra se veían obligados a vivir en casas de clase baja como aquélla.

—Si pudiera llevar una tarjeta de presentación —dijo el hongo—, se la enseñaría. Soy un importador de gemas sin tallar, un comerciante de oro de segunda mano y, en las circunstancias adecuadas, un comprador fanático de colecciones filatélicas. De hecho en estos momentos tengo en mi apartamento una selección de los primeros sellos de EE UU, con especial énfasis en *bloques nuevos de cuatro* de la colección de Colón; ¿le gustaría...? —Se interrumpió.— Ya veo que no. En cualquier caso, el deseo de darse muerte se ha alejado temporalmente de su mente. Eso es positivo. Además de las actividades comerciales de las que le he...

—¿No le exige la ley que renuncie a sus dones telepáticos mientras se encuentre en Terra? —dijo Chuck.

—Sí, pero su situación me pareció excepcional. Señor Rittersdorf, yo personalmente no puedo ofrecerle trabajo, ya que no necesito servicios de propaganda. Sin embargo, tengo varios contactos en las nueve lunas; con el tiempo...

—No, gracias —dijo Chuck con aspereza—. Lo único que quiero es estar solo. —Ya había soportado la suficiente ayuda para encontrar empleo para toda una vida.

—No obstante, por mi parte, a diferencia de su esposa, no albergo segundas intenciones. —El hongo se le acercó fluyendo por el suelo.— Al igual que la mayor parte de los hombres terranos, su autoestima se basa en su capacidad de ganar dinero, un aspecto en el que tiene dudas importantes además de enormes complejos. Yo puedo hacer algo por usted... pero requerirá tiempo. Dentro de poco abandonaré Terra y regresaré a mi luna. Supongamos que le pago quinientos skins, de EE UU, por supuesto, para que me acompañe. Considérelo un préstamo, si quiere.

—¿Qué haría yo en Ganímedes? ¿Usted tampoco me cree? —dijo Chuck, irritado—. Tengo un trabajo; un trabajo que me gusta, y no quiero dejarlo.

—A nivel subconsciente...

—No me diga lo que lee en mi subconsciente. Y váyase de aquí y déjeme solo. —Volvió la espalda al hongo.

—Me temo que el impulso suicida volverá, quizás antes incluso que llegue la noche.

—Déjelo.

—Sólo hay una cosa que puede ayudarlo —dijo el hongo—, y no es mi miserable oferta de empleo.

—¿Qué, entonces?

—Una mujer para que reemplace a su esposa.

—Ahora actúa como un...

—En absoluto. No me baso en lo físico ni en lo etéreo; es sólo sentido común.

Tiene que encontrar una mujer que pueda aceptarlo, quererlo, tal como usted es; de lo contrario, morirá. Déjeme pensar en ello. Y mientras tanto contrólese. Deme cinco horas. Y quédese aquí. —El hongo se escurrió lentamente por debajo de la puerta, por la rendija, y salió al vestíbulo. Sus pensamientos se fueron apagando.— Como importador, comprador y comerciante tengo muchos contactos con terranos de todas las clases sociales... —Luego se fue.

Chuck encendió un cigarrillo con las manos temblorosas.

Y se alejó a una gran distancia de la ventana, para sentarse en el antiguo sofá de estilo danés. Y esperó.

Era difícil saber cómo reaccionar al caritativo ofrecimiento del hongo; se sentía furioso y conmovido al mismo tiempo, y, además, perplejo. ¿Podría de veras ayudarlo? Parecía imposible.

Alguien llamó a la puerta del apartamento. No podía ser el ganimediano que regresaba, porque los hongos no llamaban, no podían hacerlo. Chuck se dirigió a la puerta y la abrió.

Era una chica terrana.

3

Aunque tenía miles de asuntos que atender, todos relativos a su nuevo trabajo no remunerado para el Departamento de Salud y Bienestar de EE UU, la doctora Mary Rittersdorf decidió ocuparse de una cuestión personal. Una vez más tomó un taxi de reacción hasta Nueva York y a la oficina de la Quinta Avenida de Jerry Feld, el productor del programa de Bunny Hentman. Una semana antes le había entregado varios de los últimos —y mejores— guiones que Chuck había escrito para la CIA; había llegado el momento de averiguar si su marido, o ex marido, tenía posibilidades de que le dieran el trabajo.

Si Chuck no buscaba un empleo mejor por su cuenta lo haría ella. Era su obligación, aunque sólo fuese porque ella y los niños, al menos durante el año siguiente, dependerían totalmente de los ingresos de Chuck.

Dejando el campo del tejado, Mary bajó por la rampa interior hasta la planta noventa, llegó a la puerta de cristal, vaciló antes de decidirse a abrirla y entró en la oficina donde se encontraba la recepcionista del señor Feld, muy guapa, con mucho maquillaje y un jersey de seda de araña bastante ajustado. A Mary no le gustó la chica; ¿sólo porque los sujetadores habían dejado de llevarse, tenía que plegarse a la moda una mujer con tanto pecho? En su caso era casi imprescindible llevar sujetador, y Mary aguardó encendida de desaprobación.

Y dilatación de pezones, además; era demasiado.

—¿Sí? —dijo la recepcionista, mirándola a través de un monóculo ornamentado y moderno. Cuando topó con la frialdad de Mary los pezones se le encogieron un poco, como si retrocedieran de miedo y sumisión.

—Me gustaría ver al señor Feld. Soy la doctora Mary Rittersdorf y no dispongo de mucho tiempo; parto hacia la base lunar de TERPLAN a las tres de la tarde según la hora de Nueva York. —Procuró que su voz sonara tan eficiente y exigente como ella sabía hacerlo.

Después de una serie de trámites burocráticos por parte de la recepcionista, Mary pudo entrar.

Jerry Feld se encontraba frente a una mesa de roble de imitación —hacía más de una década que no había roble verdadero—, con un proyector, absorto en su trabajo. —Un momento, doctora Rittersdorf. —Señaló una silla; ella se sentó, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

En la diminuta pantalla de televisión, Bunny Hentman actuaba en una pieza en la que representaba a un industrial alemán; con un traje azul cruzado, con botonadura doble, estaba explicando a su equipo de directores cómo podían emplearse los nuevos arados autónomos para la guerra. Cuatro arados se convertirían, si había noticias de hostilidades, en una sola unidad; la unidad no era un arado más grande, sino una

lanzadora de misiles. Bunny hablaba con un acento exagerado, y Feld reía entre dientes.

—No tengo mucho tiempo, señor Feld —dijo Mary secamente.

De mala gana, Feld detuvo la proyección y se volvió hacia ella. —Le he enseñado los guiones a Bunny. Le gustan. El ingenio de su marido está seco, moribundo, pero es auténtico. Es lo que antaño...

—Lo sé —dijo Mary—. He tenido que escuchar sus guiones de programación durante años; siempre los probaba conmigo. —Fumaba rápidamente, nerviosa.— Bien, ¿cree que Bunny podría usarlos?

—No iremos a ninguna parte —dijo Feld— mientras su marido no vea a Bunny; es inútil que...

La puerta de la oficina se abrió y entró Bunny Hentman.

Era la primera vez que Mary veía al famoso cómico televisivo en persona y sentía curiosidad; ¿en qué se diferenciaba de su imagen pública? Era, decidió, un poco más bajo, bastante más viejo, que en la televisión; tenía calva gran parte de la cabeza y parecía cansado. De hecho, en la vida real Bunny parecía un chatarrero^[2] centroeuropeo, vestido con un traje arrugado, mal afeitado, con el pelo cada vez más escaso despeinado y —para colmo— fumando los restos de un puro. Pero aquellos ojos. Parecían atentos y cálidos; Mary se levantó. En televisión no se veía la fuerza de su mirada. Bunny Hentman no era sólo inteligente; había algo más, una mirada de... —Ella no lo sabía. Y...

Bunny desprendía un aura, un aura de sufrimiento. El rostro, el cuerpo, parecían impregnados de dolor. Sí, pensó, eso es lo que hay en sus ojos. El recuerdo del dolor. De un dolor de hace mucho tiempo, pero que no ha podido olvidar, ni lo hará nunca. Fue hecho, puesto en el planeta, para sufrir; no es extraño que sea tan buen cómico. Porque la comedia de Bunny era una lucha, una pelea contra la realidad del dolor físico; era una reacción enorme y efectiva.

—Bun —dijo Jerry Feld—. Esta es la doctora Mary Rittersdorf; su marido escribió esos programas robots para la CIA que te enseñé el jueves.

El cómico tendió la mano. Mary se la dio y dijo: —Señor Hentman...

—Por favor —dijo el cómico—. Ese es sólo mi nombre profesional. Mi verdadero nombre, el nombre con el que nací, es Lionsblood Regal. Tuve que cambiármelo, claro; ¿quién va a presentarse en la industria del espectáculo llamándose Lionsblood Regal? Llámeme Lionsblood o sólo Blood; Jer me llama Li-Reg, es una muestra de intimidad. —Todavía dándole la mano, añadió:— Y si hay algo que me gusta de las mujeres es la intimidad.

—Li-Reg —dijo Feld— es tu dirección cablegráfica; te has vuelto a confundir.

—Cierto. —Hentman soltó la mano de Mary.— Bueno, Frau Doktor Rattenfänger...

—Rittersdorf —corrigió Mary.

—Rattenfänger —dijo Feld— es cazador de ratas en alemán. Mira, Bun, no vuelvas a cometer un error parecido.

—Lo siento —dijo el cómico—. Escuche, Frau Doktor Rittelsdof. Por favor, llámeme algo bonito; puedo utilizarlo. Necesito el afecto de las mujeres guapas; es el niño pequeño que hay en mí. —Sonrió, aunque su rostro, y sobre todo sus ojos, seguían conteniendo el cansancio del mundo, el peso de una antigua carga.— Contrataré a su marido si la veo de vez en cuando. Si él entiende la *verdadera* razón del trato, lo que los diplomáticos llaman los «protocolos secretos». —Dirigiéndose a Jerry Feld, dijo:— Y ya sabes lo que me molestan mis protocolos, últimamente.

—Chuck está viviendo en un apartamento decadente de la Costa Oeste —dijo Mary—. Apuntaré la dirección. —Rápidamente tomó papel y bolígrafo y se puso a escribir.— Dígale que lo necesita; dígale...

—Pero no lo necesito —dijo Bunny Hentman con calma.

—¿Podría verlo, señor Hentman? —dijo Mary con cautela—. Chuck tiene un talento único. Me temo que si nadie le da un empujón...

Tirándose del labio inferior, Hentman dijo: —Teme que no lo utilice, que se desperdicie.

—Sí. —Asintió con la cabeza.

—Pero es su talento. Es él el que tiene que decidir.

—Mi marido —dijo Mary— necesita ayuda. —Y yo debería saberlo, pensó. Mi trabajo es comprender a la gente; Chuck es infantil y dependiente; hay que empujarlo y dirigirlo para que haga algo. De lo contrario, se pudrirá en ese apartamento pequeño, viejo y horrible que ha alquilado. O se tirará por la ventana. Esto, decidió, es lo único que puede salvarlo. Aunque él sería el último en admitirlo.

Mirándola intensamente, Hentman dijo: —¿Puedo hacer un trato complementario con usted, señora Rittersdorf?

—¿Qué... qué tipo de trato complementario? —Lanzó una mirada a Feld; tenía el rostro impassible, como si se hubiera retirado de la situación igual que una tortuga.

—Sólo verla de vez en cuando —dijo Hentman—. A nivel personal.

—No voy a estar aquí. Voy a trabajar para TERPLAN; voy a pasar seis meses en el Sistema Alfano, o quizás años. —Estaba aterrorizada.

—Entonces no hay trabajo para su marido —dijo Hentman.

Feld habló en voz alta. —¿Cuándo se va, señora Rittersdorf?

—Enseguida —dijo Mary—. Dentro de cuatro días. Tengo que hacer el equipaje, dejar a los niños...

—Cuatro días —dijo Hentman, pensativo. Seguía mirándola, de arriba abajo—. ¿Usted y su marido están separados? Jerry dijo...

—Sí —respondió Mary—. Chuck ya se ha ido de casa.

—Cene conmigo esta noche —dijo Hentman—. Y mientras tanto me pasaré por el apartamento de su marido o enviaré a algún empleado. Le haremos una prueba de seis semanas, para que vaya haciendo guiones. ¿Trato hecho?

—No me importa cenar con usted —dijo Mary—. Pero...

—Eso es todo —dijo Hentman— Sólo cenar. En el restaurante que usted quiera, en cualquier lugar de Estados Unidos. Pero, si nos lleva a algo más... —Sonrió.

Después de volar de vuelta a la Costa Oeste en un taxi a reacción, tomó el monorraíl urbano para ir al centro a la delegación de TERPLAN de San Francisco, la agencia con la que había concretado su muy deseable nuevo trabajo.

Poco después estaba subiendo en ascensor; a su lado había un joven con un corte impecable, bien vestido, un oficial de relaciones públicas de TERPLAN cuyo nombre, según había entendido, era Lawrence McRae.

—Hay un grupo de reporteros esperando —dijo McRae—, y esto es lo que van a decirle. Insinuarán, e intentarán que usted lo confirme, que este proyecto terapéutico es una tapadera para la adquisición por parte de Terra de la luna Alfa III M2. Que fundamentalmente lo que queremos es restablecer una colonia, reclamarla, desarrollarla y luego enviar colonos.

—Pero era nuestra antes de la guerra —dijo Mary—. Si no ¿cómo podría haberse utilizado como base hospitalaria?

—Cierto —dijo McRae. Salieron del ascensor, caminaron por un vestíbulo—. Pero hace veinticinco años que no la visita ninguna nave terrana, y desde el punto de vista legal eso invalida nuestras pretensiones territoriales. La luna recuperó la autonomía política y legal hace cinco años. Sin embargo, si aterrizamos y restablecemos la base hospitalaria, con técnicos, doctores, terapeutas y lo que haga falta, podemos exigirla otra vez, si es que los alfanos no lo han hecho ya, y es evidente que no es el caso. Todavía se están recuperando de los efectos de la guerra, claro; puede que sea eso. O puede que hayan explorado la luna y decidido que no es lo que quieren, que el medio es demasiado extraño para su biología. Aquí. —Sostuvo la puerta abierta y Mary entró y se encontró frente a unos quince o dieciséis reporteros sentados, algunos de los cuales llevaban cámaras.

Respirando profundamente, se dirigió al atril que le había indicado McRae; estaba equipado con un micrófono.

McRae, hablando por el micro, dijo: —Señoras y caballeros, ésta es la doctora Mary Rittersdorf, la conocida asesora matrimonial del Condado de Marin que, como ustedes saben, se ha ofrecido voluntaria para participar en el proyecto.

Un reportero dijo enseguida, perezosamente: —Doctora Rittersdorf, ¿cómo se llama el proyecto? ¿Proyecto Psicopático? —Los otros reporteros rieron.

Fue McRae quien respondió. —El nombre de trabajo que le hemos asignado es

Operación Cincuenta Minutos.

—¿Adonde llevarán a los enfermos de la luna cuando los atrapen? —preguntó otro reportero—. Tal vez los metan debajo de la alfombra, ¿no es cierto?

Mary, hablando hacia el micro, dijo: —Primero investigaremos, con el fin de sopesar la situación. Sabemos que los pacientes originales, o por lo menos algunos, y sus hijos están vivos. Ignoramos hasta qué punto es viable la sociedad que han creado. Supongo que no lo es en absoluto, excepto en el sentido estricto, literal, de que están vivos. Intentaremos aplicar una terapia correctiva a los que podamos. Los niños son los que más nos preocupan, evidentemente.

—¿Cuándo llegará a Alfa III M2, doctora? —preguntó otro reportero. Las cámaras trabajaban intensamente, ronroneando como bandadas de pájaros distantes.

—Creo que dentro de dos semanas —dijo Mary.

—No va a cobrar nada por esto, ¿verdad, doctora? —preguntó un reportero.

—No.

—¿Está convencida, entonces, de que es para el bien común? ¿De que es una buena causa?

—Bueno —dijo Mary, insegura— Es...

—Entonces, ¿se beneficiará Terra del contacto con esta cultura de antiguos pacientes mentales? —La voz del reportero era suave.

Volviéndose hacia McRae, Mary preguntó: —¿Qué tengo que decir?

McRae dijo en el micro: —Esa no es competencia de la doctora Rittersdorf; lo suyo no es la política, sino la psicología. Declina responder.

Un reportero, alto, flaco y experimentado, se puso en pie y dijo lenta y pesadamente: —¿No se le ha ocurrido a TERPLAN dejar esa luna en paz? ¿Tratar esa cultura como cualquier otra cultura, respetando sus valores y costumbres?

—Aún no sabemos lo suficiente —respondió Mary, insegura—. Tal vez cuando sepamos más... —Se interrumpió, sin saber qué decir.— Aunque no es una subcultura —dijo—. No tiene tradición. Se trata de una cultura formada por individuos con enfermedades mentales y sus hijos, que se creó hace sólo veinticinco años... No puede dignificarla comparándola con, por ejemplo, las culturas ganimediana o jónica. ¿Qué valores puede desarrollar un pueblo de enfermos mentales? En tan poco tiempo, además.

—Pero usted misma ha dicho —observó suavemente el reportero— que en este momento no saben nada de ellos. Según sus conocimientos...

McRae, hablando en el micrófono, dijo ásperamente: —Si han desarrollado algún tipo de cultura estable y viable los dejaremos en paz. Pero esa decisión corresponde a los expertos como la doctora Rittersdorf, no a usted, ni a mí, ni a la opinión pública estadounidense. Sinceramente, creemos que no hay nada más potencialmente peligroso que una sociedad en que el poder está en manos de psicopáticos, que

definen los valores, controlan los medios de comunicación. De ahí puede salir casi cualquier cosa que se le ocurra: un nuevo culto religioso fanático, un concepto de estado nacionalista paranoico, una destructividad bárbara de tipo maníaco... Sólo estas posibilidades justifican la investigación de Alfa III M2. La razón de este proyecto es defender nuestra vida y nuestros valores.

Los reporteros guardaron silencio, sin duda convencidos por lo que había dicho McRae. Y Mary estaba de acuerdo con él, naturalmente.

Más tarde, cuando ella y McRae abandonaron la sala, Mary preguntó: —¿Cuál es la verdadera razón?

Mirándola, McRae dijo: —¿Quiere saber si vamos a Alfa III M2 porque tememos las consecuencias que puedan afectarnos a nosotros de un enclave social de enfermos mentales o porque nos inquieta la existencia de una sociedad de enfermos mentales? Creo que ambas razones son suficientes; al menos para usted deberían serlo.

—¿No debería preguntar? —Observó al joven y elegante oficial de TERPLAN.— Sólo debo...

—Usted debe realizar su labor terapéutica y eso es todo. Yo no le digo cómo curar a los enfermos; ¿por qué debería decirme usted cómo enfrentarme a una situación política? —La miró con frialdad.— No obstante, le diré un propósito más de la *Operación Cincuenta Minutos* que tal vez no se le haya ocurrido. Es muy posible que en veinticinco años una sociedad de personas mentalmente enfermas haya desarrollado ideas tecnológicas que nosotros podemos utilizar, sobre todo los maníacos, la clase más activa. —Apretó el botón del ascensor.— Tengo entendido que tienen una gran inventiva. Como los paranoicos.

—*¿Esa es la razón por la que Terra no ha enviado a nadie hasta ahora?* —dijo Mary—. ¿Porque querían ver cómo desarrollaban sus ideas?

Sonriendo, McRae esperó el ascensor; no respondió. Parecía, decidió ella, completamente seguro de sí mismo. Y eso, por lo que se sabía de los psicopáticos, era un error. Posiblemente muy grave.

Hasta casi una hora después, cuando volvía a su casa del Condado de Marín, no advirtió una contradicción fundamental en la posición del gobierno. Por un lado, iban a investigar la cultura de Alfa III M2 porque temían que fuera letal, y por otro para ver si había desarrollado algo útil. Casi un siglo antes, Freud había demostrado la falsedad de las dobles lógicas como aquélla; en realidad, cada proposición anulaba la otra. El gobierno no podía pensar las dos cosas.

El psicoanálisis había demostrado que, en general, cuando se daban dos razones contradictorias para un acto, el verdadero motivo subyacente no era ninguna de las dos, era un tercer argumento del que la persona —o en este caso el cuerpo de oficiales del gobierno— no era consciente.

Se preguntó cuál era el verdadero motivo en aquella ocasión.

En cualquier caso, el proyecto para el que se había ofrecido ya no le parecía tan idealista, tan desprovisto de segundas intenciones.

Fuera cual fuera el motivo real del gobierno, intuía claramente una cosa sobre él: era un motivo provechoso, claro, interesado.

Y, además, intuía una cosa más.

Probablemente ella nunca lo sabría.

Estaba absorta en la tarea de empaquetar los jerséis en el cajón cuando de repente se dio cuenta de que no estaba sola. Había dos hombres en la puerta; se volvió rápidamente, poniéndose en pie de un salto.

—¿Dónde está el señor Rittersdorf? —dijo el hombre más viejo. Sacó una cartera negra y plana con una tarjeta de identificación; los dos hombres, advirtió Mary, eran de la oficina de su marido, de la delegación de la CIA en San Francisco.

—Ya no vive aquí —dijo—. Les daré su dirección.

—Un informador no identificado —dijo el hombre más viejo— nos ha hecho saber que su marido podría estar planeando suicidarse.

—Como siempre —dijo Mary mientras apuntaba la dirección del triste tugurio donde vivía Chuck ahora—. Yo no me preocuparía por él; es un enfermo crónico, pero nunca muere del todo.

El agente de la CIA más viejo la miró con una hostilidad evidente. —Entiendo que usted y el señor Rittersdorf están en proceso de separación.

—Cierto. Si es que es asunto suyo. —Le dirigió una sonrisa breve y profesional — Ahora, ¿puedo continuar empaquetando?

—Nuestra oficina —dijo el agente de la CIA— suele procurar cierta protección a sus empleados. Si su marido se suicida habrá una investigación para determinar hasta qué punto ha tenido usted algo que ver con ello. —Añadió:— Y en vista de su condición de asesora matrimonial, podría resultar embarazoso, ¿no le parece?

Al cabo de una pausa, Mary dijo: —Sí, supongo que sí.

El agente de la CIA más joven, que tenía el pelo cortado al cero, dijo: — Considérelo una advertencia informal. No se apresure, señora Rittersdorf; no presione a su marido. ¿Comprende? —Tenía los ojos exánimes, fríos.

Ella asintió. Y se estremeció.

—Mientras tanto —dijo el hombre más viejo—, si aparece por aquí, dígame que se ponga en contacto con nosotros. Tiene un permiso de tres días, pero nos gustaría hablar con él. —Ambos hombres salieron de la habitación, hacia la puerta principal de la casa.

Mary regresó a las maletas, suspirando aliviada, ahora que los dos agentes de la CIA se habían ido.

La CIA no va a decirme lo que tengo que hacer, pensó. Le diré lo que quiera a mi

marido, haré lo que quiera. No van a protegerte, Chuck, se dijo mientras empaquetaba jersey tras jersey, comprimiéndolos salvajemente en la maleta. De hecho, se dijo, te costará caro haberlos llamado; así que prepárate.

Riendo, pensó: Pobre idiota asustado. Pensabas que sería una buena idea intimidarme enviando a tus colegas. Tú te habrías asustado, pero yo no. Son sólo unos polis estúpidos e imbéciles.

Mientras hacía las maletas acarició la idea de llamar a su abogado para hablarle de las tácticas de presión de la CIA. No, decidió, ahora no; esperaré hasta que la petición de divorcio llegue al juez Brizzolara. Y entonces las utilizaré como prueba; demostrarán el tipo de vida que me he visto obligada a llevar estando casada con este hombre. Expuesta al acoso policial, constantemente. Además, recibiendo proposiciones cuando intento conseguirle un trabajo.

Pobre Chuck, se dijo, no tendrás ni una sola posibilidad cuando te lleve a los tribunales. Nunca sabrás lo que acabó contigo; pagarás por esto el resto de tu vida. Mientras vivas, querido, nunca te librarás de mí completamente; siempre te costará algo.

Empezó a doblar con cuidado los numerosos vestidos y a meterlos en el enorme baúl con perchas especiales.

Te costará, se dijo, más de lo que puedes pagar.

La chica que había en la puerta dijo con una voz suave y vacilante: —Hum, soy Joan Trieste. Lord Running Clam me ha dicho que acabas de mudarte aquí. —Su mirada vagaba detrás de Chuck Rittersdorf, por el apartamento.— Todavía no te has traído tus cosas, ¿verdad? ¿Puedo ayudarte? Puedo colgar las cortinas y limpiar los estantes de la cocina, si quieres.

—Gracias —dijo Chuck—. Pero estoy bien. —Lo conmovía que el hongo hubiera hecho aquello, que le hubiera enviado a la chica.

No tenía ni veinte años, decidió; llevaba el pelo recogido en una gran trenza que le bajaba por la espalda, y era castaño, de ningún tono especial, un pelo corriente. Además, ella parecía bastante blanca, demasiado pálida. No tenía una figura llamativa, aunque al menos era delgada. Joan Trieste llevaba unos pantalones oscuros muy ceñidos y zapatillas y una camisa de algodón masculina; no parecía llevar sujetador, tal como dictaba la moda, pero los pezones eran sólo unos círculos oscuros y planos debajo de la tela blanca de algodón de la camisa: no se podía permitir o no quería hacerse la popular operación de dilatación de pezones. Entonces pensó que era pobre. Posiblemente estudiante.

—Lord Running Clam —explicó ella— es de Ganimedes; vive al otro lado del vestíbulo. —Sonrió un poco; tenía, advirtió Chuck, unos dientes pequeños y blancos muy bonitos, bastante regulares, bien formados. Casi perfectos, de hecho.

—Sí —dijo Chuck—. Entró por debajo de la puerta hace una hora o así. Dijo que iba a enviar a alguien —añadió—. Al parecer pensó...

—¿Es verdad que intentaste matarte?

Después de una pausa se encogió de hombros. —El hongo creyó que sí.

—Sí lo intentaste. Todavía se te nota; te lo veo. —Pasó por su lado y entró en el apartamento.— Soy una... Ya sabes. Una psi.

—¿Qué tipo de psi? —Dejó la puerta del vestíbulo abierta y fue a buscar el paquete de Pall Malls para encender un cigarrillo.— Hay de todo tipo. Desde los que pueden mover montañas hasta los que sólo...

Joan lo interrumpió. —Mi poder es muy limitado, pero mira. —Volviéndose, se levantó la solapa de la camisa.— ¿Ves el botón? Miembro bona fide de los Psi Unidos de América. Puedo retroceder el tiempo —explicó—. En un área determinada, digamos que de doce por nueve, del tamaño de tu sala de estar, aproximadamente. Hasta un período de cinco minutos. —Sonrió y sus dientes maravillaron a Chuck una vez más; le transformaban la cara, la hacían hermosa; cuando sonreía era un espectáculo delicioso, y le pareció que eso decía algo de ella. La belleza salía del interior; por dentro era adorable, y se dio cuenta de que con el paso de los años, a medida que envejeciera, iría saliendo progresivamente, iría

influyendo la superficie. Para cuando tuviera treinta o treinta y cinco años estaría radiante. Ahora todavía era una niña.

—¿Sirve para algo? —preguntó.

—Tiene un uso limitado. —Apoyándose en el brazo del arcaico sofá danés, se metió los dedos en los bolsillos de los estrechos pantalones y le explicó:— Trabajo para el Departamento de Policía de Ross; me llaman en cuanto hay un accidente de tráfico grave y... Te reirás, pero funciona. Hago retroceder el tiempo hasta antes del accidente o, si llego demasiado tarde, si han pasado más de cinco minutos, a veces puedo recuperar a una persona que acaba de morir. ¿Entiendes?

—Entiendo —dijo él.

—No está muy bien pagado. Y lo peor es que tengo que estar localizada las veinticuatro horas del día. Me lo notifican en mi apartamento y voy al sitio en un vehículo de reacción de alta velocidad. ¿Ves? —Volvió la cabeza, se señaló la oreja derecha; Chuck vio un pequeño cilindro achaparrado incrustado en la oreja y advirtió que era un receptor policial.— Siempre estoy conectada. Eso significa que no puedo alejarme a más de unos pocos segundos corriendo de un medio de transporte, claro; puedo ir a restaurantes, teatros y a las casas de otros, pero...

—Bueno —dijo él—, a lo mejor me salvas la vida alguna vez. —Pensó: Si hubiera saltado habrías podido obligarme a volver a la vida. Qué gran servicio...

—He salvado muchas vidas. —Joan tendió la mano.— ¿Puedo fumar un cigarrillo yo también?

Le dio uno, lo encendió, sintiéndose —como era habitual— culpable del olvido.

—¿A qué te dedicas tú? —preguntó Joan.

De mala gana —no porque fuera secreto, sino porque ocupaba un peldaño muy bajo en la escala del prestigio social— le describió su trabajo con la CIA. Joan Trieste escuchaba atentamente.

—Entonces ayudas a que nuestro gobierno no caiga —dijo, con una sonrisa de placer—. ¡Qué maravilla!

Encantado, Chuck dijo: —Gracias.

—¡Claro que sí! Piensa... Piensa que en este momento hay cientos de simulacros por todo el mundo comunista diciendo tus palabras, parando a la gente en las esquinas de la calle y en las selvas... —Le brillaban los ojos.— Y yo sólo ayudo al Departamento de Policía de Ross.

—Hay una ley —dijo Chuck—, que yo llamo la Tercera Ley de Rittersdorf de los Ingresos Exiguos, que dice que cuanto más tiempo llevas haciendo un trabajo menos importancia le concedes en el esquema de las cosas. —Le devolvió la sonrisa; el brillo de sus ojos, el destello de los dientes blancos, hacían que sonreír le resultara fácil. Estaba empezando a olvidar el estado de ánimo oprimido y desesperado que tenía poco antes.

Joan erraba por el apartamento. —¿Vas a traerte muchos objetos personales? ¿O vas a vivir siempre así? Te ayudaré a decorarlo, y Lord Running Clam también, en lo que pueda. Y al final del vestíbulo hay una forma de vida de metal fundido de Júpiter que se llama Egdar; ahora mismo está hibernando, pero cuando vuelva a la vida seguro que quiere participar. Y en el apartamento de tu izquierda hay un pájaro wiz de Marte; ya sabes, esos del tocado multicolor... No tiene manos, pero puede mover objetos por psicoquinesis; querrá ayudar, pero hoy está incubando; está encima de un huevo.

—Dios —dijo Chuck—. Qué edificio tan variado. —Estaba un poco sorprendido de oír todo aquello.

—Además —dijo Joan—, en la planta de abajo hay un perezoso greeb de Calisto; ahora está abrazado a la lámpara que hay en todos estos apartamentos... de 1960, aproximadamente. Se despertará en cuanto se ponga el sol; entonces sale y compra comida. Y ya has conocido al hongo. —Chupó el cigarrillo con fuerza, sin mucha experiencia.— Me gusta este sitio; conoces todo tipo de formas de vida. Antes de ti en este apartamento vivía un musgo venusiano. Le salvé la vida una vez; se había secado... Tienen que mantenerse húmedos, ya sabes. El clima del Condado de Marin era demasiado seco para él; al final se mudó al norte, a Oregon, donde llueve todo el tiempo. —Volviéndose, se detuvo y lo miró de pies a cabeza.— Pareces haber tenido un montón de problemas.

—No eran problemas de verdad. Sólo imaginarios. Evitables. —Problemas que de haber pensado con la cabeza nunca habría tenido; nunca me habría casado con ella.

—¿Cómo se llama tu mujer?

Sobresaltado, dijo: —Mary.

—No te mates por haberla dejado —dijo Joan—. Dentro de unos meses o incluso semanas te sentirás entero otra vez. Ahora te sientes como la mitad de un organismo que se ha partido en dos. La fisión binaria siempre duele; lo sé por un protoplasma que vivía aquí... Sufría cada vez que se dividía en dos, pero tenía que hacerlo, tenía que crecer.

—Supongo que crecer es doloroso. —Dirigiéndose al ventanal miró una vez más las avenidas de peatones y los vehículos y vagones de abajo. Había faltado tan poco...

—No es un mal sitio para vivir —dijo Joan—. Lo sé; he vivido en muchos sitios. Eso sí, en el Departamento de Policía de Ross todo el mundo conoce la Sección de Desechos —añadió con sinceridad—. Ha habido montones de problemas aquí, pequeños robos, peleas, hasta un homicidio. No es un sitio limpio... Eso ya se ve.

—Y sin embargo...

—Y sin embargo creo que deberías quedarte. Tendrás compañía. Sobre todo por la noche, cuando las formas de vida no terranas empiezan a circular, ya lo

comprobarás. Y Lord Running Clam es un amigo estupendo; ha ayudado a un montón de gente. Los ganimedianos tienen lo que san Pablo llamaba *caritas*... Y recuerda, Pablo decía que la *caritas* era la más grande de todas las virtudes. La palabra moderna para describirla sería empatía, supongo —añadió.

La puerta del apartamento se abrió; Chuck se volvió al instante. Y vio a dos hombres que conocía bastante bien. Su jefe, Jack Elwood, y su compañero en la escritura de guiones, Pete Petri. Al verlo, ambos hombres parecieron aliviados.

—Maldita sea —dijo Elwood—, creíamos que era demasiado tarde. Nos pasamos por tu casa, pensando que a lo mejor estabas allí.

Dirigiéndose a Elwood, Joan Trieste dijo: —Soy del Departamento de Policía de Ross. ¿Puedo ver sus documentos de identificación, por favor? —Hablaban con voz fría.

Elwood y Petri le enseñaron la identificación de la CIA, brevemente, y luego se acercaron a Chuck. —¿Qué está haciendo aquí la policía de la ciudad? —preguntó Elwood.

—Es una amiga —dijo Chuck.

Elwood se encogió de hombros. —¿No podrías haberte buscado un apartamento mejor? —Examinó la habitación.— Este lugar apesta, literalmente.

—Es sólo temporal —dijo Chuck, incómodo.

—No empeores —dijo Pete Petri—. Y tu permiso; lo han cancelado. Creen que deberías estar trabajando. Por tu propio bien. No deberías estar solo, pensando. —Echó una ojeada a Joan Trieste, sin duda preguntándose si había interferido en el intento de suicidio. Nadie se lo aclaró, sin embargo— Entonces, ¿vas a venir a la oficina con nosotros? Hay un montón de cosas que hacer; para toda la noche, según parece.

—Gracias —dijo Chuck—. Pero tengo que empezar a trasladar las cosas. Necesito decorar el apartamento, al menos un poco. —Todavía quería estar solo, tanto como apreciaba sus intenciones. Era instintivo, alejarse a rastras, esconderse; le salía de dentro.

—Puedo quedarme con él un rato, por lo menos —dijo Joan Trieste dirigiéndose a los dos agentes de la CIA—. Si no recibo una llamada de emergencia. Suele haber una alrededor de las cinco, cuando empieza la hora punta del tráfico. Pero hasta...

—Escuchad —dijo Chuck con brusquedad.

Los tres se volvieron hacia él inquisitivamente.

—Cuando alguien quiere suicidarse —dijo Chuck—, *no podéis detenerlo*. A lo mejor conseguís retrasarlo. A lo mejor un psi como Joan consigue devolverlo a la vida. Pero aunque se retrase acabará haciéndolo, y aunque sea devuelto a la vida encontrará la manera de hacerlo otra vez. Así que dejadme solo. —Estaba cansado.— A las cuatro tengo una cita con mi abogado. Tengo muchas cosas que hacer. No

puedo quedarme aquí charlando.

Mirándose el reloj, Elwood dijo: —Te llevaré al despacho de tu abogado. Tenemos el tiempo justo. —Se volvió a Petri con un brusco ademán.

Chuck le dijo a Joan: —A lo mejor vuelvo a verte. En algún momento. —Estaba demasiado cansado para preferir una cosa u otra.— Gracias —dijo distraídamente; no sabía con exactitud por qué le daba las gracias.

—Lord Running Clam —dijo Joan, con un énfasis cauteloso— está en su habitación y puede leerte el pensamiento; si intentas matarte otra vez lo oirá e intervendrá. Así que si tienes la intención de hacerlo...

—Vale —dijo Chuck—. No lo intentaré aquí. —Fue hacia la puerta con Elwood y Petri, uno a cada lado; Joan iba detrás.

Cuando salieron al pasillo advirtió que la puerta del hongo estaba abierta; el enorme montículo amarillo se onduló ligeramente como saludo.

—Gracias a usted también —dijo Chuck con cierta ironía, y luego siguió su camino con sus dos compañeros de la CIA.

En el auto que los llevaba a la oficina de Nat Wilder en San Francisco, Jack Elwood dijo: —Esa *Operación Cincuenta Minutos*... Hemos pedido que se nos permita incluir un agente en el equipo del primer aterrizaje; una petición rutinaria que nos han concedido, claro. —Observó pensativo a Chuck.— Creo que en este caso usaremos un simulacro.

Chuck Rittersdorf asintió distraído. Era un procedimiento habitual utilizar simulacros en proyectos con facciones potencialmente hostiles; la CIA tiene un presupuesto de funcionamiento bajo y no le gusta perder a sus hombres.

—De hecho —dijo Elwood—, el simulacro, que nos ha preparado G. D. en Palo Alto, está acabado y se encuentra en la oficina. ¿Quieres verlo? —Examinó un pequeño bloc de notas que se sacó del bolsillo del abrigo.— Se llama Daniel Mageboom. Veintiséis años. Anglosajón. Licenciado en Stanford en Politécnicas. Dio clases en el estado de San José y luego se unió a la CIA. Eso es lo que les diremos a los miembros del proyecto; sólo nosotros sabremos que es un simu recopilando datos para la CIA. De momento no hemos decidido quién controlará a Dan Mageboom. Tal vez Johnstone —concluyó.

—Ese tonto —dijo Chuck. Los simus podían operar de manera autónoma hasta cierto punto, pero en una operación de aquel tipo había que tomar demasiadas decisiones; si se lo dejaba solo, los demás no tardarían en darse cuenta de que Dan Mageboom era un robot. Caminaría y hablaría, pero cuando llegara el momento de decidir una política... Era cuando un buen operador, sentado completamente a salvo en el Nivel Uno del edificio de la CIA de San Francisco, tomaba el control.

Cuando aparcaban el auto en el campo de aterrizaje del tejado del edificio de la

oficina de Nat Wilder, Elwood dijo pensativo: —Estaba pensando, Chuck, que a lo mejor te gustaría manejar a Danny. Johnstone, como tú has dicho, no es el mejor.

Chuck lo miró, sorprendido. —¿Por qué? No es mi trabajo. —La CIA tenía un cuerpo de hombres preparados para la animación de simulacros.

—Como favor —dijo Elwood lentamente, observando el abundante tráfico aéreo de la tarde que pendía como una capa de humo sobre la ciudad—. Para poder estar con tu mujer, por así decirlo.

Al cabo de un rato, Chuck dijo: —De ninguna manera.

—¿Observarla, entonces?

—¿Para qué? —Se sentía desconcertado y furioso. Ultrajado.

—Seamos realistas —dijo Elwood—. Los agentes psi de la CIA tienen muy claro que todavía estás enamorado de ella. Y necesitamos un operador a tiempo completo para Dan Mageboom. Petri puede encargarse de tus guiones durante unas semanas; acéptalo, prueba si te gusta, y si no lo dejas y vuelves con los guiones. Dios, llevas años programando simulacros; seguro que se te da bien; me jugaría cualquier cosa. Y si te vas en la misma nave que Mary, aterrizas en Alfa III M2 al mismo tiempo...

—No —repitió Chuck. Abrió la puerta del auto y salió al campo de aterrizaje—. Te veré después; gracias por el viaje.

—Ya sabes —dijo Elwood— que podría ordenarte que lo lleves. Lo haría, si creyera que te beneficiaría. Lo que es muy posible. Creo que ya sé lo que voy a hacer: voy a buscar la carpeta de tu mujer del FBI y le voy a echar un vistazo. Según el tipo de persona que sea... —Gesticuló.— Decidiré una cosa u otra.

—¿Qué tipo de persona tendría que ser —dijo Chuck— para que yo la espiera desde un simulacro de la CIA?

—Una mujer con la que merezca la pena que vuelvas —dijo Elwood. Cerró la puerta del auto; Petri encendió el motor y el auto salió disparado hacia el cielo del anochecer. Chuck contempló cómo se iba.

Mentalidad de CIA, se dijo con acritud. Bueno, a estas alturas debería estar acostumbrado.

Pero Elwood tenía razón en una cosa. Había programado muchos simulacros, con una retórica calculadamente persuasiva. Si se encargaba del control remoto, no sólo podría manejar con éxito a Dan Mageboom o como se llamara; podría —y eso lo obligó a hacer una pausa—, podría transformar el simulacro en un instrumento perfectamente afinado, en una máquina que guiara, engañara y, sí, incluso corrompiera, a los que lo rodeaban. Él no sabía ser tan elocuente; sólo se le daba bien su especialidad.

Dan Mageboom, en manos de Chuck, podría obtener muchas cosas de Mary Rittersdorf. Y nadie lo sabía mejor que su jefe, Jack Elwood. No era extraño que lo hubiera sugerido.

Pero era potencialmente siniestro; le repugnaba; había odio en él y eso lo impulsaba a apartarse.

Y sin embargo, no podía rechazarlo sin más; las cosas —la vida misma, la existencia en la Tierra— no eran tan simples.

La solución, quizá, era que lo hiciera alguien en quien pudiera confiar. Petri, por ejemplo. Alguien que pudiera salvaguardar sus intereses.

Y entonces pensó: ¿Cuáles son mis intereses?

Reflexivamente, bajó la rampa de entrada, perdido en sus pensamientos. Porque una nueva idea que no le había sugerido Jack Elwood se le había deslizado en la mente sin que se diera cuenta.

Hay algo que podría hacer en esas circunstancias, pensó. Un simulacro de la CIA con Mary en una luna lejana en un sistema estelar completamente distinto... Entre los miembros psicopáticos de una sociedad de enfermos mentales. Algo que podría pasar, en esas circunstancias tan excepcionales.

No era una idea que pudiera comentar con alguien; de hecho, le resultaba difícil expresarla incluso para sí mismo. Sin embargo, tenía sus ventajas sobre el suicidio, que ya había estado a punto de cometer.

En esas circunstancias podría conseguir matarla, se dijo. A través del robot de la CIA, mejor dicho, del robot de General Dynamic. Legalmente tendría bastantes posibilidades de que me absolvieran, porque un simulacro operado a esa distancia funciona por su cuenta en muchas ocasiones; sus circuitos autónomos se imponen con frecuencia a las instrucciones de largo alcance que le llegan desde el control. De todas formas, vale la pena intentarlo. En el juicio declararé que el simulacro actuó por cuenta propia; además, puedo conseguir un montón de documentos técnicos que demuestran que los simulacros suelen hacer esas cosas... La historia de las operaciones de la CIA está llena de meteduras de pata parecidas en momentos cruciales.

Y la acusación tendrá que demostrar que yo le di la orden al simulacro.

Llegó a la puerta de Nat Wilder; se abrió y entró, todavía pensativo.

Tal vez fuera una buena idea y tal vez no; sus méritos eran cuando menos cuestionables, por razones morales o simplemente prácticas. Pero en cualquier caso era una de esas ideas que una vez que se te ocurren son difíciles de olvidar; había entrado en su mente como una *idéé fixe* y una vez allí no había manera de expulsarla.

No era en absoluto, ni siquiera en teoría, un «crimen perfecto». Las sospechas recaerían sobre él de inmediato; el fiscal del condado o del estado —el que se encargara de esos casos— adivinaría enseguida lo que había ocurrido exactamente. Y lo mismo harían los periodistas, entre quienes se contaban algunas de las mentes más perspicaces de EE UU. Pero demostrar una cosa era muy distinto de sospecharla.

Y hasta cierto punto podría ocultarse detrás de la cortina de alto secreto que

continuamente oscurecía las actividades de la CIA.

Entre Terra y el Sistema Alfano había más de tres años luz, una distancia inmensa. Una distancia demasiado grande, en circunstancias normales, para cometer un crimen capital. Sería razonable asumir como un factor constante los fallos de la señal electromagnética al entrar y salir del hiperespacio. Un abogado defensor, si era inteligente, podría montar un caso jodidamente bueno a partir sólo de ese detalle.

Y Nat Wilder lo era.

Aquella noche, después de cenar en el restaurante Blue Fox, llamó a casa de su jefe, Jack Elwood.

—Me gustaría ver la criatura a la que llama Dan Mageboom —dijo con cautela.

En la pequeña pantalla, el rostro de su jefe se retorció hasta formar una sonrisa. —Muy bien. Es bastante fácil; vete a ese apartamento ruinoso donde te has metido y haré que Dan se pase por allí. Lo tengo en casa. Fregando platos en la cocina. ¿Qué te ha hecho decidirte?

—Nada en particular —dijo Chuck, y colgó.

Volvió a su apartamento —de noche, con la vieja y defectuosa lámpara encendida, la habitación era más deprimente que nunca— y se sentó para esperar a Dan.

Casi enseguida oyó una voz en el vestíbulo, una voz de hombre que preguntaba por él. Y entonces los pensamientos del hongo ganimediano tomaron forma en su mente. —Señor Rittersdorf, en el pasillo hay un caballero que lo busca; por favor, abra la puerta y salúdelo.

Chuck fue a la puerta y la abrió.

En el vestíbulo había un hombre de mediana edad, de baja estatura, con un vientre prominente y un traje anticuado. —¿Es usted el señor Rittersdorf? —preguntó el hombre con mal humor— Santo Dios, menudo tugurio. Y está lleno de extraños no terranos... ¿Qué hace un terrano aquí? —Se enjugó el rostro rojo y sudado con un pañuelo de bolsillo— Soy Bunny Hentman. Usted es el guionista, ¿verdad? ¿O nada tiene aquí sentido?

—Soy escritor de guiones para simulacros —dijo Chuck. Evidentemente, aquello era cosa de Mary; quería asegurarse de que tenía buenos ingresos para mantenerla en su situación posconyugal.

—¿Cómo es que no me ha reconocido? —dijo Hentman, malhumorado—. ¿Acaso no soy famoso en el mundo entero? O a lo mejor es que no ve la tele. —Irritado, dio una calada al puro.— Así que he venido, aquí estoy. ¿Quiere trabajar para mí o no? Escuche, Rittersdorf... No estoy acostumbrado a ir por ahí suplicando. Pero lo que hace es bueno; tengo que reconocerlo. ¿Dónde está su habitación? ¿O es que tenemos que quedarnos de pie en el vestíbulo? —Avistó la puerta medio abierta del apartamento de Chuck; enseguida echó a andar hacia allí, entró y desapareció.

Chuck lo siguió pensando rápidamente. Era evidente que no sería fácil librarse de Hentman. Aunque, en realidad, no tenía nada que perder con la presencia de Hentman; sería una buena prueba para el simulacro Dan Mageboom.

—Usted sabe —le dijo a Hentman mientras cerraba la puerta del apartamento— que yo no he buscado ese trabajo.

—Claro, claro —dijo Hentman, asintiendo—. Lo sé; usted es un patriota, le gusta trabajar para los espías. Escuche. —Movi6 un dedo delante de Chuck.— Puedo pagarle tres veces m6s que ellos. Y tendr6 mucha m6s libertad para escribir. Aunque claro, el que decide qu6 se utiliza y con qu6 palabras exactas soy yo. —Con horror ech6 una ojeada a la sala de estar del apartamento.— Caramba. Me recuerda a mi infancia en el Bronx. Quiero decir, esto es pobreza de verdad. ¿Qu6 le ha pasado? ¿Lo ha dejado limpio su mujer con la sentencia de divorcio? —Sus ojos, sabios y llenos de compasi6n, parpadearon.— S6, puede ser horrible; lo s6. Me he divorciado tres veces, y todas me han costado un ojo de la cara. La ley est6 con las mujeres. Esa mujer suya es atractiva, pero... —Gesticul6.— No s6. Es como fr6a; ¿sabe lo que quiero decir? Con una mujer as6 hay que asegurarse de que no hay problemas legales antes de liarse con ella. Hay que estar seguro de que es superlegal. —Observ6 a Chuck.— Pero usted es de los que se casan; se le nota. Juega limpio. Una mujer como 6sa puede pisotearlo con los dos pies. Y dejarlo m6s chato que el culo de un gusano.

Alguien llam6 a la puerta. Y al mismo tiempo los pensamientos del hongo ganimediano, Lord Running Clam, tomaron forma en la mente de Chuck. —Un segundo visitante, se6or Rittersdorf. Esta vez es un hombre m6s joven.

—Disculpe —dijo Chuck a Bunny Hentman; se dirigi6 a la puerta y la abri6.

—¿Qui6n es el que habla con la mente? —musit6 Hentman por detr6s.

Un joven de rostro entusiasta y buena apariencia, vestido elegantemente con la ropa m6s a la moda de Harding Brothers, le dijo: —¿Se6or Rittersdorf? Soy Daniel Mageboom. El se6or Elwood me pidi6 que me pasara por aqu6.

Era un buen trabajo; Chuck nunca lo hubiera adivinado.

Y al darse cuenta se sinti6 euf6rico. —Claro —dijo—. Adelante —e hizo entrar al simulacro en el viejo apartamento—. Se6or Mageboom —dijo—, 6ste es el famoso c6mico televisivo Bunny Hentman. Ya sabe... ya-ya, bum-bum, el Hentman que sale corriendo vestido de conejo con los ojos bizcos y las orejas colgando.

—Es todo un honor —dijo Mageboom tendi6ndole la mano; se dieron la mano, estudi6ndose el uno al otro—. He visto su programa muchas veces. Es divertid6simo.

—S6 —murmur6 Bunny Hentman, mirando severamente a Chuck.

—Dan es un empleado de mi oficina; es la primera vez que nos vemos —dijo Chuck—. Vamos a trabajar juntos —a6adi6.

—No —dijo Hentman con energ6a—. Usted va a trabajar para m6, ¿no lo entiende? He tra6do el contrato; lo han redactado mis abogados. —Rebusc6 en el bolsillo del abrigo.

—¿He interrumpido algo? —dijo Mageboom, retrocediendo prudentemente—. Puedo volver m6s tarde, se6or Rittersdorf. Chuck, si me permite llamarlo as6.

Hentman lo mir6. Entonces, encogi6ndose de hombros, empez6 a desdoblar el contrato. —Vea esto. Mire lo que va a cobrar. —Le dio un golpe con el puro.—

¿Pueden pagarle algo parecido sus espías? Vamos a ver, hacer reír a América es patriótico; es bueno para la moral y molesta a los comunistas. De hecho es más patriótico que lo que usted hace; esos simulacros no son nada; me dan escalofríos.

—Estoy de acuerdo —dijo Mageboom—. Sin embargo, señor Hentman, puedo explicarle otro aspecto de ese argumento, si me dedica parte de su tiempo. El trabajo que realiza el señor Rittersdorf, Chuck, no puede realizarlo ningún otro. Programar simulacros es un arte; sin la programación de un experto no son más que carcasas y todo el mundo, incluso los niños, pueden distinguirlos de las personas de verdad. En cambio, programados adecuadamente... —Sonrió.— Nunca ha visto uno de los simulacros de Chuck en acción. Es increíble. —Añadió:— El señor Petri también es bueno. De hecho, en algunos aspectos es mejor.

Obviamente, era Petri quien había programado aquel simulacro. Y se estaba haciendo publicidad. Chuck no pudo evitar una sonrisa.

—Tal vez debería contratar a ese tal Petri —dijo Bunny Hentman lóbregamente— Si tan bueno es.

—Para lo que usted se propone —dijo Mageboom—, Petri podría ser mejor. Sé lo que le gusta de los guiones de Chuck, pero hay un problema: es errático. Dudo que pueda mantenerlo trabajando a jornada completa, que es lo que usted necesita. No obstante, entre otras muchas cosas...

—Lárguese —le dijo Hentman a Mageboom, malhumorado—. No me gustan las conversaciones a tres bandas —añadió, dirigiéndose a Chuck—; ¿no podemos irnos a otro sitio? —Estaba visiblemente molesto por Dan Mageboom... Como si supiera que allí había algo raro.

Los pensamientos del hongo cobraron forma una vez más en la mente de Chuck. —Esa chica tan adorable a pesar de no haberse hecho la dilatación de pezones, tal como usted observó, está entrando en el edificio, señor Rittersdorf, en su busca; ya le he dicho que suba.

Bunny Hentman, que obviamente también recibía los pensamientos del hongo, gimió desesperado. —¿No hay ninguna manera de que podamos hablar? Ahora ¿quién diablos es ésta? —Se volvió hacia la puerta, mirándola.

—La señorita Trieste no interferirá en la conversación, señor Hentman —dijo Dan Mageboom, y Chuck miró al simulacro, asombrado de que supiera algo de Joan. Pero estaba en control remoto; se dio cuenta enseguida. Evidentemente, aquello no era un programa; Petri lo estaba operando desde el edificio de la CIA en San Francisco.

La puerta se abrió y apareció Joan Trieste, dubitativa, con un jersey gris y una falda acampanada, sin medias pero con tacones. —¿Te molesto, Chuck? —preguntó—. Señor Hentman —dijo, y enrojeció—. Lo he visto cientos de veces. Creo que es usted el mejor cómico que existe. Es tan grande como Sid Caesar y todos los

antiguos. —Con los ojos brillantes, se acercó a Bunny Hentman y se quedó junto a él, pero cuidando de no tocarlo.— ¿Eres amigo de Bunny Hentman? —preguntó a Chuck—. Ojalá me lo hubieras dicho.

—Estamos intentando llegar a un acuerdo —gimió Hentman—. Así que ¿cómo lo hacemos? —Sudando profusamente, empezó a caminar por el pequeño salón.— Me rindo —anunció—. No puedo contratarlo; es imposible. Conoce a demasiada gente. Se supone que los escritores son tíos reclusos, que llevan una vida solitaria.

Joan Trieste no había cerrado la puerta del apartamento y el hongo estaba entrando por la rendija, ondulándose lentamente. Señor Rittersdorf —se dio cuenta de lo que pensaba Chuck—. Tengo algo urgente que comentarle a solas, en privado. ¿Le importaría ir a mi apartamento un instante, por favor?

Hentman volvió la espalda, gritó de frustración, se dirigió a la ventana y se puso a mirar afuera.

Perplejo, Chuck acompañó al hongo a su apartamento.

—Cierre la puerta y acérquese a mí —dijo el hongo—. No quiero que los demás capten mis pensamientos.

Chuck lo hizo.

—Esa persona, el señor Dan Mageboom —pensó el hongo con discreción—. No es un ser humano; es un robot. Carece de personalidad; un individuo lo maneja a distancia. Me pareció que tenía el deber de avisarle, puesto que al fin y al cabo somos vecinos.

—Gracias —dijo Chuck—, pero ya lo sabía. —Sin embargo, ahora se sentía inquieto; no quería tener al hongo leyéndole los pensamientos, en vista de la dirección que habían tomado últimamente.— Escuche —empezó a decir, pero el hongo se le adelantó.

—Ya he visto ese material en su mente —le informó—. La hostilidad hacia su esposa, sus impulsos homicidas. Todo el mundo siente ese tipo de impulsos en alguna ocasión, y de todas formas sería impropio de mí comentarlos con nadie. Como los curas o los médicos, los telépatas...

—No hablemos de eso —dijo Chuck. El hecho de que el hongo conociera sus intenciones arrojaba una nueva luz sobre ellas; tal vez no fuera prudente continuar. Si el fiscal pudiera llevar a Lord Running Clam a declarar...

—En Ganimedes —declaró el hongo—, la venganza está santificada. Si no me cree, pregúntele a su abogado, el señor Nat Wilder. Yo no deploro en modo alguno la dirección que han tomado sus inquietudes; son infinitamente preferibles a su anterior impulso suicida, que es contrario a la naturaleza.

Chuck empezó a salir del apartamento del hongo.

—Espere —dijo el hongo—. Una cosa más; a cambio de mi silencio... me gustaría que me hiciese un favor.

Así que allí estaba el truco. No lo sorprendía; después de todo, Lord Running Clam era una criatura de negocios.

El hongo dijo: —Insisto, señor Rittersdorf, en que acepte el trabajo que el señor Hentman le está ofreciendo en estos instantes.

—¿Y qué pasa con mi trabajo en la CIA? —preguntó Chuck.

—No tiene por qué dejarlo; puede tener los dos. —Los pensamientos del hongo tenían un tono de confianza.— Si está, um, pluriempleado.

—Pluriempleado. ¿De dónde ha sacado esa palabra?

—Soy experto en la sociedad terrana —lo informó el hongo—. Tal como yo lo veo, realizará el trabajo de la CIA durante el día, y el de Bunny Hentman por la noche. Para hacerlo necesitará drogas, estimulantes talámicos de tipo hexoanfetamínico, que son ilegales en Terra. No obstante, yo se los proporcionaré; tengo contactos fuera de este planeta que pueden conseguir las drogas con facilidad. No necesitará dormir en absoluto, una vez su metabolismo cerebral haya sido estimulado por...

—¡Una jornada laboral de dieciséis horas! Me saldría más a cuenta dejarle ir a la policía.

—No —disintió el hongo—. Porque éste es el resultado: consciente de que las autoridades conocen sus intenciones de antemano, se abstendrá de cometer el asesinato. Por tanto, no terminará con esa mujer malvada; abandonará su plan y le permitirá seguir viviendo.

—¿Cómo sabe que Mary es una «mujer malvada»? —dijo Chuck. De hecho, pensó, ¿qué sabe usted de las mujeres terranas en absoluto?

—A través de sus pensamientos he sabido de la gran cantidad de pequeños sadismos que la señora Rittersdorf ha practicado sobre usted a lo largo de los años; es claramente diabólica, para los estándares de cualquier cultura. Por eso está usted enfermo y no puede percibir la realidad correctamente; por ejemplo, fíjese en el modo en que se resiste al deseable trabajo que se le ofrece.

Hubo un golpe en la puerta del apartamento; la puerta se abrió y asomó Bunny Hentman, ceñudo. —Tengo que irme. ¿Cuál es su respuesta, Rittersdorf? ¿Sí o no? Y si decide trabajar conmigo no se traiga a ninguno de esos organismos no terranos gelatinosos; venga solo.

El hongo radió sus pensamientos. —El señor Rittersdorf aceptará su amable oferta de trabajo, señor Hentman.

—¿Quién es usted, su agente? —preguntó Bunny Hentman.

—Soy amigo del señor Rittersdorf —declaró el hongo.

—Vale —dijo Hentman, tendiéndole el contrato a Chuck—. Lo que se le exige son ocho semanas de trabajo, un guión completo de una hora a la semana y su participación en la reunión semanal con los otros guionistas. Su salario será de dos

mil skins TERPLAN por semana; ¿bien?

Estaba mejor que bien; era el doble de lo que esperaba. Tomó las copias del contrato y las firmó mientras el hongo observaba desde atrás.

—Seré testigo de tu firma —dijo Joan Trieste; también había entrado en el apartamento y se encontraba por allí. Firmó como testigo en las tres copias, que luego devolvió a Bunny Hentman; éste se las volvió a meter en el bolsillo del abrigo y entonces se acordó de que una era para Chuck; la sacó y se la devolvió.

—Felicidades —dijo el hongo—. Esto exige una celebración.

—No para mí —dijo Bunny Hentman—. Tengo que irme. Hasta luego, señor Rittersdorf. Me pondré en contacto con usted; instálese un vidfono en esta especie de agujero mugriento en el que vive. O váyase a un sitio mejor. —La puerta del apartamento de Lord Running Clam se cerró detrás de él.

—Podemos celebrarlo los tres —dijo el hongo—. Conozco un bar donde sirven a no terranos. Yo me encargo. De la cuenta, quiero decir.

—Vale —dijo Chuck. No quería estar solo de ninguna manera, y si se quedaba en su apartamento Mary tendría una nueva oportunidad de encontrarlo.

Cuando abrieron la puerta se encontraron, para su sorpresa, con un hombre familiar de rostro mofletudo que esperaba en el pasillo. Era Dan Mageboom.

—Lo siento —se disculpó Chuck—. Me había olvidado de usted.

—Estamos de celebración —explicó a Mageboom el hongo mientras rezumaba desde el apartamento—. Está usted invitado, a pesar de no tener mente y ser simplemente una cáscara vacía.

Joan Trieste miró con curiosidad primero a Mageboom, luego a Chuck.

A modo de explicación, Chuck le dijo: —Este Mageboom es un robot de la CIA manejado desde la oficina de San Francisco. —Dirigiéndose a Mageboom, dijo:— ¿Quién? ¿Petri?

—En estos instantes me encuentro en funcionamiento autónomo, señor Rittersdorf —dijo Mageboom, sonriendo—. El señor Petri se desconectó cuando se marchó del apartamento. ¿No le parece que estoy haciendo un buen trabajo? Dese cuenta, pensaba que estaba en control remoto y no es así. —El simulacro parecía maravillosamente complacido consigo mismo.— De hecho —afirmó—, puedo funcionar de modo autónomo durante toda la noche; puedo ir a un bar con ustedes, beber y celebrar, comportarme exactamente como lo haría una persona, tal vez mejor, en algunos aspectos.

Así que éste, pensó Chuck para sí mientras bajaban por la rampa, es el instrumento con el que voy a obtener satisfacción de mi mujer.

Captando sus pensamientos, el hongo le hizo una advertencia. —Recuerde, señor Rittersdorf, que la señorita Trieste es miembro del Departamento de Policía de Ross.

—Sí que lo soy —dijo Joan Trieste. Había escuchado los pensamientos del

hongo, pero no los de Chuck—. ¿Por qué ha pensado eso para el señor Rittersdorf? —preguntó al hongo.

—Lo hice —le dijo el hongo— para recordarle que no va usted a aceptar ningún tipo de atención amorosa por su parte.

La explicación pareció satisfacerla. —Creo —le dijo al hongo— que debería cuidarse más de sus propios asuntos. La telepatía ha convertido a los ganimedianos en unos entrometidos terribles. —Parecía enfadada.

—Lamento —dijo el hongo— haber interpretado mal sus deseos, señorita Trieste; perdóneme. —Para Chuck pensó:— Al parecer, la señorita Trieste sí que aceptaría atenciones amorosas por su parte.

—Dios santo —se quejó Joan Trieste—. ¡Métase en sus propios asuntos, por favor! Olvídense del tema, ¿de acuerdo? —Se había puesto pálida.

—Es difícil —pensó el hongo, malhumorado, sin dirigirse a nadie en concreto— complacer a las mujeres terranas. —Durante el resto del trayecto hasta el bar procuró no pensar nada en absoluto.

Más tarde, sentados en un bar —el hongo había tomado la forma de un gran montículo amarillo sobre el asiento forrado con piel de imitación— Joan Trieste dijo: —Creo que es maravilloso, Chuck, que vayas a trabajar para Bunny Hentman; debe de ser muy emocionante.

—Señor Rittersdorf —pensó el hongo—, he pensado que debería usted ocultar a su esposa, en la medida de lo posible, el hecho de que ahora tiene dos trabajos. Si lo supiera le pediría una pensión alimenticia mayor.

—Cierto —asintió Chuck. Era un consejo sensato.

—Como se enterará de que trabaja para el señor Hentman —prosiguió el hongo—, lo mejor sería que confesara ese hecho y ocultara que conserva su trabajo en la CIA. Pídale a sus compañeros de la CIA, en particular a su superior inmediato, el señor Elwood, que hagan lo mismo.

Chuck asintió.

—Como consecuencia de esto —observó el hongo—, de esta situación singular de tener dos trabajos al mismo tiempo, a pesar de la pensión de su mujer tendrá lo suficiente para vivir con comodidad. ¿Había pensado en ello?

Sinceramente, no había mirado tan adelante. El hongo era mucho más previsor que él, y eso lo disgustaba.

—Ya ve usted —dijo el hongo— lo mucho que me preocupo por sus intereses. Mi insistencia en que aceptara la oferta de trabajo del señor Hentman...

Joan Trieste lo interrumpió. —Creo que es terrible el modo en que los ganimedianos jugáis a ser dios con las vidas terranas. —Miró fijamente al hongo.

—Pero tenga usted en cuenta —dijo el hongo con educación—, que yo soy el que los ha unido a usted y al señor Rittersdorf. Y preveo (aunque admito que no soy un

precog) una gran y satisfactoria actividad en el ámbito sexual entre ambos.

—Cállese —dijo Joan, furiosa.

Después de la celebración en el bar, Chuck se despidió del hongo, se libró de Dan Mageboom, llamó un taxi a reacción y acompañó a Joan Trieste a su casa.

Cuando se hallaban en la parte posterior del taxi, Joan dijo: —Me alegro de haberme alejado de Lord Running Clam; es una tortura que te esté leyendo la mente todo el tiempo. Pero lo cierto es que él nos ha... —Se interrumpió, inclinó la cabeza y escuchó con atención.— Ha habido un accidente. —De inmediato dio nuevas instrucciones al taxista.— Me necesitan. Hay un muerto.

Cuando llegaron al lugar hallaron un vehículo de reacción del revés; le había fallado el rotor al aterrizar y había chocado con el lateral de un edificio, expulsando a los pasajeros. Bajo una manta improvisada rápidamente y compuesta por abrigos y jerséis, un anciano yacía pálido y en silencio; la policía estaba alejando a todo el mundo y Chuck se dio cuenta de que aquél era el muerto.

Joan se acercó a él rápidamente; Chuck la acompañó y advirtió que la policía le dejaba pasar. Ya había llegado una ambulancia; zumbaba con impaciencia, deseando emprender el viaje al Hospital de Ross.

Inclinándose, Joan estudió al muerto. —Hace tres minutos —dijo, medio para sí misma, medio para Chuck—. Muy bien —dijo—. Espera un poco; voy a hacerle retroceder cinco minutos. —Examinó la cartera del muerto que le había tendido un policía.— Señor Earl B. Ackers —murmuró, y cerró los ojos—. Esto sólo afectará al señor Ackers —le dijo a Chuck—. Al menos en teoría. Pero nunca se puede estar seguro... —Contrajo la cara mientras se concentraba.— Será mejor que te apartes —le dijo a Chuck—. Para que no te afecte.

Levantándose, Chuck se alejó y echó a caminar hacia el frío aire nocturno, fumando un cigarrillo y escuchando el ruido de las radios de los coches de policía; se había congregado una multitud y el tráfico avanzaba perezosamente, animado por la policía.

Qué chica tan rara para liarse con ella, pensó. Miembro del departamento de policía y psi al mismo tiempo... Me pregunto qué haría si supiera lo que tengo en mente para el simulacro Daniel Mageboom. Probablemente Lord Running Clam tenga razón; sería una catástrofe que se enterara.

Agitando el brazo, Joan dijo: —Ven.

Chuck se acercó rápidamente.

El anciano respiraba bajo las mantas improvisadas; el pecho subía y bajaba ligeramente y se le habían formado unas débiles burbujas de saliva en los labios.

—Ha retrocedido cuatro minutos en el tiempo —dijo Joan—. Está vivo otra vez, pero después del accidente. Es lo mejor que podía hacer. —Asintió a los simulacros

hospitalarios; inmediatamente se aproximaron y se inclinaron sobre el herido. Utilizando lo que parecía un aparato de rayos X, el simulacro mayor estudió la anatomía del herido, en busca de las heridas más graves. Luego se volvió a su compañero; los simulacros intercambiaron ideas y enseguida el miembro más joven del equipo se abrió el costado metálico y extrajo una caja de cartón que abrió rápidamente.

La caja contenía un bazo artificial; Chuck vio, a la luz de los faros de los coches de policía, la información impresa en la caja desechada. Y ahora los simulacros, en el mismo lugar, empezaban a operar; uno administraba un anestésico local mientras el otro, usando una compleja mano quirúrgica, empezaba a cortar la pared cutánea de la cavidad abdominal del herido.

—Podemos irnos —le dijo Joan a Chuck, sacándolo de su abstracción mientras contemplaba el trabajo de los simulacros—. He terminado. —Con las manos en los bolsillos, pequeña y delgada, regresó al taxi, entró y se sentó para esperarlo. Parecía cansada.

Cuando se alejaban del accidente, Chuck dijo: —Es la primera vez que veo simulacros médicos en acción. —Había sido impresionante; lo había hecho ser más consciente de las enormes habilidades con que contaban los hombres artificiales que había desarrollado y construido General Dynamics. Por supuesto, había visto simulacros de la CIA cientos de veces, pero nada como aquello; era distinto en un aspecto vital, básico. En este caso, el enemigo no era simplemente un grupo de seres humanos con ideas políticas diferentes: era la muerte.

Y, con el simulacro Daniel Mageboom, sería justo lo contrario: en lugar de combatirla, la muerte era el objetivo.

Obviamente, después de lo que acababa de ver, nunca podría decir a Joan Trieste lo que planeaba. Y eso ¿no significaba que debía dejar de verla? Planear un asesinato mientras salía con una empleada de una agencia de policía parecía casi un suicidio: ¿acaso quería que lo cogieran? ¿No sería aquello un impulso suicida pervertido?

—Medio skin por tus pensamientos —dijo Joan.

—¿Perdón? —Parpadeó.

—Yo no soy como Lord Running Clam; no puedo leerte la mente. Pareces muy serio; supongo que son tus problemas conyugales. Ojalá pudiera animarte de alguna manera. —Reflexionó...— Cuando llegemos a mi apartamento, entra y... — Enseguida se ruborizó, sin duda recordando lo que había dicho el hongo.— Sólo una copa —dijo con firmeza.

—Me gustaría —dijo Chuck recordando también lo que había predicho el hongo.

—Escucha —dijo Joan—. Que ese entrometido ganimediano haya metido el pseudopodio o lo que sea en nuestra vida no significa... —Se interrumpió, exasperada, con los ojos brillantes de vivacidad.— Maldito sea. Mira, podría llegar a ser letal. Los

ganimedianos son tan ambiciosos... ¿Recuerdas las condiciones con las que entraron en la guerra de Terra y Alfa? Y todos son como él, haciendo miles de cosas a la vez, siempre buscando nuevas posibilidades. —Arrugó la frente.— Tal vez tendrías que irte del edificio, Chuck. Alejarte de él.

Es un poco tarde para eso, advirtió él sobriamente.

Llegaron al edificio de Joan; según vio Chuck, se trataba de una construcción moderna y agradable, de diseño muy simple; como en todos los edificios nuevos, su mayor parte estaba bajo la superficie. En lugar de elevarse, se hundía.

—Estoy en la planta dieciséis —dijo Joan mientras bajaban—. Es un poco como vivir en una mina... Terrible, si tienes claustrofobia. —Un momento después, en la puerta, mientras sacaba la llave y la metía en la cerradura, añadió filosóficamente:— No obstante, es una buena medida de seguridad, por si los alfanos atacan otra vez; quince plantas nos separan de una bomba de hidrógeno. —Abrió la puerta. Las luces del apartamento se encendieron, con un resplandor suave y brumoso.

Un brillante rayo de luz atravesó la estancia y se desvaneció; Chuck, deslumbrado, entreabrió los ojos y vio, de pie en el centro de la habitación con una cámara en las manos, a un hombre que conocía. Que conocía y que no le gustaba.

—Hola, Chuck —dijo Bob Alfson.

—¿Quién es? —preguntó Joan— ¿Y por qué nos ha hecho una foto?

—Tranquílcese, señorita Trieste —dijo Alfson—. Soy el abogado de la mujer de su amante; necesitamos pruebas para el juicio que, por cierto... —Miró a Chuck.— Se celebrará el próximo lunes a las diez de la mañana en el tribunal del juez Brizzolara. —Sonrió.— Lo hemos adelantado; su mujer quiere terminar cuanto antes.

—Salga de este apartamento —dijo Chuck.

—Con mucho gusto —dijo Alfson, yendo hacia la puerta—. La película que he utilizado... Estoy seguro de que la ha visto en la CIA; es cara pero útil. —Hablaba tanto para Chuck como para Joan.— He tomado una foto potencial Afgom. ¿Les suena? Lo que tengo en la cámara no es una imagen de lo que estaban haciendo, sino de lo que pasará aquí durante la próxima media hora. Creo que al juez Brizzolara le interesará más.

—Aquí no va a pasar nada durante la próxima media hora —dijo Chuck—, porque me voy. —Empujó al abogado y salió al pasillo. Tenía que irse de allí lo antes posible.

—Creo que se equivoca —dijo Alfson—. Creo que habrá algo valioso en el carrete. De todas formas, ¿qué le importa? Es sólo un dispositivo técnico para que Mary pueda obtener el divorcio; tiene que haber una presentación formal de pruebas. Y no veo en qué lo perjudica a usted.

Perplejo, Chuck se volvió. —Esta invasión de la intimidad...

—Usted sabe que en los últimos cincuenta años nadie ha tenido intimidad —dijo

Alfson—. Trabaja para una agencia de inteligencia; no me tome el pelo, señor Rittersdorf. —Salió al pasillo, dejó a Chuck atrás y fue, sin prisa, hacia el ascensor.— Si quiere una copia del carrete...

—No —dijo Chuck. Se quedó mirando al abogado hasta que desapareció.

—Puedes entrar —dijo Joan—. De todas formas, tiene el carrete. —Le sujetó la puerta del apartamento y al fin, de mala gana, Chuck decidió entrar.— Lo que ha hecho es ilegal, por supuesto. Pero supongo que es habitual en los casos de juicio. —Dirigiéndose a la cocina, empezó a mezclar bebidas; Chuck oyó el tintineo de los vasos.— ¿Qué te parece un Slump de Mercurio? Tengo una botella entera de...

—Cualquier cosa —dijo Chuck, ásperamente.

Joan le trajo su vaso; lo aceptó pensativo.

Me las pagará por esto, se dijo. Está decidido; *estoy luchando por mi vida*.

—Estás muy serio —dijo Joan—. Te ha alterado mucho, ¿verdad?, que ese hombre estuviera esperándonos con una cámara potencial. Fisgoneando en nuestra vida. Primero Lord Running Clam y justo ahora que...

—Todavía es posible —dijo Chuck— hacer algo en secreto. Algo que no sepa nadie.

—¿Cómo qué?

Guardó silencio; bebió un trago de su bebida.

6

De unos estantes a la altura de la cabeza saltaron unos gatos; tres viejos machos de color naranja y un macho moteado, luego varios cachorros siameses cruzados con caras vellosas y bigotudas, un joven macho negro y ágil, y, moviéndose con gran dificultad, una hembra con manchas, embarazada; los gatos, junto con un pequeño perro, se apiñaron alrededor de los pies de Ignatz Ledebur, impidiéndole avanzar hacia el exterior de la chabola.

Delante había una despedazada rata muerta; la había cazado el perro, un terrier conejero, y los gatos habían comido a voluntad. Ignatz los había oído gruñir, al amanecer. Lo sentía por la rata, que probablemente había acudido en busca de la basura amontonada a ambos lados de la única puerta de la chabola. Después de todo, las ratas también tenían derecho a vivir, tanto como cualquier ser humano. Pero, claro, el perro no lo comprendía; matar era un instinto implantado en la débil carne canina. Así que no había culpa moral, y en cualquier caso las ratas le daban miedo; a diferencia de sus parientes de Terra, éstas tenían manos ágiles y podían hacer —y hacían— armas toscas. Eran inteligentes.

Delante de Ignatz yacían los restos de un tractor automático que llevaba mucho tiempo sin utilizarse; lo habían dejado allí varios años antes con la vaga idea de que se podía reparar. Mientras tanto, los quince (¿o eran dieciséis?) hijos de Ignatz jugaban encima, induciendo a lo que quedaba del circuito común a que hablara con ellos.

No encontraba lo que estaba buscando: un cartón vacío de leche para encender el fuego de la mañana. Así que tendría que recurrir a una caja. Empezó a revolver el gran montón de madera desechada en busca de una caja lo bastante ligera para poder romperla saltando encima, apoyándola en el porche de la chabola.

El aire matutino era frío e Ignatz se estremeció, deseando no haber perdido la chaqueta de lana; en una de sus largas caminatas la había dejado en el suelo para descansar, y se la había puesto debajo de la cabeza como almohada... Cuando despertó la olvidó y la dejó allí. Lástima de chaqueta. Por supuesto, no se acordaba de dónde había sido; sólo sabía que se encontraba en el camino hacia Adolfvilla, tal vez a diez días de marcha.

Una mujer de una chabola cercana —había vivido con ella durante un tiempo, y se había cansado después de que tuvieran dos hijos— apareció y gritó frenéticamente a una gran cabra blanca que había entrado en el huerto del jardín. La cabra siguió comiendo casi hasta que la mujer la alcanzó, y luego corcoveó, la golpeó con las patas de atrás y salió corriendo de un salto, con unas hojas de remolacha todavía colgándole del hocico. Una sobresaltada bandada de patos graznaron con distintos grados de terror mientras todos se dispersaban, e Ignatz rió. Los patos se tomaban las

cosas muy en serio.

Después de romper la caja para el fuego, regresó a la chabola, con los gatos todavía detrás; les cerró la puerta en las narices —no antes de que un cachorro consiguiera escurrirse adentro— y luego se agachó junto a la estufa de hierro y empezó a preparar el fuego.

En la mesa de la cocina, su esposa actual, Elsie, dormía bajo un montón de mantas; no se levantaría hasta que él no hubiera encendido el fuego y hecho el café. No la culpaba. En aquellas mañanas frías a nadie le gustaba levantarse; Ciudad Gandhi no se agitaba hasta muy avanzada la mañana, a excepción de los hebes que llevaban vagando toda la noche, por supuesto.

Del único dormitorio de la chabola salió un niño pequeño, desnudo, con el pulgar en la boca, y se puso a observar en silencio cómo encendía el fuego.

Detrás del niño se oía el ruido de un equipo de televisión; se oía bien, pero no se veía la imagen. Los niños no podían ver nada, sólo escuchar. Debería arreglarlo, se dijo Ignatz, pero no tenía ninguna prisa; antes de que el transmisor de Cumbres Da Vinci entrara en funcionamiento, la vida había sido más simple.

Cuando empezó a hacer el café descubrió que faltaba una parte de la cafetera. En lugar de perder el tiempo buscándola, hizo café hervido; calentó una cacerola de agua en el fogón de propano y luego, cuando empezaba a hervir, echó a ojo un gran puñado de granos de café. El aroma cálido y exquisito llenó la chabola; lo inhaló con gratitud.

Se encontraba junto a la cocina, desde dios sabía cuánto tiempo, oliendo el café, oyendo el crujido del fuego que calentaba la chabola. Poco a poco fue descubriendo que estaba teniendo una visión.

Transfigurado, se quedó quieto; mientras tanto, el gato que había entrado consiguió subir a la pila, donde encontró una masa de comida desechada de la noche anterior; comió con avidez; el sonido y la imagen del gato se confundieron con los otros sonidos e imágenes. Y la visión se fortaleció.

—Quiero gachas de cereales para desayunar —anunció el niño desnudo desde la puerta del dormitorio.

Ignatz Ledebur no respondió; la visión lo había trasladado a otro mundo. Mejor dicho, a un mundo tan real que no tenía lugar; eliminaba la dimensión espacial, no estaba ni aquí ni allá. Y en cuanto al tiempo...

Parecía haber existido siempre, pero él no estaba muy seguro. Tal vez lo que estaba viendo no existiera en el tiempo, y no había tenido principio, y, no importaba lo que él hiciera, nunca terminaría, porque era demasiado grande. Se había liberado del tiempo por completo, quizá.

—Eh —murmuró Elsie, soñolienta—. ¿Dónde está mi café?

—Espera —dijo él.

—¿Que espere? Lo estoy oliendo, maldita sea; ¿dónde está? —Se sentó con un gran esfuerzo, apartando las mantas, con el cuerpo desnudo, los pechos colgando.— Me encuentro fatal. Tengo ganas de vomitar. Supongo que esos hijos tuyos estarán en el baño. —Se deslizó de la mesa y salió vacilante de la habitación.— ¿Qué haces ahí? —preguntó, deteniéndose en la entrada del baño, suspicaz.

—Déjame tranquilo —dijo Ignatz.

—«Déjame tranquilo», vete a la mierda; fue idea tuya que me viniera a vivir aquí. Nunca quise dejar a Frank. —Entró en el cuarto de baño y cerró con un portazo; la puerta volvió a abrirse y Elsie la empujó y la aguantó con el pie.

La visión había terminado; Ignatz, decepcionado, se volvió, llevó la cacerola de café a la mesa, tiró las mantas al suelo, sacó dos tazas —de la cena de la última noche — y las llenó con el café caliente de la cacerola; unos posos abultados flotaban en la superficie de las tazas.

—¿Qué ha sido eso, otro de tus supuestos trances? —dijo Elsie desde el cuarto de baño—. ¿Has visto algo, como Dios? —Estaba muy disgustada.— No sólo tengo que vivir con un hebe, sino con un hebe que tiene visiones, como un esquiz. ¿Qué eres, un hebe o un esquiz? Hueles como un hebe. Decídete. —Tiró de la cadena y salió del cuarto de baño.— Y eres tan irritable como un mans. Eso es lo que menos me gusta de ti, tu perpetua irritabilidad. —Tomó una de las tazas y bebió.— ¡Tiene posos! —gritó, enfurecida—. ¡Has vuelto a perder la cafetera!

Ahora que la visión se había borrado le costaba recordar cómo había sido. Era uno de los problemas de las visiones. *¿Qué relación tenían con el mundo cotidiano?* Siempre se preguntaba lo mismo.

—He visto un monstruo —dijo—. Pisaba Ciudad Gandhi y la aplastaba. Ciudad Gandhi desaparecía; sólo quedaba un agujero. —Estaba triste; le gustaba Ciudad Gandhi, mucho más que cualquier otro lugar de la luna. Y entonces tuvo miedo, mucho más del que había tenido nunca. Y sin embargo no podía hacer nada. No había manera de detener al monstruo; vendría y acabaría con todo el mundo, incluso con los poderosos manses y todas aquellas inteligentes ideas, aquella actividad incesante. Incluso con los pares, que intentaban defenderse contra todo, lo real y lo irreal por igual.

Pero en la visión había más cosas.

Detrás del monstruo había un alma malvada.

La había contemplado arrastrarse por el mundo como una brillante gelatina de podredumbre; pudría todo cuanto tocaba, incluso el suelo desnudo, las plantas y los árboles escuálidos. Una taza de aquello corrompería un universo entero, y pertenecía a una persona de acción. Una criatura que *quería*.

Así que se acercaban dos cosas malignas: el monstruo que aplastaba Ciudad Gandhi y, además, el alma malvada; eran separables, y en última instancia cada uno

seguiría su propio camino. El monstruo era hembra; el alma malvada, varón. Y... cerró los ojos. Aquélla era la parte de la visión que lo había aterrorizado. Los dos librarían una batalla terrible. Y no era una batalla entre el bien y el mal; era una lucha ciega, vacía, entre dos entidades contaminadas por completo, igualmente viciadas.

La batalla, que quizá terminara con la muerte de una de las entidades, tendría lugar en este mundo. Se estaban acerando deliberadamente, para utilizarlo como campo de batalla, para librar su guerra intemporal.

—Prepara unos huevos —dijo Elsie.

De mala gana, Ignatz buscó en los desperdicios un cartón de huevos.

—Tendrás que fregar la sartén de anoche —dijo Elsie—. La dejé en el fregadero.

—Vale. —Abrió el agua fría; con un montón de papel de periódico arrugado frotó la superficie incrustada de la sartén.

No sé, pensó. ¿Puedo influir en el resultado de esta lucha? ¿Tendría algún efecto la presencia del bien?

Podía convocar todas sus facultades espirituales e intentarlo. No sólo en beneficio de la luna, de todos los clanes, sino de las dos entidades tenebrosas. Tal vez para aligerar su carga.

Era una idea inspiradora, y mientras restregaba la sartén siguió meditando sobre ella, en silencio. Era inútil decírselo a Elsie; se limitaría a mandarlo al infierno. Ella no conocía sus poderes, ya que él nunca se los había revelado. Cuando tenía el humor adecuado, podía atravesar paredes, leer la mente de las personas, curar enfermedades, hacer enfermar a gente malvada, cambiar el clima, destruir cosechas... Podía hacer casi cualquier cosa, en las circunstancias apropiadas. Gracias a su santidad.

Incluso los suspicaces pares reconocían su santidad. Todos los habitantes de la luna lo hacían, incluso los activos e insultantes manses, cuando se tomaban el tiempo necesario para levantar la vista y verlo.

Si alguien puede salvar esta luna de esos dos organismos sombríos soy yo, advirtió Ignatz. Ese es mi destino.

—No es un mundo; es sólo una luna —dijo Elsie con un frío desdén; se encontraba delante del incinerador de desperdicios, poniéndose la ropa que se había quitado la noche anterior. Llevaba usándola una semana, e Ignatz observó —no sin cierto alivio— que se estaba convirtiendo en hebe; no haría falta mucho más.

Y ser hebe era bueno. Porque los hebes habían encontrado el Camino Puro, se habían librado de lo innecesario.

Abriendo la puerta de la chabola, salió una vez más a la fría mañana.

—¿Adónde vas? —gritó Elsie detrás de él.

—A hablar —dijo Ignatz. Cerró la puerta, y entonces, con los gatos siguiéndolo, emprendió el camino a casa de Omar Diamond, su colega esquiz.

Gracias a sus poderes psiónicos, se transportó de un lado a otro de la luna hasta que al fin encontró a Omar, sentado en el consejo de Adolfovilla con un representante de cada clan. Ignatz levitó hasta la sexta planta del gran edificio de piedra, se balanceó junto a la ventana y la golpeó hasta que los de dentro lo vieron y fueron a abrirle la ventana.

—Dios, Ledebur —declaró Howard Straw, el representante mans—. Hueles a cabra. Dos hebes en la misma habitación... Qué asco. —Volvió la espalda a todo el mundo, se alejó y se puso a mirar a la nada, luchando por contener su ira mans.

El representante pare, Gabriel Baines, le dijo a Ignatz: —¿Cuál es el propósito de esta intrusión? Estamos reunidos.

Ignatz Ledebur se comunicó en silencio con Omar Diamond y le contó su apuro. Diamond lo oyó, asintió y, de repente, combinando sus poderes, los dos abandonaron la sala del consejo; él y Diamond atravesaron juntos un campo de hierba donde crecían setas. Durante un rato ninguno habló. Se divirtieron pisando las setas.

Al cabo Diamond dijo: —Ya estábamos comentando la invasión.

—Va a aterrizar en Ciudad Gandhi —dijo Ignatz—. Tuve una visión; los que se acercan van a...

—Sí, sí —dijo Diamond con irritación—. Sabemos que son poderes infernales; he informado a los delegados de ese hecho. Ningún bien puede venir de los poderes infernales porque son pesados; como ánimas corpóreas que son, se hundirán en la tierra, quedarán presos en el cuerpo del planeta.

—De la luna —dijo Ignatz, y rió entre dientes.

—De la luna, entonces. —Diamond cerró los ojos y caminó sin dar un solo paso en falso a pesar de no ver adonde iba; se había retirado, advirtió Ignatz, a una esquizofrenia catatónica momentánea y voluntaria. Todos los esquizos tenían esa tendencia, y no dijo nada; esperó. Deteniéndose, Omar Diamond murmuró algo que Ignatz no entendió.

Ignatz suspiró y se sentó en el suelo; a su lado, Omar Diamond se hallaba de pie, en trance, y no se oía ningún ruido más que el débil murmullo de los lejanos árboles más allá de los límites del prado.

—Une tus poderes a los míos —dijo de repente Diamond— y proyectaremos la invasión tan claramente que... —Sus palabras se convirtieron de nuevo en un murmullo arcano. Ignatz volvió a suspirar: incluso los santos se irritaban.— Ponte en contacto con Sarah Apostoles —dijo Diamond—. Los tres evocaremos una visión de nuestro enemigo tan auténtica que se hará realidad; controlaremos a nuestro enemigo y su llegada aquí.

Enviando una onda de pensamiento, Ignatz se puso en contacto con Sarah Apostoles, que se hallaba dormida en su chabola de Ciudad Gandhi. La sintió despertar, agitarse, murmurar y gruñir mientras salía de la cama plegable y se ponía

en pie, tambaleándose.

Él y Omar Diamond esperaron hasta que apareció Sarah Apostoles; llevaba un abrigo y unos pantalones de hombre y zapatillas deportivas. —Anoche tuve un sueño —dijo—. Hay unas criaturas flotando en los alrededores, preparándose para manifestarse. —El rostro redondo se retorció de inquietud y de un miedo continuo y corroyente. Aquello le daba un feo aspecto contraído, e Ignatz lo sintió por ella. Sarah nunca había sido capaz, en momentos de tensión, de apartar las emociones destructivas de su ser; estaba atada al cuerpo y a sus enfermedades.

—Sentaos —les pidió Ignatz.

—Haremos que aparezcan ahora —dijo Diamond—. En este lugar. Empecemos. —Agachó la cabeza; los dos hebes también lo hicieron, y juntos los tres aplicaron sus poderes visionarios, reforzándolos mutuamente. Se esforzaron al unísono y pasó el tiempo (ninguno de ellos sabía cuánto) mientras lo que contemplaban florecía en las cercanías como un capullo maligno.

—Aquí está —dijo Ignatz, y abrió los ojos. Sarah y Diamond hicieron lo mismo; levantaron la vista hacia el cielo y vieron una nave extranjera que descendía. Lo habían conseguido.

Emitiendo vapores por la parte de atrás, la nave se instaló en el suelo a un centenar de yardas a su derecha. Era una nave grande, advirtió Ignatz. La más grande que había visto nunca. Él también tenía miedo, pero logró controlarlo, como siempre; hacía muchos años que tenía que tratar con el factor de la fobia. Sarah, en cambio, estaba palpablemente aterrorizada mientras observaba cómo la nave temblaba hasta detenerse y la portezuela lateral se abría para que los ocupantes se excretaran del gran organismo tubular de plástico y metal.

—Dejemos que se nos acerquen —dijo Omar Diamond, cerrando otra vez los ojos—. Que adviertan nuestra existencia. Los obligaremos a que nos reconozcan y nos honren. —Ignatz se le unió al instante, y al cabo de una pausa se unió como pudo la asustada Sarah Apostoles.

Una rampa descendió de la portezuela de la nave. Aparecieron dos figuras y luego empezaron a bajar paso a paso hasta el suelo.

—¿Hacemos algún milagro? —preguntó Ignatz a Diamond, esperanzado.

—¿Como cuál? Yo... no sé nada de magia —dijo Diamond, mirándolo.

—Podemos hacerlo Ignatz y yo juntos —dijo Sarah. Dirigiéndose a Ignatz, añadió—: ¿Por qué no los transfiguramos con el espectro de la araña del mundo que teje su red de determinación para toda la vida?

—De acuerdo —dijo Ignatz, y se concentró en la tarea de convocar a la araña del mundo... o, como diría Elsie, de la luna.

Ante las dos figuras de la nave, bloqueándoles el paso, aparecieron unos brillantes hilos de tela de araña, una estructura construida con rapidez por los constantes

esfuerzos de la araña. Las figuras se congelaron.

Una de ellas dijo algo impronunciable.

Sarah rió.

—Si permites que te hagan reír —dijo Omar Diamond con severidad—, perderemos el poder que tenemos sobre ellos.

—Lo siento —dijo Sarah, todavía riendo. Pero era demasiado tarde; el montón de hilos brillantes de tela de araña se disolvió. Y, advirtió Ignatz consternado, lo mismo hicieron Omar Diamond y Sarah; se encontró solo. El triunvirato se había extinguido por un momento de debilidad. Tampoco estaba en el campo de hierba; se encontraba sobre un montón de desperdicios en el patio de su casa, en el centro de Ciudad Gandhi.

Los macroorganismos invasores habían recuperado el control sobre sus actos. Habían conseguido volver a su plan.

Levantándose, Ignatz caminó hacia las dos figuras de la nave, que ahora miraban vacilantes alrededor. Bajo los pies de Ignatz, los gatos retozaban y corrían; tropezó, estuvo a punto de caer; maldiciéndose a sí mismo, apartó los gatos a un lado, intentando conservar cierta seriedad, una expresión digna ante aquellos invasores. No obstante, era imposible. Porque detrás de él la puerta de la chabola se había abierto y había salido Elsie; ella había acabado con sus últimos restos de dignidad.

—¿Quiénes son? —gritó Elsie.

—No lo sé —respondió Ignatz con irritación—. Voy a averiguarlo.

—Diles que se larguen —dijo Elsie, con las manos en las caderas. Había sido mans durante varios años y aún conservaba la hostilidad arrogante que había adquirido en Cumbres Da Vinci. Estaba dispuesta a pelear antes de saber contra qué... Quizá, pensó, con un abridor de latas y una sartén. Aquello lo divirtió y empezó a reír; una vez que empezó no pudo parar, y así llegó frente a los dos invasores.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó uno de ellos, una mujer.

—¿Recuerda haber aterrizado dos veces? —dijo Ignatz, secándose los ojos— ¿Se acuerda de las arañas del mundo? No, no se acuerda. —Era demasiado divertido; los invasores ni siquiera recordaban los esfuerzos de los santos dotados de poderes innaturales. Para ellos ni siquiera había sucedido; no había sido ni tan sólo una ilusión, y sin embargo había requerido todos los esfuerzos posibles de Ignatz Ledebur, Sarah Apostoles y el esquiz, Omar Diamond. Siguió riendo y mientras tanto apareció un tercer invasor, y un cuarto.

Uno de ellos, un hombre, suspiró mientras miraba alrededor. —Dios, este sitio es un vertedero. ¿Creéis que todo es así?

—Pero ustedes pueden ayudarnos —dijo Ignatz. Consiguió recuperar el control sobre sí mismo; señalando el bulto oxidado del tractor automotor sobre el que

jugaban los niños, dijo—: ¿Podrían tomarse la molestia de echarme una mano para reparar mi vehículo agrícola? Si tuviera un poco de ayuda...

—Claro, claro —dijo uno de los hombres—. Lo ayudaremos a limpiar este lugar. —Arrugó la nariz con disgusto; era evidente que había olido o visto algo que lo ofendía.

—Pasen adentro —dijo Ignatz—. Y tómense un café. —Se volvió hacia la chabola; al cabo de una pausa, los tres hombres y la mujer lo siguieron con reluctancia.— Debo disculparme por lo pequeño del lugar —dijo Ignatz—, y el estado en que se encuentra... —Abrió la puerta empujándola y esta vez la mayoría de los gatos consiguieron escurrirse en la chabola; inclinándose, los cogió uno por uno y volvió a echarlos afuera. Los cuatro invasores entraron, indecisos, y miraron a su alrededor profundamente infelices.

—Siéntense —dijo Elsie, reuniendo una pizca de amabilidad; puso la tetera en la cocina y encendió el fuego—. Despejen ese banco —ordenó—. Dejen las cosas en cualquier sitio; en el suelo, si quieren.

De mala gana, los cuatro invasores —con evidente aversión— echaron al suelo el montón de ropa sucia de los niños y se sentaron. Todos tenían una expresión vaga y pasmada e Ignatz se preguntó por qué.

—¿Por qué no limpia su casa? —dijo la mujer, titubeando—. Quiero decir, ¿cómo puede vivir en...? —Gesticuló, incapaz de continuar.

Ignatz se sintió culpable. Pero después de todo... Había muchas cosas importantes que hacer y muy poco tiempo. Ni él ni Elsie parecían encontrar la oportunidad de ordenar las cosas; estaba mal, por supuesto, dejar que la chabola se pusiera así, pero... Se encogió de hombros. Pronto, tal vez. Y los invasores podrían ayudar también en eso; quizá tuvieran un simu de trabajo que echara una mano. Los manses tenían, pero eran demasiado caros. Era posible que los invasores le dejaran uno gratis.

Una rata salió de un agujero, detrás del frigorífico, y atravesó la habitación. La mujer invasora, al ver la pequeña y tosca arma que llevaba, cerró los ojos y gimió.

Ignatz, mientras preparaba el café, rió entre dientes. Bueno, nadie les había pedido que vinieran; si no les gustaba Ciudad Gandhi podían irse.

Varios niños salieron del dormitorio y miraron en silencio, boquiabiertos a los cuatro invasores. Los invasores estaban sentados muy tiesos, sin decir nada, esperando con dolor el café, pasando por alto la mirada fija e inexpresiva de los niños.

En la gran sala del consejo de Adolfvilla, el representante hebe, Jacob Simion, habló de repente. —Han aterrizado. En Ciudad Gandhi. Están con Ignatz Ledebur.

—Mientras nosotros estamos aquí hablando —dijo Howard Straw, furioso—. Ya

basta de cháchara inútil; aniquilémoslos. No tienen nada que hacer en nuestro mundo, ¿no os parece? —Empujó a Gabriel Baines.

—Estoy de acuerdo —dijo Baines, y se alejó un poco del delegado mans— ¿Cómo lo has sabido? —preguntó a Jacob Simion.

El hebe rió con disimulo. —¿No los habéis visto en la sala? ¿A los cuerpos astrales? Era Ignatz el que vino, aunque no lo recordéis; vino y se llevó a Omar Diamond, pero lo habéis olvidado porque nunca ocurrió; los invasores hicieron que no sucediera dividiendo a los tres en uno y en dos.

—Entonces ya es demasiado tarde —dijo el dep, mirando al suelo con desesperanza—; han aterrizado.

Howard Straw emitió una risa aguda y fría. —Pero sólo en Ciudad Gandhi. ¿A quién le importa? *Deberían* eliminarla; personalmente, me gustaría que la pulverizaran y acabaran con ella. Es una cloaca y todo el que vive allí apesta.

—Al menos los hebes no somos crueles —murmuró Jacob Simion encogiéndose, como si le hubieran dado un golpe. Unas inevitables lágrimas salieron de sus ojos; Howard Straw sonrió con placer y dio un codazo a Gabriel Baines.

—¿No tenéis unas armas espectaculares en Cumbres Da Vinci? —le preguntó Gabriel Baines. Entonces cayó en la cuenta de que el desprecio del mans por Ciudad Gandhi era revelador; probablemente los manses no pensaban mover un dedo mientras su asentamiento no corriera peligro. No utilizarían el ingenio de sus mentes hiperactivas por la defensa común.

Las viejas sospechas que Gabriel Baines tenía de Straw se veían ahora justificadas.

—No podemos dejar que Ciudad Gandhi se eche a perder —dijo Annette Golding, frunciendo el ceño con preocupación.

—«Se eche a perder» —repitió Straw—. ¡Muy apropiado! Sí que podemos. Escuchad, *nosotros tenemos las armas*. Nunca se han utilizado, pero pueden eliminar cualquier armada invasora. Los echaremos de aquí cuando nos apetezca. —Miró a los otros delegados de la mesa, disfrutando del poder de su posición, de su dominio; todos dependían de él.

—Sabía que te comportarías así en cuanto hubiera una crisis —dijo Gabriel Baines amargamente. Dios, cómo odiaba a los manses. Qué poco dignos de confianza que eran, qué egocéntricos y autosuficientes; eran incapaces de trabajar por el bien común. Al pensarlo se hizo una promesa. Si alguna vez tenía la oportunidad de hacérsela pagar a Straw, lo haría. De hecho, advirtió, si tenía la oportunidad se lo haría pagar a todos ellos, a todo el asentamiento mans... Valía la pena vivir con aquella esperanza. Los manses tenían ventaja en ese momento, pero no duraría.

En realidad, pensó Gabriel Baines, casi valía la pena dirigirse a los invasores y hacer un pacto con ellos en nombre de Adolfvilla: los invasores y nosotros contra

Cumbres Da Vinci.

Cuanto más pensaba en ello, más le gustaba la idea.

—¿Tienes algo que decirnos, Gabe? —preguntó Annette Golding, mirándolo—. Pareces haber pensado algo interesante. —Como todos los polis, era muy perceptiva; había leído correctamente los cambios de expresión de su rostro.

Gabe decidió mentir. Era obvio que tenía que hacerlo. —Creo —dijo en voz alta— que podemos sacrificar Ciudad Gandhi. Vamos a tener que entregársela, dejar que colonicen esa zona, que instalen una base o lo que quieran hacer; es posible que no nos guste, pero... —Se encogió de hombros. ¿Qué otra cosa podían hacer?

—A... a tu gente no le importamos porque no somos... tan limpios como todos vosotros —balbuceó Jacob Simion tristemente—. Me vuelvo a Ciudad Gandhi a reunirme con mi clan; si tienen que morir, yo moriré con ellos. —Se puso en pie, empujando la silla con un golpe discordante.— Traidores —añadió mientras se dirigía hacia la puerta arrastrando los pies a la manera hebe. Los otros delegados lo observaron partir, mostrando distintos grados de indiferencia; ni siquiera Annette Golding, que normalmente se preocupaba por todo y por todos, parecía perturbada.

Y sin embargo —ligeramente— Gabriel Baines sintió pesar. Porque aquél era el destino potencial de todos ellos; de vez en cuando, un pare, un poli, un esquiz o incluso un mans se iba convirtiendo, en etapas insidiosas, imperceptibles, en un hebe. Así que todavía podía suceder. En cualquier momento.

Y ahora, advirtió Baines, si eso le ocurre a alguno de nosotros, *no habrá ningún sitio a donde ir*. ¿Qué era un hebe sin Ciudad Gandhi? Buena pregunta; lo asustaba.

—Espera —dijo en voz alta.

En la puerta, la figura arrastrada, sin afeitar y descuidada de Jacob Simion hizo una pausa; en los hundidos ojos hebes apareció un atisbo de esperanza.

—Vuelve —dijo Gabriel Baines. Dirigiéndose a los otros, sobre todo al arrogante Howard Straw, dijo—: Tenemos que actuar de común acuerdo. Hoy es Ciudad Gandhi; mañana será Aldea Aldea o nosotros o los esquizos; los invasores acabarán con nosotros pedazo a pedazo. Hasta que sólo quede Cumbres Da Vinci. —Su antagonismo por Howard Straw hizo que su voz rechinara con una agresividad envenenada; apenas podía reconocerla él mismo.— Voto formalmente que empleemos todos nuestros recursos para intentar reconquistar Ciudad Gandhi. Deberíamos empezar por ahí. —Justo en medio de los montones de basura, excrementos de animales y máquinas herrumbrosas, se dijo, e hizo una mueca.

Tras una pausa, Annette dijo: —Yo... secundo la moción.

Se realizó la votación. Sólo Howard Straw votó en contra. Así que la moción se aprobó.

—Straw —dijo Annette enérgicamente—, tienes órdenes de preparar esas armas milagrosas de las que presumías. Puesto que los manses sois tan belicosos, os

permitiremos dirigir el ataque para recuperar Ciudad Gandhi. —A Gabriel Baines le dijo:— Y los pares podéis organizarlo. —Parecía bastante tranquila, ahora que todo estaba decidido.

Dulcemente, Ingrid Hibbler se dirigió a Straw: —Me gustaría señalar que si la guerra se libra cerca y dentro de Ciudad Gandhi, los otros asentamientos no sufrirán daño alguno. ¿Lo habías pensado?

—Imaginaos luchando en Ciudad Gandhi —murmuró Straw—. Hundidos hasta la cintura en... —Se detuvo. Dirigiéndose a Jacob Simion y Omar Diamond, dijo:— Necesitaremos a todos los santos, visionarios, hacedores de milagros y simples psis esquizos y hebes que podamos conseguir; ¿estarán dispuestos vuestros asentamientos a buscarlos para que nosotros los empleemos?

—Creo que sí —dijo Diamond. Simion asintió.

—Entre las armas milagrosas de Cumbres Da Vinci y los dones de los santos hebes y esquizos —dijo Annette—, deberíamos ser capaces de presentar una resistencia más que simbólica.

—Si pudiéramos conseguir los nombres completos de los invasores —dijo la señorita Hibbler—, podríamos echarles las cartas numerológicas y descubrir sus puntos débiles. O si tuviéramos sus fechas de nacimiento exactas...

—Creo —interrumpió Annette— que las armas de los manses, junto con la capacidad organizativa de los pares y los poderes paranormales de los hebes y los esquizos, serán algo más útiles.

—Gracias —dijo Jacob Simion— por no sacrificar Ciudad Gandhi. —Miró con agradecimiento mudo a Gabriel Baines.

Por primera vez en varios meses, quizás incluso años, Baines sintió que sus defensas se derretían; disfrutó —brevemente— de una sensación de relajamiento, casi de euforia. Alguien lo apreciaba. Y aunque sólo fuera un hebe significaba mucho.

Le recordaba a su infancia. Antes de encontrar la solución Pare.

Mientras caminaba por la calle central de Ciudad Gandhi, llena de barro y de montones de basura, la doctora Mary Rittersdorf dijo: —No había visto algo así en la vida. Desde el punto de vista clínico, están locos. Esta gente deben de ser todos hebefrénicos. Están terrible, terriblemente deteriorados. —En su interior, algo le gritaba que se fuera, que abandonara aquel lugar y no volviera nunca. Que regresara a Terra y a su trabajo como asesora matrimonial y olvidara lo que había visto.

Y la idea de someter a aquella gente a una psicoterapia...

Se estremeció. Ni siquiera la terapia con drogas y el electroshock servirían de mucho allí. Aquello era el extremo de los trastornos mentales, el punto de no retorno.

A su lado, el joven agente de la CIA, Dan Mageboom, dijo: —¿Su diagnóstico es hebefrenia, entonces? ¿Puedo incluirlo en el informe oficial? —Tomándola del brazo, la ayudó a pasar por encima de los restos de algún animal grande; al sol del mediodía, las costillas sobresalían como los dientes de un gran cuchillo curvo.

—Sí, es evidente —dijo Mary—. ¿Ha visto usted los trozos de rata que había junto a la puerta de esa chabola? Me encuentro mal; tengo el estómago revuelto. Nadie vive así ahora. Ni siquiera en la India o la China. Es como retroceder mil años; así es como debía de vivir el *Sinanthropus* y el hombre de Neanderthal. Sólo que sin máquinas oxidadas.

—En la nave —dijo Mageboom— podemos beber algo.

—Beber algo no me servirá de nada —dijo Mary—. ¿Sabes a lo que me recuerda este terrible lugar? Al horrible apartamento adonde se mudó mi marido cuando nos separamos.

A su lado, Mageboom se sobresaltó y parpadeó.

—Sabías que estaba casada —dijo Mary—. Te lo dije. —No entendía por qué su observación lo había sorprendido de aquella manera; en el viaje le había hablado con toda libertad de sus problemas matrimoniales y había encontrado en él un buen oyente.

—No creo que sea una buena comparación —dijo Mageboom—. Las condiciones de esta gente son síntomas de una psicosis colectiva; tu esposo nunca vivió así, no tenía ningún trastorno mental. —La miró.

Mary se detuvo y dijo: —¿Cómo lo sabes? No lo conoces. Chuck estaba enfermo, lo está todavía. Te dije que tenía cierta hebefrenia latente... Nunca se enfrentaba a sus responsabilidades sociosexuales; ya te conté cómo intenté que buscara un empleo que le garantizara unos ingresos razonables. —Pero Mageboom también era un empleado de la CIA; no podía esperar que estuviese de acuerdo en este aspecto. Tal vez lo mejor sería dejar el tema. Las cosas ya eran lo bastante deprimentes sin tener que recordar su vida con Chuck.

A ambos lados, los hebes —pues ése era el nombre que se daban ellos, una corrupción del diagnóstico claramente acertado de hebefrénicos— observaban con una estupidez vacua, sonriendo sin comprender, sin ni siquiera una curiosidad real. Una cabra blanca deambulaba delante; ella y Dan Mageboom se detuvieron cansinamente, pues no estaban familiarizados con aquellos animales. Pasó de largo.

Por lo menos son inofensivos, pensó. Los hebefrénicos, en todas las fases de su enfermedad, carecían de la capacidad de llevar a cabo una agresión; había trastornos mentales mucho más ominosos en perspectiva. Era inevitable que, muy pronto, empezaran a aparecer. Pensaba particularmente en los maníaco-depresivos, que, en la fase maníaca, podían ser muy destructivos.

Pero Mary se estaba preparando para enfrentarse a un tipo más siniestro. La destructividad de los maníacos se limitaría al impulso; en el peor de los casos tendría aspecto de rabieta, orgías temporales de romper y golpear cosas que terminarían por remitir. En cambio, del paranoico agudo cabía esperar una hostilidad permanente; no disminuiría con el tiempo, todo lo contrario, se haría más elaborada. El paranoico era analizador y calculador; tenía una buena razón para hacer lo que hacía, y todos sus movimientos encajaban dentro del esquema. Era posible que su hostilidad no fuera tan visiblemente violenta... pero a largo plazo su durabilidad tenía implicaciones más profundas en lo que a la terapia se refería. Porque con esta gente, los paranoicos avanzados, la cura o aun un momento de autoconciencia era prácticamente imposibles. Como los hebefrénicos, los paranoicos habían desarrollado una inadaptación estable y permanente.

Y, a diferencia de los maníacodepresivos y los hebefrénicos, o los esquizofrénicos catatónicos, los paranoicos parecían racionales. El esquema formal de razonamiento lógico parecía intacto. No obstante, en el fondo, los paranoicos sufrían la desfiguración mental más grave posible en un ser humano. Eran incapaces de sentir empatía, de imaginarse a sí mismos en el lugar de otros. De ahí que para ellos los demás no existieran, excepto como objetos en movimiento que afectaban o no a su bienestar. Durante décadas había estado de moda decir que los paranoicos eran incapaces de amar. Era mentira. Los paranoicos experimentaban el amor plenamente, como algo que recibían de los demás y como un sentimiento que sentían hacia los otros. Pero con una pequeña diferencia.

Los paranoicos lo experimentaban como un tipo de odio.

Mary le dijo a Dan Mageboom: —Según mi teoría, en este mundo los distintos subtipos de enfermedades mentales funcionarían como clases similares a las de la antigua India. Esta gente, los hebefrénicos, serían el equivalente de los intocables. Los maníacos serían la clase guerrera, incapaz de sentir miedo; una de las más altas.

—Los samurái —dijo Mageboom—. Como en Japón.

—Sí. —Ella asintió.— Los paranoicos, es decir, los esquizofrénicos paranoicos,

funcionarían como clase dominante; estarían a cargo de desarrollar una ideología política y unos programas sociales, tendrían la visión global. Los simples esquizofrénicos... —Reflexionó.— Corresponderían a la clase de los poetas, aunque algunos serían religiosos visionarios, igual que algunos hebes. Los hebes, no obstante, tenderían a dar santos ascetas, mientras que los esquizofrénicos darían dogmatistas. Los que tienen esquizofrenia polimorfa simple serían los miembros creativos de la sociedad, los que producen ideas nuevas. —Intentó recordar qué otras categorías podían existir.— Podría haber algunos con ideas supervalentes, trastornos psicóticos que son formas avanzadas de neurosis obsesivo-compulsivas más moderadas, las llamadas alteraciones diencefálicas. Esas personas serían los clérigos y funcionarios de la sociedad, los burócratas ritualistas, sin ideas originales. Su conservadurismo equilibraría el radicalismo de los esquizofrénicos polimorfos y proporcionarían estabilidad a la sociedad.

Mageboom dijo: —Así que es posible que funcione. —Gesticuló— ¿En qué se diferenciaría de la sociedad de Terra?

Dedicó un tiempo a reflexionar sobre la cuestión; era una buena pregunta.

—¿No hay respuesta? —dijo Mageboom.

—Tengo una respuesta. Lo natural sería que el liderazgo de esta sociedad recayera en los paranoicos, porque serían individuos superiores en términos de iniciativa, inteligencia y simple capacidad innata. Por supuesto, les costaría evitar que los maníacos dieran un golpe... Siempre habría tensión entre las dos clases. Pero como los paranoicos establecerían la ideología, el tema emocional dominante sería el odio. De hecho, el odio fluiría en dos direcciones; los líderes odiarían a todos los que estuvieran fuera de su enclave y darían por supuesto que todos los demás los odian a ellos. Por tanto toda su política exterior consistiría en establecer mecanismos para combatir el supuesto odio que inspiran. Y eso involucraría a toda la sociedad en una lucha ilusoria, una batalla contra enemigos inexistentes en busca de una victoria sobre nada.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Que no importa lo que ocurriese —dijo ella—, el resultado sería el mismo. Esta gente quedaría completamente aislada. Esa sería la consecuencia última de toda su actividad como grupo: un aislamiento progresivo respecto a todos los demás seres vivos.

—¿Qué tiene de malo? Ser autosuficientes...

—No —dijo Mary—. No sería autosuficiencia; sería algo completamente distinto, algo que no te puedes imaginar. ¿Te acuerdas de los viejos experimentos de aislar personas por completo? A mediados del siglo veinte, cuando previeron los viajes espaciales, la posibilidad de que un hombre estuviera completamente solo durante días, semana tras semana, cada vez con menos estímulos... ¿Te acuerdas de los

resultados que obtuvieron cuando pusieron a un hombre en una cámara sin ningún tipo de estímulo?

—Claro —dijo Mageboom—. Es lo que ahora se llaman *buggies*. El resultado de la privación de estímulos es la alucinosis aguda.

Mary asintió. —Alucinosis auditiva, visual, táctil y olfativa, en sustitución de los estímulos ausentes. Y, en intensidad, la alucinosis puede exceder la fuerza de la realidad; en su viveza, su impacto, el efecto que causa... Por ejemplo, los estados de terror. Las alucinaciones inducidas por drogas pueden provocar estados de terror que ninguna experiencia en el mundo real es capaz de producir.

—¿Por qué?

—Porque tienen una cualidad absoluta. Están generados por el sistema receptor de los sentidos y constituyen una retroacción que no emana de un punto distante, sino del propio sistema nervioso de la persona. Uno no puede apartarse de ellos.

Y lo sabe. No hay huida posible.

Mageboom dijo: —¿Y cómo actuaría eso aquí? No parece saberlo.

—Lo sé, pero no es simple. Para empezar, todavía ignoro hasta qué punto esta sociedad y los individuos que la componen han avanzado por el camino del aislamiento. Pronto lo sabremos, por la actitud que nos muestren. Los hebes que vemos aquí... —Señaló las chabolas que había a ambos lados del camino enlodado. — Su actitud no es representativa. En cambio, cuando topemos con los primeros paranoicos o maníacos... Digamos que no hay duda de que, hasta cierto punto, la alucinación, la proyección psicológica, forma parte de su visión del mundo. Dicho en otras palabras, tenemos que asumir que en parte están alucinando. Pero todavía captan también en parte la realidad objetiva como tal. Nuestra presencia acelerará la tendencia a la alucinación; debemos enfrentarnos a ese hecho y estar preparados. Y la alucinación hará que nos vean como elementos de amenaza directa; a nosotros, a nuestra nave, nos verán literalmente (no quiero decir que nos interpretarán, sino que nos percibirán) como amenazadores. Sin duda verán en nosotros una punta de lanza invasora que pretende derribar su sociedad, convertirla en un satélite de la nuestra.

—Pero eso es verdad. Pretendemos arrebatarnos el poder, devolverlos a donde estaban hace veinticinco años. Pacientes en circunstancias de hospitalización forzosa... En otras palabras, cautiverio.

Era una buena observación, pero no lo bastante. Mary dijo: —Te olvidas de hacer una distinción; es pequeña, pero vital. Vamos a hacerles terapia, vamos a intentar ponerlos en la posición de la que, por accidente, ahora gozan indebidamente. Si nuestro programa tiene éxito, con el tiempo se gobernarán a sí mismos, como habitantes legítimos de esta luna. Primero unos pocos, y luego cada vez más. Eso no es ningún tipo de cautiverio, aunque ellos creen que sí. En cuanto todas las personas de esta luna estén libres de psicosis, sean capaces de ver la realidad sin distorsionar la

proyección...

—¿Crees que será posible convencer a esta gente de que asuma de nuevo su condición de hospitalizados?

—No —dijo Mary—. Tendremos que utilizar la fuerza; con la posible excepción de unos cuantos hebes, vamos a tener que conseguir permiso para encerrar a un planeta entero. —Se corrigió.— Mejor dicho, una luna.

—Date cuenta —dijo Mageboom—. Si no lo hubieras cambiado por «luna» yo habría tenido razones para encerrarte a ti.

Sobresaltada, lo miró. Mageboom parecía estar hablando en serio; el rostro juvenil no sonreía.

—Ha sido sólo un descuido —dijo ella.

—Un descuido —asintió él—, pero un descuido muy significativo. Un síntoma. —Sonrió, y era una sonrisa fría. Hizo que Mary se estremeciera de perplejidad e inquietud; ¿qué tenía Mageboom contra ella? ¿O es que se estaba volviendo un poco paranoica? Tal vez... Pero sentía una gran hostilidad contra ella, y que venía de un hombre que apenas conocía.

Había sentido aquella hostilidad durante todo el viaje. Y, extrañamente, desde el principio; había empezado en el momento en que se conocieron.

Dejando el simulacro de Daniel Mageboom en homeostasis, Chuck Rittersdorf se desconectó del circuito, se levantó rápidamente del asiento que había frente al panel de control y encendió un cigarrillo. Eran las nueve de la tarde hora local.

En Alfa III M2 el simulacro seguiría haciendo su trabajo, de una manera adecuada; si surgía cualquier crisis podía encargarse Petri. Mientras tanto, él tenía otros problemas. Había llegado el momento de escribir su primer guión para el cómico televisivo Bunny Hentman, su otro patrón.

Tenía, ahora, una provisión de estimulantes; el hongo de Ganímedes se los había dado cuando salía del apartamento aquella mañana. Así que era evidente que podía trabajar toda la noche.

Pero primero tenía que resolver la cuestión de la cena.

Por si acaso, se detuvo en la cabina de vidfono público que había en el vestíbulo del edificio de la CIA y llamó al apartamento de Joan Trieste.

—Hola —dijo ella, cuando vio quién era—. Escucha, ha llamado el señor Hentman, buscándote. Así que será mejor que te pongas en contacto con él. Comentó que intentó encontrarte en el edificio de la CIA en S.F., pero le dijeron que no sabían nada de ti.

—Política —dijo Chuck—. Vale. Lo llamaré. —Entonces le preguntó por la cena.

—No creo que puedas cenar, ni conmigo ni sin mí —respondió Joan—. Por lo que me dijo el señor Hentman. Tiene alguna idea que quiere que escuches; dice que

cuando te la suelte te caerás redondo.

—No me sorprendería —dijo Chuck. Se sentía resignado; era obvio que así era como iba a ser su relación con Hentman.

Chuck abandonó los intentos de aproximarse a Joan y llamó al número del vidfono que le había dado la organización de Hentman.

—¡Rittersdorf! —exclamó Hentman en cuanto estableció contacto—. ¿Dónde anda? Venga aquí ahora mismo; estoy en mi apartamento de Florida; tome un cohete expreso, yo pagaré el billete. Escuche, Rittersdorf; tengo su prueba aquí delante; así sabremos si es bueno o no.

Había una gran diferencia entre el vacuo y sucio asentamiento de los hebes en Alfa III M2 y los enérgicos planes de Bunny Hentman. La transición iba a ser dura; tal vez podría hacerla en el vuelo de vuelta al este. También podía comer en la nave, pero aquello dejaba fuera a Joan Trieste; el trabajo había empezado ya a arruinar su vida personal.

—Hábleme de su idea. Así podré meditarla durante el vuelo.

Los ojos de Hentman resplandecían de astucia. —¿Habla en serio? ¡Imagínese que nos escuche alguien! Le daré una pista. Lo tenía pensado cuando lo contraté, pero... —Su sonrisa se acrecentó.— No quería asustarlo, ¿me entiende? Ahora lo tengo enganchado. —Rió ruidosamente.— Así que ahora... ¡Vaya! Cualquier cosa vale, ¿verdad?

—Limítese a contarme su idea —dijo Chuck, pacientemente.

Bajando la voz hasta que fue sólo un susurro, Hentman se acercó al videscáner. Su nariz, aumentada, llenaba la pantalla, una nariz y un ojo que pestañeaba con gran placer. —Es un personaje nuevo que voy a añadir a mi repertorio. George Flibe, así se llama. En cuanto le diga a qué se dedica se dará cuenta de por qué lo he contratado. Escuche: Flibe es una agente de la CIA. Y se hace pasar por asesora matrimonial para sacar información a los sospechosos. —Hentman aguardó, expectante.— ¿Bien? ¿Qué le parece?

Al cabo de una larga pausa, Chuck dijo: —Es lo peor que he oído en veinte años. —Estaba completamente deprimido.

—No sabe lo que está diciendo. Yo sí y usted no. Podría ser el mejor personaje de la comedia televisiva desde Freddy el Gorrón de Red Skelton. Y usted va a ser quien escriba el guión porque ha tenido esa experiencia. Así que venga a mi apartamento lo antes posible y enseguida empezaremos con el primer episodio de George Flibe. ¡Muy bien! Si eso no es una buena idea, ¿qué me ofrece usted?

—¿Qué le parece una asesora matrimonial que se hace pasar por una agente de la CIA para obtener información y curar a sus pacientes? —dijo Chuck.

—¿Me está tomando el pelo?

—De hecho —dijo Chuck—, ¿qué le parece esto? Un simulacro de la CIA...

—Se está burlando de mí. —La cara de Hentman se puso roja; al menos, en la pantalla de vid se oscureció notablemente.

—Nunca había hablado tan en serio en toda mi vida.

—Muy bien, ¿qué pasa con el simulacro?

—Este simulacro de la CIA, ¿sabe? —dijo Chuck—, se hace pasar por asesora matrimonial, ¿sabe?, pero de vez en cuando el simulacro se estropea.

—¿De verdad hacen eso los simus de la CIA? ¿Se estropean?

—A todas horas.

—Siga —dijo Hentman, frunciendo el ceño.

—Mire, la cuestión —dijo Chuck— es que un simulacro no tiene ni idea sobre los problemas matrimoniales de los humanos. Y él aconseja a la gente. Siempre está dando consejos; una vez empieza no puede parar. Incluso les da consejos matrimoniales a los técnicos de General Dynamics que lo arreglan. ¿Me sigue?

Pasándose la mano por la barbilla, Hentman asintió lentamente. —Hum.

—Tendría que haber una razón especial por la que este simulacro actúa de esta manera. Así que vamos a sus orígenes. El episodio, ¿sabe?, empezaría con los ingenieros de General Dynamics que...

—Lo tengo —interrumpió Hentman—. Hay un ingeniero, llamémoslo Frank Fupp, que tiene problemas con su mujer; está yendo a un asesor matrimonial. Y ella le da un documento, el análisis de su problema, y él se lo lleva al trabajo, a los laboratorios de G.D. Y aquí tenemos al nuevo simu, esperando a que lo programen.

—¡Claro! —dijo Chuck.

—Y... Y Fupp lee el documento en voz alta al otro ingeniero. Llamémoslo Phil Groom. El simulacro se programa por accidente; cree ser un asesor matrimonial. Pero en realidad trabajaba para la CIA; está metido en la CIA y aparece en... —Hentman hizo una pausa para pensar—. ¿Dónde aparecería, Rittersdorf?

—Al otro lado de la Cortina de Hierro. En la Canadá Roja, por ejemplo.

—¡Bien! En la Canadá Roja, en Ontario. Se supone que debe hacerse pasar por... un vendedor falso, como camuflaje; ¿no es así? ¿No es eso lo que hacen?

—Más o menos, sí.

—Pero en lugar de eso —prosiguió Hentman con entusiasmo—, se instala en una pequeña oficina, pone una placa. George Flibe, psicólogo, asesor matrimonial. Y los altos oficiales del partido comunista van a verlo para contarle sus problemas matrimoniales... —Hentman jadeó, agitado.— Rittersdorf, ha tenido la idea más brillante que recuerdo haber oído jamás. Y... Y los dos ingenieros de General Dynamics intentan sin cesar ponerle las manos encima y hacer que funcione bien. Escuche; tome el cohete expreso hacia Florida ahora mismo y esboce esto durante el viaje, a lo mejor tiene algunos diálogos para cuando llegue. Creo que hemos hallado algo muy bueno; su cerebro y el mío sincronizan realmente bien, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Chuck—. Estaré allí ahora mismo. —Apuntó la dirección y luego colgó. Cansinamente, dejó la cabina de vidfono; se sentía agotado. Y no estaba seguro en absoluto de haber dado con una buena idea. En cualquier caso, Hentman creía que sí, y era evidente que eso era lo que importaba.

Tomó un taxi de reacción para ir al puerto espacial de San Francisco; allí se embarcó en el cohete expreso que lo llevaría a Florida.

El edificio de apartamentos de Bunny Hentman era el lujo personificado; todas las plantas estaban bajo la superficie y tenía su propio cuerpo de policía uniformada patrullando por las entradas y los vestíbulos. Chuck dio su nombre al primer poli que se le acercó y un momento después descendía a la planta de Bunny.

En el enorme apartamento, Bunny Hentman lo esperaba vestido con un traje de seda de araña marciana teñido a mano, fumándose un enorme puro verde de Tampa, Florida; sacudió la cabeza en un saludo impaciente a Chuck y luego señaló a los otros hombres que había en la sala de estar.

—Rittersdorf, éstos son dos de sus colegas, mis guionistas. El alto... —señaló con el cigarro— se llama Calv Dark. —Dark se acercó a Chuck lentamente y le dio la mano.— Y el gordo bajito sin pelo es mi guionista jefe, Thursday Jones. —Jones, un negro enérgico, de rasgos afilados, también se adelantó y le dio la mano a Chuck. Ambos guionistas parecían amables; Chuck no sintió hostilidad de su parte. Era evidente que no se sentían resentidos con él.

—Siéntese, Rittersdorf —dijo Dark—. Ha hecho un largo viaje. ¿Quiere beber algo?

—No —respondió Chuck. Quería tener la mente despejada durante la sesión que se avecinaba.

—¿Ha cenado en el cohete? —preguntó Hentman.

—Sí.

—Les he hablado a mis muchachos de su idea —dijo Hentman—. Les ha gustado a los dos.

—Estupendo —dijo Chuck.

—Sin embargo —continuó Hentman—, le han estado dando vueltas y un rato antes de que usted llegase hallaron un nuevo giro... ¿Sabe a qué me refiero?

—Estaré encantado de escuchar su idea basada en mi idea —dijo Chuck.

Aclarándose la garganta, Thursday Jones dijo: —Señor Rittersdorf, ¿podría un simulacro cometer un asesinato?

Chuck lo miró unos instantes.

—No lo sé. —Se había quedado helado.— ¿Quiere decir por iniciativa propia, operando con autonomía...?

—Me refiero a que si la persona que lo lleva por control remoto podría emplearlo como instrumento para cometer un asesinato.

Chuck se dirigió a Bunny Hentman.

—No veo nada de humor en una idea así —dijo—. Y se supone que es mi ingenio el que esta moribundo.

—Espere —le aconsejó Bunny—. Se olvida de los famosos thrillers divertidos de antes, combinaciones de terror y humor. Como *El gato y el canario*, aquella película con Paulette Goddard y Bob Hope. Y la famosa *Arsénico por compasión*, por no mencionar las clásicas comedias británicas en las que alguien era asesinado... Las había a decenas, en el pasado.

—Como la maravillosa *Ocho sentencias de muerte* —dijo Thursday Jones.

—Ya veo —dijo Chuck, y no dijo más; mantuvo la boca cerrada mientras en su interior hervía de incredulidad y sorpresa. ¿Era aquello sólo una maligna coincidencia entre la idea y su propia vida? De lo contrario, como parecía más probable, el hongo le había contado algo a Bunny. Pero en ese caso, ¿por qué hacía aquello la organización de Hentman? ¿Qué interés tenían en la vida y muerte de Mary Rittersdorf?

—Creo que los muchachos han tenido una buena idea —dijo Hentman—. El miedo con... Bueno, verá, Chuck, usted trabaja para la CIA y por eso no se da cuenta, pero la gente corriente teme a la CIA; ¿lo entiende? La considera una policía secreta interplanetaria y una organización de espías que...

—Lo sé —dijo Chuck.

—Bueno, no necesita echarme un rapapolvo —dijo Bunny Hentman, con una mirada a Dark y a Jones.

—Chuck, si me permite llamarle así —dijo Dark alzando la voz—, conocemos nuestro trabajo. La gente corriente se asusta con sólo pensar en un simu de la CIA. Cuando usted le dio la idea a Bunny no pensaba en eso. Ahora bien, tenemos un operador de la CIA; llamémoslo... —Se volvió a Jones— ¿Cómo lo habíamos llamado?

—Siegfried Trots.

—Tenemos a Ziggy Trots, un agente secreto... Guerrera de piel de molegrillo ucraniano, sombrero de wubfuz venusiano echado sobre la frente y todo eso. De pie bajo la lluvia en alguna luna sombría. Una imagen familiar.

—Y entonces, Chuck —dijo Jones, retomando el relato—, una vez tenemos el cuadro en la mente del espectador, el estereotipo, ¿sabe? Entonces el espectador descubre algo de Ziggy Trots que no sabía, que el estereotipo del siniestro agente de la CIA no tiene habitualmente.

—Veamos, Ziggy Trots es idiota —dijo Dark—. Un inútil que no hace nada a derechas. Y esto es lo que está intentando llevar a cabo. —Se acercó y tomó asiento en el sofá, junto a Chuck.— Va intentar cometer un asesinato. ¿Lo capta?

—Sí —dijo Chuck tiesamente, hablando lo menos posible, transformándose en

una entidad sólo capaz de escuchar. Se estaba encogiendo en sí mismo, cada vez más aturdido, y suspicaz, ante lo que sucedía a su alrededor.

—Ahora bien, ¿a quién quiere matar? —prosiguió Dark. Miró a Jones y a Bunny Hentman—. Hemos estado discutiendo sobre esa parte.

—A un chantajista —dijo Bunny—. Un magnate de joyas internacional que opera siempre desde otro planeta. Tal vez un no terrano.

Cerrando los ojos, Chuck se balanceó adelante y atrás.

—¿Qué ocurre, Chuck? —preguntó Dark.

—Está pensando —dijo Bunny— Intentando seguir la idea. ¿Verdad, Chuck?

—Sí... sí —consiguió decir Chuck. Estaba seguro, ahora, de que Lord Running Clam había ido a ver a Hentman. Y algo grande y terrible estaba desplegándose a su alrededor, atrapándolo dentro; era un mosquito en medio de aquello, fuera lo que fuera. Y no había manera de salir.

—No estoy de acuerdo —dijo Dark—. Un magnate de joyas internacional, tal vez marciano o venusiano... No está mal, pero... —Gesticuló.— Se ha repetido hasta la saciedad; hemos empezado con un estereotipo, no sigamos con otro. Creo que debería intentar deshacerse de... bueno, su mujer. —Dark los miró uno a uno— ¿Y qué tiene de malo? Su mujer es mandona, una arpía, ¿os lo imagináis? Este agente de la CIA tipo espía o policía secreto duro y fuerte, que aterroriza a la gente corriente... Es un tipo duro que siempre está gritando a la gente...

Y luego se va a casa y su mujer le grita a él. —Rió.

—No está mal —admitió Bunny—. Pero no es suficiente. Y no sé cuántas veces podría hacer la caracterización; quiero algo que pueda añadir permanentemente al show. No sólo un número para una semana.

—Creo que el calzonazos de la CIA podría estar siempre —dijo Dark—. De todas formas... —Se volvió a Chuck.— Así que vemos a Ziggy Trots en el trabajo, en las oficinas centrales de la CIA, con todos esos chismes y aparatos electrónicos de la policía. Y de repente se le ocurre. —Dark se puso en pie de un salto y empezó a dar zancadas por la habitación.— ¡Puede utilizarlos contra su mujer! Y entonces, para rematarlo todo, se encuentra con el nuevo simu. —Dark imitó al simulacro con una voz metálica y difícil de entender.— Sí, amo, ¿qué puedo hacer por usted? Estoy esperando.

—¿Qué le parece, Chuck? —dijo Bunny, sonriendo.

—¿Quiere... matar a su mujer sólo porque es una mandona? —dijo Chuck, con dificultad—. ¿Porque lo intimida?

—¡No! —gritó Jones, levantándose de un salto—. Tiene razón: necesitamos un motivo mejor y creo que lo tengo. Hay una chica. Ziggy tiene una amante. Una espía interplanetaria, guapa y atractiva, ¿lo veis? Y su mujer no quiere concederle el divorcio.

—O a lo mejor su mujer ha descubierto a la chica y... —dijo Dark.

—Esperad —dijo Bunny—. ¿Qué es lo que queremos, un drama psicológico o una comedia? Se está volviendo demasiado complicado.

—Cierto —dijo Jones, asintiendo—. Nosotros nos limitamos a enseñar lo terrible que es su mujer. En cualquier caso, Ziggy ve el simulacro... —Se interrumpió. Alguien había entrado en la habitación.

Era un alfanos. Un miembro de la raza de las quitinosas criaturas que, unos años antes, habían librado una guerra encarnizada contra Terra. Chasqueando las múltiples articulaciones de brazos y piernas, se acercó rápidamente a Bunny, tanteando con las antenas —los alfanos eran ciegos—, le golpeó delicadamente el rostro y retrocedió dándose la vuelta, satisfecho de que estuviera donde él quería... La cabeza sin ojos se volvió y husmeó, y detectó la presencia de otros humanos.

—¿Interrumpo? —preguntó con la voz nasal y monótona de los alfanos, como de harpa— He oído vuestra discusión y me ha parecido interesante.

—Rittersdorf —le dijo Bunny a Chuck—, éste es uno de mis viejos y queridos amigos. Nunca he confiado tanto en nadie como en mi colega RBX 303. —Se explicó.— Tal vez no lo sepa, pero los alfanos tienen números, como los de las matrículas, una especie de códigos mecánicos. Es todo lo que hay, RBX 303. Suenan bastante impersonal, pero los alfanos son muy afectuosos. RBX 303 tiene un corazón de oro. —Emitió una risa contenida.— En realidad tiene dos, uno en cada lado.

—Me alegro de conocerle —dijo Chuck, reflexivamente.

El alfanos avanzó torpemente hacia él y le golpeó ligeramente la cara con las antenas gemelas; era, decidió Chuck, como tener dos moscas volando alrededor de la cara, una impresión decididamente desagradable. —Señor Rittersdorf —dijo el alfanos con su voz nasal—. Encantado. —Dio un paso atrás.— ¿Y quién más hay en esta habitación, Bunny? Huelo otra gente.

—Sólo Dark y Jones —dijo Bunny—, mis guionistas. —Volviéndose de nuevo a Chuck, explicó:— RBX 303 es un magnate, un gran hombre de negocios interplanetario con empresas comerciales de todo tipo. Verá, Chuck, la situación es la siguiente. RBX 303 posee la mayor parte de las acciones de Pubtrans Incorporated. ¿Significa eso algo para usted?

Durante un momento no le dijo nada, y luego Chuck cayó en la cuenta. Pubtrans Incorporated era la compañía que patrocinaba el show televisivo de Bunny Hentman. —¿Quiere decir —dijo Chuck— que pertenece a...? —Se detuvo. Había empezado a decir: «¿Que pertenece a uno de nuestros antiguos enemigos?». No obstante, no lo dijo; por una parte, era obvio que así era, y por otra... Después de todo, eran los antiguos enemigos, no los actuales. Terra y los alfanos estaban en paz y supuestamente la enemistad había terminado.

—¿Nunca había visto un alfa de cerca? —dijo Bunny con perspicacia—. Debería;

son un gran pueblo. Sensibles, con un terrorífico sentido del humor... Si Pubtrans me patrocina es en parte porque RBX 303 personalmente cree en mí y en mi talento. Gracias a él dejé de ser un cómico del circuito de las salas de fiestas o un invitado ocasional en los shows de televisión, y pasé a tener mi propio show, que ha triunfado en parte porque Pubtrans ha hecho un trabajo condenadamente bueno al publicitario.

—Ya veo —dijo Chuck. Se sentía enfermo. Pero no sabía muy bien por qué. Tal vez era la situación en general; no lo entendía.— ¿Son telépatas los alfanos? —preguntó. Sabía que no era así, pero aquel alfano parecía tener un conocimiento extraordinario de cuanto lo rodeaba. Chuck intuía que lo sabía todo; no había secreto que el alfano no pudiera averiguar.

—No son telépatas —dijo Bunny—, pero dependen mucho del oído; eso los hace diferentes de nosotros, porque tenemos ojos. —Miró a Chuck.— ¿Qué le ocurre con los telépatas? Quiero decir, debería saber la respuesta; durante la guerra nos bombardeaban con noticias del enemigo. Y no es demasiado joven para recordarlo; debe de haber crecido con ello.

Dark habló de repente. —Le diré lo que preocupa a Rittersdorf; yo me sentía igual. Rittersdorf ha sido contratado por sus ideas. Y no quiere que le limpien el cerebro. Sus ideas le pertenecen hasta el momento en que decida revelarlas. Si trajera, por ejemplo, un hongo ganimedeano, diablos, eso sería una invasión ilícita de todos nuestros derechos personales; nos convertiría en máquinas de las que sonsacar ideas mecánicamente. —Le dijo a Chuck:— No te preocupes por RBX 303; no puede leerte el pensamiento; lo único que puede hacer es escuchar muy atentamente los matices más sutiles de lo que diga... Pero es sorprendente lo que puede llegar a detectar de ese modo. Los alfanos son buenos psicólogos.

—Estaba sentado en la habitación contigua —dijo el alfano—, leyendo la revista *Life*, y escuché su conversación sobre su nuevo personaje humorístico, Siegfried Trots. Me pareció interesante y decidí entrar; apagué el reproductor de audio y me levanté. ¿Les parece bien a todos ustedes?

—Tu presencia no molesta a nadie —aseguró Bunny al alfano.

—Nada —dijo el alfano— me divierte, entretiene y fascina tanto como una sesión creativa con sus grandes guionistas. Señor Rittersdorf, no le he visto trabajar nunca, pero ya me doy cuenta de que tiene mucho que aportar. Sin embargo, siento su adversión, su profunda adversión, por el curso que ha tomado la conversación. ¿Puedo preguntarle qué es exactamente lo que le parece tan objetable de Siegfried Trots y su deseo de acabar con su desagradable esposa? ¿Está usted casado, señor Rittersdorf?

—Sí —dijo Chuck.

—Quizás este giro argumentativo le despierte sentimientos de culpa —dijo el alfano pensativamente—. Quizás haya sentido impulsos hostiles hacia su esposa.

—Te equivocas, RBX; Chuck y su esposa se están separando, ella ya ha acudido a los tribunales. De todas formas, la vida privada de Chuck sólo es asunto suyo; no estamos aquí para diseccionar su psique. Volvamos al material.

—Sigo diciendo —declaró el alfano— que hay algo muy extraño y atípico en la reacción del señor Rittersdorf; me gustaría saber por qué. —Volvió la cabeza ciega y redonda hacia Chuck.— Tal vez, si usted y yo nos vemos más a menudo, averiguaré por qué. Y tengo la sensación de que saberlo lo beneficiaría también a usted.

Rascándose la nariz pensativamente, Bunny Hentman dijo: —Puede que RBX lo sepa. Puede que simplemente no quiera decirlo. —Miró a Chuck y dijo:— Sigo diciendo que *sólo es asunto suyo*, en cualquier caso.

—Lo único que pasa es que no me parece una idea cómica —dijo Chuck—. Esa es la única razón de mi... —Había estado a punto de decir *aversión*— De mis dudas.

—Bueno, yo no tengo dudas —decidió Bunny—. Diré al departamento de atrezzo que hagan una figura hueca del estilo simulacro en la que alguien se pueda meter dentro; será mucho más barato y fiable que comprar uno de verdad. Y necesitaremos una chica que haga el papel de la mujer de Ziggy. Mi mujer, porque yo seré Ziggy.

—¿Y la amiga? —dijo Jones—. ¿Habrá o no?

—Eso tendría una ventaja —dijo Dark—; podría tener las tetas grandes. Ya sabéis, una operada. Eso les gustaría a muchos espectadores; si no, sólo habría una mujer regañona que decididamente no tendría las tetas grandes. Ese tipo de mujeres nunca se hacen esa operación.

—¿Tienes en mente alguien en particular que pudiera hacer el papel? —le preguntó Bunny, con papel y bolígrafo en la mano.

—Ya conoces a la nueva nena de la oficina de tu agente —dijo Dark—. Esa bajita y fresca... Patty algo. Patty Weaver. Tiene las tetas muy grandes. Los médicos deben de haberle metido cincuenta libras, si no una onza.

—Contrataré a Patty esta noche —dijo Bunny Hentman, asintiendo—. La conozco y es buena; es perfecta para el papel.

Y entonces necesitaremos una vieja bruja belicosa para que haga de la mujer mandona. A lo mejor dejo que Chuck haga la selección para el papel. —Rió como un búho.

Cuando, a altas horas de la noche, Chuck Rittersdorf regresó cansinamente a su desvencijado apartamento del Condado de Marín, California, el hongo amarillo de Ganimedes lo abordó en el pasillo. Eso, a las tres de la madrugada. Era demasiado.

—Hay un par de individuos en su apartamento —le informó Lord Running Clam—. Me pareció que debía saberlo antes de entrar.

—Gracias —dijo Chuck, y se preguntó a qué tendría que enfrentarse ahora.

—Uno de ellos es su superior de la CIA —dijo el hongo—. Jack Elwood. El otro es el superior del señor Elwood, un tal Roger London. Han venido para interrogarle sobre su otro trabajo.

—Nunca se lo he ocultado —dijo Chuck—. De hecho, Mageboom, manejado por Pete Petri, estaba presente cuando Hentman me contrató. —Intranquilo, se preguntó por qué pensaban que les concernía.

—Cierto —asintió el hongo—, pero tenían una grabadora en la línea vid cuando habló usted esta tarde primero con Joan Trieste y luego con el señor Hentman en Florida. Así que no sólo saben que trabaja para el señor Hentman, sino que también conocen la idea del guión que...

Aquella era la explicación. Dejó al hongo y se dirigió a la puerta de su apartamento. No estaba cerrada con llave; la abrió y se encaró con los dos hombres de la CIA. —¿A estas horas de la noche? —dijo—. ¿Tan importante es? —De camino al lavabo (era de los manuales, como los antiguos) colgó el abrigo. El apartamento estaba confortablemente cálido; los oficiales de la CIA habían encendido la calefacción sin termostato.

—¿Es éste el hombre? —dijo London. Era un hombre alto, encorvado, al final de la cincuentena; Chuck había topado con él un par de veces y le había parecido un hombre difícil—. ¿Éste es Rittersdorf?

—Sí —respondió Elwood—. Chuck, escuche con atención. Hay cosas de Bunny Hentman que usted no sabe. Cosas de seguridad. Sabemos la razón por la que ha aceptado ese trabajo; sabemos que usted no quería, que se vio obligado a hacerlo.

—¿Oh? —dijo Chuck cansinamente. Era imposible que supieran la presión a la que lo había sometido el hongo telépata que había al otro lado de la pared.

—Somos plenamente conscientes de su situación en lo referente a su ex esposa, Mary —dijo Elwood—, la enorme cantidad de dinero a cuenta de pensión alimenticia que se le concedió; sabemos que usted necesita el dinero para satisfacer esos pagos. Sin embargo... —Echó un vistazo a London. Este asintió, y Elwood empezó a abrir su maletín.— Aquí tengo el dossier de Hentman. Su verdadero nombre es Sam Little. Durante la guerra fue condenado por violar las leyes que regulaban el comercio con estados neutrales; en otras palabras, Hentman proporcionaba las mercancías

necesarias para el enemigo a través de un intermediario. Pasó sólo un año en prisión, no obstante; tenía buenos abogados. ¿Quiere saber más?

—Sí —dijo Chuck—. Porque difícilmente puedo abandonar mi trabajo basándome en que hace quince años...

—Muy bien —dijo Elwood, tras un nuevo intercambio de miradas con su superior, London—. Después de la guerra, Sam Little, o Bunny Hentman, como se lo conoce ahora, se fue a vivir al Sistema Alfa. Nadie sabe lo que hizo allí; nuestras fuentes de datos no nos servían en el territorio bajo control de Alfa. En cualquier caso, hace unos seis años regresó a Terra con múltiples identidades interplanetarias. Empezó a actuar como humorista en salas de fiestas, y entonces Pubtrans Incorporated lo patrocinó...

—Sé —interrumpió Chuck— que el propietario de Pubtrans es alfano. Lo he visto. RBX 303.

—¿Lo ha visto? —Elwood y London lo miraron.— ¿Sabe algo de RBX 303? —preguntó Elwood—. Su familia, durante la guerra, controlaba el mayor monopolio de armas del Sistema Alfa. Su hermano se encuentra en el consejo de ministros en la actualidad, y depende directamente del Dux alfano. En otras palabras, cuando uno trata con RBX 303 está tratando con el gobierno alfano. —Tendió el dossier a Chuck. — Léase el resto.

Chuck ojeó las páginas, elegantemente mecanografiadas. Era fácil comprender el resumen del final: los agentes de la CIA que habían compilado el dossier creían que RBX 303 actuaba como representante de una potencia extranjera y que Hentman lo sabía. Por tanto, la CIA vigilaba sus actividades.

—La razón por la que le ha dado el trabajo —dijo Elwood— no es la que usted cree. Hentman no necesita más guionistas; ya tiene cinco. Le diré lo que nosotros creemos. Pensamos que tiene que ver con su mujer.

Chuck guardó silencio; siguió estudiando distraídamente las hojas que componían el dossier.

—A los alfanos —dijo Elwood— les gustaría recuperar Alfa III M2. Y el único modo en que pueden hacerlo legalmente es inducir a los terranos que lo habitan a abandonarla. De lo contrario, de acuerdo con la ley interplanetaria, los Protocolos de 2040 entrarían en vigor; la luna pasa a ser propiedad de sus pobladores y puesto que éstos son terranos indirectamente sería propiedad de Terra. Los alfanos no pueden hacer que los pobladores se vayan, pero los vigilan; son perfectamente conscientes de que se trata de una sociedad formada por antiguos pacientes del Hospital Neuropsiquiátrico Harry Stack Sullivan, que se establecieron allí antes de la guerra. Los únicos organismos que podrían sacar a esos pobladores de Alfa III M2 son terráneos, el TERPLAN o el Servicio Interplanetario de Salud y Bienestar de EE UU; nosotros podríamos evacuar la luna, y eso la dejaría a disposición de cualquiera.

—Pero nadie —dijo Chuck— va a recomendar que los pobladores sean evacuados. —Le parecía totalmente fuera de duda. Había dos posibilidades: que Terra dejara a los pobladores completamente solos o que se construyera un nuevo hospital y se obligara a los pobladores a entrar en él.

—Puede que tenga razón —dijo Elwood—. Pero ¿lo saben los alfanos?

—Y recuerde —dijo London con aquella voz ronca y baja— que los alfanos son grandes jugadores; la guerra entera fue una gran aventura para ellos, y fracasaron. No saben actuar de otra manera.

Eso era cierto; Chuck asintió. Y sin embargo carecía de sentido. ¿Qué influencia tenía él sobre las decisiones de Mary? Hentman sabía que él y Mary estaban legalmente separados; Mary se encontraba en Alfa III M2 y él estaba en Terra. Y aun cuando ambos se hallaran en la luna alfana, Mary nunca lo escucharía. Su decisión sería sólo suya.

No obstante, si los alfanos sabían que él controlaba el simulacro de Daniel Mageboom...

No podía creer que lo supieran; era imposible.

—Tenemos una teoría —dijo Elwood, recuperando el dossier y devolviéndolo a su maletín—. Creemos que los alfanos saben...

—No me lo diga —dijo Chuck—. Que saben lo de Mageboom; eso significaría que alguien se ha infiltrado en la CIA.

—Yo... no iba a decir eso exactamente —dijo Elwood, incómodo—. Iba a decir que saben, como sabemos nosotros, que su separación de Mary es sólo legal, que emocionalmente sigue tan unido a ella como siempre. Según hemos deducido, piensan de la siguiente manera: que usted y Mary no tardarán en reanudar el contacto. Aunque ninguno de ustedes lo prevea.

—¿Y en qué los beneficiará a ellos eso? —preguntó Chuck.

—En este punto su idea de la situación es verdaderamente siniestra —dijo Elwood—. Bien, esto lo hemos deducido estrictamente de indicios periféricos, de jirones reunidos aquí y allá; es posible que estemos equivocados, pero parece que los alfanos se proponen inducirlo a intentar que mate a su esposa.

Chuck guardó silencio. Pasó el tiempo; nadie hablaba. Elwood y Roger London lo observaban con curiosidad, evidentemente preguntándose por qué no respondía.

—Para ser sincero con usted —gruñó London al fin—, tenemos un informante en el personal próximo de Hentman; no importa quién. Nos ha dicho que la idea que Hentman y sus guionistas le presentaron cuando llegó a Florida tiene que ver con un simulacro que mata a una mujer. La esposa de un hombre. El hombre es un agente de la CIA. ¿Es correcto?

Chuck asintió lentamente, con los ojos fijos en un punto de la pared a la derecha de Elwood y London.

—Se supone que esa situación argumentativa —prosiguió London— le dará la idea de intentar matar a la señora Rittersdorf con un simu de la CIA. Lo que Hentman y sus colegas alíanos no saben, por supuesto, es que en Alfa III M2 ya hay un simu de la CIA y que usted lo maneja; si lo supieran... —Se detuvo y luego dijo en voz baja, casi para sí:— Se darían cuenta de que no es necesario elaborar un guión complicado para darle la idea. —Estudió a Chuck.— Porque es muy posible que ya se le haya ocurrido.

Al cabo de una pausa, Elwood dijo: —Es una especulación interesante. Yo no lo había pensado, pero a la larga se me habría ocurrido. —Le dijo a Chuck:— ¿Le gustaría abandonar el manejo del simulacro Mageboom? ¿Para demostrar fuera de toda duda que no tenía en mente semejante acción?

—Por supuesto que no —dijo Chuck, escogiendo las palabras con cuidado. Era obvio que si lo hacía estaría admitiendo que tenían razón, que habían puesto al descubierto algo sobre él y sus intenciones. Y, además, no le interesaba dejar el control de Mageboom... por una buena razón: quería seguir con el plan de matar a Mary.

—Si algo le pasara a la señora Rittersdorf —dijo London—, a la vista de esto, las sospechas recaerían sobre usted.

—Me doy cuenta —dijo Chuck inexpresivamente.

—Por tanto, mientras maneje el simu de Mageboom —dijo London—, será mejor que intente proteger a la señora Rittersdorf.

Chuck preguntó: —¿Quiere que le diga lo que pienso sinceramente?

—Por supuesto —dijo London, y Elwood asintió.

—Todo este asunto es absurdo; una invención basada en datos aislados de algún agente imaginativo del campo, alguien que evidentemente ha pasado demasiado tiempo con las personalidades de la televisión. *¿Cómo va a alterar el asesinato de Mary su decisión sobre Alfa III M2 y sus psicóticos pobladores?* Si muere la sustituirán y alguna otra persona tomará la decisión.

—Creo —dijo Elwood, dirigiéndose a su superior— que no vamos a enfrentarnos a un asesinato, sino a un intento de asesinato. Una amenaza de asesinato, sobre la cabeza de la doctora Rittersdorf, para hacer que obedezca. —Añadió, dirigiéndose a Chuck:— Eso, claro, suponiendo que la campaña de Hentman tiene éxito. Que usted se ve influido por la lógica expuesta en el guión televisivo.

—Pero usted parece pensar que así será —dijo Chuck.

—Pienso —dijo Elwood— que es una coincidencia interesante que usted controle un simulacro de la CIA cerca de Mary, justo como propone el guión. Qué posibilidades...

—Una explicación más verosímil —dijo Chuck— es que de algún modo Hentman haya averiguado que yo manejo el simulacro de Mageboom y que la

situación le haya dado la idea.

Y usted sabe lo que eso significa. —Las implicaciones eran obvias. A pesar de sus negativas, alguien se *había* infiltrado en la CIA. O...

Había otra posibilidad. Lord Running Clam lo había leído en la mente de Chuck y se lo había comunicado a Bunny Hentman. Primero el hongo le había obligado a aceptar el trabajo de Hentman y ahora todos trabajaban juntos para obligarle a llevar a cabo su plan para Alfa III M2. El guión televisivo no tenía el propósito de darle la idea de matar a Mary; gracias al hongo la organización de Hentman sabía que ya se le había ocurrido.

La función del guión televisivo era decirle, indirectamente pero con claridad, *que ellos lo sabían*. Y a menos que hiciera lo que ellos le indicaran sería emitido abiertamente a todo el Sistema Solar. Seis billones de personas conocerían sus planes de matar a su esposa.

Era, tenía que admitirlo, una buena razón para seguir con la organización de Hentman, para hacer lo que querían; lo tenían atrapado. Mira lo que habían conseguido ya: habían hecho que unos altos oficiales de la división de la Costa Oeste de la CIA empezaran a sospechar. Y, como había dicho London, si algo le ocurría a Mary...

Sin embargo, tenía la intención de seguir adelante con el plan. Mejor dicho, de intentar seguir adelante con el plan.

Y no quedarse en una simple amenaza, como quería la organización de Hentman, para obligar a Mary a defender una política concreta hacia los pobladores psicóticos. Su intención era llegar hasta el final, tal como había planeado originalmente. Por qué, no lo sabía; al fin y al cabo, no tenía que verla más, vivir con ella... ¿Por qué su muerte le parecía tan importante?

Extrañamente, era posible que Mary fuera la única persona capaz de hurgar en su mente, si tuviera la oportunidad, y descubrir sus motivos; era su trabajo.

La ironía le complacía. Y, a pesar de la proximidad de los dos astutos oficiales de la CIA —por no mencionar el siempre presente hongo amarillo que escuchaba desde el otro lado de la pared—, no se sentía mal en absoluto. Se estaba enfrentando, utilizando la inteligencia, a dos facciones distintas, ambas experimentadas: la CIA y la organización de Hentman estaban formadas por viejos profesionales, y sin embargo creía, intuitivamente, que conseguiría lo que quería, no lo que ellos querían.

Por supuesto, el hongo le habría leído aquel pensamiento. Esperaba que se lo transmitiera a Hentman; quería que Hentman lo supiera.

En cuanto los dos oficiales de la CIA se fueron, el hongo se escurrió por debajo de la puerta a su apartamento y se materializó en medio de la anticuada moqueta que iba de pared a pared. Habló acusadoramente, con tono de justa indignación. —Señor

Rittersdorf, se lo aseguro; no he tenido contacto alguno con Hentman; nunca lo había visto hasta la noche en que vino aquí para que le firmara un contrato de trabajo.

—Es usted un tramposo —dijo Chuck mientras se hacía un café en la cocina. Ya eran más de las cuatro, pero gracias a los estimulantes que le había proporcionado Lord Running Clam no se sentía cansado—. Siempre escuchando —dijo—. ¿Es que no tiene vida propia?

—Estoy de acuerdo con usted en una cosa —dijo el hongo—; cuando Hentman preparó el guión *debía de* conocer sus intenciones hacia su esposa; de otro modo, la coincidencia es demasiado grande para ser aceptable. Tal vez hay algún otro telépata, señor Rittersdorf, otro además de mí.

Chuck lo miró.

—Podría ser un colega suyo de la CIA —dijo el hongo—. O podría ser cuando está en el simulacro de Mageboom en Alfa III M2; uno de los pobladores psicóticos de allí podría ser telépata. Considero que a partir de ahora mi tarea será ayudarlo cuanto me sea posible, con el fin de demostrar mi buena fe sin dejar lugar a dudas; deseo desesperadamente limpiar mi buen nombre a sus ojos. Haré todo lo que pueda para hallar al telépata que ha acudido a Hentman.

—¿Podría ser Joan Trieste? —interrumpió de repente Chuck.

—No. Estoy familiarizado con su mente, no tiene esos poderes. Es una psi, como ya sabe, pero su talento está relacionado con el tiempo. —El hongo reflexionó.— A menos... Verá, señor Rittersdorf, sus intenciones pueden haber sido descubiertas de otra manera. Sería la capacidad psiónica de precognición... Suponiendo que algún día, a la larga, su plan salga a la luz. Un precognitivo, mirando hacia el futuro, podría verlo, y ahora poseería ese conocimiento. Es una idea que no debemos pasar por alto. Cuando menos demuestra que el factor telepático no es lo único capaz de explicar que Hentman sepa lo que usted pretende hacerle a su esposa.

Había que admitir que la lógica del hongo tenía mérito.

—De hecho —dijo el hongo, temblando visiblemente por la agitación—, podría deberse al funcionamiento involuntario de la capacidad precognitiva de alguien próximo a usted que ni siquiera sabe que la tiene. Alguien, por ejemplo, de la organización de Hentman. Incluso el propio Hentman.

—Hum —dijo Chuck ausentemente, llenándose la taza de café caliente.

—Su camino futuro —dijo el hongo— está colmado por la violencia de su asesinato de la mujer a la que teme y odia. Es posible que este gran espectáculo haya activado la capacidad precognitiva latente de Hentman y que tuviera esta idea para el argumento sin saber de dónde sacaba la «inspiración»... Con frecuencia los talentos psiónicos funcionan de este modo. Cuanto más pienso en ello más estoy convencido de que eso es exactamente lo que ocurrió. Por tanto, creo que la teoría de sus compañeros de la CIA carece de valor; Hentman y su colega alfano no tienen la

intención de enfrentarlo a las supuestas «evidencias» de sus intenciones... Lo único que están haciendo es lo que dicen: intentar elaborar un guión televisivo que funcione.

—¿Y qué hay del convencimiento de la CIA de que los alfanos están interesados en adquirir Alfa III M2? —dijo Chuck.

—Es posible que esa parte sea cierta —concedió el hongo—. Sería típico de los alfanos no abandonar, mantener la esperanza... Después de todo, la luna está en su sistema. Pero, si me permite hablar con franqueza, la teoría de sus compañeros de la CIA me parece un triste atajo de sospechas casuales, unos pocos hechos aislados unidos por un complicado armazón de teorías ad hoc, según las cuales todo el mundo está dotado de una enorme capacidad para la intriga. Con más sentido común es posible abrigar una opinión mucho más simple, y como empleado de la CIA usted debe ser consciente de que, al igual que todas las agencias de inteligencia, ésta carece de la facultad del sentido común.

Chuck se encogió de hombros.

—De hecho —dijo el hongo—, si me permite decirlo, su intenso deseo de vengarse de su esposa se debe en parte a sus años de rodearse del personal del aparato de inteligencia.

—Sin embargo, debe admitir una cosa —dijo Chuck—. Es una mala suerte colosal para mí que Hentman y sus guionistas hayan dado con esta idea en particular para su guión televisivo.

—Mala suerte, pero bastante divertida, teniendo en cuenta que pronto tendrá que escribir personalmente el diálogo de ese guión. —El hongo emitió una risita.— Tal vez pueda infundirle autenticidad. A Hentman le encantará su comprensión de los motivos de Ziggy Trots.

—¿Cómo sabe que el personaje se llamará Ziggy Trots? —Sus sospechas se reavivaron inmediatamente.

—Está en su mente.

—Entonces también debe de estar en mi mente que me gustaría que se fuera para poder estar solo. —No tenía sueño, sin embargo; le apetecía sentarse y empezar a trabajar en el guión.

—Por supuesto. —El hongo se esfumó y Chuck se quedó solo en el apartamento. El único ruido venía del escaso tráfico de la calle de abajo. Bebió la taza de café de pie junto a la ventana durante un rato y luego se sentó frente a la máquina de escribir y pulsó el botón que ponía una hoja de papel en posición.

Ziggy Trots, pensó con aversión. Dios, vaya nombre. ¿Qué clase de persona sugiere? Un idiota, como uno de los Tres Secuaces. Alguien lo bastante retrasado mental, pensó mordazmente, como para insistir en la idea de matar a su mujer...

Empezó, con astucia profesional, a pensar en la primera escena. Por supuesto,

estaría ambientada en la casa de Ziggy, que está intentando hacer alguna tarea inofensiva tranquilamente. Tal vez leyendo el homeo-periódico. Y, como una especie de arpía, su mujer está allí, dándole trabajo. Sí, pensó Chuck, puedo dar verosimilitud a esa escena; tengo años de experiencia en que basarme. Empezó a teclear.

Escribió durante varias horas, maravillado ante la eficiencia de los estimulantes hexoanfetamínicos ilegales; no estaba cansado, y de hecho trabajaba con más rapidez de lo que solía hacerlo en el pasado. A las siete y media, cuando los largos rayos dorados del sol de la mañana tocaron la calle de fuera, se fue a la cocina y empezó a prepararse el desayuno. Ahora a mi otro trabajo, se dijo. A las ocho y media, al edificio de la CIA en San Francisco. Y Daniel Mageboom.

De pie, frente a la máquina de escribir, con un trozo de tostada en la mano, ojeó las páginas que había escrito. Tenían buen aspecto, y llevaba años dedicándose a los diálogos. Ahora tenía que enviárselas por expreso aéreo a Hentman en Nueva York; estarían en manos del cómico dentro de una hora.

A las ocho y veinte, mientras se afeitaba en el cuarto de baño, oyó que sonaba el vidfono. La primera llamada desde que se lo había instalado.

Se dirigió a él y lo encendió. —Hola.

En la diminuta pantalla tomó forma un rostro femenino de rasgos irlandeses asombrosamente hermosos; parpadeó. —¿Señor Rittersdorf? Soy Patricia Weaver; acabo de enterarme de que Bunny Hentman quiere que trabaje en un guión que usted está haciendo. Me preguntaba si podría ver una copia; me muero de ganas de echarle un vistazo. Hace años enteros que rezo por tener la oportunidad de trabajar en el programa de Bunny; lo admiro infinitamente.

Por supuesto, tenía una copiadora Thermofax; podía hacer todos los duplicados del guión que quisiera. —Le enviaré lo que tengo. Pero no está terminado y Bunny no lo ha visto ni le ha dado su aprobación; no sé cuánto querrá conservar. A lo mejor nada.

—Por el modo en que me habló de usted —dijo Patricia Weaver—, estoy segura de que lo usará todo. ¿De verdad haría eso? Le daré mi dirección. En realidad no estamos nada lejos; usted está en California del Norte y yo en Los Ángeles, en Santa Mónica. Podríamos vernos; ¿le gustaría? Y usted podría escucharme leer mi parte del guión.

Su parte. Demonios, se dio cuenta; no había escrito ningún diálogo en que apareciera la atractiva agente de inteligencia de tetas grandes y pezones dilatados: sólo había hecho escenas entre Ziggy Trots y su esposa mandona.

Había una única solución. Pedir medio día libre del trabajo en la CIA y quedarse en el apartamento para escribir más diálogos.

—Le diré lo que vamos a hacer —dijo—. Le llevaré una copia. Deme hasta esta tarde. —Buscó bolígrafo y papel.— Dígame su dirección. —Al cuerno con el

simulacro Mageboom, en vista de aquello; nunca había visto una chica tan atractiva en su vida. De repente todo lo demás se había vuelto mediocre, había retrocedido a la perspectiva adecuada.

Apuntó la dirección de la chica, colgó el vidfobo vacilantemente y enseguida empaquetó las páginas del guión para Bunny Hentman. Camino a San Francisco metió el sobre en el correo expreso por cohete y eso fue todo. Mientras estuviera trabajando en la CIA probablemente pudiera imaginar diálogos para la señorita Weaver; para la hora de la cena estaría listo para ponerlos por escrito y antes de las ocho tendría las páginas para enseñárselas. Las cosas, decidió, no están yendo tan mal después de todo. La verdad es que esto es una gran mejora respecto a mi vida infernal con Mary.

Llegó al edificio de la CIA en Sansome Street en San Francisco y entró por la puerta amplia y familiar.

—Rittersdorf —dijo una voz—. Por favor, acuda a mi despacho. —Roger London, grande y severamente hosco, lo miraba con disgusto.

¿Más charla?, se preguntó Chuck mientras seguía a London hacia su despacho.

—Señor Rittersdorf —dijo London en cuanto se cerró la puerta—, anoche instalamos un sistema de vigilancia en su apartamento; sabemos lo que hizo después de que nos fuimos.

—¿Qué hice? —Que lo mataran si recordaba haber hecho algo que pudiera despertar... A menos que durante la conversación con el hongo hubiera dicho demasiado. Los pensamientos del ganimediano, por supuesto, eran imperceptibles para el equipo. Lo único que recordaba haber dicho era alguna observación sobre que era una mala suerte colosal que la idea del guión que Hentman quería que escribiera tuviera que ver con un hombre que mataba a su mujer por medio de un simu de la CIA. Y seguro que aquello...

—Estuvo levantado el resto de la noche —dijo London—. Trabajando. Eso es imposible, a menos que tenga acceso a drogas actualmente prohibidas en Terra. Por tanto dispone de contactos no terranos que le proporcionan las drogas, y en vista de eso... —Estudió a Chuck.— Queda suspendido de empleo temporalmente. Por razones de seguridad.

Asombrado, Chuck dijo: —Pero para conservar los dos trabajos...

—Cualquier empleado de la CIA lo suficientemente estúpido como para utilizar estimulantes no terranos ilegales no puede ser capaz de llevar a cabo su trabajo aquí —dijo London—. En cuanto a hoy, el simulacro Mageboom será manejado por un equipo formado por Pete Petri y un hombre que usted no conoce, Tom Schneider. — Los gruesos rasgos de London se retorcieron hasta formar una sonrisa socarrona.— Todavía tiene su otro trabajo... ¿o no?

—¿Qué quiere decir «o no»? —Por supuesto que todavía tenía su trabajo con

Hentman; había firmado un contrato.

—Si la teoría de la CIA es correcta —dijo London—, Hentman no lo querrá para nada en cuanto sepa que se le ha negado el acceso al simulacro Mageboom. Yo diría que dentro de aproximadamente doce horas... —London examinó su reloj de pulsera. — Que, digamos, antes de las nueve de esta noche descubrirá el desagradable hecho de que no tiene ningún empleo. Y entonces, creo, estará un poco más dispuesto a colaborar con nosotros; se alegrará de volver a su situación anterior, con un trabajo aquí, y punto. —London abrió la puerta del despacho e indicó a Chuck que saliera.— Por cierto —prosiguió—, ¿le importaría darme el nombre de su proveedor de drogas?

—Niego haber tomado drogas ilegales —dijo Chuck, pero ni siquiera le sonó convincente a él. London lo había atrapado y ambos lo sabían.

—¿Por qué no colabora con nosotros y ya está? —preguntó London—. Deje su trabajo con Hentman, díganos quién es su proveedor... Y podría tener acceso al simulacro Mageboom dentro de quince minutos; puedo arreglarlo personalmente. ¿Qué razones tiene para no...?

—El dinero —dijo Chuck—. Necesito el dinero de los dos trabajos. —Y me están chantajeando. Lord Running Clam. Pero no podía decir aquello, a London no.

—Muy bien —dijo London—. Puede irse. Póngase en contacto con nosotros cuando sepa que va a dejar su trabajo con Hentman; puede que baste con esa condición. —Sostuvo la puerta para que saliera Chuck.

Aturdido, Chuck se encontró en la gran escalera principal del edificio de la CIA. Parecía increíble, pero había sucedido; había perdido un trabajo de muchos años, y por lo que le parecía una falsa excusa. Ahora no tenía ningún modo de llegar a Mary. Al diablo con la pérdida del salario; sus ingresos provenientes de la organización de Hentman eran más que suficientes. Pero sin el uso del simulacro Mageboom no tenía esperanzas de llevar a cabo su plan —que obviamente había postergado demasiado tiempo—; y en el vacío dejado por la desaparición de esa esperanza sintió que algo se derrumbaba dentro de él; toda su razón de ser se había desvanecido de golpe.

Estremecido, Chuck volvió de nuevo a la escalera hacia la puerta principal del edificio de la CIA. Enseguida un guarda uniformado se materializó a partir de la nada y le bloqueó el paso. —Lo siento, señor Rittersdorf; lo lamento, pero tengo órdenes de no dejarlo pasar.

—Quiero ver otra vez al señor London —dijo Chuck—. Será un minuto.

El guarda hizo una llamada con el intercomunicador portátil. —De acuerdo, señor Rittersdorf; puede ir al despacho de London. —Luego se hizo a un lado y automáticamente el paso de control quedó abierto para Chuck.

Un momento después se enfrentó a London una vez más en el gran despacho con paneles de madera. —Ha tomado una decisión, ¿verdad? —preguntó London.

—Tengo algo que decir. Si Hentman no me despide, ¿no sería eso la prueba de

facto de que sus sospechas sobre él eran incorrectas? —Esperó mientras London fruncía el ceño... fruncía el ceño, pero no respondía.— Si Hentman no me despide —dijo Chuck—, apelaré la decisión de apartarme de mi puesto; me presentaré a la Comisión de Servicio Civil y demostraré que...

—Se le ha apartado de su trabajo —dijo London tranquilamente— por usar drogas ilegales. Para ser sincero, ya hemos registrado su apartamento y las hemos encontrado. Está tomando GB-40, ¿verdad? Con el GB-40 puede mantener un horario de trabajo de veinticuatro horas al día indefinidamente; felicidades. No obstante, ahora que ya no trabaja con nosotros, poder trabajar a todas horas no parece muy provechoso. Así que mucha suerte. —Se alejó, se sentó a la mesa y tomó un documento; la entrevista había llegado a su fin.

—Pero cuando Hentman no me despida —dijo Chuck— sabrán que estaban equivocados. Lo único que pido es que reconsidere la situación, cuando eso ocurra. Adiós. —Dejó la oficina cerrando la puerta ruidosamente detrás de él. Adiós hasta a saber cuánto tiempo, se dijo.

Una vez más en la calle, al aire libre de la mañana, se detuvo dubitativo, arrastrado de un lado a otro por las hordas de gente que empujaban al pasar. ¿Ahora qué?, se preguntó. Su vida, por segunda vez en un mes, se había invertido: primero la conmoción de la separación de Mary, ahora esto. Demasiado, se dijo, y se preguntó si quedaba algo.

Quedaba el trabajo de Hentman. Y sólo el trabajo de Hentman.

Regresó al apartamento en coche autónomo y enseguida —de hecho, desesperadamente— se sentó ante la máquina de escribir. Ahora, se dijo, a hacer los diálogos para la señorita Weaver; se olvidó de todo lo demás, reduciendo su mundo a las dimensiones de la máquina de escribir y la hoja de papel. Te daré un papel jodidamente bueno, reflexionó. Y... a lo mejor recibo algo a cambio.

Empezó a trabajar. Y, para las tres de la tarde, había terminado; se levantó haciendo crujir los huesos, se estiró y sintió el cuerpo cansado. Pero tenía la mente lúcida. Así que han instalado un equipo de vigilancia en mi apartamento, se dijo. Con soporte de audio y de vídeo. En voz alta, para que se oyera en la grabación, dijo: —Esos cabrones de la oficina espíandome. Patológico. Francamente, es un alivio estar fuera de esa atmósfera de suspicacias y... —Se detuvo; ¿para qué? Fue a la cocina y preparó el almuerzo.

A las cuatro, vestido con su mejor traje azul y negro de tela rouzle de Titania, empolvado, afeitado y perfumado con unos aromas masculinos como sólo podrían fabricarse en los laboratorios químicos más modernos, se fue a pie, en busca de un taxi de reacción, con el manuscrito bajo el brazo; iba camino a Santa Mónica y al apartamento de Patty Weaver, para... A saber qué. Pero tenía grandes esperanzas.

Si eso salía mal, ¿qué?

Era una muy buena pregunta, que esperaba no tener que responder. Ya había perdido demasiado; la estructura de su mundo había sufrido un pernicioso proceso de truncamiento, con la pérdida de su mujer y su trabajo tradicional, ambos en tan poco tiempo; su sistema de percepción estaba perplejo. Esperaba ver a Mary por la noche y la oficina de la CIA de San Francisco durante el día; ahora no encontraba ni una cosa ni otra. Algo tendría que llenar ese vacío. Sus sentidos así lo exigían.

Llamó a un taxi y le dio la dirección de Santa Mónica de Patty Weaver; luego, recostándose en el asiento, sacó las páginas de los diálogos y empezó a ojearlas para realizar los últimos cambios.

Al cabo de una hora, poco después de las cinco en punto, el taxi empezó a descender hacia el tejado del moderno, grande y notablemente bonito edificio de apartamentos. Ha llegado el momento, se dijo Chuck. Alternando con una tetuda futura estrella de la televisión... ¿Qué más podía pedir?

El taxi aterrizó. Con cierta inquietud, Chuck sacó el importe del viaje.

Como si de un presagio benigno se tratara, Patricia Weaver estaba en casa; abrió la puerta del apartamento y dijo: —Oh, cielos, así que usted es el hombre de mi guión. Qué pronto ha llegado; en el vidfono dijo...

—Terminé antes de lo que esperaba. —Chuck entró en el apartamento y echó un vistazo a los muebles, excesivamente modernos; eran de estilo neoprecolombino, basado en los recientes descubrimientos arqueológicos de la cultura inca, en América del Sur. Por supuesto, todos los muebles estaban hechos a mano. Y en las paredes pendían unos cuadros animados modernos, que nunca paraban de moverse; consistían en unas máquinas bidimensionales que emitían un ruido suave, como el rugido de un mar distante. O, pensó él con más sentido práctico, como un autofac subterráneo. No estaba seguro de que le gustaran.

—Lo ha traído con usted —dijo la señorita Weaver, encantada. Llevaba (extrañamente para aquella hora de la tarde) un vestido de alta costura de París, como los que Chuck había visto en revistas, pero nunca en la vida real. Aquello no tenía nada que ver con su mesa de la CIA. El vestido era ostentoso y complejo, como los pétalos de una flor no terrana; debía de haberle costado mil skins, decidió Chuck. Era un vestido muy adecuado para conseguir un trabajo; el pecho derecho, firme y subido estaba completamente descubierto; iba a la última moda. ¿Estaría esperando a alguien más? ¿A Bunny Hentman, por ejemplo?

—Iba a salir —explicó Patty—. A un cóctel. Pero llamaré para cancelarlo. —Se acercó al vidfono; los tacones altos y finos golpearon el suelo sintético de estilo inca.

—Espero que le guste el guión —dijo él, deambulando y sintiéndose insignificante. Aquello lo superaba: el vestido, caro y elaborado; los muebles hechos a mano... Se detuvo frente a un cuadro y observó cómo las superficies abstractas se deslizaban y cambiaban, formando combinaciones completamente nuevas e irrepetibles.

Patty regresó del vidfono. —Lo he encontrado antes de que se fuera de los Estudios MGB. —No especificó a quién y Chuck decidió no preguntar; probablemente lo desanimaría todavía más.— ¿Quiere beber algo? —Se dirigió al aparador, abrió un armario precolombino de oro y madera y empezó a sacar botella tras botella.— ¿Le apetece un Wuzzball Jónico? Es estupendo; tiene que probarlo. Apuesto a que no ha llegado a California del Norte... Allí la gente es tan... —Gesticuló.— Tan superflua. —Empezó a mezclar bebidas.

—¿Puedo ayudarla? —Se acercó a ella, sintiéndose serio y protector... O al menos intentando serlo.

—No, gracias. —Patty le tendió el vaso con pericia.— Déjeme preguntarle algo —dijo—, antes de ver el guión. ¿Mi parte es importante?

—Hum —dijo él. La había hecho lo más grande que le había sido posible, pero lo cierto era que se trataba de un papel secundario. La cabeza del pescado era para ella, pero los filetes, necesariamente, eran para Bunny.

—Eso significa que es pequeño —dijo Patty, que se fue al sofá en forma de banco y se sentó; los pétalos del vestido se extendieron a ambos lados—. Déjeme verlo, por favor. —Ahora tenía un aire astuto y muy profesional; estaba absolutamente tranquila.

Sentándose frente a ella, Chuck le entregó las páginas del guión. Incluían lo que le había enviado a Bunny y la parte más reciente, su parte en concreto, que Bunny no había visto aún. Tal vez no era lo más apropiado enseñarle el guión a Patty antes de que lo viera Bunny... Pero había decidido hacerlo, fuera un error o no.

—Esa otra mujer —dijo Patty poco después; no le había llevado mucho tiempo echarle una ojeada—. La esposa. La mandona que Ziggy decide matar. Su parte es mucho mayor; está en todas partes, y yo sólo en esta escena. En la oficina... En el edificio de la CIA... —Señaló el papel.

Lo que Patty decía era cierto. Había hecho cuanto había podido, pero allí estaba; los hechos eran los hechos, y Patty era demasiado profesional para que la engañaran.

—La hice lo más grande que me fue posible —dijo él honestamente.

—Es casi uno de esos horribles papeles en los que la chica sólo tiene que estar sexy, sin hacer nada —dijo Patty—. No quiero aparecer simplemente con un vestido escotado y servir de adorno. Soy una actriz; quiero diálogo. —Le devolvió el guión. — Por favor —dijo—, señor Rittersdorf, por dios, deme una parte más grande. Bunny no ha visto esto, ¿verdad? Sólo usted y yo. A lo mejor podemos inventarnos algo. ¿Qué le parece una escena en un restaurante? Ziggy está con la chica, Sharon, en un restaurante pequeño, moderno y apartado, y aparece su mujer... Ziggy discute con ella allí, no en su apartamento, y así Sharon, mi personaje, también puede participar en esa escena.

—Hum —dijo él. Sorbió su bebida; era una mezcla extraña y dulce, muy parecida a la hidromiel. Se preguntó qué tendría. Frente a él, Patty ya se había terminado la suya; ahora volvía al aparador para prepararse otra.

Él también se levantó y fue a su lado; junto a él, el hombro pequeño de ella se movía y a Chuck le llegó el extraño aroma de la bebida que estaba haciendo. Un ingrediente, advirtió, venía en una botella que evidentemente no era de Terra; las letras impresas parecían alfanas.

—Es de Alfa I —dijo Patty—. Me lo dio Bunny; lo sacó de unos alfanos que conoce; Bunny conoce todos los tipos de criaturas del universo habitado. ¿Sabía que estuvo viviendo en el Sistema Alfano? —Levantó el vaso, se volvió para mirarlo y bebió pensativamente.— Me gustaría visitar otro sistema. Debe de hacerle sentir a uno casi superhumano, ya sabe.

Dejando el vaso, Chuck puso las manos en los hombros pequeños, bastante duros, de Patty Weaver; el vestido se arrugó. —Puedo hacer su parte un poco más extensa —dijo.

—Bien —dijo Patty. Se inclinó sobre él, suspiró y apoyó la cabeza en su hombro—. Significa mucho para mí —dijo. Sus cabellos, largos y rojizos, rozaron el rostro de Chuck y le hicieron cosquillas en la nariz. Tomó el vaso de la chica y bebió un sorbo, y luego lo dejó en el aparador.

Lo siguiente que supo fue que estaban en el dormitorio.

Las bebidas, pensó. Mezcladas con el estimulante del tálamo GB-40 que me dio Lord como se llame. La habitación estaba casi a oscuras, pero distinguió, detrás de su brazo derecho, a Patty Weaver sentada en el borde de la cama, desabrochándose alguna parte complicada del vestido. El vestido se abrió al fin y Patty lo llevó cuidadosamente hasta el armario para colgarlo; volvió, haciéndose algo raro en los pechos. Chuck la observó un momento y entonces se dio cuenta de que se estaba dando un masaje en las costillas; después de estar confinada en el vestido ahora podía relajarse, moverse sin impedimentos. Ambos pechos, advirtió, eran de un tamaño ideal, aunque en su mayor parte sintéticos. No se bamboleaban lo más mínimo cuando caminaba; el izquierdo, al igual que el derecho antes expuesto, era extraordinariamente firme.

Patty se estaba dejando caer como una borracha en la otra cama cuando sonó el vidfono.

—... —dijo Patty, sobresaltándolo. Salió de la cama, se puso en pie y buscó a tientas la bata; cuando la encontró, salió descalza del cuarto, atándose el cinturón—. Vuelvo enseguida, querido —dijo con naturalidad—. Tú quédate ahí.

Se quedó mirando el techo, sintiendo la suavidad, oliendo la fragancia de la cama. Pareció transcurrir un rato muy, muy largo. Se sentía muy feliz. Ese tipo de espera era un gran y tranquilo placer.

Y entonces, de repente, apareció Patty en la puerta del dormitorio, con la bata, el pelo suelto en una nube sobre los hombros. Chuck esperó, pero ella no se acercó a la cama. De golpe se dio cuenta de que no iba a hacerlo; no iba a acercarse más. Se levantó al instante; el estado de ánimo de relajación supina menguó, se desvaneció.

—¿Quién era? —preguntó.

—Bunny.

—¿Y bien?

—Todo ha terminado. —Entró, pero hacia el armario; sacó una falda sencilla y una blusa. Recogió su ropa interior y se fue, obviamente para vestirse en otra parte.

—¿Por qué ha terminado? —Salió de un salto de la cama y empezó a vestirse con frenesí. Patty había desaparecido; en algún lugar del apartamento se cerró una puerta. No respondió. Era evidente que no lo había oído.

Mientras se ataba los zapatos sentado en la cama y completamente vestido, Patty volvió a aparecer; ella también se había vestido. Se cepilló el pelo, con el rostro inexpresivo; observó cómo Chuck manejaba torpemente los cordones, sin hacer comentarios. Era, pensó él, como si estuviera a un año luz de distancia; la habitación estaba impregnada de su frialdad neutral.

—Explícame —repitió— por qué ha terminado todo. Dime exactamente lo que te ha contado Bunny Hentman.

—Oh, me ha dicho que no va a usar tu guión, y que si te llamaba o tú me llamabas a mí... —Ahora, por primera vez desde que recibiera la llamada, sus ojos se clavaron en él, como si lo viera al fin— No le he contado que estabas aquí. Pero me ha dicho que si hablaba contigo tenía que decirte que ha estado pensando en tu idea y no le gusta.

—¿Mi idea?

—Todo el guión. Tiene las páginas que le enviaste por expreso y le han parecido terribles.

Chuck sintió que las orejas le ardían y se le helaban al mismo tiempo; el dolor se le extendió hasta la cara, como el hielo, entumeciéndole los labios y la nariz.

—Por eso —dijo Patty— les ha dicho a Dark y a Jones, sus guionistas habituales, que hagan algo completamente distinto.

Al cabo de un largo rato, Chuck dijo con voz ronca: —¿Se supone que tengo que ponerme en contacto con él?

—No me lo ha dicho. —Había terminado de cepillarse el pelo; ahora abandonó el dormitorio y desapareció una vez más. Levantándose, Chuck la siguió y la halló en la sala de estar; estaba en el vidfono, marcando.

—¿A quién llamas? —preguntó Chuck.

—A alguien que conozco —dijo Patty, fría—. Para que me lleve a cenar.

Con la voz quebrada por la desazón, Chuck dijo: —Déjame llevarte a cenar. Me gustaría.

La chica ni siquiera se molestó en responder; siguió marcando.

Chuck volvió al banco precolombino y empezó a recoger las páginas del guión; las metió de nuevo en el sobre. Mientras tanto, Patty había conseguido su fiesta; Chuck alcanzaba a oír su voz baja y apagada.

—Ya nos veremos —dijo Chuck. Se puso el abrigo y fue hacia la puerta del apartamento.

Ella no levantó la vista de la pantalla del vidfono; estaba absorta.

Con ira y angustia, Chuck dio un portazo detrás de él y bajó rápidamente el vestíbulo moquetado hasta el ascensor. Dos veces tropezó, y pensó, dios, todavía no se me han pasado los efectos de la bebida. Tal vez todo sea una alucinación, provocada por la mezcla de GB-40 y como quiera que se llamara la bebida. El

Wuzzfur Ganimediano o lo que sea. Sentía el cerebro muerto, frío e inanimado; tenía el espíritu completamente helado y sólo podía pensar en salir del edificio, salir de Santa Mónica y volver a California del Norte y a su apartamento.

¿Tenía razón London? No sabría decirlo; tal vez la chica decía la verdad: las hojas que le había enviado a Bunny eran terribles y aquélla era la única razón. Pero por otro lado...

Tengo que ponerme en contacto con Bunny, advirtió. Ahora mismo. De hecho, debería haberlo llamado desde el apartamento.

En la planta baja del edificio de apartamentos halló una cabina de vidfono de pago; dentro empezó a marcar el número de la organización de Hentman. Y entonces, de repente, colgó el auricular. ¿Quiero saberlo?, se preguntó. ¿Puedo soportar saberlo?

Dejó la cabina de vidfono, aguardó un momento y entonces atravesó la puerta principal del edificio y salió a la calle del atardecer. Al menos debería esperar a aclararme la cabeza, pensó. Hasta que se me pasen los efectos de la bebida, de esa bebida alcohólica no terrana que me dio.

Echó a caminar sin rumbo por el camino que había junto al riachuelo, con las manos en los bolsillos. Y, a cada minuto, se sentía más asustado y desesperado. Todo se desmoronaba a su alrededor. Él parecía incapaz de detener aquel colapso; sólo podía mirarlo, completamente impotente, paralizado por unos acontecimientos demasiado poderosos para que él los comprendiera.

Una voz grabada, de mujer, repetía en su oído: —Será un cuarto de skin, señor. Por favor, deposítelo en monedas y no en billetes.

Parpadeando, miró alrededor y descubrió que se encontraba de nuevo en una cabina de vidfono. Pero ¿a quién estaba llamando? ¿A Bunny Hentman? Rebuscando en los bolsillos halló el cuarto de skin y lo metió en la ranura del vidfono de pago. Inmediatamente apareció una imagen.

No estaba llamando a Bunny Hentman. En la pantalla frente a él se veía la imagen en miniatura de Joan Trieste.

—¿Qué pasa? —dijo Joan, con perspicacia—. Tienes un aspecto horrible, Chuck. ¿Estás enfermo? ¿Desde dónde llamas?

—Estoy en Santa Mónica —dijo. Por lo menos suponía que seguía allí; no recordaba haber vuelto a la zona de la Bahía. Y no parecía haber transcurrido mucho tiempo... ¿O sí? Miró el reloj de pulsera. Habían pasado dos horas; eran más de las ocho—. No puedo creerlo —dijo—, pero esta mañana me echaron de la CIA por motivos de seguridad y ahora...

—¡Vaya! —dijo Joan, escuchando atentamente.

—Por lo visto —rechinó él—, Bunny Hentman me ha echado, pero no puedo

estar seguro. Porque la verdad es que me da miedo ponerme en contacto con él.

Hubo un silencio. Y luego Joan dijo con calma: —Tienes que llamarlo, Chuck. O hacerlo yo por ti; le diré que soy tu secretaria o algo; ya me las apañaré, no te preocupes. Dame el número de la cabina donde estás. Y no te deprimas; te conozco lo bastante bien para saber que vas a reconsiderar el suicidio, y si lo intentas en Santa Mónica no podré ayudarte; no llegaría a tiempo.

—Gracias —dijo Chuck—. Está bien saber que a alguien le importa.

—Lo único que ocurre es que ha habido demasiados cambios en tu vida últimamente —dijo Joan con su tono inteligente y lógico—. Primero el final de tu matrimonio, ahora...

—Llámalo —la interrumpió Chuck—. Aquí tienes el número. —Puso el trozo de papel frente a la pantalla y Joan lo apuntó.

Después de colgar se quedó en la cabina fumando y pensando. Se le estaba empezando a aclarar la cabeza, y se preguntó qué había hecho entre las seis y las ocho. Tenía las piernas rígidas y le dolían de cansancio; tal vez hubiera estado caminando, recorriendo las calles de Santa Mónica, sin destino, sin planes.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la caja de cápsulas GB-40 que se había llevado consigo; sin ayuda de agua consiguió tragarse una. Eso —supuso— eliminaría los efectos de la fatiga. Pero sólo algo parecido a la jubilación de su lóbulo frontal podría hacerle olvidar lo desastroso de su situación.

El hongo del cieno, pensó. A lo mejor él puede ayudarme.

Del servicio de información del Condado de Marin sacó el número de vidfono de Lord Running Clam; inmediatamente hizo la llamada, metió las monedas y esperó, mientras sonaba el vidfono y la pantalla seguía vacía.

—Hola. —Las palabras, visuales en lugar de audibles, lo saludaron desde la pantalla; el hongo, incapaz de hablar, no podía utilizar el circuito de audio.

—Soy Chuck Rittersdorf —dijo.

Más palabras. —Está usted en problemas. No puedo leerle la mente a tanta distancia, evidentemente, pero capto el matiz de su voz.

—¿Tiene usted influencia sobre Hentman? —preguntó Chuck.

—Tal como le dije antes... —Las palabras, una banda estrecha, pasaban en orden por la pantalla de vídeo.— Ni siquiera lo conozco en persona.

—Parece que me ha echado —dijo Chuck—. Me gustaría que intentara hablar con él para que me readmita. —Dios, pensó, necesito algún trabajo.— Fue usted —dijo— quien me indujo a firmar el contrato con él; podría echarle gran parte de la culpa.

—Su trabajo con la CIA...

—Me echaron. Por causa de mi asociación con Hentman. Hentman conoce mucha gente no terrana —dijo Chuck cruelmente.

—Ya veo —se formó en la pantalla—. Su neurótica agencia de seguridad.

Debería habérmelo imaginado, pero no lo hice. Usted debería habérselo imaginado, después de haber trabajado con ellos tantos años.

—Mire —dijo Chuck—. No lo he llamado para discutir quién tiene la culpa; lo único que quiero es un trabajo, cualquier trabajo. —Lo necesito esta noche, se dijo; no puedo esperar.

—Debo reflexionar sobre ello —le informó el hongo con la hilera de palabras—. Deme...

Chuk colgó con rabia.

De nuevo se quedó dentro de la cabina, fumando y esperando, preguntándose qué le diría Joan cuando lo llamara. Tal vez no llame, pensó. Sobre todo si hay malas noticias. Qué lío. En qué follón me he...

Sonó el teléfono.

Cogió el auricular y dijo: —¿Joan?

Su pequeña imagen cobró forma en la pantalla. —He llamado al número que me diste, Chuck. Respondió alguien del personal, un tal Feld. Había mucha agitación. Lo único que me dijo fue que mirara el homeodiario de la tarde.

—De acuerdo —dijo Chuck, sintiéndose aún más helado que antes—. Gracias. Buscaré un periódico de Los Ángeles y quizá te vea después. —Interrumpió la conexión, salió rápidamente de la cabina, caminó por la acera y empezó a buscar un vendedor ambulante de periódicos.

Apenas necesitó unos minutos para adquirir el periódico de la tarde; se puso a leer a la luz de una ventana. Estaba en la página uno. Era lógico que estuviera allí: Hentman era el cómico más popular de la televisión.

BUNNY HENTMAN, DETENIDO POR LA CIA ACUSADO DE ACTUAR COMO
AGENTE DE UNA POTENCIA EXTRANJERA, HUYE TRAS UN COMBATE
LÁSER

Necesitó leer el artículo dos veces para creerlo. Lo que había pasado era lo siguiente: la CIA, gracias a su red de mecanismos de recogida de datos, se había enterado durante el transcurso del día de que la organización de Hentman había despedido a Chuck Rittersdorf. Eso, para los cerebros de la CIA, demostraba la validez de su tesis; a Hentman sólo le interesaba Chuck por la *Operación Cincuenta Minutos* en Alfa III M2. De aquello se desprendía, dedujeron, que Hentman, tal como sospechaban desde hacía tiempo, era un agente de los alfanos, y la CIA había actuado de inmediato; de lo contrario, si se hubieran demorado, el informador de Hentman infiltrado en la CIA le habría avisado, permitiéndole escapar. Era sencillo y terrible; las manos que sujetaban el periódico bajo la luz estaban temblando.

Hentman había huido, a pesar de la rapidez de la CIA. Tal vez la maquinaria de Hentman había sido lo bastante eficiente para avisarle; estaba esperando la operación del escuadrón aéreo de la CIA que intentó rodearlo en los estudios de la televisión de

Nueva York, según decía el artículo.

Entonces, ¿dónde estaba ahora Bunny Hentman? Probablemente camino del Sistema Alfa. ¿Y dónde estaba Chuck Rittersdorf? Camino a nada; por delante tenía sólo un vacío empantanado, sin personas, sin trabajo, sin razones para vivir. Hentman había llamado a Patty Weaver, la nueva estrella de la televisión, y le había dicho que el guión no valía, pero no se había molestado en...

Hentman había llamado por la tarde. Después de la detención abortada. Por tanto Patty Weaver sabía dónde estaba Hentman. O al menos podría saberlo. Pero era algo para empezar.

Rápidamente regresó en taxi al magnífico edificio de apartamentos de Patty Weaver; pagó al taxista, corrió hacia la entrada y apretó el timbre de su apartamento.

—¿Quién es? —Su voz seguía siendo fría, impersonal, más todavía.

—Soy Rittersdorf —dijo Chuck—. Me he dejado parte del guión en su apartamento.

—No veo ninguna hoja. —No parecía convencida.

—Si me deja entrar creo que las encontraré enseguida. No me llevará más de un par de minutos.

—De acuerdo. —La alta puerta metálica chasqueó y se abrió; Patty había dado la orden desde arriba.

Subió en ascensor. La puerta del apartamento estaba abierta y entró. En la sala de estar, Patty lo saludó con una indiferencia helada; estaba con los brazos cruzados, contemplando glacialmente por la ventana la noche de Los Ángeles. —Aquí no hay hojas de tu jodido guión —le informó—. No sé qué...

—La llamada de Bunny —dijo Chuck—. ¿Desde dónde llamaba?

Ella lo miró con una ceja levantada. —No me acuerdo.

—¿Ha visto las noticias de esta tarde?

Después de una larga pausa se encogió de hombros. —Tal vez.

—Bunny la llamó después de que la CIA intentara detenerlo. Usted lo sabe y yo lo sé.

—¿Y? —Ni siquiera se molestó en mirarlo; nadie lo había desdeñado tan glacialmente en toda su vida. Y sin embargo le parecía que bajo la dureza de sus modales estaba asustada. Al fin y al cabo era muy joven, apenas tenía veinte años. Decidió arriesgarse.

—Señorita Weaver, soy agente de la CIA. —Todavía tenía su identificación de la CIA; metiéndose la mano en el bolsillo del abrigo la sacó y se la mostró.— Está detenida.

Los ojos se le abrieron como platos en una reacción de sobresalto; dio una vuelta, ahogando una exclamación de consternación. Y Chuck vio hasta qué punto se le había alterado la respiración; el pesado jersey rojo subía y bajaba con rapidez. —¿De

veras es un agente de la CIA? —preguntó con un susurro entrecortado—. Pensaba que era guionista de televisión; eso es lo que me dijo Bunny.

—Nos hemos infiltrado en la organización de Hentman. Yo me hacía pasar por guionista televisivo. Venga. —Tomó a Patricia Weaver por el brazo.

—¿Adonde vamos? —Intentó liberarse, horrorizada.

—A la oficina de la CIA de Los Ángeles. Para que la fichen.

—¿Por qué motivo?

—Usted sabe dónde está Hentman —dijo él.

Hubo un silencio.

—No lo sé —dijo, y cedió—. De verdad que no. Cuando llamé yo no sabía que lo habían detenido o lo que sea, no me dijo nada sobre eso. Hasta que salí a cenar, después de que usted se fuera, no vi los titulares del periódico. —Malhumorada, avanzó hacia el dormitorio.— Voy a coger el abrigo y el bolso. Y me gustaría pintarme un poco los labios. Pero le estoy diciendo la verdad, soy sincera.

La siguió; en el dormitorio descolgó el abrigo de una percha del armario y abrió un cajón para coger su bolso.

—¿Cuánto tiempo cree que me retendrán? —preguntó mientras rebuscaba en el bolso.

—Oh —respondió él—, sólo... —Se interrumpió. Porque Patty lo apuntaba con una pistola láser. La había sacado del bolso.

—No creo que sea agente de la CIA —dijo.

—Pues lo soy —dijo Chuck.

—Salga de aquí. No sé lo que está intentando hacer, pero Bunny me dio esto y me dijo que lo utilizara cuando tuviera que hacerlo. —Le temblaba la mano, pero la pistola láser no dejaba de apuntarlo.— Por favor, váyase —dijo—. Salga de mi apartamento. Si no lo hace, lo mataré; lo digo en serio. —Parecía terrible, terriblemente asustada.

Volviéndose, Chuck salió del apartamento, hacia el vestíbulo y el ascensor. Todavía estaba allí y se metió dentro.

Un momento después estaba de nuevo abajo, en la oscura acera. Bueno, así estaban las cosas. Nada había salido como él quería. Por otro lado, reflexionó con estoicismo, tampoco había perdido nada... Excepto quizá la dignidad. Y con el tiempo la recuperaría.

No podía hacer más que regresar a California.

Quince minutos después se encontraba volando camino a casa, a su terrible apartamento del Condado de Marin. Al final su experiencia en Los Ángeles no había dado buenos resultados.

Cuando llegó encontró las luces del apartamento encendidas y la calefacción en

marcha; sentada en una silla, escuchando una sinfonía de Haydn en la FM, estaba Joan Trieste. En cuanto lo vio se levantó de un salto. —Gracias a dios —dijo—. Estaba muy preocupada por ti. —Inclinándose, recogió el *Chronicle* de San Francisco.— Ya habrás visto el periódico. ¿Dónde te deja eso ahora, Chuck? ¿Significa que la CIA también va detrás de ti? ¿Como empleado de Hentman?

—No lo sé —dijo, cerrando la puerta del apartamento. Que él supiera, la CIA no lo perseguía, pero tenía que pensar sobre ello; Joan tenía razón. Fue a la cocina y preparó el hervidor para el café, echando de menos, en un momento como aquél, el circuito autónomo de café de la cocina que se había quedado Mary; se lo había quedado ella, lo había dejado con ella, junto con casi todo lo demás.

Joan apareció en la puerta. —Chuck, creo que deberías llamar a la CIA; hablar con alguien que conozcas allí. Con tu antiguo jefe. ¿De acuerdo?

—Eres tan cumplidora con la ley —dijo, con amargura—. Siempre actúas de acuerdo con las autoridades, ¿verdad? —No le dijo que en el momento de crisis, cuando todo se desmoronaba a su alrededor, él había tenido el impulso de acudir a Bunny Hentman, no a la CIA.

—Por favor —dijo Joan—. He estado hablando con Lord R.C. y él piensa igual. He escuchado las noticias en la radio y dijeron algo sobre que estaban deteniendo a otros empleados del equipo de Hentman...

—Déjame solo. —Tomó el bote de café instantáneo; con las manos temblorosas, echó una gran cucharada en una taza.

—Si no te pones en contacto con ellos —declaró Joan—, yo no puedo hacer nada por ti. Así que creo que será mejor que me vaya.

—¿Qué podrías hacer por mí de todas formas? —dijo Chuck—. ¿Qué has hecho por mí en el pasado? Apuesto a que soy la primera persona que conoces que ha perdido dos trabajos en un día.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Creo —dijo Chuck— que voy a emigrar a Alfa. —Concretamente, pensó, a Alfa III M2. Si hubiera podido encontrar a Hentman...

—La CIA tiene razón, entonces —dijo Joan; había fuego en sus ojos—. La maquinaria de Hentman trabaja para una potencia extranjera.

—Dios —dijo Chuck, con disgusto—. ¡La guerra acabó hace años! Estas tonterías de espías me ponen enfermo; ya he tenido suficientes para toda la vida. Si quiero emigrar, que me dejen emigrar.

—Lo que debería hacer —dijo Joan, sin entusiasmo— es de tenerte. Estoy armada. —Le enseñó el arma increíblemente pequeña pero sin duda genuina que llevaba en el brazo.— Pero no puedo hacerlo. Me das tanta pena... ¿Cómo has podido hacer este desastre con tu vida? Y Lord. R.C. intentó tanto...

—La culpa es suya —dijo Chuck.

—Él sólo quería ayudar; sabía que no estabas siendo responsable. —Le relampaguearon los ojos.— No me extraña que Mary se divorciara de ti.

Chuck gimió.

—Ni siquiera lo intentas —dijo Joan—. Has abandonado; has... —Calló. Y lo miró. Él también lo había oído. Los pensamientos del hongo ganimediano, desde el otro lado del vestíbulo.

—Señor Rittersdorf, hay un caballero en el vestíbulo que va en dirección a su apartamento; está armado y pretende obligarlo a acompañarlo. No sé quién es o lo que quiere, porque tiene una especie de reja instalada como caja cerebral para protegerse de los telépatas; por tanto debe de ser un militar o un miembro de la policía de inteligencia o seguridad, o parte de una organización criminal o antipatriótica. En cualquier caso, prepárese.

Dirigiéndose a Joan, Chuck dijo: —Dame esa pequeña pistola láser.

—No. —La sacó de la funda y apuntó hacia la puerta del apartamento; tenía el rostro claro y fresco. Era evidente que era completamente dueña de sí.

—Dios mío —dijo Chuck—. Van a matarte. —Lo sabía, lo veía como si fuera vidente; arrojándose sobre ella a gran velocidad, aferró el arma láser y se la quitó de la mano. Se le escapó el arma; él y Joan se abalanzaron sobre ella, tanteando; chocaron y con un grito ahogado Joan cayó contra la pared de la cocina. Los dedos de Chuck encontraron la pistola; se levantó, con el arma en la mano...

Algo le dio en la mano y sintió calor; dejó caer la pistola, que se alejó golpeando el suelo. Al mismo tiempo una voz masculina —desconocida para él— sonó en sus oídos. —Rittersdorf, si intenta coger esa pistola otra vez la mataré. —El hombre, que ahora estaba en la sala de estar, cerró la puerta del apartamento detrás de él y se acercó unos pasos a la cocina, apuntando a Joan con su rayo láser. Era de mediana edad y llevaba un abrigo gris barato, de tela local, y unas botas raras y antiguas; a Chuck le dio la impresión de que venía de una ecología totalmente extraña, tal vez de un planeta distinto.

—Creo que trabaja para Hentman —dijo Joan mientras se ponía en pie lentamente—. Así que es probable que lo hiciera. Pero si crees que puedes apoderarte de la pistola antes de que...

—No —dijo Chuck inmediatamente—. Los dos moriríamos. —Se encaró al hombre, entonces.— He intentado ponerme en contacto con Hentman antes.

—De acuerdo —dijo el hombre, e hizo un ademán hacia la puerta—. La señora se puede quedar; sólo lo quiero a usted, Rittersdorf. Venga conmigo y deje de hacer tonterías; nos espera un largo viaje.

—Puede preguntárselo a Patty Weaver —dijo Chuck mientras salía al vestíbulo por delante del hombre de mediana edad.

Detrás de él, el hombre gruñó. —Déjese de charla, Rittersdorf. Ya ha dicho lo

suficiente.

—¿Como qué? —Se detuvo, sintiendo una ominosa gradación de miedo.

—Como que entró en la organización como espía de la CIA. Ahora sabemos por qué quería el trabajo de guionista televisivo: era para reunir pruebas contra Bun. ¿Qué pruebas consiguió? Vio a un alfano; ¿es eso un crimen?

—No —dijo Chuck.

—Van a arrancarle el pellejo por esto —dijo el hombre de la pistola—. Diablos, hace años que saben que Bun vivió en el Sistema Alfa. La guerra ha terminado. Claro que tiene relaciones económicas con Alfa; ¿quién no las tiene en este negocio? Pero él es una figura nacional; el público lo conoce. Le diré lo que hizo que la CIA decidiera castigarlo. A Bun se le ocurrió un guión sobre un simu de la CIA que mataba a alguien; la CIA se imaginó que iba a empezar a utilizar el programa para...

Delante de ellos apareció el hongo ganimediano, en forma de un enorme montículo amarillo, y les bloqueó el paso; había salido de su apartamento.

—Déjenos pasar —dijo el hombre de la pistola.

—Lo siento —Captó Chuck que pensaba Lord Running Clam—, pero soy colega del señor Rittersdorf y no puedo permitir que se lo lleven.

El rayo láser chasqueó; el haz rojo y delgado pasó junto a Chuck y desapareció en el centro del hongo. Con el ruido de algo rompiéndose y desgarrándose, el hongo se arrugó y se secó hasta convertirse en una mancha negra e incrustada que humeaba y salpicaba, chamuscando el suelo de madera del pasillo.

—Muévase —le dijo a Chuck el hombre de la pistola.

—Está muerto —dijo Chuck. No podía creerlo.

—Hay más —dijo el hombre de la pistola—. En Ganímedes. —La cara rechoncha no mostraba ninguna emoción, sólo cautela.— Cuando llegemos al ascensor pulse el botón de subir; tengo la nave en el tejado y es un espacio muy pequeño.

Chuck entró en el ascensor con una gran sensación de vacío. El hombre de la pistola lo siguió y un momento después habían llegado al tejado; salieron al frío de la niebla nocturna. —Dígame su nombre —dijo Chuck—. Sólo su nombre.

—¿Por qué?

—Para que pueda buscarlo. Por haber matado a Lord Running Clam. —Tarde o temprano coincidiría en el mismo vector que aquella persona.

—Se lo diré con placer —dijo el hombre mientras guiaba a Chuck hacia el vagón; las luces de aterrizaje brillaban y la turbina zumbaba débilmente—. Alf Cherigan —dijo instalándose ante los mandos.

Chuck asintió.

—¿Le gusta mi nombre? ¿Le parece agradable?

En silencio, Chuck miró al frente.

—Ha dejado de hablar —observó Cherigan—. Muy mal, porque usted y yo

vamos a estar encerrados juntos hasta que lleguemos a la Luna y a Brahe City. — Alargó el brazo para encender el piloto automático.

Debajo de ellos el vagón se movió y saltó, pero no subió.

—Espere aquí —dijo Cherigan, moviendo la pistola láser en dirección a Chuck—. No toque los controles. —Irritado, abrió la escotilla del vagón y sacó la cabeza para buscar en la oscuridad lo que había detenido la acción del elevador.— Dios santo —dijo—, el conducto exterior de atrás... —Dejó de hablar; rápidamente entró de un salto al vagón y disparó el rayo láser.

Desde la oscuridad del tejado le respondió un rayo que se abrió paso por la escotilla y lo alcanzó; Cherigan soltó el arma y se dejó caer contra el casco de la cabina; allí se retorció y boqueó como un animal herido, con la boca abierta, la mirada perdida y los ojos inyectados en sangre.

Inclinándose, Chuck cogió el rayo láser abandonado y miró afuera para ver quién estaba en la oscuridad. Era Joan; los había seguido a él y a Cherigan por el vestíbulo, había tomado el ascensor manual de emergencia hasta el campo del tejado y había llegado detrás de ellos. Indeciso, salió del vagón y la saludó. Cherigan había cometido un error; no le habían informado que Joan era una policía armada y estaba acostumbrada a las situaciones de emergencia. Incluso a Chuck le costaba entender lo que había hecho con tanta rapidez, un primer disparo al sistema de guía del vagón y luego un segundo que había matado a Alf Cherigan.

—¿Sales? —preguntó Joan—. No te he dado, ¿verdad?

—Estoy ileso —dijo Chuck.

—Escucha. —Se acercó a la escotilla y miró el cuerpo tumbado e inútil que hasta un momento antes había sido Alf Cherigan.— Puedo hacerlo volver. ¿Te acuerdas? ¿Quieres que lo haga, Chuck?

Reflexionó un momento; recordó a Lord Running Clam.

Y por eso negó con la cabeza.

—Depende de ti —dijo Joan—. Lo dejaré muerto. No me gusta, pero lo entiendo.

—¿Y Lord...?

—Chuck, no puedo hacer nada por él; es demasiado tarde. Han pasado más de cinco minutos. Tuve que elegir entre quedarme con él o seguirte e intentar ayudarte.

—Creo que hubiera sido mejor que...

—No —dijo Joan firmemente—. Hice lo correcto; ya sabrás por qué. ¿Tienes una lente de aumento?

Sobresaltado, dijo: —No, claro que no.

—Mira en la caja de herramientas del vagón, en la zona del depósito, debajo del panel de control. Están las microherramientas para fijar las partes miniaturizadas de los circuitos de la nave... Allí encontrarás una lupa.

Abrió el armario y rebuscó en su interior, obedeciéndola con indiferencia. Un

momento después sus manos encontraron la lupa de joyero; salió del vagón con la lupa en la mano.

—Ahora volveremos abajo —dijo Joan—. Donde está él.

Poco después los dos se encontraban inclinados sobre las cenizas a las que se había visto reducido su compatriota, el hongo ganimediano. —Ponte la lupa en el ojo —le ordenó Joan—, y busca alrededor. Muy de cerca, sobre todo en el montón de la alfombra.

—¿Qué tengo que buscar?

—Sus esporas —dijo Joan.

Desconcertado, Chuck dijo: —¿Tuvo oportunidad de...?

—La esporulación es automática, en el momento en que son atacados; funciona instantáneamente, espero. Son microscópicas, marrones y redondas; deberías ser capaz de encontrarlas con la lupa. A simple vista es imposible, claro. Mientras tanto yo prepararé un cultivo. —Desapareció en el apartamento de Chuck; él vaciló y luego se apoyó sobre las manos y las rodillas para buscar las esporas de Lord Running Clam en la alfombra del vestíbulo.

Cuando Joan volvió tenía en la palma de la mano siete esferas diminutas; bajo la lente se veían suaves, marrones y brillantes. Eran esporas, sin duda. Y las había encontrado cerca del lugar donde yacían los restos del hongo.

—Necesitan tierra —dijo Joan mientras Chuck observaba cómo esparcía las esporas en el medidor que había traído de la cocina—. Y humedad. Y tiempo. Busca por lo menos veinte, porque no todas sobrevivirán.

Al fin consiguió encontrar, en la alfombra sucia y demasiado usada, veinticinco esporas en total. Las trasladaron al medidor y luego él y Joan bajaron a la planta baja del edificio y salieron al patio. En la oscuridad cogieron varios puñados de tierra negra y suelta y la pusieron en el medidor. Joan localizó una manguera; echó unas gotas de agua en la tierra y luego aisló el medidor del aire con un envoltorio de polifilm.

—En Ganímedes —explicó—, la atmósfera es cálida y densa; esto es lo mejor que puedo hacer para recrear las condiciones que necesitan las esporas, pero creo que funcionará. Lord R.C. me dijo una vez que en caso de emergencia los ganimedianos han conseguido esporular con éxito en Terra al aire libre. Así que conservemos la esperanza. —Regresó al edificio con Chuck, llevando el medidor en las manos con mucho cuidado.

—¿Cuánto tiempo tardará? —preguntó él—. Para saberlo.

—No estoy segura. Dos días como mínimo o, como ha ocurrido en varios casos, dependiendo de la fase de la luna, un mes como máximo. Puede parecer supersticioso —explicó—, pero la luna afectará la activación de las esporas. Así que ve haciéndote a la idea. Cuanto más llena mejor; podemos mirarlo en el homeodiarario de la tarde. —

Subieron a la planta del apartamento de Chuck.

—¿Cuánto recordarán los nuevos...? —Chuck vaciló—. ¿La nueva generación de hongos? ¿Se acordará o acordarán de nosotros y de lo que sucedió aquí?

—Depende enteramente de lo rápido que actuara —dijo Joan, examinando el periódico—; si sacó las esporas de su... —Cerró el periódico.— En teoría las esporas reaccionarán en cuestión de días.

—¿Qué pasaría si las sacara de Terra? —preguntó Chuck—. ¿Lejos de la influencia de la Luna?

—Seguirían creciendo. Pero podría llevar más tiempo. ¿Qué estás pensando?

—Si la organización de Hentman enviara a alguien a buscarme —dijo Chuck—, y le pasara algo...

—Oh, sí, claro —asintió Joan—. Enviarán a otro. Probablemente dentro de unas horas, en cuanto se den cuenta de que nos cargamos al primero. Y es posible que tuviera un indicador de muerte en alguna parte, y que tuvieran la información en el momento en que se le paró el corazón. Creo que tienes razón; deberías irte de Terra lo antes posible. Pero ¿cómo, Chuck? Para desaparecer de verdad necesitarías recursos, algo de dinero y apoyos, y no tienes; ahora mismo estás sin fuente de ingresos. ¿Tienes algo ahorrado?

—Mary se quedó la cuenta conjunta —dijo, reflexionando; se sentó, encendió un cigarrillo—. Ya sé —dijo al fin— lo que intentaré hacer. Preferiría que no lo supieras. ¿Lo entiendes? ¿O sólo parezco neurótico y asustado?

—Sólo pareces preocupado. Y tienes motivos para estarlo. —Se levantó.— Voy a salir al vestíbulo; sé que quieres hacer una llamada. Mientras tanto me pondré en contacto con el Departamento de Policía de Ross y les diré que vengan a hacerse cargo del hombre del vagón de arriba. —Se detuvo en la puerta del apartamento.— Chuck, me alegro de haber podido evitar que te llevaran. ¿Adonde iba el vagón?

—Preferiría no decírtelo. Por tu propia seguridad.

Joan asintió. Y la puerta se cerró detrás de ella. Ahora estaba solo.

Inmediatamente llamó a la oficina de San Francisco de la CIA. Le llevó algún tiempo, pero al final pudo encontrar a su antiguo jefe, Jack Elwood. Estaba en casa con su familia y respondió al vidfono con irritación. Tampoco le hizo gracia ver quién era.

—Le propongo un trato —dijo Chuck.

—¡Un trato! Creemos que usted avisó directa o indirectamente a Hentman para que tuviera oportunidad de escapar. ¿No es eso lo que pasó? Incluso sabemos a través de quién lo hizo: esa chica de Santa Mónica que es la amante actual de Hentman. —Elwood frunció el ceño.

La noticia era nueva para Chuck: no sabía aquello de Patty Weaver. Sin embargo, ahora apenas tenía importancia. —El trato —dijo Chuck— que quiero hacer con

usted (con la CIA, oficialmente) es éste. *Sé dónde está Hentman.*

—No me sorprende. Lo que me sorprende es que esté dispuesto a decírnoslo. ¿Por qué, Chuck? ¿Una pelea dentro de la familia feliz de Hentman, con usted en el exterior?

—La organización de Hentman me ha enviado un matón —dijo Chuck—. Pudimos detenerlo, pero habrá otro, y luego otro, hasta que Hentman me atrape al fin. —No se molestó en intentar explicar su difícil situación a Elwood; su antiguo jefe no lo creería y de todas formas sus necesidades seguían siendo las mismas.— Le diré dónde se esconde Hentman a cambio de una nave C-plus de la CIA. Una nave intersistema, una de esas pequeñas, militares, tipo caza. Sé que tienen unas cuantas; pueden pasarse sin una, y a cambio recibirán algo muy valioso. Y tarde o temprano les devolveré la nave —añadió—. Sólo quiero usarla.

—La verdad es que parece estar intentando salir de aquí —dijo Elwood con agudeza.

—Es cierto.

—Muy bien. —Elwood se encogió de hombros.— Le creo; ¿por qué no? ¿Y entonces qué? Dígame dónde está Hentman; tendré la nave para usted dentro de cinco horas.

En otras palabras, advirtió Chuck, no me la entregarán mientras no hayan tenido oportunidad de comprobar mi información. Si no encuentran a Hentman, no habrá nave; habré aguardado en vano. Pero no se podía esperar que los profesionales de la CIA actuaran de otra manera; era su trabajo, para ellos la vida era una gran partida de cartas.

Resignado, dijo: —Hentman está en la Luna, en Brahe City.

—Espere en su apartamento —dijo Elwood al instante—. Tendrá la nave allí antes de las dos de la mañana. Sí —Miró a Chuck.

Interrumpiendo la conexión, Chuck fue a la sala de estar para recoger el cigarrillo consumido del borde de la mesita. Bueno, si la nave no aparecía sería el fin; no tenía otros planes, ninguna solución alternativa. Joan Trieste podría salvarlo otra vez, incluso podría devolverle la vida si moría a manos de un matón de Hentman... Pero si se quedaba en Terra acabarían por encontrarlo y destruirlo, o como mínimo capturarlo: los aparatos de detección eran muy buenos, en la actualidad. Con el tiempo suficiente siempre hallaban lo que buscaban, si estaba en el planeta. Pero la Luna, a diferencia de Terra, tenía zonas inexploradas, y allí la detección representaba un problema. Y había lunas y planetas remotos donde la detección, para cualquiera, era casi imposible.

Una de aquellas zonas era el Sistema Alfa. Por ejemplo, Alfa III y sus diversas lunas, incluyendo M2; sobre todo M2.

Y con una nave de la CIA más rápida que la luz, podía llegar en cuestión de días.

Como había hecho Mary y el grupo que la acompañaba.

Abrió la puerta del vestíbulo y le dijo a Joan: —Bien, ya he hecho mi llamada sin importancia. Ya está.

—¿Vas a irte de Terra? —Tenía los ojos enormes y oscuros.

—Ya veremos. —Se sentó, listo para esperar hasta el final.

Con mucho cuidado, Joan dejó el medidor de las esporas de Lord Running Clam en el brazo del sofá junto a Chuck. —Te las doy. Sé que las quieres; dio su vida por ti y te sientes responsable. Será mejor que te diga lo que tienes que hacer en cuanto se activen las esporas.

Chuck cogió papel y lápiz para apuntar las instrucciones.

Hasta varias horas después —el Departamento de Policía de Ross había llegado y se había llevado el muerto del tejado y Joan Trieste se había ido— no se dio cuenta de lo que había hecho. Ahora Bunny Hentman tenía razón: había delatado a Hentman a la CIA. Pero lo había hecho para salvar la vida. No obstante, eso difícilmente lo justificaría a los ojos de Hentman; él también estaba intentando salvar la vida.

En cualquier caso estaba hecho. Siguió esperando, solo en el apartamento, la nave C-plus de la CIA. Una nave que muy probablemente no llegara nunca. Y entonces ¿qué? Entonces, decidió, me quedaré aquí sentado esperando a algún otro, al siguiente matón de la organización de Hentman. Y lo que me queda de vida puede medirse con una cucharilla de café.

Fue una espera infernalmente larga.

Inclinándose ligeramente, Gabriel Baines dijo: —Nosotros constituimos el consejo sine qua non que posee autoridad sobre este mundo entero, una forma máxima de autoridad que nadie puede negar. —Con una amabilidad rígida y fría, apartó una silla para la psicóloga de Terra, la doctora Mary Rittersdorf; ella la aceptó con una breve sonrisa. A Baines le pareció cansada. La sonrisa mostraba verdadera gratitud.

Los otros miembros del consejo se presentaron a la doctora Rittersdorf a sus diversos modos idiosincrásicos.

—Howard Straw. *Mans*.

—J... Jacob Simion. —Simion no pudo eliminar su sonrisa imbécil— De los hebes, donde aterrizó su nave.

—Annette Golding. Poli. —Tenía los ojos alerta y estaba sentada con la espalda erguida, vigilando a la psicóloga que había irrumpido en sus vidas.

—Ingred Hibble. Uno, dos, tres. Ob-com.

La doctora Rittersdorf dijo: —Y eso sería... —Asintió con la cabeza.— Ah, sí. Obsesivo-compulsivo.

—Omar Diamond. Dejaré que adivine a qué clan pertenezco. —Diamond echó un vistazo alrededor con frialdad; parecía encerrado en su propio mundo privado, para consternación de Gabriel Baines. Aquél no era el mejor momento para la actividad individual, ni siquiera de tipo místico; era el momento de actuar todos juntos o no actuar en absoluto.

El dep habló con una voz hueca y desesperada. —Dino Watters. —Intentó decir algo más, luego se rindió; el peso del pesimismo, de la pura desesperanza, era demasiado para él. Volvió a sentarse, cabizbajo, pasándose la mano por la frente con un triste movimiento compulsivo.

—Y a mí ya me conoce, doctora Rittersdorf —dijo Baines, y sacudió el documento que tenía delante; representaba el trabajo conjunto de los miembros del consejo, el manifiesto—. ¡Gracias por haber venido! —empezó, y se aclaró la garganta; la tensión le había enronquecido la voz.

—Gracias a ustedes por darme la oportunidad —dijo la doctora Rittersdorf, en un tono informal pero, para él, claramente amenazador. Tenía los ojos opacos.

—Ha pedido usted permiso para visitar los otros asentamientos además de Ciudad Gandhi —dijo Baines—. Concretamente, ha solicitado autorización para examinar Cumbres Da Vinci. Lo hemos estado discutiendo. Hemos decidido denegárselo.

Asintiendo, la doctora Rittersdorf dijo: —Ya veo.

—Cuéntale por qué —dijo Howard Straw en voz alta. Su rostro era desagradable; no había apartado los ojos ni un instante de la dama psicóloga de Terra: su odio por ella llenaba la sala y viciaba la atmósfera. Gabriel Baines lo sentía como si se

estuviera atragantando con él.

Levantando la mano, la doctora Rittersdorf dijo: —Esperen. Antes de que me lean su declaración. —Los observó uno por uno, con una mirada firme y completamente profesional. Howard Straw se la devolvió con malignidad. Jacob Simion agachó la cabeza, mostró una sonrisa vacía y dejó que desviara la atención. Annette Golding se rascó nerviosamente la cutícula del pulgar, con el rostro pálido. El dep nunca se daba cuenta de que lo observaban; no levantó la cabeza ni siquiera una vez. El esquiz, Omar Diamond, devolvió la mirada a la señora Rittersdorf con dulce sublimidad, pero debajo de ella, supuso Baines, había ansiedad; Diamond parecía ir a salir corriendo en cualquier momento.

En cuanto a él, la doctora Mary Rittersdorf le parecía atractiva. Y se preguntó —vagamente— si el hecho de que hubiera venido sin su esposo significaba algo. Era provocativa, de hecho. Como una incongruencia inexplicable, teniendo en cuenta el propósito de la reunión, la doctora Rittersdorf iba vestida de un modo claramente femenino: jersey y falda negros, sin medias, zapatillas doradas con las puntas de duende hacia arriba. El jersey, observó Baines, era una pizca demasiado estrecho. ¿Era consciente de ello la señora Rittersdorf? No sabría decirlo, pero en cualquier caso su atención se apartaba de lo que estaba diciendo para centrarse en sus bien formados pechos. Eran francamente pequeños, pero claramente visibles según el ángulo. Le gustaban.

Me pregunto, se preguntó, si esta mujer —se encontraba, supuso, a principios de la treintena, en el mejor momento físico y núbil— ha venido aquí buscando algo más que el éxito profesional. Percibía con fuerza que la doctora Rittersdorf se movía por motivos personales además de laborales; tal vez tampoco fuera consciente de ello. El cuerpo, reflexionó, tiene sus propios propósitos, que a veces no coinciden con los de la mente. Esta mañana, al levantarse, puede que la doctora Rittersdorf pensara simplemente que le apetecía ponerse ese jersey negro y no le diera más vueltas. Pero el cuerpo, el bien formado aparato ginecológico que había dentro de ella, sabía más.

Y una parte análoga de su ser respondía a ello. Sin embargo, en este caso era una reacción consciente. Y, pensó, *tal vez pueda utilizarse en favor de nuestro grupo*. Esta implicación podría ser menos desventajosa para ellos que para sus antagonistas. Al pensar aquello sintió que se deslizaba a una postura de defensa forzada; tenía un buen surtido de planes mecánicos con los que protegerse, no sólo a sí mismo, sino también a sus compañeros.

—Doctora Rittersdorf —dijo con calma—, antes de que podamos permitirle entrar en nuestros diferentes asentamientos, una delegación en representación de nuestros clanes tendrá que inspeccionar su nave para ver el armamento que tienen consigo, si es que tienen alguno. Es inútil someter cualquier otra cosa a consideración, aun superficialmente.

—No estamos armados —dijo la doctora Rittersdorf.

—No obstante —dijo Gabriel Baines—, le propongo que me permita, a mí y quizás a otros individuos, acompañarla hasta su base. Tengo una proclama —agitó el manifiesto— que ordena a su nave que abandone Ciudad Gandhi dentro de cuarenta y ocho horas terranas. Si no obedecen... —Miró a Straw, que asintió.— Los consideraremos hostiles, unos invasores no invitados, e iniciaremos operaciones militares contra ustedes.

—Entiendo su punto de vista —dijo la doctora Rittersdorf con voz modulada—. Han vivido aislados durante mucho tiempo. Pero... —Se dirigía directamente a él; sus hermosos e inteligentes ojos le hacían frente resueltamente.— Me temo que debo hacer hincapié en un hecho que a todos les puede parecer desastroso. *Ustedes, como individuos y como colectivo, son enfermos mentales.*

Hubo un silencio tenso, prolongado.

—Diablos —dijo Straw a nadie en particular—, volamos ese lugar del cielo hace años. Ese teórico «hospital». Que en realidad era un campo de concentración. —Torció los labios.— Para tener mano de obra esclava.

—Lamento decirlo —afirmó la doctora Rittersdorf—, pero se equivoca; era un hospital lícito, y ése es un factor que deben tener en cuenta a la hora de hacer planes para con nosotros. No los estoy engañando; estoy diciendo la simple y pura verdad.

—*Quid est veritas?* —murmuró Baines.

—¿Perdón? —dijo la doctora Rittersdorf.

—¿Qué es la verdad? —dijo Baines—. ¿No se le ha ocurrido, doctora, que en la última década podríamos haber superado los problemas iniciales de adaptación de grupo y habernos...? —Gesticuló.— ¿Corregido? O como quiera usted llamarlo... En cualquier caso, somos capaces de establecer relaciones interpersonales adecuadas, como las que está viendo aquí, en esta sala. Es evidente que si podemos trabajar juntos *no estamos enfermos*. No hay prueba tan fiable como la capacidad de trabajar en grupo. —Volvió a sentarse, satisfecho consigo mismo.

—Admito —dijo la doctora Rittersdorf con cautela— que están unidos contra un enemigo común... contra nosotros. Sin embargo, me gustaría apostar a que antes de que llegáramos, y después de que nos vayamos, se fragmentarán en individuos aislados, desconfiados y temerosos unos de otros, incapaces de colaborar. —Sonrió encantadoramente, pero era una sonrisa demasiado insolente para que él la aceptara; recalca demasiado sus inteligentísimas palabras.

Porque tenía razón, por supuesto; había metido el dedo en la llaga. No trabajaban juntos habitualmente. Pero... también estaba equivocada.

Su error era el siguiente. Daba por supuesto, probablemente para autojustificarse, que el origen del miedo y la hostilidad estaba en el consejo. Pero en realidad era Terra la que desplegaba tácticas amenazadoras; el aterrizaje de su nave era de facto un acto

hostil... De lo contrario, habrían intentado pedir permiso. Desde el primer momento, los propios terranos habían manifestado cierto recelo; sólo ellos eran responsables de la mutua desconfianza actual. De haberlo querido, habrían podido evitarla fácilmente.

—Doctora Rittersdorf —dijo—, los comerciantes alfanos se ponen en contacto con nosotros cuando quieren permiso para aterrizar. Observamos que ustedes no lo hicieron. Y no tenemos problemas en nuestros tratos con ellos; comerciamos en ambos sentidos a un ritmo constante, regular.

Era obvio que el guante arrojado había tenido un buen efecto; la mujer vacilaba, no tenía respuesta. Mientras ella reflexionaba, todos los presentes en la sala susurraban divertidos, con desprecio, y, como en el caso de Howard Straw, una animosidad inmisericorde.

—Dimos por supuesto —dijo la doctora Rittersdorf al fin— que si pedíamos permiso formalmente para aterrizar nos lo denegarían.

Sonriendo, tranquilo, Baines dijo: —Pero no lo intentaron. Lo dieron «por supuesto». Y ahora, evidentemente, nunca lo sabrán, porque...

—¿Nos habrían dado permiso? —Su voz lo interrumpió de repente, firme y autoritaria, penetrando en la continuidad de sus palabras y rompiéndola; parpadeó y se detuvo involuntariamente.— No, no lo habrían hecho —prosiguió ella—. Y todos ustedes lo saben. Por favor, intenten ser realistas.

—Si aparece por Cumbres Da Vinci —dijo Howard Straw—, la mataremos. De hecho, si no se va la mataremos. Y la próxima nave que intente aterrizar no tocará nunca el suelo. Este es nuestro mundo y tenemos la intención de conservarlo mientras sigamos con vida. Baines puede recitarle los detalles de cuando nos encarcelaron originalmente; todo está en el manifiesto que él y yo hemos preparado, con la ayuda de los demás presentes en esta sala. Lea el manifiesto, señor Baines.

—Hace veinticinco años —empezó Gabriel Baines—, en este planeta se estableció una colonia...

La doctora Rittersdorf suspiró. —Nuestros conocimientos de sus diferentes enfermedades mentales...

—¿«Sucias»? —la interrumpió Howard Straw—. ¿Ha dicho «sucias»? —Tenía la cara teñida de pura rabia; se levantó un tanto de la silla.

—He dicho «sus diferentes» —dijo la doctora Rittersdorf pacientemente—. Nuestros conocimientos nos permiten saber que el centro de su actividad belicosa se halla en el asentamiento mans; dicho de otro modo, en el asentamiento del grupo maníaco. Dentro de cuatro horas desmontaremos el campamento y dejaremos el asentamiento hebefrénico de Ciudad Gandhi; aterrizaremos en Cumbres Da Vinci y si nos presentan batalla llamaremos a una línea de fuerzas militares terranas, que se encuentra aproximadamente a media hora de aquí —añadió.

De nuevo hubo un silencio tenso y prolongado en la sala.

Annette Golding habló al fin, pero con una voz apenas audible. —Lee el manifiesto de todas formas, Gabriel.

Asintiendo, reanudó la lectura. Pero le temblaba la voz.

Annette Golding empezó a llorar, tristemente, interrumpiendo la lectura. —Ya veis lo que nos espera; van a convertirnos en pacientes de hospital otra vez. Es el fin.

—Vamos a procurarles una terapia —dijo la doctora Rittersdorf, incómoda— Les hará sentirse... bueno, más tranquilos unos con otros. Más ustedes mismos. La vida tomará un significado más agradable y natural; todos se sienten oprimidos por las tensiones y el miedo...

—Sí —murmuró Jacob Simion—. El miedo de que Terra entre por la fuerza y nos acorrale otra vez como a un montón de animales.

Cuatro horas, pensó Gabriel Baines. No es mucho tiempo. Con voz temblorosa, reemprendió la lectura del manifiesto conjunto.

Le parecía un gesto vacío. Porque no hay absolutamente nada, advirtió, que vaya a salvarnos.

Después de que finalizara la reunión —y de que la doctora Rittersdorf se hubiera ido—, Gabriel Baines expuso su plan ante sus compañeros.

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó Howard Straw con tono desdeñoso y burlón y una sonrisa que convertía su rostro en una parodia de sí mismo—. ¿Que vas a seducirla? ¡Dios mío, a lo mejor tiene razón: a lo mejor deberíamos estar en un hospital neuropsiquiátrico! —Volvió a sentarse y resolló desoladamente. Estaba demasiado disgustado; era incapaz de hacer más gestos insultantes, lo dejó para los otros presentes en la habitación.

—Debes de tener una alta opinión de ti mismo —dijo al fin Annette Golding.

—Lo que necesito —dijo Gabriel— es a alguien con la capacidad telepática suficiente para decirme si tengo razón. —Se volvió a Jacob Simion.— ¿No hay un santo hebe, Ignatz Ledebur, que tiene al menos ciertos dones telepáticos? Es una especie de aprendiz de todo, de sabio psi.

—Nadie que yo conozca —dijo Simion—. Pero podrías, podrías probar con Sarah Apostoles. —Guiñó un ojo a Gabriel, sacudiendo la cabeza con alegría.

—Llamaré a Ciudad Gandhi —dijo Gabriel Baines, cogiendo el teléfono.

—Las líneas telefónicas de Ciudad Gandhi han vuelto a estropearse —dijo Simion—. Llevan seis días sin funcionar. Tendrás que ir hasta allí.

—Tendrás que ir hasta allí de todas formas —dijo Dino Watters, despertando al fin de la letargia de su eterna depresión. Sólo él parecía algo convencido por el plan de Baines—. Después de todo, allí es donde está, en Ciudad Gandhi, donde todo sucede, donde todo el mundo tiene hijos con todo el mundo. Ya debe de haberse contagiado del espíritu del lugar.

Con un gruñido de asentimiento, Howard Straw dijo: —Tienes suerte, Gabe, de que esté con los hebes; eso la hará más receptiva.

—Si éste es el único modo en que sabemos comportarnos —dijo la señorita Hibbler fríamente—, creo que merecemos perecer; lo digo en serio.

—El universo —señaló Omar Diamond— posee infinitas maneras de realizarse. Ni siquiera ésta debe desdeñarse a priori. —Asintió con seriedad.

Sin más palabras, sin ni siquiera despedirse de Annette, Gabriel Baines dejó la cámara del consejo, bajó los amplios peldaños de piedra y salió del edificio, hacia el aparcamiento. Allí se subió a su vehículo de turbinas y, a una velocidad escasa de setenta y cinco millas por hora, se dirigió a Ciudad Gandhi. Llegaría antes del límite de las cuatro, calculó, siempre que a la carretera no le hubiera pasado nada y no estuviera bloqueada. La doctora Rittersdorf había regresado a Ciudad Gandhi en una lancha propulsada por cohetes; ya estaría allí. Maldijo el arcaico modo de transporte con el que contaba, pero así estaban las cosas; aquél era su mundo y la realidad por la que estaban luchando. Como satélite de la cultura terrana una vez más volverían a disponer de medios de transporte modernos... Pero aquello no compensaría en absoluto todo lo que perderían. Mejor viajar a setenta y cinco millas por hora y ser libres. Ah, pensó. Un eslogan.

Y sin embargo era un poco fastidioso. Teniendo en cuenta la importancia de la misión... La aprobara el consejo o no.

Cuatro horas y veinte minutos después, cansado físicamente por el viaje pero mentalmente despierto, con los nervios a flor de piel, incluso, llegó a las afueras salpicadas de desperdicios de Ciudad Gandhi; sintió el olor del asentamiento, el hedor dulce a putrefacción mezclado con el aroma ácido de incontables fuegos pequeños.

Durante el viaje había tenido una nueva idea. Por tanto, en ese último momento cambió de rumbo: no fue a la chabola de Sarah Apostoles, sino a la del santo hebe Ignatz Ledebur.

Encontró a Ledebur ocupado con un antiguo y rústico generador de gasolina en el patio, rodeado por sus hijos y gatos.

—He visto su plan —dijo Ledebur, alzando una mano antes de que Gabriel Baines empezara a explicar—. Estaba escrito con sangre en el horizonte hace un rato.

—Entonces sabe exactamente lo que quiero de usted.

—Sí. —Ledebur asintió con la cabeza.— Y en el pasado lo he utilizado con éxito con varias mujeres. —Dejó el martillo que tenía en la mano, se dirigió hacia la chabola; los gatos lo siguieron, pero no los niños. Sí lo hizo Gabriel Baines.— Sin embargo, la suya es una idea microscópica —dijo Ledebur en tono reprobador, y rió entre dientes.

—¿Puede leer el futuro? ¿Puede decirme si tendré éxito?

—No soy vidente. Otros pueden predecir, pero yo guardo silencio. —Se detuvo

en la habitación principal de la chabola, mientras los gatos correteaban, saltaban y maullaban por todas partes. Entonces alargó el brazo hasta el fregadero, cogió una jarra llena de una sustancia oscura; destapó la jarra, husmeó, sacudió la cabeza, volvió a tapar la jarra y la devolvió a su sitio.— No es ésta. —Se alejó y por último abrió el congelador, rebuscó dentro y sacó una caja de plástico que examinó con expresión crítica.

Su esposa consensual actual —Gabriel Baines no sabía su nombre— salió del dormitorio, miró con indiferencia a los dos hombres y siguió su camino. Llevaba un vestido en forma de saco, zapatillas de tenis sin calcetines y el pelo sucio y despeinado le caía por encima y detrás de la cabeza. Gabriel Baines desvió la mirada con una repugnancia sombría.

—Dime —le dijo Ledebur a la mujer—. ¿Dónde está la jarra de lo que ya sabes? La mezcla que usamos antes de... —Gesticuló.

—En el baño. —La mujer siguió andando silenciosamente hacia fuera.

Ledebur desapareció en el cuarto de baño y se le oyó mover objetos, vasos y botellas; al cabo regresó con un vaso lleno de un líquido que se desbordaba por los lados a cada paso que daba. —Es éste —dijo Ledebur, con una sonrisa que mostraba el hueco de dos dientes—. Pero tiene que convencerla de que se lo tome. ¿Cómo va a conseguirlo?

En aquel momento Gabriel Baines no lo sabía. —Ya veremos —dijo, y tendió la mano hacia el afrodisíaco.

Después de dejar a Ledebur se dirigió al único centro comercial de Ciudad Gandhi, aparcó delante de la estructura en forma de cúpula con la pintura desconchada; unos montones de latas abolladas de cajas de cartón desechadas cubrían la entrada del aparcamiento. Allí los comerciantes alfanos se deshacían —tiraban, de hecho— de grandes cantidades de artículos defectuosos.

Dentro compró una botella de brandy alfano; se sentó en el automóvil y la abrió, vertió parte del contenido y añadió el afrodisíaco oscuro y lleno de posos que le había dado el santo hebe. De algún modo los dos líquidos consiguieron mezclarse; satisfecho, volvió a tapar la botella, arrancó el coche y se fue.

En aquella ocasión, reflexionó, no podía depender de su talento natural; tal como había observado el consejo, no destacaba especialmente en ese sentido. Y, si querían sobrevivir, tenía que conseguirlo.

Visualmente, consiguió localizar sin problemas la nave terrana; se alzaba, alta, brillante y metálica, sobre la basura de Ciudad Gandhi, y en cuanto la encontró dirigió el automóvil en aquella dirección.

Un guarda terrano armado, con un uniforme de un verde grisáceo como los de la última guerra, lo detuvo a unos centenares de yardas de la nave, y en una puerta

cercana Baines vio el cañón de un arma pesada apuntando en su dirección. —Su documento de identificación, por favor —dijo el guarda, escudriñándolo cansinamente.

—Dígale a la doctora Rittersdorf que un enviado plenipotenciario del consejo supremo quiere hacerle una última oferta para evitar derramamiento de sangre por ambas partes —dijo Gabriel Baines. Aguardó tenso y erguido detrás de los controles del coche, con la vista al frente.

Todo se arregló por intercomunicador.

—Puede pasar, señor.

Otro terrano, también con un uniforme militar completo y armas y adornos a los lados, lo condujo a pie hasta la rampa que llevaba a la portezuela abierta de la nave. Subieron y poco después se encontró caminando malhumoradamente por un corredor, en busca de la habitación 32-H. Los espacios cerrados lo ponían nervioso; deseó estar fuera, donde se pudiera respirar. Pero era demasiado tarde. Encontró la puerta, vaciló y llamó. Debajo de su brazo, la botella gorgoteaba ligeramente.

La puerta se abrió y allí estaba la doctora Rittersdorf, todavía con el jersey demasiado ajustado, la falda negra y los zapatos de duende. Lo miró insegura. —Veamos, usted es el señor...

—Baines.

—Ah. El pare. Paranoia esquizoide —añadió medio para sí—. Oh, le pido disculpas. —Se sonrojó.— No pretendía ofender.

—He venido —dijo Gabriel Baines— para hacer un brindis. ¿Desea acompañarme? —Pasó por su lado y entró en el diminuto alojamiento.

—¿Un brindis por qué?

Él se encogió de hombros. —Debería imaginárselo. —Imprimió a su voz el punto justo de irritación.

—¿Van a ceder? —Habló con tono alerta, perspicaz; cerró la puerta y se acercó a él un paso.

—Dos vasos —dijo él, con una voz deliberadamente resignada y apagada—. ¿De acuerdo, doctora? —Sacó la botella de brandy alfanó con su nuevo aditivo de la bolsa de papel y empezó a desenroscar el tapón.

—Creo que están haciendo lo más prudente —dijo la doctora Rittersdorf. Estaba notablemente guapa mientras corría a buscar las gafas; tenía los ojos brillantes—. Esta es una buena señal, señor Baines. De verdad.

Sombríamente, todavía fingiendo ser la derrota personificada, Gabriel Baines llenó ambos vasos con el contenido de la botella.

—Entonces, ¿podemos aterrizar en Cumbres Da Vinci? —preguntó la doctora Rittersdorf, que alzó el vaso y dio un sorbo.

—Oh, claro —dijo él con indiferencia; y también bebió. El sabor era horrible.

—Informaré al miembro de seguridad de nuestra misión —dijo ella—. El señor Mageboom. Así que no habrá... —De repente se quedó callada.

—¿Qué pasa?

—Acabo de tener una sensación... —La doctora Rittersdorf frunció el ceño—. Una especie de conmoción. Muy dentro de mí. Si no supiera que... —Parecía incómoda—. No importa, señor... Baines, ¿no? —Rápidamente bebió del vaso—. De repente me siento muy tensa. Supongo que estaba preocupada; no queríamos que... —Se quedó sin voz. Se alejó al otro extremo del compartimento y se sentó en una silla, allí— Ha puesto algo en la bebida. —Levantándose, dejó caer el vaso; se dirigió lo más rápido que pudo al botón rojo de la pared de enfrente.

Cuando pasó por su lado, Baines le rodeó la cintura. El enviado plenipotenciario del consejo de los clanes de Alfa IIM2 había dado un paso. Para bien o para mal, el plan, la lucha por la supervivencia, estaba en marcha.

La doctora Rittersdorf lo mordió en la oreja. Casi cortándole el lóbulo.

—Eh —dijo él débilmente.

Luego dijo: —¿Qué está haciendo?

Después dijo: —El brebaje de Ledebur funciona. —Y añadió:— Pero todo tiene sus límites.

El tiempo pasó y dijo jadeando: —Al menos en teoría.

Se oyó un golpe en la puerta.

Levantándose un poco, la doctora Rittersdorf gritó: —¡Váyase!

—Soy Mageboom —dijo una voz apagada masculina desde el corredor.

La doctora Rittersdorf se puso en pie de un salto, se liberó de Baines, corrió hasta la puerta y la cerró con llave. Entonces se dio la vuelta y, con una expresión salvaje, saltó —a él le pareció que saltaba— directamente sobre él. Cerró los ojos y se preparó para el impacto.

Pero ¿iba a conseguir lo que querían así? Políticamente hablando.

Sujetándola, manteniéndola en un punto del suelo, un poco a la derecha del montón de ropa tirada, Baines gruñó: —Escuche, doctora Rittersdorf...

—Mary. —Y esta vez lo mordió en la boca; sus dientes chocaron contra él con una fuerza pasmosa y Baines hizo una mueca de dolor, cerró los ojos sin querer. Aquello resultó ser un error capital. Porque en ese momento cayó; lo siguiente que supo fue que estaba debajo, inmovilizado en el sitio; ella le había clavado las huesudas rodillas en los costados y lo tenía agarrado justo por encima de las orejas, con el pelo entre los dedos y tirando hacia arriba como si quisiera arrancarle la cabeza de los hombros. Y al mismo tiempo...

—¡Socorro! —gritó Baines débilmente.

Sin embargo, era evidente que la persona al otro lado de la puerta ya se había ido; no hubo respuesta.

Baines divisó el botón rojo de la pared que Mary Rittersdorf había estado a punto de apretar —lo había intentado, aunque ahora no cabía la menor duda de que no lo haría ni en un millón de años— y empezó a arrastrarse pulgada a pulgada en aquella dirección.

No llegó nunca.

Y lo que más me fastidia, pensó luego desesperado, es que además esto no va a ayudar políticamente al consejo.

—Doctora Rittersdorf —rechinó, intentando recuperar el aliento—, seamos razonables. En nombre de Dios, hablemos, ¿de acuerdo? Por favor.

Esta vez le mordió la punta de la nariz; Baines sintió cómo los dientes se encontraban. Ella rió; fue una risa larga y resonante que lo dejó helado.

Creo que lo que va a acabar conmigo, decidió al fin después de lo que le pareció un intervalo infinito de tiempo en el que ninguno de los dos consiguió decir nada, son los mordiscos; va a morderme hasta matarme y yo no puedo hacer nada. Se sentía como si hubiera despertado a la libido del universo; era un poder elemental pero gigantesco lo que lo tenía sujeto a la alfombra, allí, sin posibilidad de escapatoria. Ojalá entrara alguien, uno de los guardas de seguridad armados, por ejemplo...

—¿Sabes que eres el hombre más guapo que existe? —susurró Mary Rittersdorf mojóndole la mejilla. Entonces se echó un poco hacia atrás, se sentó en cuclillas y se acomodó. Él aprovechó la oportunidad y se alejó rodando; a gatas, se dirigió al botón, lo buscó a tientas frenéticamente para apretarlo, para llamar a alguien, a cualquiera, terrano o no.

Jadeando, ella lo agarró por el tobillo y lo arrojó contra el suelo; su cabeza golpeó el costado del armario metálico y gimió mientras la oscuridad de la derrota y la aniquilación —de una intensidad que no habría creído posible— se apoderaba de él.

Con una carcajada, Mary Rittersdorf le dio la vuelta y saltó sobre él una vez más; volvió a clavarle las rodillas desnudas y le bamboleó los pechos encima de la cara mientras le sujetaba las muñecas y lo inmovilizaba. Era evidente que no le importaba si estaba realmente consciente, descubrió él cuando la oscuridad se hizo total. Tuvo un último pensamiento, una última determinación.

De algún modo, como fuera, conseguiría que el santo Ignatz Ledebur pagara por aquello. Aunque fuera lo último que hiciese.

—Oh, eres tan adorable... —dijo la voz de Mary Rittersdorf a un cuarto de pulgada de su oreja izquierda, ensordeciéndolo—. Podría comerte entero. —Se estremeció de pies a cabeza, con una ondulación que fue como una tormenta de movimiento, una sacudida de la superficie de la propia tierra.

A punto de desmayarse tuvo la terrible sensación de que la doctora Rittersdorf no había hecho más que empezar. Y la causa no era el brebaje de Ledebur, porque a él no le había afectado de la misma manera. Gabriel Baines y el brebaje del santo hebe sólo

le habían dado la oportunidad de salir a la luz algo que ya estaba en la doctora Mary Rittersdorf. Y él tendría mucha suerte si la combinación no resultaba ser —como parecía— una poción mortal en lugar de una supuesta poción amorosa.

En ningún momento perdió del todo el conocimiento. Por tanto fue consciente de que, mucho después, la actividad que lo tenía atrapado empezaba a decaer poco a poco. El huracán inducido artificialmente disminuyó y luego, al fin, se hizo la paz a intervalos. Y entonces —de algún modo que no tenía claro— fue trasladado desde donde estaba en el suelo, desde el compartimento de la doctora Mary Rittersdorf, a un lugar completamente distinto.

Ojalá estuviera muerto, se dijo. Era evidente que el período de gracia se había agotado; el ultimátum terrano había expirado y él no había podido detener los acontecimientos. ¿Y dónde estaba? Con cautela, Baines abrió los ojos.

Estaba oscuro. Se encontraba en el exterior, bajo las estrellas, y a su alrededor se alzaba el estercolero que era el asentamiento hebe de Ciudad Gandhi. En ninguna dirección —buscó frenéticamente— pudo distinguir la forma de la nave terrana. Así que había despegado. Para aterrizar en Cumbres Da Vinci.

Temblando, se sentó cansinamente. Por todo lo sagrado para la especie, ¿dónde estaba su ropa? ¿No se había molestado en devolvérsela? Le parecía un final injusto; volvió a tumbarse, cerró los ojos y se maldijo con voz monótona... Él, el delegado pare en el consejo supremo. Demasiado..., pensó con amargura.

Un ruido a su derecha atrajo su atención; abrió los ojos de nuevo, esta vez para mirar con cautela. Aquel vehículo antiguo y obsoleto se acercaba ruidosamente. Entonces los vio: arbustos; sí, advirtió, encima lo habían arrojado a los arbustos, como en el antiguo refrán: Mary Rittersdorf lo había reducido al estatus de parte de un dicho popular. La odiaba por eso, pero el miedo que sentía por ella, mucho más grande, no disminuyó. Lo que se acercaba no era más que un típico coche hebe de combustión interna; podía distinguir los faros amarillos.

Poniéndose en pie hizo señas para que se parara allí, en medio del nebuloso sendero para ganado hebe, en las afueras de Ciudad Gandhi.

—¿Qué pasa? —preguntó el hebe que iba al volante con voz torpe e insípida; estaba lo bastante deteriorado como para haber perdido toda cautela.

Baines caminó hasta la puerta del coche y dijo: —Me han... atacado.

—¿Sí? Qué mal. ¿También se llevaron su ropa? Suba. —El hebe golpeó la puerta que tenía detrás hasta que crujió y se abrió—. Lo llevaré a mi casa. Le daré algo que ponerse.

—Preferiría que me llevase a la chabola de Ignatz Ledebur —dijo Baines, sombrío—. Quiero hablar con él. —Sin embargo, si todo estaba allí, dentro de la mujer desde el principio, ¿cómo podía culpar al santo hebe? Nadie podía haberlo previsto, y si soliera provocar aquellos efectos en las mujeres probablemente Ledebur

habría dejado de emplearlo.

—¿Qué es? —preguntó el hebe cuando arrancó el coche.

Había comunicación en Ciudad Gandhi, por escasa que fuera; era una señal, advirtió Baines, que contradecía las teorías de Mary sobre todos ellos. No obstante, se acercó y describió lo mejor que pudo el lugar donde se encontraba la chabola del santo hebe.

—Ah, sí —dijo el conductor—, el tío que tiene tantos gatos. El otro día atropellé a uno. —Rió entre dientes. Baines cerró los ojos y gimió.

Poco después se detuvieron frente a la chabola débilmente iluminada del santo hebe. El conductor abrió la puerta del coche con un golpe y Baines bajó con dificultad: le dolían todas las articulaciones, y el millón de mordiscos que Mary Rittersdorf, en su pasión, le había infligido le provocaban un sufrimiento insoportable. Avanzó paso a paso por el patio cubierto de desperdicios, a la irregular luz amarilla de los faros del coche, buscó la puerta de la chabola, apartó un número indeterminado de gatos de su camino y llamó a la puerta.

Al verlo, el santo Ignatz Ledebur se sacudió de risa. —Ha debido de ser tremendo, está sangrando por todo el cuerpo. Le daré algo para ponerse y probablemente Elsie tenga algo para esos mordiscos o lo que sean... Está como si le hubiera dado una paliza con unas tijeras de manicura. —Riendo entre dientes, se fue arrastrando los pies a algún lugar de la parte posterior de la chabola. Una horda de niños mugrientos observaba a Baines mientras él se calentaba junto al radiador de aceite; no los tuvo en cuenta.

Después, mientras la esposa consensual de Ledebur le aplicaba un ungüento en los mordiscos —que se concentraban alrededor de la nariz, la boca y las orejas— y Ledebur disponía unas ropas harapientas pero razonablemente limpias, Gabriel Baines dijo: —No la entiendo. Debe de ser una sádica oral. Eso fue lo que hizo que todo saliera mal. —Mary Rittersdorf, advirtió sobriamente, estaba tan enferma como cualquier habitante de Alfa III M2, o incluso más. Pero hasta ahora lo había tenido latente.

—La nave terrana se ha ido —dijo Ledebur.

—Lo sé. —Ahora empezó a vestirse.

—He tenido una visión —dijo Ledebur— en la última hora. Sobre la llegada de otra nave terrana.

—Una nave militar —dedujo Baines—. Para tomar Cumbres Da Vinci. —Se preguntó si serían capaces de arrojar bombas H al asentamiento de los manses en nombre de la psicoterapia.

—Es una nave pequeña y rápida —dijo Ledebur—. Según la imagen psíquica que me han transmitido las fuerzas primordiales. Como una abeja. Bajó ruidosamente y aterrizó cerca del asentamiento poli, Aldea Aldea.

Baines pensó inmediatamente en Annette Golding. Deseó con todas sus fuerzas que estuviera bien. —¿Tiene algún tipo de vehículo? ¿Algo con lo que pueda volver a Adolfvilla? —Estaba su coche, probablemente aparcado en el lugar que había ocupado la nave terrana. Diablos, podía ir andando desde allí. Y no regresaría a su asentamiento, decidió; iría a Aldea Aldea, a asegurarse de que no habían violado o disparado a Annette, ni le habían dado una paliza. Si le habían hecho daño...

—Les he fallado —le dijo a Ledebur—. Dije que tenía un plan y ellos dependían de mí, claro, porque soy pare. —Sin embargo, aún no se había rendido; su mente pare estaba llena de planes, activa y viva. No iba a morir así, planeando cómo derrotar al enemigo.

—Debería comer algo —sugirió la mujer de Ledebur—. Antes de ir a alguna parte. Queda un poco de estofado de riñón; iba a dárselo a los gatos, pero puede comérselo si quiere.

—Gracias —dijo él, consiguiendo evitar una arcada; la cocina hebe dejaba mucho que desear. Pero la mujer tenía razón. Necesitaba recuperar algo de energía; de lo contrario se caería redondo. Era asombroso que no lo hubiera hecho aún, teniendo en cuenta lo que le había ocurrido.

Después de comer tomó prestada una linterna de Ledebur, le dio las gracias por la ropa, el unguento y la comida y partió, a pie por las calles estrechas, serpenteantes y llenas de basura de Ciudad Gandhi. Por suerte su coche seguía donde lo había dejado; ni a los hebes ni a los terranos les había parecido oportuno llevárselo, serrarlo o pulverizarlo.

Con él salió de Ciudad Gandhi y tomó la carretera del este hacia Aldea Aldea. De nuevo recorrió a la miserable velocidad de setenta y cinco millas por hora el paisaje abierto y expuesto que se extendía entre los asentamientos.

Lo acompañaba una terrible sensación de urgencia como no había tenido nunca. Cumbres Da Vinci había sido invadida, tal vez ya hubiera caído; ¿qué quedaba? ¿Cómo podían sobrevivir sin la fantástica energía del clan mans? Tal vez esa única pequeña nave terrana significara algo... ¿Sería una esperanza? Por lo menos era inesperada. Y, en el reino de lo esperado, ellos no tenían ninguna posibilidad, estaban condenados.

Él no era esquiz, ni hebe. Y sin embargo, a su modo oscuro, él también tuvo una visión. Era la visión de una posibilidad remota, de una posibilidad entre muchas. Su primer plan había fracasado pero todavía quedaba aquello; él creía en ello. Y ni siquiera sabía por qué.

Al volver a casa desde la reunión del consejo en Adolfvilla, una reunión que había sido testigo del final del ultimátum terrano y el ataque del enemigo a Cumbres Da Vinci, Annette Golding consideró la posibilidad de suicidarse. Lo que les había ocurrido, incluso a los manses, era abrumador; ¿cómo se combatían los argumentos expuestos por un planeta que recientemente había derrotado a todo el imperio alfano?

Era obvio que no había esperanzas. Y, biológicamente, ella lo sabía... y estaba dispuesta a rendirse. Soy como Dino Watters, se dijo mientras escudriñaba la lóbrega carretera de delante, con el resplandor de los faros contra la cinta plástica que unía Adolfvilla y Aldea Aldea. A la hora de la verdad, prefiero no luchar; prefiero rendirme. Y nadie me obliga: *simplemente quiero hacerlo*.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando supo aquello sobre sí misma. Supongo que en el fondo debo de admirar a los manses, decidió. Venero lo que no soy; no soy dura, fría, inflexible. Pero en teoría, al ser poli, podría llegar a serlo. De hecho podría llegar a ser cualquier cosa. Sin embargo, en lugar de eso...

Entonces vio, a su derecha, la estela de humo de un retrocohetes que atravesaba el cielo nocturno. Una nave estaba descendiendo muy cerca de Aldea Aldea. De hecho, si seguía por la carretera se encontraría con ella. De inmediato experimentó —típico de un poli— dos emociones iguales y contradictorias. El miedo hizo que se encogiese, y sin embargo la curiosidad y una mezcla de deseo, expectativa y emoción la obligaron a acelerar el coche.

Sin embargo, antes de llegar a la nave el miedo fue ganando terreno; aminoró la velocidad, llevó el coche al arcén y desconectó el motor. El coche se deslizó en silencio hasta detenerse; se quedó allí sentada, con los faros apagados, escuchando los ruidos nocturnos y sin saber qué hacer.

Desde donde estaba podía distinguir débilmente la nave, y de vez en cuando una luz que brillaba cerca de ella; alguien estaba haciendo algo. Soldados terranos, quizá, preparándose para sitiar Aldea Aldea. Pero no se oían voces. Y la nave no parecía muy grande.

Estaba armada, por supuesto. Todos los delegados del consejo tenían que estarlo, aunque el representante hebe solía olvidarlo. Metiendo la mano en la guantera, sacó la anticuada pistola de balas de plomo; nunca la había utilizado y le parecía increíble que pronto pudiera hacerlo. Pero al parecer no tenía alternativa.

A pie, sin hacer ruido, dejó atrás los arbustos achaparrados hasta que de repente descubrió que había llegado a la nave; sobresaltada, se hizo atrás y entonces vio un destello de luz: la actividad próxima a la base de la nave continuaba.

Un hombre, completamente absorto, estaba cavando un agujero con una pala; estaba sudando, con arrugas de concentración en el rostro. Y entonces, de pronto,

volvió rápidamente a la nave.

Cuando volvió a aparecer llevaba una caja que depositó junto al agujero. La luz iluminó la caja y Annette Golding vio cinco esferas que parecían uvas y estaban débilmente húmedas y palpitaban; estaban vivas y ella supo lo que eran: constituyentes iniciales de hongos del cieno ganimedianos recién nacidos, había visto fotos en grabaciones de edutextos. El hombre las estaba enterrando, claro; en la tierra crecerían a gran velocidad. Esa fase de su ciclo vital se cumplía inmediatamente. Y por eso el hombre se daba tanta prisa. Las esferas podían morir.

—Nunca las enterrará todas a tiempo —dijo Annette, para su propia sorpresa. De hecho una esfera ya se había oscurecido y hundido; se estaba marchitando ante sus ojos—. Escuche. —Se acercó al hombre, que seguía trabajando, cavando con la pequeña pala.— Yo las mantendré húmedas; ¿tiene agua? —Se inclinó a su lado, esperando— Van a morir. —Era obvio que él también lo sabía.

—En la nave —dijo el hombre con aspereza—. Coja un recipiente grande. Verá la llave del agua; está señalada. —Apartó de sus compañeras la esfera que se marchitaba, la depositó suavemente en el agujero y empezó a tajarla de tierra que arrancaba con los dedos.

Annette entró en la nave, encontró el depósito del agua y luego un recipiente.

Cuando volvió con el recipiente con agua mojó las esferas, que se estaban deteriorando con rapidez, y pensó filosóficamente que los hongos eran así: todo les sucedía de prisa, el nacimiento, el crecimiento, incluso la muerte. A lo mejor tenían suerte y disponían de un poco de tiempo para presumir.

—Gracias —dijo el hombre mientras cogía una segunda esfera, ahora mojada, y empezaba a enterrarla también—. No espero salvarlas todas. Las esporas germinaron durante el viaje y no tenía sitio para poner las plantas, sólo un bote para las esporas microscópicas. —Levantó la vista y la miró un instante mientras cavaba para agrandar el agujero— Señorita Golding —dijo.

—¿Cómo es que me conoce si yo no lo he visto nunca? —dijo Annette, acuclillada junto a la caja de esferas.

—Esta es la segunda vez que vengo —dijo el hombre misteriosamente.

La primera esfera enterrada había empezado a crecer; a la luz de la antorcha Annette vio que el suelo se estremecía y se hinchaba, temblando a medida que el diámetro de la esfera se incrementaba. Era un espectáculo extraño y divertido y Annette se echó a reír. —Lo siento —se disculpó—. Pero usted cavó el agujero a toda prisa, la puso en el suelo y ahora mírela. Dentro de un rato será tan grande como nosotros. Y luego podrá moverse. —Sabía que los hongos del cieno eran los únicos hongos con capacidad de movimiento; por eso la fascinaban.

—¿Cómo es que sabe tanto de ellos? —le preguntó el hombre.

—Pasé años enteros sin otra cosa que hacer que educarme. En el... supongo que

usted lo llamaría hospital... Bueno, allí, antes de que lo destruyeran, había grabaciones sobre biología y zoología. ¿Es verdad, eh, que cuando se han desarrollado por completo los hongos del cieno ganimedianos son tan inteligentes que se puede conversar con ellos?

—Más que inteligentes. —El hombre plantó otra esfera rápidamente; temblaba en sus manos, como gelatina, suave.

—Qué maravilla —dijo Annette—. Todo esto me parece muy emocionante. — Merecería la pena quedarse allí para verlo— ¿No le gusta? —dijo, arrodillándose en el otro extremo de la caja para contemplar el trabajo del hombre— Los olores de la noche, el aire, los ruidos de los animales pequeños moviéndose, como las caderranas y los grillos de campana, y luego esto, hacer que estos hongos crezcan en lugar de marchitarse y morir. Es usted muy humano; se le nota. Dígame cómo se llama.

Él la miró de reojo. —¿Por qué?

—Porque sí. Para que pueda recordarlo.

—Yo le pregunté a alguien cómo se llamaba —dijo el hombre— para poder recordarlo.

Ahora sólo quedaba una esfera por plantar. Y la primera había brotado, explotando; se había convertido, descubrió Annette, en una multitud de esferas, unidas en una masa. —Sin embargo —dijo el hombre—, quería saber cómo se llamaba para... —No terminó la frase, pero Annette captó la idea.— Me llamo Chuck Rittersdorf —dijo él.

—¿Es usted pariente de la doctora Rittersdorf, la psicóloga de la nave terrana? Sí, debe de ser su marido. —Estaba segura; era completamente obvio. Al recordar el plan de Gabriel Baines se tapó la boca con la mano y sofocó una carcajada maliciosa.— Oh —dijo—, si usted supiera. Pero no puedo decírselo. —Otro nombre que debería recordar, pensó, es Gabriel Baines. Se preguntó cómo había ido el plan de Gabe de reducir a la doctora Rittersdorf haciéndole el amor; tenía la impresión de que había fracasado. Pero era muy posible que Gabe, incluso en ese mismo instante, se estuviera divirtiendo mucho.

Claro que ahora todo había terminado, porque había llegado el señor Rittersdorf.

—¿Cómo se llamaba —preguntó— la otra vez que estuvo aquí?

Chuck Rittersdorf la miró. —Cree que me he cambiado el...

—Era alguien diferente. —Tenía que ser así; de lo contrario, se acordaría de él. Lo habría reconocido.

—Dejémoslo en que vine y la conocí y regresé a Terra y ahora he vuelto —dijo Rittersdorf después de una pausa. La miraba como si fuera culpa suya. Cuando plantó la última esfera recogió pensativo la caja vacía y la pequeña pala y se dirigió a la nave.

Siguiéndolo, Annette dijo: —¿Ahora los hongos del cieno dominarán nuestra

luna? —Se le ocurrió que tal vez fuera parte de los planes de conquista de Terra. Pero la idea parecía equivocada; aquel hombre tenía aspecto de trabajar solo y a escondidas. Aquella idea era demasiado pare para ella.

—Podría haberlo hecho mucho peor —dijo Rittersdorf, lacónico. Desapareció dentro de la nave; después de pensarlo, Annette entró detrás de él, parpadeando a la luz brillante de arriba.

Allí, encima de un tablero, estaba su pistola; la había dejado allí cuando llenó el recipiente de agua.

Rittersdorf cogió la pistola y la miró, y luego se la enseñó con una extraña expresión, casi una sonrisa, en el rostro. —¿Es suya?

—Sí —dijo ella, humillada. Tendió la mano, con la esperanza de que se la devolviera. Sin embargo, no lo hizo—. Oh, por favor —dijo ella—. Es mía y la dejé ahí porque estaba intentando ayudar; usted lo sabe.

Él la observó un largo, largo rato. Y entonces le dio la pistola.

—Gracias. —Se sentía agradecida— Recordaré lo que ha hecho.

—¿Pensaba salvar esta luna con eso? —Ahora Rittersdorf sonreía. No era feo, decidió Annette, a pesar de que tenía una expresión frenética, agobiada por las preocupaciones, y demasiadas arrugas. Pero sus ojos eran de un bonito azul límpido. Debía de tener, adivinó, unos treinta y tantos. No era viejo, pero algo más que ella. Su sonrisa tenía un matiz de aflicción, reflexionó, no artificial pero... Como si no fuera natural, como si le costara ser feliz, incluso un breve espacio de tiempo. Tal vez fuera como Dino Watters, adicto a la tristeza. Lo sintió por él. Era una enfermedad terrible. Mucho peor que las demás.

—No creo que podamos salvar esta luna —dijo ella—. Sólo quería protegerme a mí misma. Ya conoce nuestra situación, ¿no? Nosotros...

Una voz cobró una vida abrupta y rudimentaria dentro de su mente con un graznido. —Señor Rittersdorf... —Chirrió, se desvaneció y luego regresó, como el débil chisporroteo de un equipo de radio de cristal.— ...prudente. Veo que Joan... — La voz desapareció.

—Por Dios, ¿qué era eso? —dijo Annette, aterrada.

—El hongo del cieno. Uno de ellos. No sé cuál. —Chuck Rittersdorf parecía muerto de alivio.— ¡Conserva la memoria! —dijo en voz alta. Gritó a Annette como si estuviera a una milla de distancia—. ¡Ha vuelto! ¿Qué le parece, señorita Golding? ¡Diga algo! —Entonces le cogió las manos y giró a su alrededor como bailando en una celebración alegre e infantil.— ¡Diga algo, señorita Golding!

—Me alegro —dijo Annette obedientemente— de verlo tan feliz. Debería estar contento lo más a menudo posible. Por supuesto, yo no sé lo que ha pasado. De todas formas... —Apartó los dedos de los suyos.— Sé que se lo merece, sea lo que sea.

Algo se agitó detrás de ella. Volvió la mirada y en la entrada de la nave vio una

masa informe de color amarillo que avanzaba perezosamente, ondulándose en el umbral, entrando. Así que éste es el aspecto que tienen en la fase final, observó Annette. Era impresionante. Se apartó, no con miedo, sino con admiración; era un verdadero milagro que se hubiera desarrollado con tanta rapidez. Y ahora —según recordaba— seguiría así indefinidamente, hasta que lo matara demasiado frío o demasiado calor, o una sequedad excesiva. Y, justo antes de morir, esporularía; el ciclo volvería a repetirse.

Cuando el hongo entraba en la nave apareció un segundo hongo y lo siguió. Y detrás un tercero.

Sobresaltado, Chuck Rittersdorf dijo: —¿Cuál de vosotros es Lord Running Clam?

En la mente de Annette surgió una serie de pensamientos. —Es costumbre entre los recién nacidos adoptar la identidad formal de un pariente. Pero no hay distinción real. En cierto sentido todos somos Lord Running Clam; en cierto sentido, ninguno. Yo, el primero, tomaré ese nombre, y los demás se inventarán un nombre nuevo que les guste. Me da la sensación de que podremos vivir y crecer en esta luna; la atmósfera, la humedad y la fuerza de la gravedad parecen bastante adecuadas para nosotros. Usted nos ha ayudado a diversificar nuestro hábitat; nos ha transportado a más de... déjeme calcularlo... tres años luz de nuestro origen. Gracias. —Él, o más bien ellos, añadieron:— Su nave y usted están a punto de ser atacados, me temo. Tal vez debería irse de aquí lo antes posible. Esa es la razón por la que entramos, los que nos hemos desarrollado a tiempo.

—¿Quién va a atacarnos? —preguntó Chuck Rittersdorf, apretando el botón del panel de control que cerraba la portezuela de la nave. Sentándose, preparó la nave para el despegue.

—Por lo que hemos logrado saber —dijeron los tres hongos en la mente de Annette—, se trata de un grupo de nativos, los que se definen a sí mismos como manses. Es evidente que han logrado hacer explotar alguna otra nave...

—Dios mío —rechinó Chuck Rittersdorf—. Debe de ser la de Mary.

—Sí —asintió el hongo—. Los manses que se aproximan se congratulan enormemente con su típico orgullo por haber logrado echar a la doctora Rittersdorf. Sin embargo, no está muerta. Los pasajeros de la primera nave pudieron escapar; ahora mismo se encuentran en algún lugar indeterminado de la luna, y los manses los están persiguiendo.

—¿Y las naves de guerra terranas que había cerca de aquí? —preguntó Rittersdorf.

—¿Qué naves de guerra? Los manses han proyectado algún nuevo tipo de pantalla protectora en torno a su asentamiento. Así que de momento están a salvo. — El hongo añadió entonces una conjetura propia:— Pero no durará mucho y lo saben.

Están a la ofensiva sólo temporalmente. Pero les gusta. Se sienten muy felices, mientras las perplejas naves terranas zumban de un lado a otro inútilmente.

Pobres manses, pensó Annette. Incapaces de prever el futuro, viviendo en el presente, presentando batalla como si tuvieran posibilidades. Sin embargo, ¿no era su modo de actuar mucho mejor? ¿Acaso era mejor su buena disposición a aceptar el fracaso?

No era extraño que todos los clanes de la luna dependieran de los manses; era el único clan con valor. Y con la vitalidad que ese valor proporcionaba.

Los demás, advirtió Annette, perdimos hace mucho tiempo. Antes de que apareciera la primera terrana, la doctora Mary Rittersdorf.

Gabriel Baines, que se dirigía a la miserable velocidad de setenta y cinco millas por hora a Aldea Aldea, vio cómo la pequeña y vigorosa nave subía rápidamente en el cielo nocturno y supo que era demasiado tarde, lo supo sin comprender la situación. Annette, le informó su capacidad casi psiónica, estaba en la nave o de lo contrario la nave —los que iban en ella— la habían destruido. En cualquier caso se había ido, así que aminoró la velocidad con amargura y desesperación.

No había casi nada que pudiera hacer ahora. Por tanto podía volver al asentamiento, Adolfvilla, para estar con su gente. Para acompañarlos en esos últimos y trágicos días de su existencia.

Cuando empezaba a dar la vuelta, algo pasó haciendo mucho ruido, en dirección a Aldea Aldea; era un monstruo, si no un supermonstruo, que se movía arrastrándose por el suelo. Forjado de hierro tratado como sólo los manses sabían hacer, barriendo el paisaje con sus grandes luces, avanzaba ondeando una bandera roja y negra, el símbolo de guerra de los manses.

Era evidente que estaba siendo testigo del inicio de un contraataque en superficie. Pero ¿exactamente contra qué? Los manses iban a atacar, pero seguramente no a Aldea Aldea. Tal vez estuvieran intentando alcanzar la pequeña y rápida nave antes de que despegara. Pero para ellos, como para él mismo, era demasiado tarde.

Tocó la bocina. La torreta del tanque mans se abrió pesadamente; el tanque se volvió hacia él y un mans que no conocía salió y lo saludó con la mano. Tenía el rostro encendido de entusiasmo; era obvio que estaba disfrutando enormemente de su experiencia, de su servicio militar en defensa de la luna, para el que se habían preparado durante tanto tiempo. La situación, por deprimente que fuera para Baines, provocaba el efecto contrario en el mans: le permitía pavonearse con aquella florida postura belicosa. A Gabriel Baines no lo sorprendió.

—Hola —gritó el mans del tanque, con una amplia sonrisa.

Baines le devolvió el saludo con la menor aspereza que le fue posible. —Veo que la nave se ha alejado de tu gente.

—La atraparemos. —El mans señaló el cielo sin perder la alegría.— Observa, colega. El misil.

Un segundo después hubo un destello sobre sus cabezas; unos fragmentos luminosos cayeron del cielo y Gabriel Baines advirtió que habían tocado a la nave terrana. El mans tenía razón. Como siempre... Era una característica del clan.

Intuyendo que Annette Golding estaba dentro de la nave, dijo horrorizado: —Manses bárbaros y monstruosos... —El fragmento principal estaba bajando a su derecha; cerrando el coche con un portazo encendió el motor, dejó la carretera y cruzó el campo abierto dando saltos. El tanque mans, mientras tanto, cerró la torreta y comenzó a seguirlo llenando la noche de ruidos chirriantes.

Baines llegó a los restos de la nave primero. Una especie de paracaídas de emergencia, un gran globo de gas, había surgido de la parte posterior de la nave y descendido con más o menos suavidad; ahora estaba medio enterrado en el suelo, al revés, humeando como si —y eso horrorizó a Baines todavía más— estuviera a punto de desintegrarse; el motor atómico casi había alcanzado, pensó, la masa crítica, y cuando eso ocurría no había vuelta atrás.

Salió del coche y corrió hacia la entrada de la nave. Cuando llegó la portezuela se abrió; un terrano salió balanceándose, y después de él iba Annette Golding y luego, con grandes problemas técnicos, una mancha homogénea de color amarillo que fluyó hasta la tapa de la portezuela y se dejó caer al suelo con un golpe seco.

—Gabe —dijo Annette—, no permitas que los manses disparen a este hombre; es una buena persona. Hasta con los hongos del cieno.

Entonces llegó el tanque mans; la torreta se abrió una vez más y de nuevo salió el mans que había dentro. Esta vez, sin embargo, sostenía un rayo láser, con el que apuntó al terrano y a Annette. Sonriendo, el mans dijo: —Os tenemos. —Era evidente que en cuanto terminara de disfrutar de aquel placer los mataría; la mente mans tenía una ferocidad infinita.

—Escucha —dijo Baines, saludando al mans—. Deja en paz a esta gente; la mujer es de Aldea Aldea, es una de nosotros.

—¿Una de nosotros? —repitió el mans—. Si es de Aldea Aldea no es una de nosotros.

—Oh, *vamos ya*— dijo Baines—. ¿O es que los manses sois demasiado engreídos para reconocer o recordar la fraternidad de los clanes en tiempos de crisis? Baja el arma. —Caminó despacio hacia su coche, sin apartar la vista del mans. En el coche, debajo del asiento, tenía su propia arma. Si podía llegar hasta ella la usaría contra el mans para salvar la vida de Annette.— Informaré sobre ti a Howard Straw —dijo, y abriendo la puerta del coche se metió dentro sin mirar—. Soy colega suyo... Soy el representante pare en el consejo. —Sus dedos se cerraron alrededor de la culata de la pistola; la cogió, apuntó y al mismo tiempo quitó el seguro.

El sonido del seguro, audible en el aire quieto de la noche, hizo que el mans del tanque se volviera inmediatamente; el rayo láser apuntaba ahora a Gabriel Baines. Ni Baines ni el mans dijeron nada; estaban frente a frente, sin moverse, sin disparar; la luz no era la adecuada y ninguno de los dos podía ver bien al otro.

Un pensamiento procedente de a saber dónde se introdujo en la mente de Gabriel Baines. —Señor Rittersdorf, su esposa se encuentra cerca de aquí; capto su actividad cefálica. Por tanto le aconsejo que se eche al suelo.

El terrano, y también Annette Golding, cayeron de bruces al mismo tiempo; el mans del tanque, sobresaltado, apartó el arma de Gabriel Baines y escudriñó la noche no muy seguro.

Un disparo de arma láser casi perfectamente dirigido pasó por encima de la figura inclinada del terrano, entró en el casco de la nave destrozada y desapareció con un chisporroteo de metal licuado. El mans del tanque dio un salto, intentó adivinar de dónde venía el disparo y empuñó el arma en un espasmo de respuesta instintiva, pero no disparó. Ni él ni Gabriel Baines entendían qué estaba ocurriendo. ¿Quién estaba disparando a quién?

—¡Métete en el coche! —gritó Gabriel Baines a Annette. Sostuvo la puerta abierta; Annette levantó la cabeza, lo miró, luego se volvió al terrano que estaba a su lado. Los dos se cruzaron, se miraron y enseguida se pusieron en pie con torpeza y se deslizaron rápidamente hacia el coche.

En la torreta del tanque, el mans abrió fuego, pero no hacia Annette o el terrano; disparaba a la oscuridad, en dirección hacia donde había venido el láser. Entonces, de repente, se metió de nuevo en el tanque; la torreta se cerró y el tanque, con una sacudida, empezó a avanzar ruidosamente hacia donde el mans había disparado. Al mismo tiempo salió un misil del cañón delantero del tanque; avanzó en línea recta, paralelo al suelo, y luego, de pronto, explotó. Gabriel Baines, que intentaba dar la vuelta con el coche, con el terrano y Annette sentados a su lado, sintió que el suelo se elevaba de repente y lo devoraba; cerró los ojos pero no pudo dejar de ver lo que estaba ocurriendo.

Junto a él, el terrano blasfemó. Annette emitió un gemido.

Esos... manses, pensó Baines con rabia al notar que el coche se elevaba empujado por las ondas de la explosión.

—No se puede usar un misil como ése —dijo la voz del terrano débilmente, por encima del estruendo— a una distancia tan corta.

Azotado, arrastrado por los efectos de la explosión, el coche dio una vuelta tras otra; Gabriel Baines chocaba con el acolchado de seguridad del techo, luego con el acolchado de seguridad del panel de control; todos los mecanismos de seguridad que un pare inteligente instalaría en su vehículo para protegerse de un ataque se activaron automáticamente, pero no eran suficientes. El coche seguía rodando, y dentro de él

Gabriel Baines se dijo: *Odio a los manses*. Nunca volveré a proponer que cooperemos con ellos.

Alguien que chocó contra él dijo: —¡Dios mío! —Era Annette Golding; la atrapó, se aferró a ella. Todas las ventanas del coche habían estallado; llovían trozos de plástico que caían encima de él y sentía el hedor ácido de algo ardiendo, tal vez su propia ropa; no le hubiera extrañado nada. La espuma protectora antitérmica empezó a salir a borbotones desde todas partes, activada por la alta temperatura; un momento después Baines se debatía en un mar grisáceo, incapaz de aferrarse a nada... Había vuelto a perder a Annette. Maldición, pensó, estos dispositivos protectores que tanto tiempo y dinero me han costado son casi peores que la explosión. ¿Cuál es la moraleja?, se preguntó mientras se hundía en la espuma viscosa. Era como si lo enjabonaran después de una gran orgía de depilación corporal; se encogió de frío sin poder respirar e intentó liberarse de aquella pegajosa sustancia.

—Socorro —dijo.

Nadie ni nada respondió.

Voy a hacer volar ese tanque, pensó Gabriel Baines para sí mientras se debatía. Lo juro; se la voy a devolver, a nuestros enemigos, los arrogantes manses... Siempre supe que iban contra nosotros.

—Está usted equivocado, señor Baines —dijo un pensamiento que apareció en su mente, tranquilo y sensato—. El soldado que disparó el misil no quería hacerle daño. Antes de disparar realizó un cálculo cuidadoso, o al menos eso creía. Debe guardarse de ver malicia detrás de los daños accidentales. En este momento está intentando llegar a donde se encuentra y sacarlo del coche en llamas. Y a los que están con usted también.

—Si puede oírme —pensó Baines—, ayúdeme.

—No puedo hacer nada. Soy un hongo del cieno; no puedo aproximarme a las llamas bajo ninguna circunstancia, soy demasiado sensible al calor, tal como demuestran claramente los recientes acontecimientos. De hecho dos de mis hermanos han perecido al intentarlo. Y en este momento no estoy preparado para esporular otra vez. De todas formas, si tuviera que salvar a alguien sería al señor Rittersdorf —añadió gratuitamente—. Se encuentra con usted en el coche... el hombre de Terra.

Una mano agarró a Gabriel Baines por el cuello; lo levantó, lo sacó del coche y lo dejó a un lado. El mans, con la anormal fuerza física que los caracterizaba, entraba ahora en el coche ardiendo para sacar a Annette Golding y llevarla a lugar seguro.

—Ahora el señor Rittersdorf —sintió Gabriel Baines que pensaba inquieto el hongo.

Una vez más, sin tener en cuenta ni un momento su propia seguridad —también típico de su temperamento hiperactivo—, el mans desapareció dentro del coche. Esta vez sacó al terrano.

—Gracias —pensó el hongo, con alivio y gratitud—. Como recompensa por lo que ha hecho le daré cierta información; su misil no acertó a la doctora Rittersdorf, y ella y el simulacro de la CIA, el señor Mageboom, se encuentran todavía en los alrededores, escondidos en la oscuridad, aguardando la oportunidad de dispararle de nuevo. Así que será mejor que regrese al tanque lo antes posible.

—¿Por qué? —dijo el mans, enfadado.

—Porque su clan destruyó su nave —le respondió el hongo con el pensamiento—. Entre ustedes y ellos hay una guerra abierta. ¡Rápido!

El soldado mans echó a correr hacia el tanque.

Pero no llegó nunca. A dos tercios del camino cayó al suelo: un rayo láser había surgido de la oscuridad, lo había tocado un instante y había desaparecido.

Y ahora nos toca a nosotros, advirtió, apesadumbrado, Gabriel Baines mientras se limpiaba la espuma sentado en el suelo. Me pregunto si ELLA me reconocería, si recordará nuestro encuentro de hoy mismo... Y, en ese caso, ¿querrá perdonarme la vida o matarme?

A su lado el terrano, también llamado Rittersdorf por alguna extraña coincidencia, se incorporó con gran esfuerzo y dijo: —Usted tenía un arma. ¿Qué ha sido de ella?

—Sigue en el coche. Supongo.

—¿Por qué quiere matarnos? —jadeó Annette Golding.

—Porque sabe la razón por la que he venido —dijo Rittersdorf—. He venido a esta luna para matarla. —Parecía tranquilo.— Antes de que acabe la noche uno de los dos estará muerto. Ella o yo. —Era obvio que estaba decidido.

Sobre sus cabezas se oyó el rugido de un retrocohetes. Era otra nave, una muy grande, advirtió Gabriel Baines, y sintió esperanza; era posible que tuvieran oportunidad de escapar de la doctora Rittersdorf, que —tal como él había sospechado— estaba desquiciada. Porque era evidente que la doctora Rittersdorf actuaba dominada por un impulso salvaje, sin permiso oficial. Al menos eso esperaba.

Un foco se encendió encima de ellos; la noche se volvió blanca y todo, los objetos más pequeños y las piedras del suelo, quedó perfectamente visible. La nave destrozada de Rittersdorf, el tanque abandonado del mans muerto, el cadáver desgarrado del propio mans, no lejos de allí, el coche en llamas de Gabriel Baines, convertido en una masa informe, y allí, a unos cientos de yardas de distancia, el gran agujero de tierra derretida e hirviente donde había estallado el misil. Y a lo lejos, entre los árboles a la derecha, dos figuras humanas: Mary Rittersdorf y el que había dicho el hongo. Ahora veía también al hongo; se había refugiado cerca de los restos de la nave. A la luz del foco era un espectáculo macabro; reprimió una carcajada.

—¿Una nave de guerra terrana? —dijo Annette Golding.

—No —respondió Rittersdorf—. Mire el conejo del lateral.

—¡Un conejo! —Abrió mucho los ojos.— ¿Hay una raza de conejos inteligentes?

¿Existe algo así?

—No. —Gabriel Baines recibió los pensamientos del hongo.— Esta aparición es Bunny Hentman que viene en su busca, señor Rittersdorf —dijo el hongo con evidente pesar—. Tal como usted previó pesimistamente, no le costó adivinar que iría a Alfa III M2; se fue de Brahe City poco después de que usted abandonara Terra. Acabo de leer estos pensamientos en su mente —explicó—; por supuesto, hasta este momento lo ignoraba, pues sólo me encontraba en fase de espora.

No lo entiendo, se dijo Gabriel Baines. ¿Quién diablos es Bunny Hentman? ¿Una deidad conejo? ¿Y por qué está buscando a Rittersdorf? De hecho ni siquiera estaba seguro de quién era Rittersdorf. ¿El marido de Mary Rittersdorf? ¿Su hermano? Toda aquella situación lo tenía confundido y deseó estar en Adolfsvilla, en las posiciones de seguridad que su clan había preparado a lo largo de los años para situaciones tan abominables como aquélla.

Evidentemente, pensó, estamos condenados. Todos están confabulados contra nosotros: los manses, la doctora Rittersdorf, la gran nave que había sobre su cabeza con ese conejo tótem pintado en el costado y, en algún lugar cerca de allí, las autoridades militares esperando a entrar... ¿Qué posibilidades tenemos? Un gran coágulo de derrotismo se formó en su interior; y había razones más que suficientes para ello, pensó tristemente.

Inclinándose hacia Annette Golding, que intentaba quitarse la espuma antitérmica de los brazos, sentada en el suelo cansinamente, dijo: —Adiós.

Ella lo miró con sus grandes y oscuros ojos. —¿Adónde vas, Gabe?

—Qué diantre —dijo con amargura—, ¿importa acaso? —Allí no tenían ninguna posibilidad, bajo la luz, a la vista de la doctora Rittersdorf y su rayo láser, el arma que ya había matado al soldado mans. Se puso en pie inestablemente, chorreando espuma, sacudiéndose como un perro mojado.— Me voy —informó a Annette, y sintió tristeza por ella; no por su propia muerte, sino por la de ella; eso era lo que lo afligía—. Ojalá pudiera hacer algo por ti —dijo, movido por un impulso—. Pero esa mujer está loca; lo he comprobado personalmente.

—Oh —dijo Annette, y asintió—. No salió bien, entonces. El plan que tenías sobre ella. —Luego miró con disimulo a Rittersdorf.

—¿«Bien», has dicho? —Rió; era muy divertido.— Recuérdame que te lo explique algún otro día. —Inclinándose, la besó; la cara de Annette, resbaladiza y mojada por la espuma, le presionó la boca y luego se enderezó y se alejó, guiándose por la luz del foco.

Mientras caminaba esperaba el impacto del rayo láser. Tan brillante era la luz del foco que, involuntariamente, tenía los ojos medio cerrados; bizqueando, se abrió camino paso a paso, en ninguna dirección concreta... ¿Por qué no disparaba? Lo haría, estaba convencido; deseó que se diera prisa. Morir a manos de esa mujer era un

buen destino para un pare; irónico y merecido.

Una figura le bloqueó el paso. Abrió los ojos. Tres figuras, y todas familiares para él; se hallaba frente a Sarah Apostoles, Omar Diamond e Ignatz Ledebur, los tres visionarios más importantes de la luna, o, dicho de otro modo, pensó para sí, los tres chiflados más grandes de todos los clanes. ¿Qué están haciendo aquí? Levitar, viajar con el pensamiento o lo que hagan; el caso es que han venido aquí utilizando su neomagia. Verlos sólo le causó irritación. La situación ya era lo bastante confusa tal como estaba.

—El mal se enfrenta al mal —entonó sentenciosamente Ignatz Ledebur—. Pero de él nuestros amigos deben ser protegidos. Ten fe en nosotros, Gabriel. Muy pronto serás llevado, por medio de una gran ostentación de poder psíquico, a lugar seguro. —Entonces, extendió la mano hacia Baines, con el rostro transfigurado.

—A mí no —dijo Baines—. A Annette Golding; ayudadla a ella. —Le pareció, entonces, que de repente se había librado de la carga de ser pare, de defenderse de todo mal. Por primera vez en su vida había actuado no para salvarse a sí mismo, sino para salvar a otra persona.

—También ella será salvada —le aseguró Sarah Apostoles—. Por el mismo medio.

Sobre sus cabezas, los retrocohetes de la gran nave con el conejo grabado seguían rugiendo; la nave descendía lentamente. Descendía para aterrizar.

Junto a Mary, el agente de la CIA Dan Mageboom dijo: —Ya has oído lo que ha dicho el hongo del cieno; en esa nave viaja el cómico televisivo Bunny Hentman, que se encuentra en nuestra lista de los hombres más buscados. —Agitado, Mageboom se tiró del cuello, obviamente buscando el transmisor intercomunicador que lo unía al poderoso relé de la CIA a bordo de las naves terranas que aguardaban cerca de allí.

—También he oído que el hongo ha dicho —afirmó Mary— que no eres una persona, sino un simulacro.

—Persona, simulacro —dijo Mageboom—. ¿Qué más da? —Encontró el micrófono del intercomunicador y habló, prescindiendo de ella, para contar a sus superiores que al fin había aparecido Bunny Hentman. Basándose, pensó Mary, en las palabras de un hongo ganimediano. La credulidad de la CIA era incomprensible. No obstante, probablemente fuera cierto. No había duda de que Hentman estaba en la nave; tenía como señal de identificación el símbolo del conejo que tan bien conocían los espectadores de su programa.

Entonces recordó el desagradable episodio sucedido cuando se acercó a la organización de Hentman buscando un trabajo para Chuck como guionista. Se le habían insinuado con habilidad y elegancia, y ella no lo había olvidado, ni lo olvidaría jamás. Un «trato complementario»; así lo habían llamado eufemísticamente. Esos cerdos canallas, pensó mientras contemplaba cómo la nave se posaba como una enorme pelota pinchada.

—Mis instrucciones —dijo de pronto Mageboom en voz alta— son acercarme a la nave de Hentman e intentar arrestarlo. —Se puso en pie; asombrada, lo miró correr hacia la nave aparcada. ¿Debo dejar que se vaya?, se preguntó. ¿Por qué no?, decidió, y bajó el rayo láser. No tenía nada contra Mageboom, humano o simulacro, lo que fuera. En cualquier caso, era francamente inútil, como todo el personal de la CIA que había conocido durante los años que había vivido con Chuck. ¡Chuck! Al instante volvió a concentrarse en él, donde se acurrucaba con Annette Golding. Has venido de muy lejos, querido, pensó. Sólo para hacérmelo pagar. ¿Vale la pena? Pero, también has encontrado a otra mujer; me pregunto qué te parecerá tener a una esquizofrénica polimorfa como amante. Apuntó con el tubo láser y disparó.

La intensa luz blanca del foco desapareció de repente; volvió la oscuridad. Durante un instante no comprendió lo que había pasado y luego se dio cuenta de que ahora que la nave había aterrizado ya no necesitaba más iluminación; de ahí que hubiera apagado el foco. Prefería la oscuridad a la luz, como algún insecto fotóforo escondiéndose detrás de una estantería.

No sabía si el disparo había dado a Chuck.

Maldita sea, pensó con furiosa consternación. Y entonces sintió miedo. Después

de todo, era ella la que estaba en peligro; Chuck se había convertido en un asesino, había venido para matarla... Era perfecta, racional y completamente consciente de ello; su presencia en la luna corroboraba lo que ella, gracias a su intuición profesional, sospechaba desde hacía mucho tiempo. Entonces se le ocurrió que durante el viaje y los primeros días en Alfa III M2 Chuck podía haber sido fácilmente el habitante del simulacro Mageboom. ¿Por qué no lo había hecho entonces, en lugar de esperar? En cualquier caso, ya no era así, porque el simulacro tenía que ser controlado desde Terra; aquélla era la política de la CIA, como muy bien sabía ella gracias a lo que Chuck le había contado a lo largo de los años.

Debería irme, se dijo. Antes de que lo haga. ¿Adónde puedo ir? Las naves de guerra no pueden acercarse porque esos lunáticos y maníacos han puesto el escudo; todavía deben de estar intentando atravesarlo, supongo... Fuera cual fuera la razón por la que había perdido contacto con los militares terranos. Y ahora Mageboom se había ido; ya no podía usarlo para llegar a las naves. Ojalá estuviera en la Tierra, se dijo tristemente. Este proyecto ha terminado de una manera terrible. Es una locura, Chuck y yo intentando matarnos el uno al otro; ¿cómo hemos podido llegar a una situación tan horrible y psicopática? Pensaba que habíamos logrado separarnos... ¿No lo consiguió el divorcio?

Nunca debería haberle dicho a mi abogado Bob Alfson que hiciera esas fotos potenciales de Chuck y aquella chica, pensó. Probablemente haya sido eso lo que le ha hecho actuar así. Sin embargo, era demasiado tarde; no sólo había conseguido las fotos, sino que además las había utilizado en el juicio. Ahora eran de dominio público; cualquiera que tuviera un poco de curiosidad morbosa podía buscar la grabación del juicio, animar las fotos y disfrutar de las secuencias de Chuck y Joan Trieste haciendo el amor. En vinces hoc signo, cielos...

Chuck, pensó, me gustaría rendirme; me gustaría acabar con todo esto, por mí, si no por ti. ¿No podemos ser... amigos?

Era malgastar esperanzas.

Algo extraño se retorció en el horizonte; se sobresaltó, asombrada por su tamaño. Era demasiado grande para ser de fabricación humana. Había algo vivo en la atmósfera; las estrellas se ensombrecieron, parcialmente apagadas en esa zona, y la cosa, fuera lo que fuera, empezó a adoptar una forma casi luminosa.

Tenía la forma de un gran lagarto y Mary no tardó en darse cuenta de lo que estaba viendo: era una proyección esquizofrénica, parte del mundo primordial que experimentaban los psicopáticos avanzados, y evidentemente una entidad habitual en Alfa III M2. Pero ¿por qué lo estaba viendo ella?

¿Podía un esquizofrénico —o quizá varios, trabajando conjuntamente— haber coordinado sus percepciones psicopáticas con alguien con poderes psiónicos? Extraña idea, pensó nerviosamente, y esperaba que ésa no fuera la explicación. Porque sería

letal que aquella gente hubiera dado con una combinación así durante su cuarto de siglo de libertad.

Recordó al hebefrénico que había conocido en Ciudad Gandhi... Aquel a quien, quizá con razón, llamaban santo, Ignatz Ledebur. Entonces había sentido, a pesar de la suciedad, que desprendía algo, el aroma vigorizante pero terrorífico de las capacidades innaturales dirigidas quién sabe adónde. En cualquier caso, Ledebur la había fascinado.

El lagarto —que parecía bastante real— se estiró, torció el prolongado cuello y abrió las mandíbulas. Y de ellas salió una aparición como una bola de fuego, encendiendo aquella parte del cielo; la bola de fuego se elevó como transportada por la atmósfera, y Mary dio un suspiro de alivio: por lo menos se alejaba en lugar de descender. La verdad es que la inquietaba. El espectáculo no le gustaba ni un pelo; se parecía demasiado a algunas secuencias de sueños secretos que había tenido cuando dormía, pero que no había comentado ni meditado, que ni siquiera quería estudiar en privado, y mucho menos comentar con alguien, con cualquier psiquiatra profesional. No lo permita Dios.

La bola de fuego dejó de subir. Y empezó a descomponerse en destellos de luminosidad. Los destellos cayeron, y advirtió sorprendida que temblaban y, como modeladas a mano, formaron unas palabras enormes.

Las palabras componían una señal. En su sentido más literal. Una señal, según advirtió con vergüenza y horror, dirigida a ella. Las letras resplandecientes decían:

DOCTORA RITTERSDORF, EVITE EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE Y SE LE
PERMITIRÁ IRSE.

Y luego, en letras más pequeñas, como si se les hubiera ocurrido después, lo siguiente:

EL TRIUNVIRATO SAGRADO.

Están desquiciados, se dijo Mary Rittersdorf, y sintió que una risa histérica le salía de la garganta. Yo no soy la que quiere derramamiento de sangre; ¡es Chuck! ¿Por qué diablos me lo dicen a mí? Si tan sagrados sois deberíais daros cuenta de algo tan evidente como eso. Aunque, advirtió, tal vez no era tan evidente. Había disparado a Chuck, y antes de eso había matado al soldado mans cuando huía hacia su tanque. Así que tal vez después de todo su conciencia —sus intenciones— no estaba tan limpia.

Aparecieron más palabras.

POR FAVOR, RESPONDA.

—Diablos —protestó—. *¿Como?* —No se le ocurría cómo escribir su respuesta con letras de fuego en el cielo; ella no era un triunvirato de psicopáticos santos hebefrénicos sagrados. «Esto es horrible», se dijo. «Demasiado grotesco para soportarlo. Y si tengo que escucharlos, que creerles, tengo que culparme, responsabilizarme de algún modo de la malevolencia que existe entre Chuck y yo. Y no voy a hacerlo».

Entonces, de repente, surgió un resplandor rojo de láseres en las proximidades de la nave de Bunny Hentman. Era evidente que Dan Mageboom, simulacro y agente de campo de la CIA, participaba en la lucha; se preguntó cómo le iba. Probablemente no muy bien, conociendo a la CIA. Le deseó suerte, de todas formas.

Se preguntó si el Triunvirato Sagrado también tenía instrucciones para él. Mageboom podía necesitar ayuda; estaba solo, llevando a cabo un ataque frontal a la nave de Hentman, luchando con lo que ahora le parecía una dedicación inhumana. Podía ser un simulacro, claro que sí era un simulacro, se dijo, pero nadie podía decir que era cobarde. Y los demás, reflexionó, ella misma, Chuck y la chica que está con él, el hongo del cieno, incluso el soldado mans que había corrido en vano hacia su tanque en busca de protección, todos somos presas del miedo, a todos nos mueve sólo el instinto animal de salvar nuestro propio pellejo individual. Sólo Dan Mageboom, el simulacro, había pasado a la ofensiva. Y, o al menos así se lo parecía a ella, el ataque de Mageboom a la nave de Hentman estaba condenado a un ridículo fracaso.

Unas nuevas resplandecientes palabras aparecieron en el cielo. Y, gracias a dios, éstas no estaban dirigidas específicamente a ella; esta vez se ahorró la humillación de que la señalaran.

DEJAD DE PELEAR Y AMAOS

Muy bien, pensó Mary Rittersdorf, convencida. Voy a empezar; voy a amar a mi ex marido Chuck, que vino hasta aquí para matarme; ¿qué os parece como nuevo comienzo, en medio de todo esto?

El resplandor rojo de rayos láser que había alrededor de la nave de Hentman aumentó de intensidad; el simulacro no había respondido a las grandes palabras de advertencia y proseguía con su inútil aunque galantísima lucha.

Por primera vez en su vida sentía una admiración absoluta por alguien.

Desde el instante en que apareció la nave de Bunny Hentman el hongo estaba preocupado; los pensamientos que le llegaban a Chuck Rittersdorf rezumaban inquietud.

—Estoy recibiendo unos aterradores errores de valoración de los últimos acontecimientos —pensó el hongo para Chuck—. Todos emanan de la nave de

Hentman; él y sus empleados, y en particular los alfanos que lo rodean, han elaborado una filosofía que lo coloca a usted, señor Rittersdorf, en el mismo centro de una conspiración ficticia contra ellos. —El hongo guardó silencio durante un intervalo.— Han enviado una nave auxiliar —pensó luego.

—¿Por qué? —dijo Chuck, y sintió que le cambiaba el ritmo cardíaco.

—Las fotos tomadas durante el funcionamiento del foco revelaron su presencia en la superficie. La nave auxiliar aterrizará; le echarán el guante; es inevitable.

Poniéndose en pie, Chuck le dijo a Annette Golding: —Voy a intentar marcharme. Usted quédese aquí. —Empezó a correr, alejándose del lugar, en ninguna dirección en particular; se limitaba a cojear por la superficie irregular lo mejor que podía. Mientras tanto, la nave de Hentman había aterrizado. Y, mientras corría, advirtió un extraño fenómeno; cerca de donde estaba la nave se veían unas líneas pálidas de estelas rojas de rayos láser. Alguien —o algún grupo— había atacado abiertamente la nave de Hentman en cuanto se había abierto la portezuela.

¿Quién?, se preguntó. No podía haber sido Mary. ¿Uno de los clanes de la luna? Tal vez una avanzadilla de los manses... Pero ¿no estaban ya lo bastante ocupados luchando contra Terra, manteniendo el dudoso escudo protector sobre Cumbres Da Vinci? Y los manses utilizarían algún otro tipo de arma en lugar del anticuado rayo láser; aquello parecía más propio de la CIA.

Mageboom, decidió. El simulacro había recibido instrucciones de luchar contra la nave de Hentman. Y como era una máquina había actuado en consecuencia.

Los manses, pensó, están luchando contra Terra; Mageboom, en representación de la CIA, está enfrentado a Hentman. Mi enemigo es mi ex mujer, Mary. ¿Cómo se explica todo esto lógicamente hablando? Debe de haber alguna manera de sacar una ecuación racional de esta extraña relación; tiene que poder simplificarse. Si los manses luchan contra Terra y Hentman lucha contra Terra, los manses y Hentman son aliados. Mary lucha contra mí, así que soy su enemigo y por tanto aliado de Terra. Mary lucha contra mí y yo lucho contra Terra, así que Mary es aliada de Hentman y por tanto enemiga de Terra. No obstante, Mary encabeza el equipo de psicólogos buenos que aterrizaron aquí; vino como representante de Terra. Entonces, Mary es enemiga y aliada de Terra al mismo tiempo.

La ecuación no era fácil... Había demasiados participantes en la refriega, haciendo demasiadas cosas ilógicas; algunos, como en el caso de Mary, completamente solos.

Pero espera; sus esfuerzos para sacar una ecuación sensata y racional de la situación habían dado fruto después de todo; mientras corría por la oscuridad descubrió su propio dilema. Él estaba huyendo para salvarse de Hentman, el compatriota de los alfanos y el enemigo de Terra; según la rigurosa e irrefutable lógica eso significaba que era aliado de Terra, *lo quisiera o no*. Olvidando a Mary por

un momento —era evidente que sus actos no tenían la aprobación terrana— la situación estaba clara: su esperanza era llegar a la nave de guerra terrana, buscar refugio allí. A bordo de una nave terrana estaría a salvo; allí y sólo allí.

Pero los clanes de Alfa III M2 luchaban contra Terra, recordó de repente; la ecuación era aún más compleja de lo que le había parecido en un primer momento. Si él era —lógicamente— aliado de Terra, era enemigo de los clanes, enemigo de Annette Golding, de todos los habitantes de la luna.

Delante de él se veía su sombra, débilmente. Se había materializado alguna luz, procedente del cielo. ¿Otro foco? Volviéndose, se detuvo durante un momento.

Y vio, en el cielo, unas enormes letras de fuego, un mensaje dirigido nada menos que a su esposa. *Evite el derramamiento de sangre*, le aconsejaba la señal. *Y se le permitirá irse*. Era evidente que se trataba de una manifestación de las demenciales y estúpidas tácticas de los psicopáticos que allí vivían, probablemente de los deteriorados, los hebefrénicos de Ciudad Gandhi. Mary, por supuesto, no les haría caso. Sin embargo, la resplandeciente señal le mostró un nuevo factor: los clanes de aquella luna consideraban a Mary como enemiga. Mary también era enemiga suya; había intentado matarla, y ella a él. Por tanto, según la lógica, él era aliado de los clanes. Pero su relación con Terra lo convertía en enemigo de los clanes. Así que no había manera de dejar de lado la conclusión de toda la línea de razonamiento lógico, por triste que fuera. Era aliado y enemigo de los clanes de Alfa IIIM2; estaba de su parte y en el bando contrario.

En ese punto se rindió. Renunció a utilizar la lógica. Volviéndose, echó a correr una vez más.

El antiguo dicho, proveniente de las meditaciones de los sofisticados reyes guerreros de la antigua India, de que «el enemigo de mi enemigo es amigo mío» no funcionaba en aquella situación. Y así estaban las cosas.

Algo zumbó a poca distancia por encima de su cabeza. Y una voz, magnificada artificialmente, le gritó: —¡Rittersdorf! ¡Deténgase, quédese quieto! O lo mataremos ahí mismo. —La voz atronaba y resonaba, rebotando en el suelo; la habían dirigido a él, desde lo que sabía que era la nave auxiliar de Hentman. Tal como había predicho el hongo, lo habían encontrado.

Se detuvo, jadeando.

La nave flotaba en el aire a diez pies de altura. Una escalera metálica bajó ruidosamente y la voz magnificada artificialmente volvió a darle instrucciones. —Suba por la escalera, Rittersdorf. ¡No pierda el tiempo, rápido! —En la oscuridad de la noche, iluminada sólo por la señal resplandeciente del cielo, la escalera de magnesio se balanceaba en la nada, como una especie de enlace con lo sobrenatural.

Chuck Rittersdorf se aferró a la escalera y empezó a subir con una reluctancia plomiza y el corazón encogido. Un momento después dejó la escalera y se encontró

en la cabina de control de la nave. Enfrente había dos terranos de mirada salvaje con pistolas láser. Enemigos a sueldo de Bunny Hentman, advirtió. Uno era Gerald Feld.

La escalera volvió a subir; la nave salió velozmente en busca de su nave hermana.

—Le hemos salvado la vida —dijo Feld—. Esa mujer, su ex esposa, le habría arrancado la piel si se hubiera quedado allí.

—¿Y? —dijo Chuck.

—Y le estamos devolviendo bien por mal. ¿Qué más puede pedir? No encontrará a Bunny preocupado u ofendido; es demasiado gran hombre para tomárselo a mal. Después de todo, no importa lo mal que vayan las cosas, siempre puede emigrar al Imperio alfabético. —Feld consiguió sonreír, como si le pareciera una feliz idea. Desde el punto de vista de Hentman, significaba que las cosas eran soportables, después de todo; había una salida.

La nave llegó a donde estaba su compañera; se abrió un tubo de entrada y se colocó dentro y luego se deslizó sin usar el motor hasta su lugar de reposo, en las profundidades de la enorme nave.

Cuando se abrió la portezuela de la nave auxiliar, Chuck Rittersdorf se halló frente a Bunny Hentman, que se limpió la frente colorada y dijo: —Algún lunático nos está atacando. Por cómo lo hace debe de ser alguno de los psicopáticos, supongo. —La nave vibró.— ¿Veis? —dijo Hentman, con furia—. Nos está atacando con un arma pesada. —Saludando a Chuck con la mano, dijo: —Venga conmigo, Rittersdorf; quiero hablar con usted. Ha habido un malentendido entre yo y usted, pero creo que todavía podemos solucionarlo. ¿De acuerdo?

—Entre usted y yo —dijo Chuck, corrigiéndolo automáticamente. Hentman lo guió por un estrecho pasillo. Nadie parecía estar apuntándolo con un rayo láser, pero obedeció de todas formas; había una posibilidad en potencia, pues era evidente que seguía siendo prisionero de la organización.

Una chica que sólo llevaba un pantalón corto, desnuda hasta la cintura, cruzó el pasillo delante de ellos, fumando un cigarrillo pensativamente. Tenía algo que a Chuck le resultó familiar. Y luego, cuando desapareció por una puerta, se dio cuenta de quién era. Patty Weaver. En su huida del Sistema Solar, Hentman había sido lo bastante previsora para llevarse consigo al menos a una de sus amantes.

—Estoy aquí —dijo Hentman, abriendo una puerta.

Una vez dentro de la pequeña y vacía habitación, Hentman cerró las dos con llave y a continuación empezó a caminar a paso inquieto y frenético. Durante un rato no dijo nada; seguía preocupado. De vez en cuando la nave vibraba por causa de los impactos recibidos. En una ocasión la luz llegó a debilitarse, pero no tardó en recuperarse. Hentman levantó la vista y reanudó su paseo.

—Rittersdorf —dijo Hentman—, no tengo alternativa; tengo que irme... —Se oyó un golpe en la puerta.— Santo Dios —dijo Hentman, y fue a abrir la puerta con

un golpe—. Ah, eres tú.

Fuera, ahora con una camisa de algodón no arremetida en el pantalón y sin abrochar, Patty Weaver dijo: —Sólo quería pedir disculpas al señor Rittersdorf por...

—Vete —dijo Hentman, cerrando la puerta. Se volvió para mirar a Chuck—. Tengo que ir a visitar a los alfanos. —Más sudor, en enormes gotas como de cera, surgió de su frente; no se molestó en limpiárselas.— ¿Acaso me culpa? Esa puta CIA ha arruinado mi carrera televisiva; en Terra no me queda nada. Si puedo...

—Tiene los pechos grandes —dijo Chuck.

—¿Quién? ¿Patty? Ah, sí. —Hentman asintió.— Bueno, es la operación esa que hacen en Hollywood y Nueva York. Está más a la moda que la dilatación, y ésa también se la ha hecho. Habría quedado estupenda en el programa. Como un montón de cosas, lástima que no funcionara. Mire, demonios, casi no salgo de Brahe City. Creían que me tenían, pero me dieron el chivatazo, claro. Justo a tiempo. —Eché una mirada nerviosa y acusadora a Chuck.— Mi única salvación es entregar Alfa III M2 a los alfanos; entonces podré vivir tranquilo el resto de mi vida. De lo contrario, si Terra se hace con el control de la luna, estoy perdido. —Ahora tenía aspecto cansado y deprimido; parecía haberse encogido. Decirle aquello a Chuck había sido demasiado para él.— ¿Qué me dice? —murmuró Hentman—. ¿No tiene nada que comentarme?

—Hum —dijo Chuck.

—¿Eso es decir algo?

—Si cree —dijo Chuck— que todavía tengo influencia sobre mi ex mujer y el informe que redacte para TERPLAN...

—No —dijo Hentman, negando con la cabeza secamente—. Sé que no puede influir lo que decida sobre esta operación; los hemos visto allí abajo, disparándose al azar uno a otro. Como animales. —Había recuperado la energía y tenía el ceño fruncido.— Usted mató a mi cuñado, Cherigan; es muy capaz de matar a su mujer, en realidad lo está deseando... ¿Qué clase de gente es? Nunca había visto nada igual. Y filtrar a la CIA el lugar donde me encontraba, para colmo.

—El Paráclito nos ha abandonado —comentó Chuck.

—¿El periquito? ¿Qué periquito? —Hentman arrugó la nariz.

—Hay una guerra allí abajo. Dejémoslo así. A lo mejor eso lo explica en parte. Si no... —Se encogió de hombros. No podía hacerlo mejor.

—Esa chica algo gorda que estaba con usted —dijo Hentman—. Cuando le estaba disparando su mujer. Es una loca del lugar, ¿verdad? De uno de los asentamientos, ¿no? —Eché a Chuck una mirada penetrante.

—Podría decirse que sí —dijo Chuck, de mala gana; no le gustaba especialmente la elección de palabras.

—¿Puede llegar al consejo supremo de los asentamientos o lo que sea a través de

ella?

—Supongo.

—Sólo hay una solución factible —dijo Hentman—. Con o sin su puto periquito o lo que sea. Que usted haga una proposición al consejo. —Levantándose, Hentman dijo con firmeza:— Dígales que pidan protección a los alfanos contra Terra. Dígales que tienen que pedir a los alfanos que vengan y ocupen la luna. Así se convertirá legalmente en territorio alfano según esos putos protocolos o lo que sean; yo no los entiendo del todo, pero los alfanos sí y Terra también. Y a cambio... —No apartaba los ojos del rostro de Chuck; aquellos ojos minúsculos que no pestañeaban y desafiaban a todo el mundo, a todas las cosas.— Los alfanos garantizarán las libertades civiles de los clanes. Nada de hospitalización. Nada de terapia. No se os tratará de locos; se os tratará como colonos bona fide, propietarios de la tierra y dedicados a la manufactura y al comercio, o lo que hagáis.

—A mí no me incluya —dijo Chuck—. Yo no soy miembro de ningún clan, aquí.

—¿Cree que aceptarán, Rittersdorf?

—Yo... la verdad es que no lo sé.

—Seguro que sí. Ya estuvo aquí antes, en ese simulacro de la CIA. Nuestro agente, nuestro informador en la CIA, nos contó todos sus movimientos.

Así que había un agente de Hentman en la CIA. No se había equivocado; se habían infiltrado en la CIA. Exactamente como era de esperar, también.

—No me mire de esa manera —dijo Hentman—. Ellos tienen algún chivato aquí; no lo olvide. Por desgracia, nunca he averiguado quién es. A veces pienso que es Jerry Feld; otras creo que es Dark. En cualquier caso, fue nuestro agente de la CIA el que nos dijo que a usted lo habían despedido, y por tanto lo echamos. ¿De qué nos servía si no podía llegar a su esposa en Alfa III M2? Quiero decir, seamos razonables.

—Y a través del agente que tienen en su organización... —dijo Chuck.

—Sí, la CIA supo que había abandonado la idea del guión y lo había echado en cuestión de minutos, así que fueron a cogermé, creían ellos, tal como usted leyó en los diarios. Pero claro, a través del agente que tengo en la CIA supe que la hoja estaba a punto de caer y me fui. Y el agente que tienen ellos en mi organización les hizo saber que había dejado Terra, aunque no sabía exactamente adónde había ido. Sólo lo sabían Cherigan y Feld. —Con filosofía, Hentman dijo:— Tal vez nunca sepa quién es su agente. Ahora no importa. Llevo mis tratos con los alfanos en secreto, incluso para mi gente, porque supe que se habían infiltrado aquí desde el principio, claro. —Sacudió la cabeza.— Qué follón.

—¿Quién es su agente en la CIA? —dijo Chuck.

—Jack Elwood. —Hentman sonrió desproporcionadamente, disfrutando de la reacción de Chuck.— ¿Por qué supone que accedió a entregarle esa nave de caza tan cara? Yo le dije que lo hiciera. Quería que viniera aquí. ¿Por qué cree que Elwood

insistió tanto originalmente para que controlara el simulacro Mageboom? Era mi estrategia. Desde el principio. Ahora bien, vamos a ver qué información tiene sobre esos clanes y por dónde van a saltar.

No era extraño que Hentman y sus guionistas hubieran sido capaces de inventarse el supuesto «guión televisivo» que le habían arrojado a los pies; gracias a Elwood estaban en el centro de todo, tal como ahora admitía Hentman.

Sin embargo, aquello no era del todo cierto. Elwood pudo informar a la CIA de la existencia del simulacro Mageboom, de quién lo controlaba y dónde se encontraba. Pero nada más. Elwood no sabía el resto.

—Es cierto que he estado aquí antes —dijo Chuck—. Y que he pasado algún tiempo aquí, pero en el asentamiento hebe, que no es representativo; los hebes están en lo más bajo de la escala. No conozco ni a los pares ni a los manses, que son los únicos que llevan el cotarro aquí. —Recordó el brillante análisis que había hecho Mary de la situación, su descripción del complicado sistema de castas vigente en Alfa IIIM2. Había demostrado ser correcto.

—¿Está dispuesto a intentarlo? —dijo Hentman, con los ojos brillantes—. Personalmente, creo que todos tienen algo que ganar; yo en su lugar aceptaría. La otra alternativa es volver a la hospitalización forzosa, nada más. O lo toman o lo dejan... Explíqueselo así. Y yo le diré lo que va a sacar a cambio.

—Claro que sí —dijo Chuck—. Extiéndase sobre ese aspecto.

—Si lo hace, le diremos a Elwood que lo readmita en la CIA.

Chuck guardó silencio.

—Kriminy —dijo Hentman lastimeramente—. No necesita molestarse en contestar. Muy bien, ya sabe que Patty está en esta nave. Le diremos que sea amable con usted. ¿Sabe a lo que me refiero? —Parpadeó rápida, nerviosamente.

—No —dijo Chuck con énfasis. Había resultado demasiado desagradable.

—De acuerdo, Rittersdorf. —Hentman suspiró— Vamos a ofrecerle mucho más. Si hace eso por nosotros, nosotros le daremos un hueso muy grande, algo mucho mejor que lo dicho. —Respiró profunda y sonoramente.— Le prometemos que nos encargaremos de matar a su mujer por usted. De la manera más indolora y rápida posible. Y eso es una manera muy indolora... y muy rápida.

Al cabo de lo que a los dos hombres les pareció un tiempo interminable, Chuck dijo: —No entiendo por qué cree que quiero a Mary muerta. —Fue capaz de sostener la perspicaz mirada de Hentman, pero sólo con un gran esfuerzo.

—Tal como le he dicho —respondió Hentman—, estuve observando cómo ustedes dos se disparaban el uno al otro como un par de animales salvajes.

—Me estaba defendiendo.

—Claro —dijo Hentman, asintiendo con la cabeza en una parodia de

conformidad.

—Nada de lo que vio en esta luna sobre Mary y yo pudo decirle eso. Debió de llegar a Alfa IIIM2 sabiéndolo. Y no lo supo a través de Elwood, porque él tampoco podía saberlo, así que ahórrese la molestia de decirme que Elwood...

—Vale —dijo Hentman bruscamente—. Elwood nos contó la parte del simulacro, usted y Mageboom; así es como metí eso en el guión. Pero no voy a decirle de dónde saqué el resto. Y punto.

—Pues yo no voy a presentarme al consejo —dijo Chuck—. Y punto, también.

—¿Qué importa cómo lo averigüé? —dijo Hentman, con una mirada feroz—. Lo sé; déjelo así. Yo no pedí esa información; la añadimos como idea adicional porque cuando ella me dijo... —Se detuvo inmediatamente.

—Joan Trieste —dijo Chuck. Trabajando con el hongo del cieno; tenía que ser aquello. Así que ya había salido a la luz. Sin embargo, a aquellas alturas no tenía importancia.

—No nos desviemos del asunto principal. ¿Quiere que matemos a su mujer o no? Decídase. —Hentman esperó impacientemente.

—No —respondió Chuck. Sacudió la cabeza. No tenía la menor duda. La solución estaba a su alcance y la rechazó. Y con determinación.

—Quiere hacerlo usted mismo —comentó Hentman con una mueca.

—No —dijo. No era así—. Su oferta me ha hecho acordarme del hongo y de cuando Cherigan lo mató en el vestíbulo de mi apartamento; podría verlo otra vez, sólo que con Mary en lugar de Lord Running Clam. —Y, pensó, eso no es lo que quiero en absoluto. Es evidente que me he equivocado. Ese terrible acontecimiento me enseñó algo, y no puedo olvidarlo. Pero ¿qué es lo que quiero con respecto a Mary? No lo sabía. Y tal vez no lo supiera nunca.

Hentman había sacado el pañuelo para enjugarse la frente una vez más. —Qué lío. Usted y su vida doméstica; está arruinando los planes de dos imperios enteros interestelares, el de Terra y el de Alfa... ¿Se lo ha planteado así alguna vez? Me rindo. Sinceramente, me alegro de que haya dicho que no, pero no creo que podamos encontrar otro incentivo que ofrecerle; creíamos que eso era lo que quería sacar de todo esto.

—Yo también lo creía —dijo Chuck. Debe de ser porque aún estoy enamorado de ella, advirtió. De la mujer que mató a aquel soldado mans cuando intentaba volver a su tanque. Pero, al menos ante sus propios ojos, estaba intentando protegerse, y ¿quién podía culparla por eso?

Llamaron a la puerta una vez más. —¿Señor Hentman?

Bunny Hentman abrió la puerta. Gerald Feld entró rápidamente.

—Señor Hentman, hemos captado los pensamientos telepáticos de un hongo ganimediano. Se encuentra fuera, cerca de la nave. Quiere que se le permita entrar

para... —Eché una ojeada a Chuck.— Para estar con el señor Rittersdorf; dice que quiere «compartir su destino». —Feld hizo una mueca.— Es obvio que está muy preocupado por él. —Parecía disgustado.

—Deje entrar a esa maldita cosa —le ordenó Hentman. Cuando Feld se fue se dirigió a Chuck—. Para ser sincero, no sé lo que va a ser de usted, Rittersdorf; parece haber conseguido destruir su vida en todos los sentidos. Su matrimonio, su trabajo, viajar hasta aquí y luego cambiar de opinión... ¿Qué le pasa?

—Creo que a lo mejor ha vuelto el Paráclito —dijo Chuck. Así parecía, en vista del hecho de que había declinado, en el último momento, la oferta de Hentman sobre Mary.

—¿Qué es eso?

—El Espíritu Santo —dijo Chuck—. Está dentro de todos los hombres. Pero es difícil de encontrar.

—¿Por qué no llena el vacío con algo noble, como salvar a los locos de Alfa III M2 de una hospitalización forzosa? —dijo Hentman—. Al menos podría volver a la CIA. Hay un par de valiosos militares alfanos en la nave... En cuestión de horas pueden pedir oficialmente la posesión formal y legal de esta luna. Las naves de guerra terranas están rondando por aquí cerca, por supuesto, pero eso sólo demuestra que hay que actuar con mucha cautela. Usted fue agente de la CIA; debería ser capaz de resolver una situación tan delicada como ésta.

—Me pregunto cómo sería —dijo Chuck— pasarse el resto de la vida en una luna habitada exclusivamente por psicopáticos.

—¿Cómo diablos cree que ha vivido usted? Yo definiría su relación con su ex mujer como psicopática. Se las arreglará; encontrará alguna chica para reemplazar a Mary. De hecho, cuando apagamos el foco pudimos ver bastante bien gracias a las fotos, a la que estaba acurrucada a su lado. No está mal, ¿verdad?

—Annette Golding —dijo Chuck— Esquizofrenia polimorfa.

—Sí, pero aun así serviría, ¿no?

—Es posible —dijo Chuck después de una pausa. Él no era médico, pero Annette no le había parecido muy enferma. De hecho, mucho menos que Mary. Pero claro, a Mary la conocía mejor. Sin embargo...

Volvieron a llamar a la puerta; se abrió y Gerald Feld dijo: —Señor Hentman, hemos descubierto la identidad del individuo que nos está atacando. Se trata del simulacro de la CIA, Daniel Mageboom. El hongo ganimediano nos ha dado esta información en agradecimiento por haberle dejado entrar en la nave —explicó—. Tengo una idea.

—La misma que yo —dijo Hentman—. Y si no lo es, no quiero oírla. —Se volvió hacia Chuck.— Vamos a ponernos en contacto con Jack Elwood, de la oficina de la CIA en San Francisco; le diremos que aparte al operario del simulacro, sea quien sea,

probablemente Petri. —Era obvio que Hentman conocía muy bien el funcionamiento de la oficina de la CIA en San Francisco.— Entonces, Rittersdorf, haremos que usted asuma el control del simulacro desde aquí. Mientras no se interrumpa el contacto por radio podrá hacerlo, y lo único que necesitamos son unas cuantas instrucciones; límitese a programarlo para que se desactive y se mantenga a un lado. ¿Lo hará?

—¿Por qué debería hacerlo? —dijo Chuck.

Parpadeando, Hentman respondió: —Por... porque si sigue utilizando ese rayo láser alcanzará el almacén de energía y nos hará volar por los aires; por eso.

—En ese caso, usted también moriría —le dijo Feld a Chuck— Usted y su hongo ganimediano.

—Si me presento ante el consejo supremo de esta luna —le dijo Chuck a Hentman—, y les pido que pidan protección a los alfanos, y lo hacen, eso puede provocar otra guerra entre Alfa y Terra.

—Oh, diablos, no —dijo Hentman enfáticamente—. A Terra no le importa tanto esta luna; la *Operación Cincuenta Minutos* es sólo una ocurrencia secundaria, muy secundaria, sin la menor importancia. Créame, tengo muchos contactos; lo sé. Si tanto le importara a Terra habrían venido hace años. ¿Verdad?

—Eso es verdad —dijo Feld—. Nuestro agente de TERPLAN lo comprobó hace algún tiempo.

—Creo que es una buena idea —dijo Chuck.

Tanto Hentman como Feld suspiraron visiblemente aliviados.

—Lo llevaré a Adolfvilla —dijo Chuck—, y si consigo que los clanes vuelvan a convocar el consejo supremo les expondré la idea. Pero lo haré a mi manera.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hentman con nerviosismo.

—Yo no soy orador ni político —dijo Chuck—. Mi trabajo era programar material para los simulacros. Si consigo hacerme con el control de Mageboom le haré presentarse ante el consejo; puedo hacerle dar mejores argumentos que los que se me ocurrirían a mí. —Y además, aunque eso no lo dijo, estaría mucho más seguro en la nave de Hentman que en Adolfvilla. Porque los militares terranos podían romper el escudo de los manses en cualquier momento, y una de las primeras cosas que harían sería cercar el consejo. Era poco probable que alguien que en ese momento se encontrara ante el consejo, proponiéndoles que se aliaran con el Imperio alfano, saliera de allí con vida. La propuesta, viniendo de un ciudadano de Terra como él, sería considerada, con razón, un acto de traición.

Lo que estoy haciendo, advirtió Chuck con asombro, es nada menos que unir mi suerte a la de Hentman.

Los pensamientos del hongo llegaron hasta él, tranquilizadores. —Ha tomado la decisión correcta, señor Rittersdorf. Primero al permitir que su mujer siga viviendo y ahora con esto. En el peor de los casos todos quedaremos sometidos a los alfanos.

Pero estoy seguro de que podremos sobrevivir bajo su autoridad.

Hentman, que también había oído los pensamientos, sonrió. —¿Cerramos el trato? —le preguntó a Chuck, tendiéndole la mano.

Se estrecharon la mano. El trato más razonable, para bien o para mal, estaba cerrado.

El voluminoso tanque mans, rechinando y traqueteando, sus faros resplandecientes, subió hasta donde estaban Gabriel Baines y Annette Golding e hipó hasta detenerse. La torreta se abrió de golpe y el mans de dentro salió con precaución.

De la oscuridad de alrededor no surgió ningún ataque con rayo láser de la doctora Mary Rittersdorf. Tal vez, pensó Gabriel Baines esperanzado, la señora Rittersdorf había accedido a la petición que el Triunvirato Sagrado había escrito en el cielo con letras de fuego. En cualquier caso, aquélla parecía ser su oportunidad y la de Annette, tal como les había prometido Ignatz Ledebur.

Con un rápido movimiento se puso en pie de un salto, tiró de Annette hasta levantarla y con ella trepó por el costado del tanque mans. El conductor los ayudó a entrar, cerró la portezuela con un golpe; juntos, los tres se arrellanaron en la estrecha cabina del tanque, sudando y jadeando.

Nos vamos, se informó a sí mismo Gabriel Baines. Pero no sentía ninguna alegría. No le parecía importante; en el gran esquema lo que habían conseguido era insignificante. Sin embargo, era algo. Pasó el brazo por encima de los hombros de Annette.

—¿Sois Golding y Baines? —dijo el mans—. ¿Los miembros del consejo?

—Sí —dijo Annette.

—Howard Straw me ha ordenado que vaya a buscaros —explicó el mans; se sentó detrás de los controles del tanque y lo arrancó una vez más—. Se supone que tengo que llevaros a Adolfvilla; va a celebrarse una nueva reunión del consejo de los clanes y Straw insiste en que tenéis que estar presentes.

Entonces, reflexionó Gabriel Baines, estamos vivos porque Howard Straw necesita nuestro voto; Mary Rittersdorf no conseguirá atraparnos con la primera luz del alba. Irónico. Pero demostraba la importancia del vínculo que unía los clanes. El vínculo les daba vida, a todos ellos. Incluso a los humildes hebes.

Cuando llegaron a Adolfvilla el tanque los dejó en el gran edificio de piedra; Gabriel Baines y Annette subieron la escalera, sin hablar; cansados y sucios tras haberse pasado horas enteras echados en el suelo de noche, no estaban de humor para hablar de trivialidades.

Lo que necesitamos, decidió Baines, no es una reunión, sino seis horas de sueño. Se preguntó cuál era el propósito del encuentro; ¿no había decidido la luna ya el camino a seguir al atacar a los invasores terranos en la medida de sus posibilidades? ¿Qué más podía hacerse?

En la antecámara de la sala del consejo, Gabriel Baines se detuvo. —Creo que voy a enviar a mi simulacro primero —le dijo a Annette. Con su llave especial abrió el armario donde, de acuerdo con la ley, guardaba el simulacro de factura mans—.

Nunca se sabe. —Además, sería una lástima perder la vida ahora, justo después de haber escapado de la señora Rittersdorf.

—Pares —dijo Annette con una sonrisa triste y fugaz.

El simulacro de Gabriel Baines se puso en marcha resollando cuando Baines activó el mecanismo. —Buenos días, señor. —Luego saludó a Annette con la cabeza. — Señorita Golding. Ahora debo entrar, señor. —Educadamente, se inclinó ante los dos y entró en la sala del consejo con movimientos algo espasmódicos pero rápidos.

—¿No te ha enseñado nada todo esto? —preguntó Annette a Gabriel Baines mientras esperaban el regreso del simulacro con el informe.

—¿Como qué?

—Que no existe una defensa perfecta. No hay protección. Estar vivo significa exponerse; la vida es arriesgada por naturaleza... Vivir es eso.

—Bueno —dijo Baines con astucia—, pero puedes hacer todo lo posible para protegerte. —Intentarlo nunca hacía daño. Aquello era parte de la vida, también, y todos los seres vivos lo hacían constantemente.

El simulacro de Baines regresó y emitió su informe formal. —No hay gases mortales, ni descargas eléctricas de niveles peligrosos, ni veneno en el jarro de agua, ni señal de mirillas para rifles láser, ni máquinas infernales escondidas. A mi parecer, puede usted entrar sin peligro. —Entonces, habiendo finalizado su tarea, se apagó... Sin embargo, para sorpresa de Baines, de repente volvió a hablar.— No obstante —dijo—, me gustaría llamar su atención sobre el hecho poco habitual de que en la sala del consejo hay otro simulacro, otro aparte de mí. Y no me gusta un pelo, ni un pelo.

—¿Quién? —preguntó Baines, estupefacto. Sólo un pare se inquietaba tanto por su propia defensa como para utilizar un caro simu. Y él era el único delegado pare, por supuesto.

—La persona que va a dirigirse al consejo —respondió el simulacro de Baines—. El que se ha presentado a los delegados; es un simulacro.

Abriendo la puerta, Gabriel Baines miró adentro y vio a los otros delegados ya reunidos y, de pie ante ellos, al compañero de Mary Rittersdorf, el agente de la CIA Daniel Mageboom, quien, de acuerdo con el hongo, estaba con ella cuando atacó con rayo láser a su marido, al mans del tanque, a él y a Annette Golding. ¿Qué estaba haciendo allí Mageboom? El simulacro de Baines había resultado muy útil, después de todo.

En contra de lo que le dictaba la razón, en franca oposición a todos sus instintos, Gabriel Baines entró lentamente en la sala del consejo y tomó asiento.

Ahora, pensó, la doctora Rittersdorf disparará sobre todos nosotros desde algún lugar escondido.

—Permitan que me explique —dijo el simulacro Mageboom enseguida, en cuanto Baines y Annette Golding estuvieron sentados—. Soy Chuck Rittersdorf y estoy

operando este simulacro cerca de aquí, en Alfa III M2, desde la nave interestelar de Bunny Hentman. Es posible que la hayan visto; tiene un conejo pintado en un costado.

—Así que ya no es una prolongación del servicio de inteligencia terrano, la CIA —dijo Howard Straw con perspicacia.

—Correcto —asintió el simulacro Mageboom—. Nos hemos hecho, al menos temporalmente, con el control de este artefacto. Ahora, lo más rápidamente posible, les expondré lo que a nuestro parecer constituye la mejor opción para Alfa III M2, para todos los clanes. Formalmente, como órgano de gobierno supremo de esta luna, les aconsejo que soliciten de inmediato a los alfanos que vengan y conquisten vuestra luna. Ellos garantizan que no los tratarán como pacientes de hospital, sino como colonos legítimos. Esta anexión puede realizarse a través de la nave de Bunny Hentman, pues en este momento hay dos oficiales alfanos de alto rango en...

El simulacro tuvo una sacudida, se estremeció y dejó de hablar.

—Algo le pasa —dijo Howard Straw poniéndose en pie.

El simulacro Mageboom dijo de repente: —Wrzzzzzzzzimus. Kadrax an vigdum niddddd. —Agitó los brazos, dejó caer la cabeza y declaró—: ¡Ib srwn dngmmmmmm kunk!

Howard Straw lo miró fijamente, pálido y tenso. Se volvió a Gabriel Baines y dijo: —La CIA ha interrumpido desde Terra la transmisión hiperespacial de la nave de Hentman. —Se palmeó el muslo hasta encontrar el arma lateral, la empuñó y cerró un ojo para apuntar bien.

—Lo que acabo de decir —afirmó el simulacro Mageboom con una voz algo alterada, más temblorosa y de un tono más agudo— debe considerarse una trampa traicionera y una mentira absurda. Sería un suicidio que Alfa III M2 buscara la supuesta protección del Imperio alfano, porque por un lado...

Con un único disparo, Howard Straw inutilizó el simulacro; con la unidad cefálica vital agujereada, el simulacro cayó golpeando el suelo. Todos callaron. El simulacro no se movía.

Al cabo, Howard Straw apartó el arma y volvió a sentarse, temblando. —La CIA de San Francisco ha conseguido arrebatarse a Rittersdorf el simulacro —dijo innecesariamente, ya que todos los delegados, incluso el hebe Jacob Simion, habían visto lo que había pasado.— Sin embargo, hemos escuchado la propuesta de Rittersdorf, y eso es lo que importa. —Miró de un lado a otro de la mesa.— Será mejor que actuemos con rapidez. Votemos.

—Yo voto por aceptar la propuesta —dijo Gabriel Baines, pensando que se habían salvado por un pelo; sin la rapidez de Straw, el simulacro, de nuevo bajo control terrano, podría haber estallado y haberlos matado a todos.

—Estoy de acuerdo —dijo Annette Golding, muy tensa.

Cuando contaron los votos, resultó que todos menos Dino Watters, el triste dep, habían optado por aceptar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gabriel Baines al dep con curiosidad.

—Creo que es inútil —respondió el dep con aquella voz hueca y desesperada—. Las naves de guerra terranas están demasiado cerca. El escudo de los manses no puede resistir tanto tiempo. O no seremos capaces de ponernos en contacto con la nave de Hentman. Algo irá mal, y entonces los terranos nos diezmarán. Además, llevo sufriendo dolores de estómago desde la primera reunión; creo que tengo cáncer —añadió.

Howard Straw llamó con un timbre y al rato entró un sirviente del consejo, llevando un transmisor de radio portátil. —Ahora me pondré en contacto con la nave de Hentman —declaró Straw, y encendió el transmisor.

En contacto con los miembros de la organización que seguían en Terra, Bunny Hentman levantó la cabeza y con una expresión ojerosa en el rostro se dirigió a Chuck Rittersdorf. —Lo que ha pasado es lo siguiente: ese tío, London, jefe de la delegación de la CIA en San Francisco y superior de Elwood, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo; estaba observando las actividades del simu; ya debía de sospechar algo, seguramente desde que escapé.

—¿Ha muerto Elwood? —preguntó Chuck.

—No, sólo está en el presidio de San Francisco. Y Petri volvió a tomar el control. —Hentman se puso en pie e interrumpió un momento la conexión con Terra.— Pero cuando recuperaron a Mageboom ya era demasiado tarde.

—Es usted muy optimista —dijo Chuck.

—Escuche —dijo Hentman con energía—. Puede que esa gente de Adolfvilla esté loca desde un punto de vista legal y clínico, pero no son estúpidos, sobre todo en cuestiones que afectan su seguridad. Escucharon la propuesta y me juego lo que quiera a que ahora están votando a favor. Nos llamarán por radio en cualquier momento. —Miró el reloj.— Yo diría que dentro de quince minutos. —Se volvió hacia Feld.— Trae aquí a los dos alfanos. Quiero que transmitan de inmediato esa petición a sus naves.

Feld se fue rápidamente. Después de una pausa, Hentman, suspirando, volvió a sentarse.

Encendiendo un grueso y verde puro terrano, Bunny Hentman se retrepó, con las manos detrás de la cabeza, y miró a Chuck.

Pasaron unos minutos.

—¿Necesita cómicos televisivos el Imperio alfano? —preguntó Chuck.

Hentman sonrió. —Tanto como programadores de simulacros.

Diez minutos después llegó la llamada de Adolfvilla.

—Muy bien —dijo Hentman, asintiendo mientras escuchaba a Howard Straw. Miró a Chuck—. ¿Dónde están esos dos alfanos? Ha llegado el momento; ahora o nunca.

—Estoy aquí en representación del Imperio. —Era el alfanos RBX 303; había entrado corriendo en la habitación junto con Feld y el compañero alfanos.— Repítales que les garantizamos que no los trataremos como inválidos, sino como pobladores. Queremos que ese punto quede absolutamente claro. La política alfana siempre ha sido...

—No hagas ningún discurso —dijo Hentman interrumpiéndolo—. Llama a tus naves y diles que bajen a la superficie. —Tendió el micrófono del transmisor al alfanos, se levantó cansadamente y caminó hasta donde estaba Chuck.— Dios santo —murmuró—. Ponerse a resumir la política exterior de los últimos sesenta años en un momento como éste. —Sacudió la cabeza. El puro se había apagado; volvió a encenderlo, con mucho cuidado.— Bueno, supongo que ahora conoceremos las respuestas a nuestras últimas preguntas.

—¿Qué preguntas? —dijo Chuck.

—Si el Imperio alfano necesita cómicos televisivos y programadores de simus —dijo Hentman brevemente. Se apartó y se puso a escuchar a RBX 303, que intentaba llamar a la flota de guerra alfana por medio del transmisor de la nave. Fumándose el puro, con las manos en los bolsillos, aguardó en silencio. Por su expresión nadie diría, reflexionó Chuck, que nuestras vidas dependen literalmente de que consiga esa comunicación.

Crispado, Gerald Feld se volvió a Chuck y dijo: —¿Dónde está ahora la Frau Doktor?

—Probablemente vagando por algún lugar de ahí abajo —dijo Chuck. La nave de Hentman, que ahora describía una órbita de trescientas millas de apogeo, había perdido el contacto, excepto por radio, con los acontecimientos que se sucedían en la superficie de la luna.

—No puede hacer nada, ¿verdad? —dijo Feld—. Para estropearlo todo, quiero decir. A ella le gustaría, claro.

—Mi mujer, o ex mujer, está asustada —dijo Chuck—. Se encuentra sola en una luna hostil, esperando una flota terrana que probablemente no llegue nunca, aunque ella no lo sabe, por supuesto. —Ahora no odiaba a Mary; aquello había pasado, como muchas otras cosas.

—¿Lo lamenta por ella? —preguntó Feld.

—Yo... desearía que el destino no nos hubiera puesto tantos obstáculos. Entre ella y yo, quiero decir. De alguna manera no llego a imaginarme que Mary y yo aún podríamos estar juntos. A lo mejor dentro de unos años...

—Tiene las naves —anunció Hentman—. Lo hemos conseguido. —Sonrió

alegremente.— Ahora podemos emborracharnos tan completa y absolutamente que... Bueno, tú lo has dicho. Tengo la bebida en la nave. Nada, ¿entendéis?, nada se necesita de ninguno de nosotros; lo hemos conseguido. Ahora somos ciudadanos del Imperio alfanos; muy pronto tendremos todos números de identificación en lugar de nombres, pero a mí no me molesta.

Terminando lo que estaba diciéndole a Feld, Chuck afirmó: —A lo mejor algún día, no importa cuándo, podré mirar atrás y saber lo que tendría que haber hecho para evitar esto, Mary y yo tumbados en el suelo disparándonos el uno al otro. —En el paisaje oscuro de un mundo desconocido, pensó. Donde ninguno de los dos está en casa, y sin embargo donde yo (por lo menos) tendré que vivir el resto de mi vida. Tal vez Mary también, concluyó sombríamente.

—Felicidades —le dijo a Hentman.

—Gracias —dijo Hentman—. Felicidades, Jerry —añadió, dirigiéndose a Feld.

—Gracias —respondió Feld—. Felicidades y larga vida —le dijo a Chuck—. Compañero alfanos.

—Me pregunto —dijo Chuck a Hentman— si podría contar contigo.

—¿Cómo qué? En lo que quieras.

—Préstame una nave. Déjame bajar a la superficie.

—¿Para qué? Estás mucho más seguro aquí arriba.

—Quiero buscar a mi mujer —dijo Chuck.

Levantando una ceja, Hentman dijo: —¿Estás seguro? Sí, se te nota en la cara. Pobre tío. Bueno, a lo mejor puedes convencerla de que se quede contigo en Alfa IIM2. Si a los clanes no les importa. Y si las autoridades alfanas...

—Sólo dale la nave —interrumpió Feld—. En este momento es un hombre muy infeliz; no tiene tiempo para oír lo que quieres decirle.

—De acuerdo —dijo Hentman a Chuck, asintiendo con la cabeza—. Te daré la nave; puedes bajar y hacer cualquier locura, yo me lavo las manos. Espero que regreses, pero si no... —Se encogió de hombros.— Así es como funcionan estas cosas.

—Y llévate al hongo cuando te vayas —Feld le dijo a Chuck.

Media hora después había aparcado la nave en un grupo de árboles escuálidos parecidos a los álamos y se encontraba al aire libre, oliendo el viento y escuchando. No oía nada. Era sólo un mundo pequeño, y nada más ocurría en él; un consejo había votado, un clan conservaba una pantalla protectora, unas pocas personas esperaban asustadas y temblorosas pero probablemente, como por ejemplo los hebes de Ciudad Gandhi, la mayoría de los habitantes seguían su psicopática rutina diaria sin interrupción.

—¿Estoy loco? —preguntó a Lord Running Clam, que se había deslizado hasta un lugar más húmedo a una docena de yardas de distancia; el hongo necesitaba agua

para vivir—. ¿Es esto lo peor, de las peores cosas posibles? ¿Qué podía hacer?

—Loco —respondió el hongo— es, estrictamente hablando, un término legal. A mi parecer es usted muy imprudente; creo que es probable que Mary Rittersdorf cometa un acto de ferocidad y hostilidad hacia usted en cuanto le ponga el ojo encima. Pero a lo mejor es eso lo que quiere. Está cansado. Ha sido una larga lucha. Esas drogas estimulantes ilegales que le proporcioné no le han ayudado. Creo que sólo han conseguido que se encuentre más desesperado y cansado. Tal vez debería ir a Estados Cotton Mather —añadió.

—¿Qué es eso? —Hasta el nombre le provocaba aversión.

—El asentamiento de los depts. Viva allí con ellos, en una tristeza oscura e infinita. —El tono del hongo era levemente amonestador.

—Gracias —dijo Chuck con ironía.

—Su mujer no está en las cercanías —decidió el hongo—. Al menos no capto sus pensamientos. Movámonos.

—De acuerdo. —Emprendieron el regreso a la nave.

Cuando el hongo entraba detrás de él por la portezuela abierta, pensó: —Hay además una posibilidad, que usted no debe olvidar, de que Mary esté muerta.

—¡Muerta! —Se detuvo y miró al hongo.— ¿Cómo?

—Tal como le contó al señor Hentman, se está librando una guerra en esta luna. Ha habido muertos, aunque por fortuna muy pocos de momento. Pero el potencial de muertes violentas es enorme. Lo último que vimos de Mary Rittersdorf fueron los tres místicos que se hacen llamar el Triunvirato Sagrado y sus nauseabundas proyecciones psicóticas en el cielo. Sugiero por tanto que llevemos la nave a Ciudad Ghandi, donde el miembro principal del triunvirato, Ignatz Ledebur, existe (pues ésa es la palabra adecuada) entre la suciedad de costumbre, con sus gatos, mujeres e hijos.

—Pero Ledebur nunca...

—La psicosis es la psicosis —señaló el hongo—. Y nunca se puede confiar en un fanático.

—Cierto —dijo Chuck.

Poco después se encontraban camino de Ciudad Gandhi.

—La verdad es que no sé —reflexionó el hongo— lo que desearía para usted; en algunos aspectos le convendría mucho más que Mary estuviera...

—Es asunto mío —interrumpió Chuck.

—Lo siento —pensó el hongo en tono arrepentido, pero con alguna nota sombría; no podía erradicarla de sus meditaciones.

La nave siguió zumbando y no hubo más conversación entre los dos.

Ignatz Ledebur, mientras depositaba un montón de fideos recocidos delante de las dos ovejas de cara negra, levantó la mirada y vio la nave que descendía para aterrizar

en el camino cercano. Terminó de dar de comer a las ovejas y luego volvió despacio a la chabola con la sartén. Unos gatos de todo tipo lo siguieron esperanzados.

Dentro, dejó la sartén entre los platos incrustados con restos de comida y amontonados en el fregadero, se detuvo a mirar a la mujer dormida sobre las tablas de madera que eran la mesa del comedor. Luego recogió a un gato y lo llevó afuera una vez más. La llegada de la nave no era ninguna sorpresa para él, por supuesto; había tenido una visión del lugar donde aparecía. No estaba alarmado, pero tampoco muy contento.

Dos figuras, una de ellas humana, la otra amorfa y amarilla, salieron de la nave. Se abrieron paso entre la basura avanzando hacia Ledebur.

—Les alegrará saber —les dijo Ledebur, a modo de saludo— que casi en este mismo instante las naves de guerra alfanas se están preparando para aterrizar en nuestro mundo. —Sonrió, pero el hombre que tenía delante no le devolvió la sonrisa. La mancha amarilla no tenía nada con que hacerlo, claro.— Así que su misión —dijo Ledebur, con cierta inquietud— ha dado buenos resultados. —No le gustaba la hostilidad que emanaba de aquel hombre: gracias a la percepción psiónica mística, veía la ira del hombre como un nimbo rojo, brillante y ominoso sobre él.

—¿Dónde está Mary Rittersdorf? —dijo el hombre, Chuck Rittersdorf—. Mi mujer. ¿Lo sabe? —Se volvió hacia el hongo ganimediano que tenía al lado.— ¿Lo sabe?

El hongo pensó: —Sí, señor Rittersdorf.

—Su mujer —dijo Ignatz Ledebur, asintiendo—. Había hecho cosas terribles ahí fuera. Ya había matado a un mans y estaba...

—Si no me enseña a mi mujer —dijo Chuck Rittersdorf a Ledebur—, lo cortaré en pedacitos. —Dio un paso hacia el santo.

Acariciando nervioso el gato que tenía en los brazos, Ledebur dijo: —Me gustaría que entrara a beber una taza de té.

Lo siguiente que supo fue que estaba tendido en posición supina en el suelo; le zumbaban los oídos y tenía unas previsibles palpitaciones en la cabeza. Con dificultad, consiguió sentarse tambaleándose, preguntándose qué había pasado.

—El señor Rittersdorf lo ha golpeado —explicó el hongo—. Un golpe oblicuo un poco por encima del pómulo.

—Basta —dijo Ledebur con esfuerzo. Tenía sabor a sangre en la boca; escupió y empezó a masajearse la cabeza. Por desgracia, ninguna visión se lo había advertido—. Está dentro de la casa —dijo, entonces.

Pasando por su lado, Chuck Rittersdorf se dirigió a la puerta, la abrió de un tirón y desapareció en el interior. Al fin Ledebur consiguió incorporarse; se puso de pie, débilmente, y luego, moviéndose muy despacio, lo siguió.

Dentro, en la habitación principal, se detuvo junto a la puerta, mientras los gatos

comían libremente, saltaban, y peleaban por todos lados.

En la cama, Chuck Rittersdorf se inclinó sobre la mujer que dormía. —Mary —dijo—, despierta. —Alargó la mano, y le sacudió el brazo desnudo y colgante.— Vístete y sal de aquí. ¡Vamos!

La mujer que se encontraba en la cama de Ignatz Ledebur y había reemplazado a Elsie abrió los ojos lentamente; enfocó el rostro de Chuck y enseguida parpadeó y despertó del todo. Se sentó pensativa, luego se aferró al montón de mantas y se las enrolló alrededor del cuerpo cubriéndose los senos, pequeños y altos.

El hongo, prudentemente, se había quedado afuera.

—Chuck —dijo Mary Rittersdorf en voz baja y firme—, he venido a esta casa voluntariamente, así que...

Él la agarró por la cintura y la sacó de la cama; las mantas cayeron y una taza rebotó y rodó por el suelo, derramando café frío. Dos gatos que se habían metido debajo de la cama salieron corriendo asustados y dejaron atrás a Ignatz Ledebur.

Suave, delgada y desnuda, Mary Rittersdorf se encaró a su marido. —Ya no puedes opinar sobre lo que hago —dijo. Buscó entre su ropa, encontró la blusa y siguió revolviéndolo todo como poseída, lo que era previsible en aquellas circunstancias. Empezó a vestirse metódicamente, prenda a prenda, con un aire distraído como si estuviese completamente sola.

—Las naves alfanas controlan la zona, ahora —dijo Chuck—. Los manses están dispuestos a levantar el escudo para dejarlos entrar; todo ha terminado. Mientras tú dormías en... —Sacudió la cabeza en dirección a Ignatz Ledebur.— En la cama de este individuo.

—¿Y tú estás con ellos? —preguntó Mary con frialdad mientras se abrochaba la blusa—. Bueno, por supuesto que sí. Los alfanos se han apoderado de la luna y tú te quedarás a vivir aquí cuando ellos gobiernen. —Terminó de vestirse y empezó a cepillarse lentamente el cabello.

—Si te quedas aquí —dijo Chuck—, en Alfa IIIM2, y no regresas a Terra...

—Voy a quedarme aquí —dijo Mary—. Ya lo he decidido. —Señaló a Ignatz Ledebur.— No con él; esto sólo ha sido temporal, y él lo sabía. Yo no viviría en Ciudad Gandhi... No es lugar para mí, ni en sueños.

—¿Dónde, entonces?

—Creo que en Cumbres Da Vinci —dijo Mary.

—¿Por qué? —Chuck la miró, incrédulo.

—No estoy segura. No lo he visto. Pero admiro a los manses; incluso admiro al que maté. Nunca tenía miedo, ni siquiera cuando corría hacia el tanque y sabía que nunca llegaría. No he visto nada parecido en toda mi vida, jamás.

—Los manses —dijo Chuck— no te dejarán vivir allí.

—Oh, sí. —Mary asintió con calma.— Claro que lo harán.

Chuck se volvió inquisitivo hacia Ignatz Ledebur.

—Lo harán —coincidió Ledebur—. Su mujer tiene razón. Los dos —advirtió—, usted y yo, la hemos perdido. Nadie podrá reclamar a esta mujer durante mucho tiempo. No está en su naturaleza, en su biología. —Volviéndose, abandonó tristemente la chabola, salió y fue hacia el lugar donde esperaba el hongo.

—Creo que le ha demostrado al señor Rittersdorf —le insinuó el hongo— que lo que intenta hacer es imposible.

—Supongo —dijo Ledebur, sin una pizca de entusiasmo.

Chuck apareció, pálido y serio; dejó atrás a Ledebur en dirección a la nave. —Vámonos —le dijo toscamente al hongo por encima del hombro.

El hongo lo siguió con toda la rapidez que le era posible. Los dos entraron en la nave; la portezuela se cerró y la nave se elevó en el cielo de la mañana.

Durante un rato, Ignatz Ledebur contempló cómo desapareció en el espacio, y luego volvió a la chabola. Encontró a Mary en el refrigerador, buscando algo para hacer el desayuno.

Juntos se prepararon la comida.

—Los manses —señaló Ledebur— son muy brutales, en algunos aspectos.

Mary rió. —¿Y qué? —dijo burlona.

Ledebur no tenía ninguna respuesta. Ni la santidad ni las visiones lo ayudaron en ese momento, ni siquiera una pizca.

Después de un buen rato, Chuck dijo: —¿Podemos volver al Sistema Solar y a Terra en esta nave?

—Imposible —dijo Lord Running Clam.

—Vale —dijo Chuck—. Buscaré una nave de guerra terrana por la zona. Voy a regresar a Terra, aceptaré el litigio punitivo que las autoridades tengan pensado para mí y luego llegaré a un acuerdo con Joan Trieste.

—Teniendo en cuenta que el litigio punitivo consistirá en la solicitud de la pena de muerte, es poco probable que llegue a un acuerdo con Joan Trieste —afirmó el hongo.

—¿Qué sugiere usted, entonces?

—Algo que no va aceptar.

—Dígamelo de todos modos —dijo Chuck. En la situación en que estaba, no tenía elección.

—Tiene que... ejem... Se trata de una cuestión delicada: debo exponerla adecuadamente. Tiene que convencer a su esposa de que lo someta a una serie de tests psicológicos.

Al cabo de un rato Chuck consiguió decir: —¿Para averiguar en qué asentamiento encaja mejor?

—Sí —dijo el hongo, pero de mala gana—. Esa era la idea. No pretendo determinar si tiene un trastorno mental, sino simplemente la tendencia general de su personalidad que...

—¿Y si los tests no muestran ninguna tendencia, ninguna neurosis, ninguna psicosis latente, ninguna deformación del carácter, ninguna tendencia psicopática, en otras palabras, nada? ¿Qué hago entonces? —Sin tener un concepto demasiado elevado de sí mismo (a esas alturas estaba muy por encima de ese tipo de cosas), tenía la sospecha de que ése sería el resultado de los tests. No pertenecía a ninguno de los asentamientos de Alfa III M2; era un solitario, un marginado, no tenía compañeros que se le parecieran, ni siquiera remotamente.

—Ese largo deseo de matar a su mujer —dijo el hongo— podría muy bien ser síntoma de un desequilibrio emocional subyacente. —Trató de parecer esperanzado, pero no lo consiguió.— Sigo pensando que vale la pena intentarlo —insistió.

—Supongamos que fundara un nuevo asentamiento —dijo Chuck.

—¿Un asentamiento compuesto por una persona?

—Pienso que hay algunas personas normales aquí. Gente que se impone a sus enfermedades y posiblemente niños que no las han desarrollado nunca. Hoy te clasifican como esquizofrénico polimorfo hasta que se demuestra lo contrario; no debería ser así. —Llevaba mucho tiempo pensándolo, desde que llegó a sospechar que podría verse obligado a quedarse en la luna.— Irán saliendo poco a poco. Con el tiempo.

—La casa de chocolate de los bosques de esta luna —pensó el hongo—. Y usted dentro, esperando a que pase alguien para atraparlo. Sobre todo a los niños. —Rió disimuladamente.— Lo siento. No debería tomármelo a la ligera; perdóneme.

Chuck guardó silencio; se limitó a pilotar la nave hacia arriba.

—¿Hará los tests? —preguntó el hongo—. ¿Antes de irse a fundar su asentamiento?

—De acuerdo —dijo Chuck. Le parecía una petición razonable.

—¿Cree usted, en vista de la hostilidad que se tienen, usted y su mujer, que ella podría manejar los tests correctamente?

—Supongo que sí. —Las pruebas eran rutinarias, no interpretativas.

—Yo actuaré de intermediario entre usted y ella —decidió el hongo—; no tendrán que volver a verse hasta después de obtener los resultados.

—Gracias —dijo Chuck, con gratitud.

—Hay otra posibilidad, aunque no muy prometedora, que bien podría tenerse en cuenta —dijo el hongo, pensativo— Quizá fuera eficaz, aunque muy a la larga. —Le explicó lo que se le había ocurrido.— Tal vez pueda convencer a Mary de que se someta a los tests, también.

La idea sorprendió a Chuck, como un golpe inesperado. Al principio pensó con rapidez, analizando y reconsiderando introspectivamente, y no le encontró ningún provecho. Porque los habitantes de la luna no estaban dispuestos a someterse a una terapia; así lo habían demostrado. Si los tests revelaban que Mary padecía un trastorno grave —lo cual era muy posible—, nada cambiaría, seguiría siendo como era; ningún psiquiatra iría a intentar curarla. Así que ¿qué quería decir el hongo con «quizá fuera eficaz»?

El hongo, captando sus rápidos pensamientos, explicó: —Supongamos que su mujer descubriera gracias a los tests que hay en ella una profunda vena maniaca. Eso es lo que yo sospecho, y evidentemente también ella. Para Mary, reconocer que es una mans, como Howard Straw o esos salvajes conductores de tanques, la obligaría a enfrentarse al hecho de que...

—¿De verdad cree que eso la haría humilde? ¿Menos segura de sí misma? —Era evidente que el hongo no era ninguna autoridad en la naturaleza humana, y en concreto en la naturaleza de Mary Rittersdorf. Por no mencionar el hecho de que los maníacos, igual que los pares, no concebían la autodesconfianza; toda su estructura emocional se basaba en la sensación de certidumbre.

Qué fácil sería todo si la ingenua idea del hongo fuera correcta, si bastara con que una persona que padece un grave trastorno psíquico viera los resultados de los tests para comprender y aceptar su enfermedad. Dios, pensó Chuck, consternado. Si la psiquiatría moderna ha demostrado una sola cosa es ésa. Saber que se padece una enfermedad mental no ayuda a curarse, igual que saber que se padece una afección cardíaca no hace que el corazón sane de repente.

De hecho, era más que probable que sucediera todo lo contrario. Mary, alentada por la compañía de un asentamiento de gente parecida a ella, se estabilizaría para siempre; la sociedad aprobaría sus tendencias maniacas. Probablemente terminara siendo la amante de Howard Straw, quizás incluso lo reemplazara como delegada mans en el consejo supremo de los clanes. En Cumbres Da Vinci alcanzaría el poder... pisoteando a quienes la rodearan.

—No obstante —insistió el hongo—, cuando le pida que le dé a usted los tests, le suplicaré que también los haga ella. Sigo creyendo que de esto puede salir algo bueno. *Conócete a ti mismo* era un antiguo dicho terrano, ¿no? Que proviene de su alabada antigüedad griega. No puedo evitar pensar que conocerse a uno mismo es tener un arma que ayudaría a reformar la psique de su especie no telepática hasta...

—¿Hasta qué?

El hongo guardó silencio; de aquello se deducía claramente que en realidad no lo sabía.

—Dele los tests —dijo Chuck—. Y ya veremos. —Ya veremos quién tiene razón, pensó. Esperaba que fuese el hongo.

Aquella noche en Cumbres Da Vinci, muy tarde, Lord Running Clam consiguió al cabo de una delicada negociación convencer a la doctora Mary Rittersdorf de que se sometiera a una gama completa de tests para determinar su perfil psicológico y luego aplicara, según su capacidad profesional, el mismo grupo de tests a su marido.

Entre los recovecos e intrincados adornos del hogar del delegado mans en el consejo, Howard Straw, los tres estaban sentados frente a frente. El mismo Straw aguardaba detrás, divirtiéndose con lo que sucedía, frío y naturalmente desdeñoso. Estaba esbozando con lápices pastel, rápidamente, una serie de retratos de Mary; aquélla era sólo una de sus numerosas actividades artísticas y creativas, y ni siquiera en aquel momento convulso, con las naves de guerra alfanas aterrizando en la luna una tras otra, la había abandonado. Tal como era típico en los manses, tenía muchos asuntos entre manos al mismo tiempo; era polifacético.

Mary, con los resultados de los tests extendidos delante de ella en la mesa de Howard Straw, de una hermosa madera tallada a mano y hierro negro, dijo: —Es terrible para mí tener que admitirlo, pero fue una buena idea. Que los dos nos sometiéramos a las pruebas estándares para determinar el perfil psicológico. La verdad es que los resultados me han sorprendido. Es obvio, no hace falta decirlo, que debería haberme sometido a estos tests a intervalos regulares... en vista de los resultados. —Volvió a sentarse; sacó un cigarrillo con dedos temblorosos y lo encendió.— No tienes ni rastro de ningún trastorno mental, querido —le dijo a Chuck, que estaba enfrente—. Feliz Navidad —añadió, y sonrió gélidamente.

—¿Y tú? —dijo Chuck, con la garganta y el corazón encogidos por la tensión.

—Yo no soy mans en absoluto. De hecho soy todo lo contrario; demuestro una notable depresión nerviosa. Soy dep. —Siguió sonriendo; era un verdadero esfuerzo por su parte y Chuck tomó nota de él, de su valentía.— Mi presión continua sobre tus ingresos se debía sin duda a mi depresión, a mi sensación equivocada de que todo había ido mal, de que si no se hacía algo estábamos condenados. —Apagó el cigarrillo, de repente, y encendió otro. Se dirigió a Howard Straw.— ¿Qué te parece?

—Entonces —dijo Straw con su habitual falta de empatía—, no vivirás aquí después de todo; vivirás en Estados de Cotton Mather. Con el alegre Dino Watters y los que son como él. —Rió entre dientes.— Y algunos son peores todavía, como ya descubrirás. Dejaremos que te quedes por aquí un par de días, pero luego tendrás que irte, necesariamente. No eres uno de nosotros. —En un tono un poco menos brutal añadió:— Si hubieras previsto este momento cuando te ofreciste voluntaria a TERPLAN para ese trabajo, esa *Operación Cincuenta Minutos*, apuesto a que lo habrías pensado dos veces. ¿Me equivoco? —La miró con perspicacia.

Ella se encogió de hombros sin responder. Y entonces, de repente, para sorpresa de todos, empezó a llorar. —Dios, no quiero vivir con esos malditos deps —susurró

—. Me vuelvo a Terra. —Dirigiéndose a Chuck, dijo: —Yo puedo, pero tú no. No tengo por qué quedarme aquí y hacerme sitio, como tú.

Los pensamientos del hongo alcanzaron a Chuck. —Ahora que tiene los resultados de los tests, ¿qué piensa hacer, señor Rittersdorf?

—Seguir adelante y fundar mi propio asentamiento —dijo Chuck—. Lo llamaré Thomas Jeffersonburgo. Mather era dep. Da Vinci era mans. Adolf Hitler era pare, Gandhi era hebe. Jefferson era... —Buscó la palabra adecuada.— Norm. Eso es lo que será Thomas Jeffersonburgo: el asentamiento norm. De momento sólo tiene una persona, pero hay grandes expectativas para el futuro. —Al menos el problema de escoger un delegado para el consejo de los clanes queda resuelto automáticamente, pensó.

—Eres un completo imbécil —dijo Howard Straw con desdén—. Nadie se irá a vivir contigo a tu asentamiento. Pasarás aislado el resto de tu vida. Dentro de seis semanas habrás perdido el juicio y podrás irte a cualquier otro asentamiento de la luna, excepto a éste, naturalmente.

—Tal vez. —Chuck asintió. Pero no estaba tan seguro como Straw. Pensó una vez más en Annette Golding, por ejemplo. Seguramente en su caso no haría falta mucho tiempo; estaba muy cerca de la racionalidad, de una actitud equilibrada. No había prácticamente diferencias entre él y ella. Y si había alguien así tenía que haber más. Le daba la sensación de que no sería el único habitante de Thomas Jeffersonburgo durante mucho tiempo. Pero aunque así fuera...

Esperaría. Todo el tiempo que hiciera falta. Y lo ayudarían a construir el asentamiento; había establecido lo que le parecía una sólida relación de trabajo con el representante pare, Gabriel Baines, y eso era un buen presagio. Si podía entenderse con Baines probablemente pudiera entenderse con varios clanes, aunque tal vez no con los manses como Straw, y los nocivos y deteriorados hebes como Ignatz Ledebur, que no comprendían la responsabilidad interpersonal.

—Me siento enferma —dijo Mary, con los labios temblorosos—. ¿Irás a visitarme a Estados de Cotton Mather, Chuck? No voy a pasarme lo que me queda de vida rodeada sólo de deps, ¿verdad?

—Dijiste...

—No puedo volver a Terra, no si estoy enferma; no con lo que dicen los tests.

—Por supuesto —dijo él—. Te visitaré con mucho gusto. —De hecho pensaba pasar gran parte del tiempo en los otros asentamientos. Así evitaría que se cumpliera la profecía de Howard Straw. Así... muchas otras cosas.

—Cuando vuelva a esporular —pensó para Chuck el hongo—, habrá una cantidad considerable de mi persona; algunos se instalarán con mucho gusto en Thomas Jeffersonburgo. Y nos mantendremos esta vez lejos de los coches ardiendo.

—Gracias —dijo Chuck—. Me gustará teneros cerca. A todos.

La risa sarcástica y maníaca de Howard Straw llenó la habitación; la idea pareció despertar su cínica alegría. No obstante, nadie le hizo caso. Straw se encogió de hombros y regresó a sus esbozos en pastel.

Fuera de la casa una nave de guerra aterrizaba hábilmente haciendo rugir los retrocohetes. La ocupación alfana de Cumbres Da Vinci, tanto tiempo postergada, estaba a punto de empezar.

Chuck Rittersdorf se puso en pie, abrió la puerta principal y salió a la oscuridad de la noche para mirar y escuchar. Durante un rato estuvo solo, fumando, oyendo el ruido cada vez más próximo a la superficie de la luna, hasta que se hizo un silencio que parecía inalterable. Pasaría mucho tiempo antes de que despegaran de nuevo, tal vez después de que él hubiera desaparecido; lo sentía intensamente mientras aguardaba en la oscuridad, cerca de la puerta principal de Howard Straw.

De repente la puerta que había detrás de él se abrió. Su mujer, o mejor dicho, su ex mujer, salió, cerró la puerta y aguardó a su lado, sin hablar; juntos escucharon el sonido de las naves alfanas y admiraron las estelas de fuego en el cielo, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Chuck —dijo Mary de pronto—, recuerda, tenemos que hacer algo muy importante... Probablemente no lo hayas pensado, pero si vamos a quedarnos a vivir aquí tenemos que encontrar la manera de sacar a nuestros hijos de Terra.

—Es cierto. —De hecho sí lo había pensado; asintió.— Pero ¿querrías traer a los niños aquí? —Sobre todo a Debby, pensó.

Era muy sensible; sin duda, viviendo allí adoptaría las creencias y costumbres de la mayoría psicopática. Iba a ser un problema difícil.

Mary dijo: —Si estoy enferma... —No terminó la frase; no hacía falta. Porque si estaba enferma, Debby ya había estado expuesta a la sutil actividad de la enfermedad mental que operaba en el mismo centro de la vida familiar, y el daño, si existía, ya estaba hecho.

Arrojando el cigarrillo a la oscuridad, Chuck rodeó la pequeña cintura de su mujer con el brazo y la atrajo hacia él; la besó en lo alto de la cabeza, sintiendo el aroma cálido y dulce de sus cabellos. —Nos arriesgaremos a exponer a los niños a este entorno. A lo mejor sirven de modelo a los otros niños de aquí... Podemos meterlos en el colegio común que hay en Alfa IIIM2; estoy dispuesto a correr el riesgo, si tú también lo estás. ¿Qué dices?

—De acuerdo —dijo Mary, distante. Y entonces, con más vigor, dijo—: Chuck, ¿de verdad crees que tenemos alguna posibilidad, tú y yo? ¿De llegar a tener una nueva base para vivir... para poder estar juntos durante mucho tiempo? O vamos a... —Gesticuló.— A volver a los viejos tiempos de odio y suspicacia y todo lo demás.

—No lo sé —dijo, y era la verdad.

—Miénteme. Dime que podemos hacerlo.

—Podemos hacerlo.

—¿De verdad piensas eso? ¿O estás mintiendo?

—Estoy...

—Dime que no estás mintiendo. —La voz de ella era apremiante.

—No estoy mintiendo —dijo él—. Sé que podemos hacerlo. Los dos somos jóvenes y viables, no rígidos como los pares y los manses. ¿Me equivoco?

—No. —Mary guardó silencio durante un momento y luego dijo:— ¿Estás seguro de que no prefieres a esa chica poli, a esa Annette Golding, antes que a mí? Dime la verdad.

—Te prefiero a ti. —Y esta vez no estaba mintiendo.

—¿Y la chica de la que Alfson hizo las fotos? Tú y esa Joan como se llame... Te acostaste con ella.

—Sigo prefiriéndote a ti.

—Dime por qué me prefieres a mí —dijo—. A una mujer enferma y mezquina como yo.

—No lo sé exactamente. —En realidad no sabía explicarlo en absoluto; era un misterio. Sin embargo, era cierto; sentía esa certeza en su interior.

—Te deseo suerte con tu asentamiento unipersonal —dijo Mary—. Un hombre y una docena de hongos del cieno. —Rió.— Qué locura de sitio. Sí, estoy segura de que deberíamos traer a nuestros hijos aquí. Antes me creía tan... ya sabes. Tan distinta de mis pacientes. Ellos estaban enfermos y yo no. Ahora... —Guardó silencio.

—No hay tanta diferencia —concluyó Chuck por ella.

—Tú no piensas eso de ti, ¿verdad? Que eres diferente a mí... Después de todo, los tests dicen que tú estás bien y yo no.

—Es sólo cuestión de grados —dijo él, y era sincero. Había sentido impulsos suicidas, y después un sentimiento hostil y asesino... Y sin embargo, en su caso, las gráficas oficiales derivadas de los tests comúnmente aceptados daban resultados satisfactorios, mientras que en el de Mary no. Qué diferencia tan pequeña. Ella, al igual que él, al igual que todos los habitantes de Alfa III M2, incluyendo el arrogante representante mans, Howard Straw, buscaba el equilibrio, el discernimiento; era la tendencia natural de los seres vivos. Siempre había esperanza, tal vez incluso —Dios no lo permita— para los hebes. Aunque por desgracia para los pobladores de Ciudad Gandhi había muy pocas esperanzas.

Pensó: Y para los de Terra no hay muchas esperanzas. Para los que hemos emigrado a Alfa III M2. Sin embargo, alguna hay.

—He decidido —anunció Mary con voz ronca— que te quiero.

—Bien —asintió él, complacido.

De repente le llegó una reflexión aguda y muy bien articulada del hongo,

acabando con aquel instante de gracia. —Ahora que ha llegado la hora de confesar sentimientos y hechos, sugiero que su esposa ponga sobre la mesa su breve relación con Bunny Hentman. —Se corrigió.— Retiro la expresión «poner sobre la mesa», por ser increíblemente desafortunada. No obstante, mantengo la idea básica: tenía tantas ganas de que consiguiera usted un empleo con una alta retribución económica...

—Déjeme contarle a mí —dijo Mary.

—Por favor, hágalo —consintió el hongo—. Y yo sólo hablaré si descuida usted algún detalle de la historia.

Mary dijo: —Tuve una brevísima relación con Bunny Hentman, Chuck. Justo antes de irme de Terra. Y eso es todo.

—Hay más —la contradijo el hongo.

—¿Detalles? —dijo ella, con vehemencia—. ¿Tengo que contar exactamente cuándo y dónde hicimos...?

—Eso no. Otro aspecto de su relación con Hentman.

—De acuerdo. —Mary asintió, resignada.— Durante aquellos cuatro días —le dijo a Chuck—, le dije a Bunny que creía, según mi experiencia en rupturas matrimoniales y basándome en mi conocimiento de tu personalidad, que intentarías matarme. Si no conseguías suicidarte. —Guardó silencio.— No sé por qué se lo dije. Quizás estaba asustada. Es evidente que tenía que contárselo a alguien y pasaba con él bastante tiempo.

Así que no había sido Joan. Se sintió un poco mejor. Parecía extraño que Mary no hubiera ido a la policía; estaba claro que era sincera cuando decía que lo quería. Aquello arrojaba una nueva luz sobre ella; había desaprovechado la oportunidad de hacerle daño, y en un momento de crisis.

—A lo mejor tenemos más hijos en esta luna —dijo Mary—. Como los hongos... Llegamos y aumentaremos en número hasta que seamos legión. La mayoría. —Rió de una manera extraña y dulce y, en la oscuridad, se apoyó en él, como no había hecho hacía siglos.

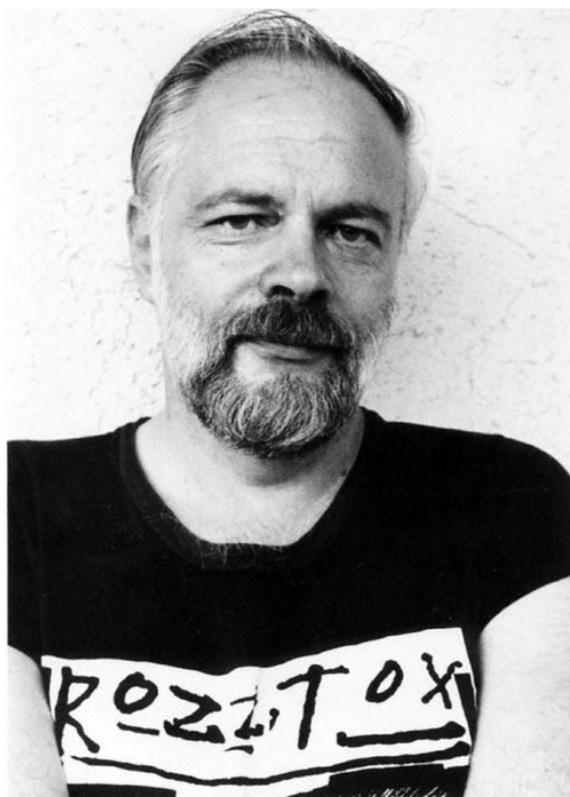
En el cielo las naves alfanas seguían apareciendo y él y Mary las observaron en silencio, planeando cómo podrían llevarse a los niños. Sería difícil, advirtió Chuck sobriamente, tal vez lo más difícil que cualquiera hubiese hecho hasta entonces. Pero era posible que los restos de la organización de Hentman los ayudaran. O algunos de los innumerables contactos que el hongo tenía entre terranos y no terranos. Las dos eran posibilidades claras. Y el agente de Hentman que se había infiltrado en la CIA, su anterior jefe, Jack Elwood... Pero Elwood estaba ahora en la cárcel. De todas formas, si por desgracia sus esfuerzos no servían de nada, tendrían más hijos, como decía Mary; no compensaría los hijos perdidos, pero sería un buen presagio, un presagio que no podía pasarse por alto.

—¿Tú también me quieres? —preguntó Mary, con los labios junto a su oreja.

—Sí —dijo él con sinceridad. Y luego exclamó—: Ay. —Porque Mary lo había mordido sin avisar, casi cortándole el lóbulo de la oreja.

Aquello también le pareció un presagio.

Pero no sabía exactamente de qué.



Escritor americano, Philip K. Dick es conocido por sus novelas y relatos de ciencia ficción, muchas de las cuales han sido llevadas al cine, destacando títulos como *Blade Runner* (¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?), *Una mirada a la oscuridad*, *Paycheck* o *Desafío Total*, entre otras.

Dick está considerado como uno de los grandes autores de la segunda mitad del siglo XX, siendo ganador de premios tan prestigiosos como el Hugo, que recibió por su magistral ucronía *El hombre en el castillo*, el John W. Campbell, varios Gigamesh o un BASFA.

Nacido en una familia de clase media, Dick estudió sin graduarse en la Universidad de Berkeley, donde colaboró en programas de radio y se introdujo en el mundo de la contracultura y el movimiento Beat.

Pese al premio Hugo de 1963, Dick fue considerado en vida como un autor de culto y poco conocido para el gran público. Sus obras no le permitieron una independencia económica solvente pese a los más de 120 relatos que llegó a publicar.

La última parte de su obra escrita estuvo muy influida por una serie de visiones que, unidos a ciertos problemas psicológicos, le hicieron creer que estaba en contacto con una entidad divina a la que llamó SIVAINVI (VALIS). En sus últimos años, Dick mostró síntomas de una paranoia aguda, obsesión que se ve también reflejada en obras como *Una mirada a la oscuridad*.

Philip K. Dick murió el 2 de marzo de 1982 en Santa Ana.

Notas

[1] En inglés, «paja». (*Nota de la t.*)

<<

[2] Modificamos aquí la traducción de Estela Gutiérrez Torres, donde figura «un preocupado de chatarra». El original en inglés es «junk dealer». (*Nota de la edición EPL. Errata y traducción sugerida por el nota*)

<<